



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS
DE GRAN CANARIA

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA,
CLÁSICA Y ÁRABE



Programa de doctorado en Literatura y Teoría de la Literatura

CARNE Y MITO: REPRESENTACIONES DE LA MUJER
DESVIADA EN EL NATURALISMO RADICAL Y EN EL
DEGENERACIONISMO

Rubén Domínguez Quintana

Mayo 2015

Las Palmas de Gran Canaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Departamento de Filología Española, Clásica y Árabe

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA, CLÁSICA Y ÁRABE

Programa de doctorado en Literatura y Teoría de la
Literatura

TESIS DOCTORAL

Carne y mito: representaciones de la mujer desviada en
el Naturalismo radical y en el Degeneracionismo

Rubén Domínguez Quintana
Directora: Yolanda Arencibia Santana

Las Palmas de Gran Canaria, mayo 2015

**A mis padres, Adalberto y María Pilar
que nunca me negaron un libro ni su amor**

Agradecimientos

Cualquier palabra de agradecimiento y elogio será injusta para con Yolanda Arencibia quien me ha dirigido y leído con cariño inestimable e infinita paciencia y me ha brindado su apoyo profesional y personal a la vez que ha sido un ejemplo de trabajo, de entusiasmo y de entrega constantes.

Gracias a mis profesores, Joan Oleza, por asignarme *La desheredada* en su clase y cambiar el rumbo de mi licenciatura, a Pura Fernández que me acogió y me guió en mis primeros pasos en la investigación, a Akiko Tsuchiya por su profesionalidad, a Carmen Simón Palmer por su honestidad y su sabiduría y gracias a John W. Kronik, que antes de dejarnos tuvo tiempo para plantar una huella indeleble en mi espíritu crítico y para enseñarme el Madrid de Galdós.

Debo palabras de apoyo y discusión literaria a otros colegas y compañeros como Paco Cuevas, Marta Blanco y Nani González durante largas jornadas en la Biblioteca Nacional. También a Miguel Ángel Perdomo e Israel Castro por sus palabras de aliento, a Paco Quevedo y Gregorio Rodríguez Herrera por su apoyo profesional y su reiterado interés en la marcha de mi trabajo, a Carmen Márquez y J.J. Bellón y Rosa M^a González Monllor por su consideración hacia mí, y a Vicente Marrero por orientarme cuando fui profesor primerizo en la facultad.

La Cátedra Pérez Galdós y con ella el Vicerrectorado de Investigación, Desarrollo e Innovación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria me han brindado su amparo económico durante mi trabajo como investigador y como técnico de apoyo. Igualmente valioso ha sido el auspicio del Cabildo de Gran Canaria y en particular de la Casa-Museo Pérez Galdós que me ha dado cobijo profesional y cuyo personal al completo siempre ha respondido a mis peticiones, siendo testigos diarios de mi labor: Rosa María Quintana y Victoria Galván, directoras; Ana Isabel Mendoza, Ana Méndez, Miguel A. Vega y Frank González por su disposición y en especial, a mi compañera y amiga Raquel Peñate, quien no solo aguantó estoicamente mis frustraciones y quejas sino que releyó y escudriñó este trabajo repetidas veces.

Quedo agradecido también al Instituto Universitario de Análisis y Aplicaciones Textuales -iAtext- que me cuenta entre sus investigadores permanentes y cuyo director, Manuel Ramírez, siempre me ha insuflado ánimo y buen humor; asimismo, a Carlos Santana Jubells con quien además del epistolario galdosiano, he compartido alegrías y sinsabores.

Es de justicia dedicar unas líneas a los bibliotecarios de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria en Humanidades así como al equipo de la Biblioteca Nacional que me facilitó documentos, aliento y que demostró infinita paciencia con mis peticiones, a veces desmedidas.

Tampoco olvido el decisivo empujón que Washington University in Saint Louis y su impagable ayuda económica supusieron en la génesis de este trabajo, que contó con el apoyo personal de Akiko Tsuchiya, Cindy Brantmeier, Tabea Linhard, el sabio lector galdosiano Joseph Schraibman, y el sostén emocional de Rita Kuehler; así como de mis compañeros de doctorado entre los cuales debo destacar a Liv Hinegardner y Juan Gabriel Gómez por su cariño y a Yazmina Moreno Florido, excelente profesional y mejor amiga.

Seré eterno deudor del apoyo de mi familia: mis padres, Adalberto y María Pilar, siempre de mi lado; gracias a mis hermanos mayores Ricardo y Alexis y a mi cuñada Delia y gracias a mi hermana menor, Ana María, cuyas palabras me sostuvieron más de una vez aunque ella no lo supiera.

Doy gracias también a Jesús Vinuesa y Maria del Cristo González por su ayuda desinteresada.

Estoy muy agradecido a Alberto Ramos, por ser un hermano siendo un amigo y al resto de mis amigos, lejanos y cercanos, los que me animaron y los que me olvidaron en mis épocas de encierro y trabajo: Fran, Jorge, Joni Díaz, Jonathan y Leticia, Pon, Dani, Josué, Allyson, Pilar, Ana, Alín, Vicente, Yanira, Francesca, Nayra Nieves y Alicia Cózar; que se suman a mis queridas Maribel, Laura, Bea y Cheli, las mejores compañeras de facultad que pude tener.

Por último quiero dar infinitas gracias a mi novia y compañera de viaje, María Jesús, Fufi, cuya exigencia e impaciencia estuvieron a la par que su inquebrantable fe en mí, incluso cuando anduve escaso de ella.

A todos, gracias.

Índice

PROLEGÓMENOS — — —	13
PRECISIONES METODOLÓGICAS — — —	17
DE LA MUJER Y EL MITO AL DEGENERACIONISMO — — —	19
¡QUE SUBA EL TELÓN! COMIENZA EL ESPECTÁCULO — — —	53
LEER Y MIRAR: SEDUCCIÓN. DESEO Y MERCADO — — —	59
<i>LA PROSTITUTA</i> O LA MERCADOTECNIA DE LA SEDUCCIÓN — — —	68
LA PÁLIDA O EL FETICHE DE LA MERCANCIA — — —	89
DESVIADAS: REGULADAS, CLANDESTINAS, CONTAGIADAS — — —	111
MUJER, FAMILIA, ESTADO — — —	116
EDUCADAS O INSTRUIDAS — — —	124
FISIOGRAFÍA FEMENINA: UBICANDO A LA MUJER DESVIADA — — —	130
«CARNE FRESCA» O EL DESEO INSTITUCIONALIZADO — — —	145
SFILOFOBIA Y MERCUROFILIA — — —	162
ESTRELLA, ROSITA Y EL LECTOR: MIRAR PERO NO TOCAR — — —	170
DEGENERACIONISMO O EL COMIENZO DEL FIN — — —	177
LA DESCENDENCIA DEGENERADA — — —	182
«ESTAS MUJERES SON EL DIABLO CON NERVIOS» — — —	198
¿HISTÉRICO O HIPOCONDRÍACO? — — —	211
CONCLUSIONES — — —	217
APÉNDICE — — —	223
BIBLIOGRAFÍA — — —	245

Prolegómenos

Este trabajo nace de la lectura reflexiva de un corpus muy variado de novelas del siglo XIX; de un modo particular de las novelas contemporáneas de Benito Pérez Galdós y, en ellas, del interés científico sobre los personajes femeninos que el autor canario les otorga. Descubrir a la quijotesca Isidora Rufete en *La Desheredada* (1881), por ejemplo, y verla confundirse en el anonimato de la masa social madrileña convertida en buscona al final de su relato, despertó en mí interés creciente sobre su gestación y su plasmación en el texto, tanto durante mis estudios de Licenciatura como en mi formación de posgrado.

La búsqueda de respuestas me llevó a indagar en las condiciones históricas y sociales de la escritura galdosiana y, guiado por mis profesores Joan Oleza, Pura Fernández, Akiko Tsuchiya y Yolanda Arencibia –cada uno en su tiempo y manera– fui accediendo a la vasta producción de crítica literaria y cultural sobre el siglo XIX. No obstante, fue la lectura de Émile Zola por un lado y de Eduardo López Bago por el otro la que determinó el rumbo definitivo de este trabajo. El Naturalismo francés más canónico plasmado en un proyecto como la saga Rougon-Macquart marcaba una dirección estética determinada a la explicación de sociedad decimonónica, derrotero que el Naturalismo radical de López Bago llevaba a los extremos en su aplicación comercial de tintes médico-sociales de esos mismos principios. En el justo medio podríamos ubicar la novelística de Pérez Galdós, capaz de situar el foco de atención en un modelo humano y explicar su realidad recurriendo a su historia familiar, su educación y las condiciones de su existencia. En esa

historia de las costumbres y no de los acontecimientos que Adolfo Sotelo Vázquez (2002: 164) identifica, los personajes femeninos de Pérez Galdós, las historias comerciales de López Bago y algún que otro personaje masculino, muestran una intrahistoria que, si bien no es ajena a los grandes cambios políticos, demanda una relectura atendiendo a sus carencias, miedos y ansiedades.

Una de las áreas más marcadas y menos atendidas en el análisis de esta producción cultural es la científica y médica. Por este motivo he llevado a cabo una relectura crítica atendiendo a las enfermedades y los desórdenes físicos y morales de unos personajes indisolubles de sus títulos –como en el caso de *La Prostituta* (1884) o de *Torquemada*– que bien se prestan a ser auscultados por el narrador, bien a ser espiados por él en el interior de su habitación. El sexo escrito del que hablara Yvan Lissorgues (1997: 40) se convierte en la herramienta discursiva que, de un lado, contribuye a difuminar las fronteras entre la vida pública y la privada, y del otro se convierte en un reclamo comercial que encajará en el nuevo orden mercantil burgués.

La mujer es protagonista indiscutible de todo el siglo decimonono; y Emma Bovary, Naná, Ana Ozores, Ana Karenina, Pepita Jiménez, Cleopatra Pérez, Estrella, Rosita, Fortunata o Isidora son solo algunos ejemplos notables de lo que a ningún lector escapa: todas salen del modelo establecido para ellas ya fuere educativo, familiar, sexual o médico. Así, abordaré la lectura crítica de unas novelas tejidas con estos discursos poniéndolas en relación con la producción no literaria de la época para identificar los vasos comunicantes entre leyes comerciales y estrategias narrativas, entre códigos morales, mujeres desviadas e higiene pública, y entre los miedos sociales y las teorías médicas

en boga. Son todas ellas discursos y ópticas que aún hoy resultan de plena actualidad si atendemos al rebrote comercial de la literatura erótica y a algunas iniciativas políticas. Sirva de ejemplo el reportaje de Rut de las Heras¹ que, bajo el título 'Literatura de placer ¿o de mercado?', la periodista destaca el auge reciente de la literatura de temática sexual. Cuando se cumplen diez años de la extinción del premio 'La sonrisa vertical' de literatura erótica, De las Heras enumera siete títulos tan solo entre 2014 y marzo de 2015 entre los que figuran autores de la talla de Georges Bataille, Maite Zubiarre o Boris Vian, amén de obras colectivas. En el plano político, resulta más que reseñable la iniciativa del partido político Ciudadanos para legalizar e incorporar la prostitución y a sus trabajadores al mercado laboral², lo que ha despertado numerosas reacciones de todo signo hecho que corrobora la profunda vigencia de los temas que aquí trato y la alargada sombra de unos textos decimonónicos que llega hasta el siglo XXI.

El corpus de este trabajo se centrará en la tetralogía de López Bago -*La Prostituta, La Pálida, La Buscona y La Querida*- publicadas entre 1884 y 1885 como ejemplo del Naturalismo radical; y en *La desheredada* (1881) y las novelas de Torquemada -*Torquemada en la hoguera, Torquemada en la cruz, Torquemada en el Purgatorio y Torquemada y San Pedro*, publicadas entre 1889-1895, como las obras galdosianas que ilustran nuestra aproximación. Obviamente nuestro corpus debía tener límites, y fuera de ellos quedan obras como, por ejemplo, *Fortunata y Jacinta* (1887), cuya relectura médica ofrece jugosos matices sobre histerismo, alcoholismo e hipocondría y constituye un monumento literario

¹ *Babelia. El País*, 6 de marzo de 2015: 6.

² *El Mundo*, 15 de abril de 2015.

galdosiano; e igualmente, han quedado fuera otros títulos y autores del Naturalismo radical que guardan relación con la estética de Lopez Bago. El trabajo que hoy presento supone un capítulo concreto de un proyecto más amplio que, en un futuro cercano, me propongo continuar y ampliar con la lectura criminológica de los textos galdosianos y de otras novelas naturalistas que la investigación y la redacción de este trabajo han despertado.

Con esta tesis espero, sin embargo, contribuir a un mayor conocimiento y a un mejor entendimiento de algunas creaciones literarias significativas del naturalismo español y, mediante ellas, de aquella sociedad no tan lejana a la que tan hábilmente diseccionan.

Ningún discurso analítico es cerrado y completo. Nuestro estudio se ha propuesto abordar una parcela concreta de un campo de posibilidades mucho más amplio, labor crítica en la que no estamos solos. Casi cerradas estas páginas y a través del Boletín 36. 2015 de la Asociación Internacional de Galdosistas, hemos tenido noticia de tres tesis doctorales recién leídas cuyo título parece guardar cierta relación con la investigación que ahora presentamos. Son: *La representación de la mujer fatal en algunas obras de Benito Pérez Galdós y Giovanni Verga*, leída por Simona Anna Barbagallo, en la UNED; *From Motherhood and Marriage to Symbolist Theater and Revolutionary Politics: French and Spanish Women's Theatre, 1890's to 1930's*, leída por Eugenia Charoni, en la Universidad de Cincinnati; y *'Usted no es mujer': el concepto del género sexual en tres obras de Benito Perez Galdos*, leída por Osanna Dallakyan en la Univerdad de Indiana, Pensilvania. Si, como espero, la lectura futura de estos textos supone una válida ampliación y variación del tema por aquí

abordado y por tanto enriquecimiento para nuestro trabajo, nos sentiremos más que recompensados y, además, animados a proseguir el diálogo crítico.

Precisiones metodológicas

En la redacción de este trabajo hemos llevado a cabo algunas convenciones con el fin de evitar una lectura enojosa y de aportar coherencia a todo el texto.

Las obras pertenecientes a la tetralogía de López Bago –*La Prostituta, La Pálida, La Buscona* y *La Querida*– serán citadas por su título y página correspondiente dejando constancia de la edición utilizada en la bibliografía.

Las novelas de Pérez Galdós citadas corresponden a la edición moderna de las obras completas de Yolanda Arencibia y editadas en Las Palmas de Gran Canaria. Las referencias a estas obras serán por año de edición y página.

En las citas textuales, hemos considerado oportuno mantener los usos ortográficos tal y como se muestran en las fuentes que citamos. Ello implicará el empleo de ortografía arcaica o incorrecta que no actualizamos ni marcamos con abreviaturas. Tampoco hemos procedido a actualizar los usos de puntuación. Asimismo, emplearemos las comillas inglesas simples para dar énfasis salvo en los casos en los que la fuente citada utilice cursiva o comillas dobles.

En las distintas referencias bibliográficas, los autores serán citados por apellido, salvo en su primera aparición en que lo serán por nombre y apellidos.

De la mujer y el mito al degeneracionismo

La cultura de los medios de comunicación de masas de nuestros días plantea numerosos desafíos a creadores, productores, lectores y consumidores. A lo largo del siglo XX tuvo lugar la gran eclosión en la que se fraguaron y expandieron los grandes grupos de comunicación que aglutinaban prensa, radio, televisión, productoras cinematográficas y editoriales académicas y literarias. Esa estructura informativa y cultural se vio alterada hacia el final del pasado siglo debido a la llegada de internet a los hogares con su efecto democratizador en el acceso a las diferentes fuentes de información – especialmente tras la implantación de la llamada web 2.0- revolucionando notablemente la forma de disfrutar, consumir, comparar y compartir información y cultura. Todo ello ha generado en el público una actitud más crítica y, según el caso, ya no resulta tan común que cualquier lector u oyente de las noticias de la mañana en su diario favorito o en la radio local lea de manera forzosa los éxitos literarios recomendados en los suplementos culturales de estos, obviamente publicadas por sus propias editoriales. Fenómeno análogo tiene lugar en el mercado de los éxitos cinematográficos o televisivos que sus productoras o distribuidoras audiovisuales lanzan al mercado. Pero entendámonos, los grandes grupos de comunicación y opinión siguen existiendo y cada vez más diversificados y polarizados si cabe. Sirvan como ejemplo en España los mastodónticos Prisa y Unidad Editorial con su respectiva red de medios y productos. Cada uno de estos grupos parte de su diario de noticias –impreso o digital- y llega hasta la oferta en formación

periodística o sus propias tiendas en línea, pasando por las revistas de cultura y actualidad, las orientadas al público femenino o incluso las aplicaciones móviles, por citar algunos ejemplos a vuela pluma. Como contrapartida a estos gigantes de la información, la expansión de internet ha propiciado que cualquiera pueda producirla y que el arte y la cultura puedan ser exhibidos y compartidos –e incluso vendidos– fuera de los circuitos tradicionales establecidos para ello. Cada vez son más los autores que optan por escribir, autoeditar y vender sus obras en la red. El mismo fenómeno tiene lugar con fotógrafos, pintores, diseñadores de moda y un sinfín de creadores y profesionales liberales que bien en sus propias páginas electrónicas, bien agrupados en colectivos, venden sus creaciones de manera independiente. Existen también radios en línea autofinanciadas o sufragadas por sus oyentes, múltiples servicios para compartir vídeo y foto por todos conocidos y, por supuesto, la llamada blogosfera que, según varios autores³, desde mediados de los años noventa del pasado siglo ha contribuido a la pluralidad y la visibilidad de las opiniones más variopintas agrupadas por intereses o en respuesta a las corrientes dominantes.

Inmersos en estas circunstancias comunicativas somos testigos de la constante transformación en los medios, los canales y los soportes de información y de creación –pocos habrían imaginado hace solo tres o cuatro lustros que la videocreación, o las Humanidades digitales se convertirían en disciplinas y campos de estudio–. Así, cobra inusitada relevancia el éxtasis comunicativo que experimentamos en la actualidad. Disfrutamos de una

³ Conviene visitar el proyecto editorial en línea de <www.blogherald.com> y la historia del retirado J. Berger quien fue uno de los pioneros en añadir "logs" a una página permitiendo comentarla.

multiplicidad de fuentes y de una rapidez en la difusión de la información que nos aleja de lo real y nos sumerge en una red mediatizada que convierte en mercancía todo objeto incluido en el proceso de comunicación ya sea la información en sí, sus destinatarios o los medios para acceder a ella. El ejemplo más claro y más sólidamente instaurado en nuestras sociedades del siglo veintiuno es la televisión con sus noticieros de veinticuatro horas, sus titulares simultáneos y su casi inmediata interconexión global. El espectador sabrá en cuestión de minutos lo que ocurre en Los Ángeles o Berlín mediante las mismas imágenes que contemplarán en esos mismos lugares de los hechos. He ahí el éxtasis comunicativo que nos ofrece lo mismo y al mismo tiempo en la televisión internacional y en la cadena local. Muy aguda resulta la crítica del medio televisivo que Jean Baudrillard abordara en *La postmodernidad* (1985)⁴ ya que ilustra la manera en que, en los primeros años ochenta, la televisión comenzaba a ser un medio revolucionario capaz de eliminar los escenarios gracias a la simultaneidad en las noticias, que anulaba las particularidades y que contribuía, así, a la extinción del sujeto y de la realidad, siendo sustituidos por lo que el medio mostrara de ellos, llevando los interiores al exterior, lo privado a lo público y lo doméstico a lo social.

Lejos de intentar desgranar en su totalidad aquella anticipadora teoría del pensador francés nos interesa ese comentado movimiento transversal de lo privado a lo público, provocando la obscenidad. Esta obscenidad carece de todo matiz moral pues es meramente «la proximidad absoluta de la cosa vista, el hundimiento de la mirada en la pantalla de la visión: hipervisión en primer

⁴ Publicado en 1983 bajo el título "The Ecstasy of Communication" en *The Anti-Aesthetic: Essays on Postmodern Culture*. Ed. Foster, Hal. San Francisco Bay Press. Existe una edición española titulada *La Posmodernidad*. Barcelona: Kairos, 1998.

plano, dimensión sin retroceso, promiscuidad total de la mirada con lo que se ve. Prostitución» (Baudrillard, 2000: 62).

En estas palabras de Baudrillard hallamos algunas de las coordenadas que dirigirán el análisis de la producción decimonónica, tanto literaria como científica, que abordaremos en este trabajo. La obscenidad como maniobra literaria de mostración y espectáculo comercial, y la prostitución como fenómeno social inherente al estudio de la mujer serán de gran utilidad para fundamentar los pilares sobre los que se sustentan los discursos literario y médico-higiénico de los autores que estudiamos en nuestro análisis. La socialización de lo doméstico exhibe e iguala las alcobas y los deseos, hasta el momento silenciados, en un mercado literario en plena expansión como si de un noticiero global se tratase. Las pretensiones naturalistas de documentación de la realidad para contribuir a su mejora ponen de manifiesto algunas de las contradicciones más notorias de todo el siglo XIX, deformando y oscureciendo tanto esa pretendida realidad como al sujeto que habita sus páginas desafiando a narradores y lectores: la mujer.

Los escritores del llamado Naturalismo radical⁵ que tratamos en este trabajo como Eduardo López Bago y Enrique Sánchez Seña, cimientan su proyecto novelístico entre lo público y lo privado, insertando sus obras y personajes en el tránsito de esa zona gris que va de un estamento a otro y

⁵ De vital importancia es el estudio sobre el Naturalismo radical de Pura Fernández *Eduardo López Bago y el Naturalismo radical*. Amsterdam: Rodopi, 1995, en cuyas páginas encontramos el análisis más preciso sobre esta vertiente del Naturalismo y su adaptación en las letras españolas que encabeza el propio López Bago y que, como veremos más adelante, bebe de los principios zolescos para llevarlos a su extremo estético e ideológico. Abunda, Fernández (1998), en el sincretismo zolesco de los naturalistas radicales que refleja «el espíritu de exaltación científica y racionalista de la época» pues «aceptan, sin paliativos, los principios teóricos de la escuela experimental [...] principios que se conjugan con la herencia de las técnicas folletinescas» (752).

explotando las innumerables posibilidades narrativas, comerciales y, en algún que otro caso, sociales, que ello les brinda; todo lo cual es llevado a las páginas novelescas apoyados sobre unos pilares básicos que la especialista Fernández enumera acertadamente y de entre los cuales destacamos la crítica del orden socio-moral imperante y el interés por la conducta fisiológica de los personajes, especialmente las patologías sexuales (1998: 752). El ejemplo más notable es el caso de Eduardo López Bago, cuya tetralogía encabezada por *La Prostituta* (1884), hace gala del afán por mostrar los escenarios de la vida privada en la esfera pública a través de una propuesta literaria que no es sólo estética sino que también posee un carácter espectacular y comercial intencionado. En un camino de ida y vuelta entre obras y sus protagonistas, la novela lupanaria de autores como López Bago o Sánchez Seña nos hace partícipes de cómo esta narrativa y las mujeres que la pueblan se convierten en un bien de consumo que no solo altera el mercado literario sino que también revoluciona a los lectores. Es fundamental no olvidar que la óptica del siglo XIX es eminentemente masculina: autores, narradores, lectores y compradores, consumen lo que Rita Felski sintetiza magistralmente en su obra *The Gender of Modernity* aduciendo que “Woman has been seen as an object exchanged between men in a capitalist economy, compelled to render herself as seductive as possible in order to attract the gaze of the male buyer” (1995: 64). El bien de consumo se convierte en espectáculo (64) transgrediendo los usos discursivos convencionales en busca de un éxito comercial y literario inusitado hasta el momento, y siendo forzado, así, a revestirse de otros discursos en boga con el fin de obtener mayor legitimidad y solidez. La literatura higienista, el discurso político ultra liberal, las ordenanzas municipales de las grandes ciudades y los

temores del degeneracionismo finisecular acuden, pues, al rescate de estos narradores en su doble labor literaria y reformadora. La transgresión de la vida privada y el tránsito hasta su exhibición en la esfera pública mediante una propuesta novelística, deviene en la creación de personajes míticos que nacen y se desarrollan en unos proyectos narrativos concretos. Como si de iconos televisivos se tratase, estas figuras contribuyen a fijar un imaginario colectivo estrechamente ligado a sus circunstancias sociohistóricas y al sustrato discursivo sobre el que se asientan. Así Estrella, Rosita o Isidora –protagonistas de *La prostituta*, *La Pálida* y *La Desheredada*, respectivamente– son erigidas en mitos de la mujer desviada del fin de siglo.

La pregunta que surge de inmediato es cómo podemos llegar a hablar de mito cuando nos referimos a personajes a menudo secundarios en la historia de la literatura y que, en la mayoría de los casos, ni siquiera llegaron a formar parte del canon literario. La respuesta es simple, ya que nuestro punto de partida dista mucho de los grandes mitos clásicos y encuentra cobijo en la creación del mito en la era moderna. El filósofo y semiólogo francés Roland Barthes elaboró una iluminadora actualización del mito en el siglo XX que pone de relieve muchos de los aspectos que encontraremos en las obras literarias de este estudio. El autor de *Mitologías* lleva a cabo una serie de breves críticas sobre algunos de los fenómenos más visitados en los medios de comunicación de masas, tales como la obsesión por la profundidad en la publicidad de productos para la piel, o el ritual del streaptease como maniobra que acaba desexualizando el cuerpo que se desviste (2012: 150); aquel por su obstinación en la asepsia más allá de lo visible, y este por su falta de naturalidad y por constituir una repetición de movimientos arquetípicos ya

por todos conocidos. En su estudio crítico Barthes actualiza el mito no como un concepto o como una narración atemporal a la manera de la Grecia clásica, sino como una forma de comunicación y de significación que está estrechamente ligada a la historia y no a la naturaleza (199-200). Es decir, el mito surge de las condiciones que lo rodean y que coadyuvan a su creación haciendo posible que todo pueda convertirse en él. En palabras del propio Barthes «todos los materiales del mito, sean representativos o gráficos, presuponen una conciencia significativa que puede razonar sobre ellos independientemente de su materia» (201). Estas premisas sirven de trampolín desde el que abordar la producción de los naturalistas radicales con sus personajes psicológicamente planos y a menudo conductualmente arquetípicos, pero que ocupan un lugar destacado –mítico– en el imaginario colectivo por ser elegidos y narrados de una manera determinada al nutrirse de los discursos legales y médicos que los rodean, y por desarrollarse en unas circunstancias históricas concretas.

Encontramos signos inequívocos de la existencia de las condiciones y el público idóneos para esta literatura transgresora de espacios y temáticas en el terreno abonado por los numerosos títulos que abordan la historia de la mujer, aparecidos, mayoritariamente, durante la segunda mitad del siglo XIX. Ya sea con una visión histórica global o bien centrada en el plano sexual, estas voluminosas obras, a medio camino entre la descripción y la prescripción, ahondan en las diferencias entre la mujer y el hombre y revisan la figura femenina a lo largo y ancho de los distintos continentes y épocas sin dejar de lado las etnias y las religiones. En este ejercicio totalizador, muchos de estos títulos hacen gala de un acusado énfasis en la desviación de la conducta sexual

de la mujer y en la prostitución, formando un sustrato idóneo para el crecimiento y la consolidación de esa figura femenina mítica cercana a la mujer infame, tan presente en el Naturalismo literario. Una obra como *La mujer defendida por la historia, la ciencia y la moral* de Enrique Rodríguez Solís⁶ comienza con un capítulo entero dedicado a la historia de la prostitución cuya principal referencia es Pierre Dufour y su extensa *Historia de la prostitución*⁷. En ella, el divulgador español incluye un estudio fisiológico de la mujer (1877: 75) cuyo contenido se ciñe a citas textuales y reinterpretaciones de otros autores como Baltasar de Viguera y su archiconocida obra de 1827 *La fisiología y patología de la mujer*⁸, que sirviera de referencia a muchos otros tratadista posteriores. Junto a Viguera, Rodríguez Solís acude a otros nombres⁹ de vital importancia en la literatura médico-higiénica, como Francisco Alonso y Rubio, Juan Giné y Partagás, Severo Catalina, Pedro Mata o el médico francés Ambroise Tardieu, quienes son solo algunos de la extensa nómina que pueblan

⁶ Rodríguez Solís, Enrique. *La mujer defendida por la historia, la ciencia y la moral: estudio crítico*. Madrid: Imprenta y estereotipia de *El Imparcial*, 1877.

⁷ *Histoire de la prostitution chez tous les peuples du monde depuis l'antiquité la plus reculée jusqu'à nos jours*. París: Seré 1851-1853. Obra en 6 vols. atribuida a Paul Lacroix quien aparentemente rechazaba su autoría. Destaca la clasificación geohistórica de la prostitución que Rodríguez Solís toma del autor francés en la que se repasa el modo en el que hombre prostituye a la mujer (1877: 15) desde Babilonia hasta Armenia, Siria, Egipto y la Grecia clásica.

⁸ Viguera, Baltasar de. *La fisiología y patología de la muger*. Madrid: Imprenta de Ortega y Compañía, 1827.

⁹ Alonso y Rubio, Francisco. *La mujer bajo el punto de vista filosófico, social y moral*. Madrid: Establecimiento tipográfico Gravina, 1863.

Giné y Partagás, Juan. *Curso elemental de higiene privada y pública*. Barcelona: N. Ramírez y Cía. 1871-1872.

Catalina, Severo. *La mujer*. Madrid: San Martín, 1861.

Mata, Pedro. *Tratado de cirugía y medicina legal*. Madrid: [s.n.], 1846.

Tardieu, Ambroise. *Estudio médico-legal sobre las enfermedades producidas accidental ó involuntariamente por imprudencia, negligencia ó transmisión contagiosa, comprendiendo la historia médico-legal de la sífilis*. Barcelona: Establecimiento tipográfico editorial de Daniel Cortezo y C^a, 1884.

los anaqueles decimonónicos con sus descripciones fisiológicas y su preceptiva moral, y que forman una parte importante del corpus de nuestro trabajo¹⁰.

Obras como las citadas no solo coadyuvan a la existencia de un caldo de cultivo propicio para el estudio exhaustivo –y obsesivo– de la mujer sino para la forja de esa figura mítica casi omnipresente en la literatura decimonónica. Cobra, por lo tanto, un renovado interés el citado estudio de Roland Barthes quien nos embarca en el análisis pormenorizado del mito y sus planos significativo y formal mediante un brillante trabajo semiótico cuya trascendencia, para nuestra lectura, reside en el abanico interpretativo que ese mito extiende ante nosotros anclado a sus circunstancias históricas y discursivas. Como lectores del siglo XXI, Barthes permite abordar una novelística que, en un constante movimiento de ida y vuelta, se nutre de la literatura científica y recrea a la mujer del siglo XIX como un cuerpo desconocido para luego convertirla en el centro de su pretendida documentación de la realidad. El mito moderno, según el teórico francés, viene definido por su intención y no por ningún tipo de arbitrariedad (216) lo cual nos permitirá rastrear motivaciones estéticas e ideológicas más o menos claras en las novelas de este estudio y por lo tanto en los personajes femeninos que las protagonizan así como en sus narradores. Al considerar el mito como una presencia real, al leerlo como parte de un interés social, las protagonistas de las novelas aquí analizadas están situadas en una encrucijada científica y literaria sin precedentes pues, contrariamente a los preceptos realistas de exactitud y

¹⁰ Igualmente, la *Historia universal de la mujer* que en dos grandes volúmenes publicó V. Ortíz de la Puebla en 1880 en Barcelona nos ofrece algunos capítulos interesantes entre los que podemos destacar el VII “Ignorancia de la mujer en todos los tiempos” (1880: 69) o el XIV “Educación moral” (1880: 123) que ejemplifican de manera diáfana el acercamiento paternalista a la figura femenina.

fidelidad de los escritores del momento, el mito no oculta ni pregona nada en particular sino que deforma (222).

Ello nos permite ampliar el horizonte necesario para asomarnos a la otra cara de la moneda en este constante pivotar entre lo privado y lo público, lo doméstico y lo social, lo científico y lo literario y, en última instancia, entre la realidad y la ficción. Así, la distancia crítica entre la ficción novelística y la realidad que esta describe en la literatura realista y naturalista resulta primordial para la última distinción pertinente a nuestro trabajo: el mito y la carne. El uno y la otra serán herramientas de análisis con las que acercarnos e ilustrar la creación y la representación de unos personajes femeninos cuya sombra se alarga por todo el siglo XIX y llega, más o menos difusa según el caso, hasta nuestros días bajo la investidura de numerosos modelos, tales como la seducida, la perdida, la adúltera, la buscona, la rebelde, la histérica, la enferma, la loca, la avara, la cursi, la solterona, la santa, la fanática, y tantos y tantos perfiles reconocibles por cualquier lector. Son modelos e imágenes literarias de una mujer desviada –mito– inspirados en una realidad histórica, una carne, con los cuales se ha ido tejiendo una red narrativa que funciona como una «tecnología del imaginario colectivo», en palabras de Giulia Colaizzi (2007: 78). Ello les confiere el mismo poder que posee ese habla mítica para naturalizar lo que se enuncia desde la historia y que establece una innegable asociación entre literatura y realidad, entre personaje femenino y sujeto social, y entre el mito literario y la carne que este representa. Los proyectos novelísticos del Naturalismo y el Naturalismo radical intentan convertir en natural una elaboración cultural; pero en una novelística como la presente, es la ideología la que crea mitos al margen de la forma literaria empleada ya que,

a la postre y como bien explica Roland Barthes, «el lenguaje del escritor no solo tiene como objetivo representar lo real sino significarlo» (231), y personajes como Estrella de López Bago o Isidora Rufete de Pérez Galdós constituyen claros ejemplos de ello.

Encontramos, pues, dos dimensiones distintas pero no siempre delimitadas de manera diáfana, ya que literatura y realidad –mito y carne– se contaminan la una a la otra tiñendo a las figuras novelísticas con los colores de la literatura médica, higienista y legal que prolifera a lo largo de la centuria; o en sentido inverso, pues el éxito inusitado de algunas obras literarias y el eco de sus personajes femeninos podrán, a veces, alcanzar a la producción no literaria –con las obras de higiene privada y pública a la cabeza– que también toma a la mujer como objeto principal de estudio. Por ello este trabajo de investigación abarca un corpus literario y no literario, desde el cual analizamos las transferencias comentadas más arriba y que tienen lugar en el también mencionado tránsito de lo privado a lo público y de lo doméstico a lo social.

Dentro de las obras literarias que abordamos en este trabajo se pueden distinguir dos bloques diferenciados cuyas concomitancias y divergencias suponen parte esencial de nuestro estudio. Por un lado, las obras de Benito Pérez Galdós, desde nuestra perspectiva, máximo exponente del Realismo y Naturalismo español, cuya producción ha dado forma al canon literario de nuestras letras con una prolífica producción que nos brinda personajes femeninos perennes llenos de matices y de significados tan profundos como variados. *La Desheredada*, publicada en 1881, con la figura de Isidora Rufete a la cabeza, será una de las piedras de toque de este estudio pues sus ecos y la crítica que ha suscitado están más que justificados en un personaje galdosiano

que consideramos el primer ejemplo de figura mítica del escritor canario que Fortunata –de *Fortunata y Jacinta* (1887) – terminará de redondear; aunque por razones prácticas queda fuera de nuestro análisis. No obstante realizaremos las necesarias calas en otras obras de Pérez Galdós como *La de Bringas* (1884), así como una detenida lectura de *Lo Prohibido* (1885) en el último capítulo de nuestro trabajo que se centrará en la relectura de *Torquemada en la hoguera* (1889), *Torquemada en la cruz* (1893) y *Torquemada en el Purgatorio* y *Torquemada y San Pedro*, ambas de 1894. Del otro lado, podemos citar las obras del Naturalismo radical que López Bago apadrina en España y que analizaremos principalmente en nuestro primer capítulo. En él nos centraremos en la tetralogía iniciada por este mismo autor en 1884 con *La Prostituta*, seguida de *La Pálida*, también de ese año, y de *La Buscona* y *La Querida*, ambas de 1885. Elegimos estos cuatro títulos porque constituyen un proyecto novelístico cerrado que tanto en su aparato crítico –prólogos y epílogos– como en su estética y su argumento, dan nutrida cuenta de los preceptos más crudos del naturalismo de corte zolesco y porque ocupan un lugar destacado en las formas de crear y narrar a la mujer decimonónica permitiéndonos rastrear los discursos no literarios subyacentes a ellas.

En su aventura literaria acompañan a López Bago otros escritores, desde naturalistas radicales hasta los más folletinescos y comerciales de la época, como Alenjandro Sawa, José Zahonero, Eduardo Zamacois, Eugenio Sellés, Enrique Pérez Escrich o Wenceslao Ayguals de Izco, cuya producción merecería un análisis que este trabajo ahora impide.

Hecha esta distinción entre el Naturalismo canónico de Pérez Galdós y el radical de López Bago, debemos hacer constar que, tanto a la hora de releer

a la mujer desviada en el segundo capítulo de este trabajo como al aproximarnos a la histeria en el último, podremos constatar que no existe tanta distancia entre el canario y el arajovense respecto al flujo constante de discursos entre la novela y la literatura médico-higiénica. No podemos dejar de anotar, sin embargo, la profundidad de los personajes galdosianos, dotados de una psicología profunda y de formas de expresión propias muy cercanas al habla real, características que no encontramos en las creaciones lopezbaguianas, mucho más próximas a la literatura comercial y más planas y arquetípicas en su conducta y expresión. Como bien aclara Alicia Andreu en su ineludible trabajo de 1982, la mujer en la que Galdós enfoca los problemas morales de España difiere en aspectos importantes de la creación de la literatura de consumo (101) a lo que nosotros añadimos el atractivo de la ironía y la sofisticación en la voz narradora del creador de Isidora Rufete.

Recordamos, pues, que todo ello tiene lugar en unas condiciones idóneas de difusión en cuanto a los discursos no literarios más destacados en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX: la medicina, la higiene pública y privada, la familia, la prostitución, la reglamentación urbana e incluso el derecho, tendrán a la mujer como sujeto principal de sus trabajos más difundidos y por ello también formarán parte importante del que ahora analizamos. Son de más que obligada lectura las obras de Pedro Felipe Monlau, algunas de las cuales se convirtieron en libros de cabecera y valiosas herramientas de consulta de médicos y padres. El más claro ejemplo de estas es la *Higiene del matrimonio o el libro de los casados* cuya edición más antigua data

de 1858 aunque se continuó editando en numerosas ocasiones dado su éxito¹¹. También destacan los textos: *Elementos de higiene privada* (1846) y *Elementos de higiene pública* (1847), en los que Monlau trata temas cargados de relevancia para las protagonistas de algunas de nuestras novelas más destacadas y que, además, sirvió de apoyo y referencia en la elaboración de la ley promulgada el 28 de noviembre de 1855 del Servicio General de Sanidad, en la que se establecen las Juntas de Sanidad en cuyo capítulo XVIII, artículo 98, se recoge la futura creación de secciones especiales de higiene pública¹² y que establece que «las leyes higiénicas a que estarán sujetas todas las poblaciones del reino, serán objeto de un reglamento especial, que publicará el Gobierno a la mayor brevedad, oyendo antes al Consejo de Sanidad».

Junto a Monlau, destacan otros muchos nombres, como Juan Giné i Partagás con su *Curso elemental de higiene privada y pública* (1871) quien a su vez prologara el hito que supuso la publicación del estudio realizado por su primo Prudencio Sereñana i Partagás, *La prostitución en la ciudad de Barcelona* (1882), que aborda en profundidad el fenómeno del comercio venal en esa ciudad y propone numerosas medidas paliativas y represivas al uso de la época, las cuales estudiaremos más adelante. Destaca también el pionero Federico Rubio y Galí algunas de cuyas reflexiones serán de apoyo para tratadistas como Benito Alcina y su *Tratado de higiene privada y pública* (1882). Como bien explican Maset Campos y Sáez Gómez, cobró un especial interés la

¹¹ Monlau, además de numerosas reediciones de sus obras más conocidas, también publicó manuales para la educación como *Nociones de Higiene doméstica y gobierno de la casa para uso de las escuelas de primera enseñanza de niñas* (1867) cuya primera edición data de 1860 o como las notas a la lección inaugural del curso de 1868 en la asignatura de "Estudios superiores de higiene pública y epidemiología" de 1868.

¹²<http://bib.us.es/derecho/servicios/commonLey_28_1855_ServicioGeneralDeSanidad.pdf>

publicación de estudios y topografías médicas, especialmente en la época isabelina, con el fin de interpretar el desencadenamiento de muchas enfermedades (2003: 25) con especial interés en el contagio venéreo, el cual llegó a ser considerado una temida epidemia, como estudiamos en nuestro segundo capítulo. Por este y otros motivos proliferaron las compilaciones, las traducciones y las adaptaciones de tratados y enciclopedias médicas, en su mayoría francesas; como la traducción que realizó Mariano Vela del *Tratado completo de higiene* (1843) de Charles Londe que constituye una importante referencia en el campo de la higiene; o el estudio sobre *El onanismo en la mujer*¹³ escrito por el doctor Thésée Pouillet y cuyo traductor, curiosamente, no figura en la edición española. La nómina es extensa; se añaden Ricardo Mayol¹⁴, Francisco Javier Santero¹⁵ o Antonio Rodríguez Guerra¹⁶ con obras sobre la higiene y el cuidado de la familia que enriquecen, sin lugar a dudas, nuestra lectura. No obstante esta lista no estará completa sin Amancio Peratoner quien, junto a Pedro Felipe Monlau, constituye uno de los divulgadores más prolíficos y de mayor éxito durante toda la segunda mitad del siglo. Títulos como *Los peligros del amor, de la lujuria y del libertinaje*¹⁷ (1892), *El mal de Venus: estudio médico-popular sobre las enfermedades venéreas y sifilíticas* (1881) y *La mujer*

¹³ Cuyo título completo es *Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del onanismo en la mujer (placeres ilícitos)*. Madrid, 1883.

¹⁴ *¿Quieres ser buen padre? ¿Quieres ser buena madre? Tratado popular de las nociones de filosofía, fisiología, higiene, pedagogía y jurisprudencia necesarias a los padres y tutores para la sana procreación, educación y administración de los hijos y menores*. Madrid, 1908.

¹⁵ *Elementos de higiene privada y pública*. Madrid, 1885.

¹⁶ *El conservador de la salud. Manual de higiene [sic] pública y privada*. Cádiz, 1846.

¹⁷ En la que refunde textos de su obra extractada de 1875 *Historia del libertinaje*, y además incluye fragmentos de otros autores célebres como Ambroise Tardieu.

*en la alcoba: estudio higiénico- fisiológico*¹⁸ (1893), son solo algunos de los que este tratadista y divulgador publicó en el último tercio del siglo XIX, con los que marcó en gran manera a muchos de sus colegas y que, como podremos estudiar, dejaron su impronta en la producción literaria y la imagen de la mujer plasmada en sus páginas. De este modo, todas estas obras, así como las lógicas referencias cruzadas que ellas mismas generan, se antojan indisociables del corpus literario propuesto en este trabajo ya que tanto los personajes literarios, como los narradores de las novelas analizadas, serán enfrentados a estos discursos médico-legales.

Los títulos citados conforman la producción no literaria de una etapa que recoge, en plena Restauración, gran cantidad de los frutos sembrados en años previos de mayor progresismo y que, pese a lo que podamos pensar al analizar muchos de estos textos, resultó decisiva en la modernización de la estructura sanitaria española. Y resultó decisiva por cuatro razones que Maset y Sáez (2003: 27-28) destacan en su trabajo sobre medicina y sociedad en España. La primera es porque la asimilación en la medicina española del paradigma bacteriológico difundido principalmente por Méndez Álvaro, centra las causas de la enfermedad en su propio foco –microscópico– y no en explicaciones exclusivamente dependientes del medio, el contagio y el tradicional miedo al miasma. Tal convicción ayudó a dirimir algunas batallas existentes entre contagionistas y anticontagionistas y se vio respaldada por la instauración de laboratorios, hasta el momento inexistentes. La segunda razón es porque se adopta un modelo funcional dependiente del aparato del

¹⁸ Refundición de la obra del mismo título del médico francés Agustín Galopin con extractos, también, de Jules Michelet, entre otros.

Estado y no de las aportaciones privadas y la caridad¹⁹. También tuvo su importancia, en tercer lugar, el hecho de la implantación y la regularización de estadísticas vitales y, la cuarta y última razón de esta modernización se debe al inicio de una visión reformista en políticas sociales.

Se trate de obras literarias o de textos médicos y legales, la mujer es el centro de las reflexiones morales y estéticas de una época en la que se busca acomodo al cada vez mayor protagonismo social femenino; en las calles, en el consumo familiar, como mano de obra barata en la producción industrial, y como piedra angular del sistema familiar liberal que, inmerso en tanto cambio social, incurre en numerosas contradicciones complicadas de justificar. Como acertadamente señala Bram Dijkstra en su erudito trabajo *Ídolos de perversidad* (1994), sobre la imagen –principalmente pictórica– de la mujer, el modelo femenino decimonónico al que se aspiraba y que imponía una esposa virtuosa, virgen y madre entregada, resultaba del todo inalcanzable ya que «Con toda la atención que los hombres del siglo XIX dedicaban a la virginal pureza de sus mujeres como garantía de su propio crédito espiritual [...] en un mundo de cruda necesidad económica, [...] debió convertirse con toda seguridad en una molestia» (19). La idea de Jules Michelet de que la mujer, desde la cuna, ya es madre y anhela la maternidad²⁰ empezaba a ser cada vez más complicada de mantener pese a los esfuerzos de las políticas educativas diseñadas para ello. Y, como consecuencia directa, el orden socio-moral en el que esta era ubicada bajo unas coordenadas determinadas, ya fuera madre, esposa, pía, joven

¹⁹ Se podría decir que hasta la creación de la Dirección General de Beneficencia y Sanidad en 1847 y sus posteriores reformas de 1867 y 1875, en España prácticamente no se había mejorado mucho en esta materia desde el Antiguo Régimen.

²⁰ Según Dijkstra, 1994: 18.

honesto o viuda intachable. Obviamente, en novelas como *La Prostituta*, *La Querida* o *Las ramerías de salón*, la fémica está del todo fuera de cualquiera de esas ubicaciones ideales y predeterminadas para ella; sin embargo, también en títulos como *La Desheredada*, *La de Bringas* o *Lo prohibido* la figura femenina se sale de los límites del orden-socio moral establecido para ella, es decir, el hogar, la familia, el matrimonio y la iglesia. A tenor de estos ejemplos escogidos a vuela pluma no podemos, en este punto, hacer caso omiso de que la saga de los Rougon-Macquart comienza con la pequeña Miette deseando empuñar un fusil como si fuera un hombre. Presa de la indignación que le producen las acusaciones sobre los delitos cometidos por su padre y que son arrojados burlescamente sobre ella, se queja: «No importa –continuó la muchacha– quisiera ser hombre y poder así disparar con el fusil. Creo que me consolaría»²¹. Esta pequeña fierrecilla enamorada confiesa sus deseos «de ser mala» (1965: 37-38); así la primera mujer retratada de toda aquella saga aparece ya cruzando los límites establecidos y deseando ocupar un lugar que no le corresponde.

Pese a estudiar la manera en que la figura femenina es representada en los discursos literarios y no literarios y también el modo en que ello refleja la adecuación o no de esta al orden socio-moral imperante en la segunda mitad del siglo, no pretendemos llevar a cabo una historia de las mujeres o un estudio de género *stricto sensu*. Ahora bien, nuestro trabajo buscará el 'cómo' antes que el 'por qué' en la importancia que la mujer adquiere en la novela decimonónica en España en sus estéticas naturalistas y en sus discursos médico-higiénicos; pero ello no nos privará de emplear el género como

²¹ *La fortuna de los Rougon*, 1965: 38.

categoría esclarecedora de análisis y útil en muchos casos. El género, como «elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos» (Scott, 2011: 44), servirá de lente de aumento para observar la creación y el tratamiento literarios de la mujer, al tiempo que nos ayudará en tanto que constituye una «forma primaria de poder» (44) que posee sus propios símbolos y mitos –nuevamente el mito como forma cultural– de los cuales derivan los conceptos normativos presentes en la producción no literaria que aquí abordamos. Scott añade a su definición de género las instituciones derivadas de esas relaciones sociales de género y por último la identidad (45); a las que nosotros, a su vez, adherimos ciertas prácticas sociales concretas, como la seducción. Esta es una práctica atribuida únicamente a la mujer que, bajo la óptica de género, podremos desentrañar en su doble vertiente: como maniobra social y como estrategia literaria, pues como bien aventura Jean Baudrillard «la seducción es siempre más singular y más sublime que el sexo y es a ella a la que atribuimos el máximo precio» (2005: 20).

Nosotros hablaremos de las representaciones de la mujer desviada en tanto que se sale de los imperativos del orden socio-moral decimonónico, otorgando inusitada importancia a las prácticas sociales, pues en ellas radica la identidad; una identidad que, a su vez, debe ser ratificada por dichas prácticas: la indumentaria, las instituciones como el matrimonio, o los rituales como el cortejo son algunas de ellas, las cuales resultan más fácilmente identificables y verificables en sociedad puesto que es esta nueva dimensión, la social, la que se convierte en una cuestión de Estado en toda Europa a raíz de las desigualdades provocadas por la industrialización masiva. Por el contrario, en

la esfera privada es donde esa identidad y las prácticas asociadas a ella son incontrolables, mucho más complicadas de reconocer y de rastrear. La vida íntima, la que discurre en el interior del hogar, en la alcoba, en el baño o en el gabinete, está al margen de la norma y a merced del deseo, lo cual la torna en potencialmente peligrosa por hallarse fuera de los mecanismos de control de los que la sociedad liberal decimonónica –especialmente durante la Restauración– se había dotado: la familia, la iglesia, la confesión, etc. La mujer desviada, aquella cuya conducta sexual se aparta de los modelos establecidos, se convierte en el campo de batalla al que la higiene pública y todo su aparato discursivo intentará aplicar su disciplina de Estado; una profilaxis escindida entre la moralidad individual celosamente vigilada y adoctrinada y la salud nacional, a la vez bien último colectivo y meta del progreso nacional. Se trata de un proceso paradójicamente inverso a la exhibición de los espacios privados en la literatura y la mostración de todo aquello que el estado trata de ocultar y que, a la postre, convierten a la mujer –especialmente la de conducta desviada de la norma en nuestro caso– en una categoría útil para la «construcción patriarcal de las relaciones de género»²² (Sánchez, 2008: 80) y sobre la manera en que esas relaciones son llevadas a los discursos médico-higiénico y literario.

Una vez fijados los conceptos de carne y mito, mediante los cuales podremos releer la creación y la representación de la mujer desviada en la producción literaria y médica, y descritas las maniobras empleadas en ellos con arreglo a la esfera de la vida privada y de la vida pública, la pregunta que

²² También Helena González Fernández en sus reflexiones sobre identidad femenina, aunque circunscrito al ámbito geográfico de las letras gallegas, cuestiona coherentemente la manera de realizar «homogeneización de identidades emergentes» en *Género y nación* (2009: 64).

guía nuestro trabajo debe centrarse justamente en ese tránsito hacia lo público. En el tercer capítulo tendremos ocasión de avistar el horizonte hacia el que apuntan las normativas y tratados médico-higiénicos atendiendo al rumbo que, consecuentemente, puede tomar la narrativa de nuestros autores: el degeneracionismo.

Como es bien sabido, toda época cercana a ciertas alteraciones bruscas, como un cambio de siglo, adolece de sus propios miedos y fantasmas –no podemos olvidar el no tan lejano miedo al 'efecto 2000' que vaticinaba un caos informático global– y el cambio que tuvo lugar del siglo XIX al XX no es ninguna excepción. El miedo degeneracionista será una realidad presente en la sociedad finisecular decimonónica en busca de una explicación a sus constantes alteraciones, las cuales reflejará de manera muy acusada la novela naturalista, apoyada en los preceptos científicos que le interesan. El propio Benito Pérez Galdós en su discurso de ingreso a la Real Academia Española en 1897, *La sociedad presente como materia novelable*, cuando trata de aproximarse a la sociedad española del momento, expresa la inquietud propia de los tiempos de cambio

Examinando las condiciones del medio social en que vivimos como generador de la obra literaria, lo primero que se advierte en la muchedumbre a que pertenecemos es la relajación de todo principio de unidad. Las grandes y potentes energías de cohesión social no son ya lo que fueron; ni es tan fácil prever qué fuerzas sustituirán a las perdidas en la dirección y gobierno de la familia humana. (2004: 108)

Esta reflexión sobre el momento presente y el futuro acerca de lo que el novelista canario llama «la familia humana» destila una notoria incertidumbre. La sociedad concebida como familia humana es un concepto que, más allá del ideal universal de familia promulgado por la religión, entronca en su vertiente más social y urbana con las ideas del degeneracionismo. Esta teoría, cuyo primo lejano puede ser hallado en el Maltusianismo de finales del siglo XVIII²³, alcanzó una gran difusión y una notable aceptación en toda Europa. La razón de ello está estrechamente ligada a la publicación de la obra de Bénédicte Augustin Morel *Tratado de las degeneraciones físicas, intelectuales y morales de la especie humana (y de las causas que producen estas variedades de enfermedades)*²⁴ en 1857 y su reedición en numerosas ocasiones por todo el continente a lo largo del siglo, dada su destacada influencia. Basado en la metáfora del cuerpo individual y el cuerpo social, el degeneracionismo comienza a dar explicación a fenómenos médicos y sociales que hasta ese momento carecían de ella mediante un ejercicio de doble aproximación: fisiológica y médica por un lado, y moral por el otro. El gozne en el que encajarán ambas explicaciones no es otro que las ideas sobre la herencia natural promulgadas por Prosper Lucas²⁵ –quien a su vez influiría de manera decisiva en los estudios de Charles Darwin– las cuales ayudan a explicar «la heredabilidad no solo de rasgos físicos sino también psíquicos y

²³ Es clásico el libro fundacional de esta teoría de T.R. Malthus *Ensayo sobre el principio de la población*, Madrid: Establecimiento Literario y Tipográfico D. Lucas González y Cía, 1846.

²⁴ La traducción es nuestra.

²⁵ Lucas, Prosper. *Traité philosophique et physiologique de l'hérédité Naturelle dans les états de santé et de maladie du système nerveux*, París: J. B. Bailliére. (1847-1850) 2 Vols.

morales, así como la propia génesis de la enfermedad mental», como acertadamente apunta Rafael Huertas (1987: 31).

Se implanta, de este modo, una etiología práctica y lo suficientemente amplia como para abarcar cualquier dolencia sin importar su índole y, además, queda expedito el camino para la identificación entre la ley natural y la ley social con miras a la redefinición de la normalidad. Es decir, aparece una nueva herramienta de análisis y de control sobre los sujetos y sus prácticas que con el fin de preservar la salud del cuerpo social –de la familia humana– está legitimada para penetrar en la vida privada, para observar y para sanar el cuerpo individual, física y moralmente.

Así, las palabras de Pérez Galdós citadas más arriba adquieren nuevos matices si tenemos en cuenta el discurso degeneracionista, el miedo al empobrecimiento de la raza, la constante y omnipresente presencia de lo público en lo privado y viceversa, o los nuevos paradigmas de la normalidad que llegan blandiendo la autoridad científica en un mano y el interés social en la otra. Es el discurso de lo desviado, con la mujer en el centro de sus disquisiciones y de sus teorías, el mecanismo empleado para establecer el patrón de lo correcto e imponer ciertas formas de organización – eminentemente burguesas– en un afán de descripción de la cambiante realidad, presente tanto en el discurso literario y sus mitos como en los discursos no literarios y su carne. Ambos forman parte de un proyecto de construcción social que, al narrar esa sociedad como hacen nuestros novelistas, contribuye a ordenarla, a intentar controlarla. Todos ellos son relatos que, siguiendo las acertadas valoraciones de la profesora Jo Labanyi «it is also worth noting that what was described was not the 'normal' but that which was

construed as 'abnormal' (2000: 65), justo el lugar en el que están situados los personajes de López Bago o Pérez Galdós pues «the incidence of adultery, prostitution, or crime in the realist novel is an index not of its occurrence but of the anxiety it caused» (65). Esa sociedad, que trazaba los mapas de sus ciudades en pleno crecimiento, era la misma sociedad ansiosa que anhela clasificar y ubicar todo comportamiento ya sea íntimo o social, privado o público.

La relevancia de estas ideas radica en la ansiedad producida por los fenómenos incontrolables como la enfermedad o la prostitución que amenazan el espíritu de progreso y de construcción nacional el cual depende directamente de lo que ocurre en la ahora tan importante esfera de lo social. Este ámbito, convertido en una cuestión nacional, es construido –según Labanyi (85) y de manera muy aguda– como un espacio femenino, ya que se convirtió en la extensión pública de la ideología de la domesticidad cuyos valores orientados a las clases trabajadoras se venían promulgando desde numerosos estamentos²⁶. Nuevamente nos hallamos en ese tránsito de lo privado a lo público que resulta tan resbaladizo y que se antoja plagado de amenazas constantes para la sociedad, el país, el futuro y en definitiva, el orden burgués que trata de obviar la existencia de clases hablando de lo social, en neutro. En ese orden, además, no se conciben diferencias entre las mujeres; y como apunta Bridget A. Aldaraca «la materialidad del deseo sexual no existe en la mujer normal» (1992: 16) por lo que, toda aquella que posea, muestre o incluso disfrute de vida sexual es automáticamente ubicada dentro de la

²⁶ El ejemplo más notable de este reformismo burgués es la revista *El ángel del hogar* editado bajo la dirección de Pilar Sinués de Marco a partir de 1865.

conducta desviada, de lo anormal. Esta mujer es la que pone en peligro a la familia humana, la que no posee vocación maternal ni se somete a la norma burguesa y patriarcal de comportamiento. Sobre esta figura, madre y educadora fallida de los hombres del mañana, colocan sus lentes y concentran sus esfuerzos las publicaciones pedagógicas y médico-higiénicas, carne estudiada y vigilada desde la educación elemental hasta el matrimonio. Respondería, todo ello, a lo que Michel Foucault llama «policía del sexo» y que se gesta durante el siglo XVIII no como rigor prohibitivo sino como «la necesidad de reglamentar el sexo mediante discursos útiles y públicos» (2005: 25). Asistimos, pues, a la propagación de una *Scientia sexualis*, siempre subordinada a los intereses de la moral dominante mediante una norma médica que, como el propio Foucault desgrana, se caracterizaba como «instancia soberana de los imperativos de la higiene, uniendo los viejos temores al mal venéreo con los temas nuevos de la asepsia, los grandes mitos evolucionistas con las recientes instituciones de salud pública» (56). Todo ello, además, llevando a cabo un ejercicio aglutinador de control y análisis con el fin de «asegurar el vigor físico y la limpieza moral del cuerpo social –nuevamente la familia humana– que prometía eliminar a los titulares de taras, a los degenerados y a las poblaciones bastardeadas» (56).

Es desde esta perspectiva como quedan perfectamente enmarcadas las palabras de Pérez Galdós sobre el inquietante futuro de la familia humana; y a la vez podemos comprobar cuán abonado se encuentra el terreno literario galdosiano del que germinan obras como la tetralogía de las novelas de Torquemada. La primera de estas novelas, *Torquemada en la hoguera*, inaugura

en 1889 la historia de este avaro y enfermizo²⁷ prestamista, a quien ya conocíamos por sus negocios pecuniarios con doña Lupe *la de los Pavos en Fortunata y Jacinta* (1887), como el propio Galdós nos cuenta en esta primera entrega (2008: 57). Sigue a ese título *Torquemada en la cruz* (1893) y, un año después, cierran la tetralogía *Torquemada en el Purgatorio* y *Torquemada y San Pedro*. A lo largo de esta interesante serie el lector podrá seguir al peculiar personaje en sus turbios negocios y en lo que para nuestro trabajo es más importante: su no menos turbia vida familiar. La atípica muerte de la primera esposa²⁸ del prestamista, que solo dejó como descendencia a Rufinita, primogénita enfermiza, y al hijo menor -cuyo fallecimiento prematuro se unió al del resto de la prole en un periodo de diez años- (2008: 53), se unen a los notables signos de histeria de su segunda esposa, Fidela. Esta será la madre de otro hijo más, llamado Valentín como el primero, quien posee unos rasgos físicos más que sorprendentes, pues como el propio narrador destaca, tras su primera enfermedad

El crecimiento de la cabeza se inició antes de los dos años, y poco después la longitud de las orejas y la torcedura de las piernas, con la repugnancia a mantenerse derecho sobre ellas. Los ojos quedáronsele diminutos [...] y fríos, parados, [...] El pelo era lacio y de color enfermizo, como barbas de maíz (471).

²⁷ Ya desde ese primer momento, se resalta en su presentación que Torquemada tenía cierto «color bilioso» (2008: 57).

²⁸ Doña Silvia fallece por causa del llamado cólico miserere estudiado en el último capítulo de este trabajo.

Esta criatura es solo la punta de un iceberg cuyo calado llega a las profundidades más oscuras del miedo degeneracionista, de las teorías hereditarias anteriormente referidas y de todo un aparato narrativo y científico que nos dará las claves para extraer de estas extraordinarias novelas de Pérez Galdós una lectura que encierra nuevos relieves. Nos enfrentamos a un giro narrativo marcado no solo por la mera creación literaria del momento, sino que se ayuda de la producción relativa al conjunto de esa esfera ahora tan presente -la social- feminizada y profusamente vigilada. Ciertamente ese viraje viene de la mano del estatus privilegiado de la literatura como forma aglutinadora de otras disciplinas y conocimientos más abstractos o menos accesibles como la filosofía, la psicología, la historia y las ciencias experimentales, dando lugar a la innegable ligazón con el discurso degeneracionista presente tanto en las novelas de Torquemada como en *Lo prohibido* (1885), así como en algunos episodios de la creación de López Bago.

No podemos olvidar que antes de los hijos de don Francisco Torquemada encontraremos a *Riquín*, el hijo de Isidora Rufete, a quien se describe como «monstruoso» y «macrocéfalo» (2007: 209), y cuyo abuelo abre la novela en un manicomio y su madre la cierra como buscona anónima por las calles de Madrid. Pero no nos llevemos a engaño por el historial clínico de los Rufete o por su origen humilde y callejero. Entre la extensa nómina de personajes galdosianos también podemos encontrar otros de buen nombre y reconocido origen que sufren algunas curiosas enfermedades que tendremos ocasión de estudiar. Un año después de la publicación de la historia de Isidora Rufete, Pérez Galdós saca a la luz una novela quizá no tan estudiada como se esperaría de una de sus obras más reveladoras sobre la sociedad

decimonónica: *Lo Prohibido* (1885). En ella, mediante un personaje narrador con claros tintes subjetivos que parecen alejarnos de los principios realistas, el novelista grancanario nos sumerge de lleno y muy sutilmente en el seno de la familia de los Bueno de Guzmán. Tanto su peculiar personaje narrador en primera persona, José María, como sus primas y otros miembros y ancestros, sufren de alguna patología cuyos síntomas nos traen, una vez más, ecos de las teorías degeneracionistas. Desórdenes nerviosos, ansiedades, miedos profundos e hipocondrías son una pequeña muestra de las afecciones que el protagonista confiesa al lector nada más comenzar la novela (2008: 32), todos ellos calificados como «el mal del siglo» por su tío Rafael (32-33) quien, además, recalca el carácter hereditario de estos desórdenes con estas palabras: «Recorre la historia de la familia en los individuos más cercanos, y verás como hay en ella una singularidad constitutiva que viene reproduciéndose de generación en generación» (33). Pero si resultan reveladoras estas afirmaciones por parte de don Rafael no lo es menos que solo siete años más tarde viera la luz en España *El mal del siglo* (1892) de Max Nordau²⁹. Este escritor y crítico social, destacado líder del movimiento sionista, fue más recordado por otros dos de sus obras, *Degeneración* (1892)³⁰ y *Las mentiras convencionales de nuestra civilización* (1897) que abordaremos, con mayor detenimiento, en el estudio de las teorías e influencias degeneracionistas sobre la novela decimonónica. No obstante, no resulta ni mucho menos azarosa la relación entre el citado comentario de don Rafael a su sobrino José María y el título de la obra de

²⁹ Nordau, M. *El Mal del siglo: novela*. Valencia: Fernández y Lasanta, 1892. Traducida por Nicolás Salmerón y García y originalmente publicada en 1887.

³⁰ Publicada en Madrid cuya reedición moderna en facsímil citaremos en este trabajo.

Nordau -*El mal del siglo* (1892)³¹- pues es esta una novela con pretensiones históricas, plagada de drama, en la que el protagonista y la trama son meras excusas para presentar ideas casi programáticas de una visión del mundo - pesimista y ansiosa a partes iguales- con respecto a la vida moderna. En ella el autor nacido en Budapest nos brinda inusitadas pasiones, mujeres que pierden la cordura o criadas alcohólicas, y se filtrará por sus páginas el determinismo más crudo: «La conclusión de todo esto es que vuestro yugo os es impuesto no por los hombres, sino por la naturaleza; la vida es dura y penosa; ninguna ley, ninguna organización política o social puede cambiarla» -dice el protagonista (1892: 188-189) en una de sus diatribas-. Max Nordau abona así un terreno discursivo cuyas arenas habían sido ya movidas por la polémica entre el positivismo y la tradición española, más aferrada a la moral e incapaz de desembarazarse por completo de todo anclaje metafísico. Se trata, como José Luis Abellán apunta con agudeza, de un momento en el que se pretende «aunar la especulación y la experiencia, superando, por un lado, el antiguo trascendentalismo metafísico y por otro, la estrechez del positivismo contemporáneo» (1988: 91). El mal del siglo aparece en este contexto como uno de esos fantasmas propios de toda época de cambios sociales, económicos, culturales y hasta de centuria,³² que sirve para atraer a la superficie los miedos y ansiedades que, pese a ser profundos, no son menos comunes. Así lo demuestra Guillermo, el personaje principal de la novela de Nordau dejando

³¹ No es esta la única novela del escritor nacido en Hungría pues también publicó *Matrimonios morganáticos*, que vio la luz en Valencia en 1902 traducida y prologada por Rafael Cansinos-Assens, autor de *Alma Carne* (1923).

³² A tenor de esta idea no resulta baladí que el título del libro primero de *Degeneración* (1902) de M. Nordau se titule "Fin de siglo".

escapar el pesimismo social y el pavor malthusianista en las siguientes palabras:

Vosotros hijos del XIX, no creéis en el pecado original, pero atribuíis vuestros sufrimientos al sistema de explotación y a las injusticias de nuestras instituciones; [...] el sufrimiento y la muerte son las condiciones de nuestra existencia; no podemos salir de ahí; si por cualquier milagro obtuvierais la felicidad que reclamáis, es decir, una vida poco ocupada, exenta de sufrimientos y llena de goces, ¿sabéis lo que sucedería? Os multiplicaríais de tal manera, que al cabo de una o dos generaciones el espacio y el pan os serían tan parsimoniosamente medidos como hoy; (1892: 189).

Miedo a los cambios sociales vertiginosos, crecimiento de la población proletaria, ansiedad e hipocondría, herencia de la enfermedad, empobrecimiento de la raza, degeneracionismo en definitiva; todos ellos son mimbres de un entramado al que la novela decimonónica no es ajena. Además de los ejemplos ya comentados de Pérez Galdós, autores como Sánchez Seña y el propio López Bago también dejan entrever desde su novelística, más combativa que la del canario, la manera en que las ideas degeneracionistas permean sus obras. Todo ello cuaja en un determinismo fisiológico del que los personajes no pueden escapar. No se llega a la muerte de Naná por puro azar literario, antes bien, la espantosa muerte de la hija de Gervaise, que constituye una de las páginas más representativas de toda la novela naturalista y de la obra de Zola (2001: 566), está fuertemente ligada por el determinismo a la vida de esta, quien acaba sus días como alcohólica y buscona por las calles de París en *La taberna* (1998: 481-482). Del mismo modo, Gervaise es también hija de

una mujer alcohólica en *La fortuna de los Rougon*³³ y concebida en el fragor de una borrachera (1965: 162).

En todos los ejemplos citados y los que podremos desgranar en la tercera parte de este trabajo, hombres, mujeres, obreros o burgueses, están sujetos al biologicismo imperante de los discursos científicos, llegando, de manos de las ideas degeneracionistas, a posiciones más deterministas, siempre dictadas por unas leyes naturales de las que la novela intenta dar cuenta. El siguiente paso será averiguar los porqués y las maneras de todo ello en un enjambre de teorías que chocan con el libre albedrío, tan arraigado en la cultura católica española. Esto, como no podía ser de otro modo, entrará en abierto conflicto con los discursos criminológicos y alienistas llegados de Europa que convierten al alcohólico, al menesteroso, al loco y a la prostituta en enfermos y en amenazas contra el orden social. Por exceder los límites de este estudio no será posible abarcar la figura del delincuente y los discursos, siempre latentes, de la denominada nueva escuela o criminología positivista que abanderó Cesare Lombroso³⁴ junto a Enrico Ferri y Rafael Garofalo cuyos trabajos se desprenden de las ideas degeneracionistas.

La existencia de nuevas corrientes de pensamiento científico y médico-higiénico, la crítica social, la moral, la criminología o las reformas penales y judiciales se suceden y sobreponen unas a otras en un siglo XIX trepidante en lo social y convulso en lo político en España; pero la producción novelística no será la única muestra de ello. Como bien postula la profesora Wada Ríos-Font

³³ Publicada originalmente en 1871.

³⁴ Cabe reseñar que el famoso tratadista y criminólogo italiano será el destinatario de la dedicatoria y el prólogo de *Fin de siglo* (1893) de M. Nordau quien agradece a C. Lombroso sus trabajos y la inspiración para los suyos.

en su brillante trabajo sobre la investigación literaria en los siglos XIX y XX, *The Canon and the Archive* (2004), «studying literature involves reconstructing, historically when necessary, the multiple variables forming part of the conditions of production and consumption of any given work» (27), dejando constancia de las condiciones ideales de reconstrucción histórica y documental que la literatura exige en su estudio. Dado que por razones obvias de extensión no es posible consignar y analizar todo el corpus documental – literario o no literario, canónico o no canónico– en una serie fluida y relacional (29) que rodea a las obras literarias propuestas, reproduciremos, finalmente, algunos documentos en un breve apéndice con el fin de ilustrar algunos de los títulos y autores en contacto con la creación literaria que aquí estudiamos.

Servirán de apoyo visual a este trabajo: reglamentos urbanos, tratados de higiene pública y privada, conferencias, ensayos y publicaciones periódicas de corte científico entre las cuales destacamos, a vuela pluma, el *Repertorio médico extranjero*, *El siglo médico*³⁵ o *Revista de sanidad Militar*. Este tipo de publicaciones, que Elisa Martí-López deja de lado en su interesante análisis de las condiciones del mercado en la literatura periférica decimonónica³⁶, forman un importante sustrato para la creación naturalista ya que para sus autores la novela es y debe ser una fuente de conocimiento. Asimismo tendrán cabida ilustraciones de la época, de artistas y medios conocidos, e incluso anuncios

³⁵ Que se acabaría fusionando con la *Gaceta médica* y con el *Boletín de medicina, cirugía y farmacia*. También absorbió a *El genio médico*, y fue continuada por la *Semana médica española* dando lugar al *Boletín de cirugía, medicina y farmacia* fundado en 1834, de la que Méndez Álvaro fue codirector y copropietario.

³⁶ En *Borrowed Words* (2002: 43) se ciñe a la traducción y la imitación como formas de producción novelística en el mercado periférico español.

editoriales que aportarán una nota siempre valiosa y singular de carácter extraliterario.

*En la escena espontánea de la calle
yo soy a la vez espectáculo y espectador,
y a veces, también, actor*

*La revolución urbana
Henri Lefbvre*

¡Que suba el telón! Comienza el espectáculo

La mujer del siglo XIX como sujeto social que revoluciona los discursos literarios y no literarios, la que hemos dado en llamar carne y que forja el mito en la novela del Naturalismo y del Naturalismo radical, no deja de ser una representación. Sin importar el texto de que se trate, siempre se eligen y se omiten detalles, se narra desde un punto de vista determinado por el fin último del propio discurso y, como si de una descripción se tratase, en la mayoría de las ocasiones podemos aplicar los seis principios que John W. Kronik magistralmente desgranó en su estudio sobre la descripción realista (1988)³⁷. Nos encontraremos, siempre, una creación mediada que apunta hacia sí misma y que, además de atenerse a cierta ordenación narrativa, aglutina una realidad tanto material como discursiva que, lejos de oponerse entre ellas, se complementan. Ya sea de manera concisa y detallista o más difusa y general, nos enfrentamos a una literatura capaz de condensar numerosos discursos complementarios que reducen considerablemente la distancia entre emisor y receptor y por ende, entre lo público y lo privado. Si Baudrillard habla del éxtasis comunicativo de la televisión y sus noticieros globales y simultáneos,

³⁷ Kronik, John W. "La danza de las basuras: La poética descripción y el arte realista." *Insula: Revista de Letras y Ciencias Humanas*. Vol.43. Núm. 502, 1988, págs. 1-2.

nosotros podremos hablar, análogamente –obviando, claro está, la brecha cronológica existente– de un éxtasis representativo que toma a la figura femenina como centro de su creación y su debate, y la torna en espectáculo.

No existe una imagen de un espectáculo más reveladora en la novela decimonónica que la aparición del personaje Naná al principio de la novela homónima publicada por Émile Zola en 1880. Naná es presentada de una manera que todo aquel que haya recorrido sus páginas jamás olvida, pues el narrador, muy sagazmente, va revelando pequeños detalles sobre este anhelado personaje a medida que discurren las líneas de este capítulo inicial. En genial doble juego de metalectura, comenzamos a saber de la existencia de Naná porque en el vestíbulo del teatro «lucían violentamente grandes carteles amarillos, con el nombre de Naná en gruesas letras negras. Algunos señores, como atraídos al pasar, los leían;» (2001: 70); para luego escuchar de boca de los personajes nuevas especulaciones tales como: «Tengo que conocer a su Naná, antes de hablar de ella...» (71). La tensión y las expectativas narrativas van en aumento, pues se nos dice que Naná tiene algo diferente al resto de las actrices, que posee «otra cosa que lo suple todo» (72), mientras su nombre no para de aparecer ante los ojos del lector. El narrador zolesco maneja con maestría el tempo de la incógnita que la joven actriz va generando en los personajes al tiempo que bulle en la mente de los lectores

Ante ellos [...] se estrujaba una larga cola de gente de la que surgía una confusión de voces en la que resonaba el nombre de Naná con la armoniosa vivacidad de sus dos sílabas. Los hombres que se paraban delante de los carteles, lo deletreaban en voz alta; otros lo

pronunciaban, al pasar, con acento de interrogación, en tanto que las mujeres, inquietas y sonrientes, lo repetían suavemente, con aire de sorpresa. Nadie conocía a Naná. ¿De dónde se había caído? [...] Este nombre, este diminutivo, cuya familiaridad sentaba bien en todos los labios, era como una caricia (75).

El espectáculo teatral se desarrolla con la normalidad habitual, y así nos lo revela el narrador pasando de escena en escena, de cuadro en cuadro y de palco en palco, registrando tanto los movimientos sobre las tablas como los que tienen lugar entre los personajes del público en una nueva maniobra de inclusión del lector en la narración. Llegamos así al momento en que el verdadero espectáculo tiene lugar sobre el escenario. Naná aparece desnuda ante toda la audiencia

Un estremecimiento recorrió la sala. Naná estaba desnuda; desnuda, sí, con una tranquila audacia, segura de la omnipotencia de su carne. Una sencilla gasa la envolvía; sus hombros redondos, su seno de amazona, cuyos sonrosados pezones se mantenían erguidos y rígidos como puntas de lanza, sus anchas caderas que se movían en voluptuoso balanceo, sus muslos de rubia gruesa, todo su cuerpo se adivinaba (100).

Esta mujer, visible en toda su desnudez y mostrada sin pudor, es fragmentada por la voz narradora, pechos, muslos, senos, en un intento de aprehender la imagen de lo que no solo es transgresor sino perturbador. Naná, la mujer capaz de influir en destinos y fortunas del París del Segundo Imperio,

es presentada como un cuerpo, mera carne expuesta cuyo lector espectador queda subyugado ante su contemplación

No hubo aplausos, nadie reía; los rostros de los hombres, serios, se estiraban hacia adelante, con la nariz afilada, la boca irritada, sin saliva. [...] De repente, en la niña buena se erguía la mujer, alarmante, aportando el arrebatado de locura de su sexo, descubriendo lo desconocido del deseo. Naná sonreía siempre, pero con una vaga sonrisa de devoradora de hombres (100).

El precio de este espectáculo, de poder mirar la escena y contemplar la desnudez del cuerpo femenino, es pagado de inmediato pues «Naná se había ido enseñoreando del público, y en aquel momento todos los hombres sufrían su dominación» (102). Se trata de un poder especial otorgado por el mecanismo del deseo que ella prendía con cualquiera de sus gestos.

El comienzo de esta obra de Émile Zola nos convierte en testigos y partícipes de una cierta economía de las posiciones entre el que mira y el que es mirado (Pendergast, 1995: 5). Pero lejos de tratarse de un acto de voyeurismo, nos hallamos inmersos en un triángulo de ópticas que no solo implica al narrador y al lector espectador sino a las miradas fijadas en lo que podremos constatar más adelante como el espectáculo del cuerpo femenino, el cual llegará a ser una constante en la novela naturalista. La imagen de la mujer, narrada y –como veremos más adelante– retratada, responderá directamente a las motivaciones de la mirada masculina que Lou Charnon-Deutsch analiza minuciosamente y certeramente y que engloban maniobras como la obtención de placer directo, la autoafirmación y la información sobre la diferencia, así como

la neutralización de la amenaza femenina a la sexualidad masculina (2010: 133)³⁸.

Como contrapunto a la exhibición impúdica y abierta de la archifamosa Naná, cabe traer a colación el caso opuesto a esta: el espectáculo de la mujer invisible³⁹, que fascinó al público de ambos sexos en ciudades y ferias de toda Francia. Esta nueva maniobra de exhibición es, en realidad, todo lo contrario: se trata esencialmente de una ocultación. En ella el visitante, previo pago de una entrada, es introducido en una habitación completamente iluminada y sin muebles o decoración alguna, de cuyo techo pende una esfera de cristal visible desde todos los ángulos, y que tiene instaladas en sus cuatro esquinas unas trompetillas⁴⁰ que permitían oír la voz y los suspiros de una mujer. Esta mujer permanece oculta en todo momento y se desconoce por completo su ubicación. El hecho más sorprendente de todo el espectáculo es que la voz femenina es capaz de interactuar con el visitante, de comentar la apariencia de este y describir los objetos que porta; más aún, puede responder a sus preguntas con total coherencia. Lo realmente llamativo de 'la mujer invisible' es que muestra lo invisible (Matlock, 1996 b: 175) y provoca la admiración por lo oculto. El deseo se hace patente en la ausencia, o más exactamente, en la mera presencia de la voz, la verdadera y única experiencia que el visitante podía percibir.

³⁸ La traducción es nuestra. *Fictions of the Feminine in the Nineteenth-Century Spanish Press*. Pennsylvania University Press.

³⁹ Jann Matlock documenta y analiza este fenómeno con gran agudeza crítica en sus trabajos, ambos de 1996, "Reading Invisibility" (a) y "The Invisible Woman and Her Secrets Unveiled" (b) que tratan con detenimiento estos y otros fenómenos culturales apoyados en las innovaciones técnicas de principios del siglo XIX.

⁴⁰ El número y disposición de las trompetillas podía variar según la atracción.

Esta imagen (*figura 1*) pertenece a un panfleto que proclamaba haber descubierto el mecanismo oculto del espectáculo de la mujer invisible⁴¹. Al pie, un pequeño texto apoya la explicación gráfica: "La mujer invisible y su secreto desvelado".

El curioso pregunta: Françoise, ¿que tengo en mi mano? y la mujer oculta, tras haber mirado a través de un «pequeño judas» (cierta abertura perforada al efecto)

responde: –un bastón curvado. A lo que todos los espectadores exclaman: –¡Es incomprendible!⁴²

El espectáculo, que causó revuelo en la prensa y cuyo atractivo se prolongó casi durante tres décadas (1996b: 177), es todo lo opuesto a la exhibición leída en *Naná*, pero genera el mismo efecto en aquel que lo experimenta: deseo.

Sea en presencia o en ausencia, el cuerpo femenino se torna espectáculo; y la literatura del siglo diecinueve, en especial la novela, se ocupa del cuerpo de la mujer en tanto que escapa a su control, como esta analogía más arriba descrita deja bien a las claras. En medio de una economía de las posiciones, de los espacios y por ende, de las ópticas, asistimos como lectores a la obsesión de

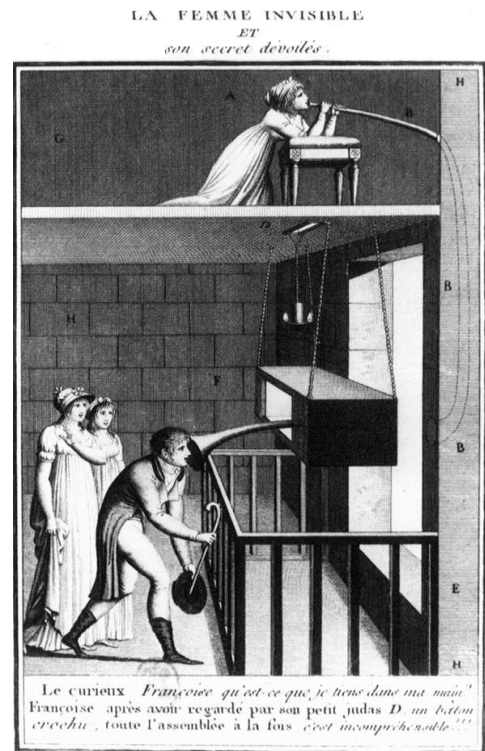


Fig.1

⁴¹ Ilustración tomada de Matlock (1996 a: 185).

⁴² La traducción es nuestra.

la novela y de la literatura higiénica en la producción de una especie de régimen de conocimiento del cuerpo como si se tratara de un trueque constante en el que lo conocido y lo desconocido se complementan.

Leer y mirar: deseo, seducción y mercado

La obra entera de Émile Zola, la tetralogía de Eduardo López Bago y algunas creaciones de Benito Pérez Galdós difieren en las maneras de contar y en la intensidad naturalista de lo expresado; pero ello no es óbice para que compartan la misma ansiedad sobre el mirar. Tanto la narración cautelosa de unos como el espíritu radical de otros se valen del mismo miedo a ver y mostrar demasiado, como bien ilustran los primeros juicios levantados contra obras realistas en los que se llegó a la conclusión, documentada por Jann Matlock (1995), de que «certain kinds of texts were dangerous and that they could, indeed, seduce» (33). Nuevamente la seducción aparece como amenaza desestabilizadora tanto para el lector como para el espectador, de suerte que logra incluso modificar las narraciones. El crítico italiano Pietro Citati hace notar la manera en que Emma Bovary subyuga a la voz de la narración haciéndola perder la perspectiva omnisciente sobre ella pues «pierde la distancia, y casi la autonomía con respecto al personaje: la mira, la abraza, se inclina dulce y suavemente sobre ella, compartiendo sin reservas lo que piensa» (2006: 347), quizá debido a que la protagonista de Gustave Flaubert es la reina de las miradas.

Deseo y espectáculo, dos manifestaciones que se erigen esenciales desde los albores de los relatos y las prácticas realistas y naturalistas, ya se

encuentran inoculados en la sociedad decimonónica aunque su visibilidad fluctúe según el momento, el texto y su narrador. Ambas constantes articulan la construcción y la exhibición de las mujeres de las novelas del Naturalismo radical. La novela, como voz divulgadora de la ciencia, se valdrá del lupanar y de las mujeres que lo habitan así como de los hombres que lo visitan, para representar lo que la especialista en el Naturalismo radical, Pura Fernández, define como representación de

la sexualidad femenina desviada y la alteración del orden social: el contradictorio discurso de la moral sexual burguesa a merced de la fatídica, impredecible y arrolladora fuerza del deseo, el gran misterio, el incontrolado y poliédrico furor desatado sobre los cuerpos de las prostitutas, sobre todos los modelos que escapan al patrón de la mujer honesta y virtuosa (2008: 125).

El deseo trasciende, en primera instancia, las páginas realistas y naturalistas en un juego de exhibición y ocultación que los narradores como López Bago manejan a su antojo con el fin de producir sujetos deseantes y conectar con ellos mediante lo que presumimos como una clara consciencia sobre el lector de sus obras. En este punto es necesario recalcar que esta literatura de marcado signo naturalista, tal y como aclarábamos en el capítulo anterior de nuestro trabajo, parte de una perspectiva masculina que conduce y dirige lo narrado. Una muestra clara de ello son las notables diferencias existentes entre la descripción del hombre y la mujer que el narrador de *La Prostituta* lleva a cabo cuando presenta a Mari Pepa y a Arístides *el Chulo*, a quien compara con el emperador romano Heliogábalo en el capítulo tres.

Además de que el proxeneta resulta ser el único hombre capaz de calmar la monomanía atribuida a Mari Pepa ya que «Ella, perdiendo la insensibilidad, contrajo por Arístides ese profundo amor que se confunde con el amor a la vida» (164) y acaba por perder «toda indolencia, adquiriendo en cambio la exquisita impresionabilidad de las naturalezas nerviosas» (164-165). El burdel, las prostitutas y las escenas hasta el momento vedadas a los ojos del público, enmarcan las voces narradoras y productoras del deseo.

Llegados aquí es ineludible traer a colación el eje sobre el que pivota esa fuerza fatídica, y que no es otra que la seducción. La seducción pertenece al dominio de lo ritual y no a lo meramente físico; es decir, no está ligada al cuerpo sino a la forma de contarlo, de exhibirlo o de ocultarlo. Es la seducción la que posee un valor más alto; resulta siempre más singular y elevada que el sexo (Baudrillard, 2005: 20) y es la que pone en marcha la maquinaria novelística de López Bago en su dimensión simbólica, porque desplaza los significados⁴³ y está anclada al orden de los signos, como el mito que Roland Barthes explicita y que nuestras protagonistas encarnan. De este modo, el deseo se filtra en las páginas de la tetralogía del escritor arajovense espoleado por los mecanismos rituales y simbólicos de la seducción en una ceremonia tácita de legitimación de la que participan de un lado los narradores y del otro los lectores: los primeros, revestidos de propósitos médicos y sociológicos en pro de una sociedad centrada en la sexualidad genésica y alejada de los «*extravíos* de la Naturaleza, es decir, las prácticas ajenas al coito monogámico heterosexual» (Fernández, 2008, 111); y los últimos, siendo catalizadores de esa

⁴³ La voz latina *seducere* significa 'llevar aparte a alguno', 'apartar', 'separar', 'substraer a uno'. *Diccionario latino-español, español-latino*. Fraile, 2002.

fuerza seductora que los convierte en lectores y espectadores cómplices de ese ritual que les acerca al cuerpo del deseo, normalmente el de una mujer, narrado literariamente.

Siempre mediatizado por el texto, siempre dentro del espectáculo que la economía del mirar impone, el lector acude –como si de cualquier cliente de un burdel se tratara– a lo que entiende como intercambio, como transacción, sin saber que en la seducción ello no tiene cabida, pues esta no es un intercambio «sino un desafío. En la seducción, no puede haber equilibrio, [ni] optimización de las relaciones de intercambio, difícil pero siempre posible a nivel de sexo» (Baudrillard, 2000: 119). Como veremos en las páginas siguientes, el ejercicio narrativo impuesto sobre la mujer desviada representa un desafío al sistema, pues la seducción no es el resultado de una mera oposición al poder sino que constituye una herramienta de este en el mercado de bienes materiales o culturales; en ese mercado, las diferencias entre roles asignados a cada sexo intentan evitar que la sexualidad, ahora expuesta en las páginas al alcance de cualquier lector, entre en crisis.

En el caso de *La Prostituta* y de los títulos que la secundan, nos hallamos ante la reiteración no solo de las prácticas sexuales de la mujer desviada sino de la multiplicación de un signo: el dinero. Ello nos introduce de lleno en una sociedad regida por las políticas burguesas del mercado que, a su vez, abre ante nosotros las posibilidades ofrecidas por el binomio compuesto por el Liberalismo y el Naturalismo. El primero está anclado al orden económico y social y establece sus propios códigos, y el segundo pertenece al orden cultural. No obstante, y como sucederá con la tetralogía encabezada por *La*

Prostituta, el Naturalismo radical se valdrá de los códigos de la moral burguesa para crear bienes de consumo –novelas– de éxito, que lo insertan automáticamente en un mercado al que, sin embargo, dice rechazar.

La comercialización del deseo, fuere bajo el pretexto que fuere, precisa del constante cruce de esferas y de la naturaleza contradictoria de la sociedad capitalista para que la mujer desviada y sus historias se conviertan en productos de éxito. Se impone necesariamente dilucidar la manera mediante la cual el producto –la mujer y su cuerpo– o el bien cultural que la narra, se inserte con éxito en el mercado que le corresponda. El método mediante el cual Estrella, protagonista de *La Prostituta* (1884), es convertida en un producto comercial que encaje en las coordenadas socioeconómicas y morales de una burguesía que la necesita, la transforma y la repele al mismo tiempo, nos lleva ineludiblemente a pensar en el espectáculo. Si mediante el deseo, articulado por los mecanismos de seducción, tanto la Naná de Émile Zola como la mujer invisible de las atracciones de principios de siglo, alcanzaron el éxito y su hueco entre el público, será la propia paradoja de la sociedad decimonónica vista como la sociedad del espectáculo la que explique el entramado mercantil de nuestras mujeres desviadas.

El estudio del pensador francés Guy Debord sobre el capitalismo y sus contradicciones, *La sociedad del espectáculo* (2003), aporta un punto de vista óptimo para releer las maniobras llevadas a cabo por los narradores de las obras del Naturalismo radical, pues explica a las claras el fenómeno de cosificación del ser humano causado por el capitalismo que, además, convierte a ese ser en seguidor de modas, necesarias a su vez para que la

economía del capital se perpetúe. En la misma línea de Debord se sitúa el nobel de literatura Mario Vargas Llosa en sus reflexiones críticas compiladas bajo el título *La civilización del espectáculo* (2012). Partiendo de las ideas del francés, allí analiza el panorama cultural actual aunque critica las libertades que se toma Debord respecto a las tesis marxistas (25). Hasta este punto aparece todo en orden con Guy Debord. Pero nos interesa dar un paso más allá y centrarnos en el ámbito de la cultura en tanto «realidad autónoma, hecha de ideas, valores estéticos y éticos, y obras literarias que interactúan con el resto de la vida social» (25). Es aquí donde se encuentran las ilustradoras concomitancias entre Debord, Vargas Llosa y las novelas de López Bago en las que la vida es reemplazada por la representación, empobreciendo lo auténticamente humano. Este empobrecimiento conduce a la enajenación social resultante del fetichismo de la mercancía (23) en el que lo humano – continúa Vargas Llosa– es reemplazado por lo falso y lo material⁴⁴, entidades que crean y que forman parte del espectáculo, es decir, de «la dictadura efectiva de la ilusión en la sociedad moderna» (Debord, 2003: 171). Solo unas líneas más adelante, Vargas Llosa se desmarca de las propuestas revolucionarias de Guy Debord y de su crítica orientada a acabar con el sistema (Vargas Llosa, 2012: 26), pero el concepto básico de la fetichización del sujeto como operación del comercio, que toma del autor francés, será de gran interés, sin embargo, en nuestra lectura⁴⁵.

⁴⁴ Especialmente si atendemos a las tesis enunciadas por Marx en 1844 (Vargas Llosa, 2012: 23).

⁴⁵ Dejamos totalmente al margen de este trabajo las recientes críticas que desde variados estamentos han surgido a la obra crítica del nobel peruano como la que realiza José Martínez Rubio en *El futuro era esto*. Bruselas: Orbis Tertius, 2014 en la que coloca a Vargas Llosa entre los partidarios de la cultura del neoliberalismo (68).

La mercancía no es más que un correlato social y económico de los discursos literarios y no literarios del fenómeno de la prostitución tolerada, que llena las páginas de entretenimiento de un vasto público lector seducido que consume sin reparo las historias públicas de la vida privada. Así mismo descubrimos que las protagonistas de la tetralogía de López Bago pivotan entre la alcoba y los tribunales, y ello explicará la creación y la evolución mercantil de sendos productos: la mujer y su novela. *Estrella*, *la Pálida* y *La Prostituta*, productos aparentemente autónomos en el mercado de bienes están ligados, no obstante, a un sistema reglamentario que bien puede constituir un lugar más de enunciación o lectura de la industria sexual decimonónica, o bien un mecanismo de control y vigilancia de la misma industria.

Huelga recordar que la novela *La Prostituta*, publicada por Eduardo López Bago en 1884, se convirtió en el máximo exponente del Naturalismo radical, una distinción merecida por la manera en que conjuga la creación literaria con los discursos más relevantes de la segunda mitad de siglo XIX en España, tales como el discurso jurídico, el discurso higienista sobre la prostitución y las teorías médicas en boga⁴⁶. Con la publicación de esta novela –recordemos: título inicial de la tetralogía integrada por *La pálida* (1884), *La buscona* (1885) y *La querida* (1885)– López Bago no solo encabeza una propuesta novelística sino una transgresión estética y una estrategia comercial sin precedentes. El naturalista radical, mediante una estudiada apropiación del método de la novela experimental de Émile Zola cuyas opiniones suscribe

⁴⁶ Suscribimos, una vez más, las palabras Pura Fernández cuando mantiene que se debe recordar que estos autores «concilian en los casos clínicos novelescos las explicaciones somaticistas y psicologicistas –orgánicas y morales– a la hora de exponer la etiología de los desórdenes de la mente, a menudo sin rigor terminológico ni teórico, merced a las licencias que concede el arte» (1997: 235).

hasta el punto de afirmar que «Terminada *La Prostituta*, todo cuanto yo pudiera decir acerca de los propósitos que me han llevado a escribirla lo ha dicho ya el eminente novelista francés» (*La Prostituta*, 343⁴⁷), el escritor arajovense se introduce en los temas de la vida privada revestido con la bata blanca del analista científico. Allí, mediante la pansexualización y la medicalización de los comportamientos humanos, saca a la luz los detalles más recónditos y vergonzosos de una sociedad que, además, se convierte en ávida lectora de un producto literario estratégicamente sembrado de motivos cercanos a la literatura popular⁴⁸. Todo ello granjeó a López Bago tanto el favor de un público masivo como el rechazo visceral de numerosos estamentos de la sociedad decimonónica.

Estrella, apodada *la Pálida*, protagoniza la primera entrega de la tetralogía que nos ocupa y, entre otras de sus muchas características, encarna al personaje de la joven abocada a la prostitución por su extrema pobreza, un tipo muy frecuente tanto en la literatura popular como en los tratados médicos y jurídicos en torno al comercio sexual. Estos personajes de la novela comercial y folletinesca suelen ser unidimensionales y extraídos de un corto inventario de modelos, tales como la joven virtuosa, la mujer víctima de la mala educación o la adúltera, cercanos a los creados por Manuel Fernández y

⁴⁷ Dado que citaremos profusamente las obras integrantes de la tetralogía escrita por Eduardo López Bago y para evitar una enojosa lectura, procederemos a hacerlo mediante su título y página quedando constancia en la bibliografía de las ediciones empleadas en este trabajo.

⁴⁸ Fernández apoya nuestra tesis al afirmar que los naturalistas radicales «se revisten de un propósito sociológico y absorben, fundamentalmente, los temas extraídos de los ensayos de medicina e higiene; se nutren de los casos de patología social y de los problemas o derivaciones que producen en la comunidad, como la prostitución, el histerismo y la satiriasis» (1997: 231).

González⁴⁹ o por el máximo representante de esta literatura de consumo, Wenceslao Ayguals de Izco. Es con este último con quien el creador de Estrella comparte algunos recursos formales y ciertos motivos narrativos, al margen de que, sabedores del rédito comercial de este tipo de literatura accesible a todo tipo de público, ambos publicaron las continuaciones de sus obras iniciales⁵⁰. Estrella es, por tanto, el sujeto sobre el que se escribe y se inscriben todos los discursos que *La Prostituta* airea, lo que Jann Matlock apunta como «women could be made readable» (1994: 9), es decir, tornar a la mujer en legible y, por ende, comprensible para un lector que lee la novela al tiempo que intenta explicar a la mujer real –la carne– que representa.

La comercialización del cuerpo de Estrella proporciona una salida de la miseria al personaje; pero al mismo tiempo lo inserta en la red comercial multiforme y dinámica de una sociedad que vende y crece vendiéndose, pues no podemos olvidar la importancia que el comercio y la propiedad privada poseen dentro del orden burgués decimonónico. En este código comercial, la exhibición y la ocultación serán las maniobras clave para que el personaje de Estrella, forzado a crear una marca que la distinga como producto, obtenga un lugar único y de éxito en la cadena de bienes de consumo. Esta nueva cultura mercantil articula la cadena de bienes –materiales y simbólicos– y las relaciones existentes entre ellos, y también contribuye a la consolidación en esa sociedad de lo que Guy Debord llama 'del espectáculo'. No se trata de un simple conjunto de imágenes sino de «una relación social entre las personas

⁴⁹ Del sevillano destaca, sin duda, *Luisa o el Ángel de la Redención* (1855) de la cual se llega a decir que alcanzó los doscientos mil ejemplares (Andreu, 1982: 155).

⁵⁰ Ayguals de Izco secundó la inicial y archiconocida *María o la hija de un jornalero* (1845-1846) con *La marquesa de Bellaflor* (1846-1847) y *El palacio de los crímenes* (1855).

mediatizadas por las imágenes»⁵¹ (2003: 38); y esa relación en el caso de nuestra protagonista implica un sofisticado juego de exhibición y ocultación, de oferta y demanda y de seducción y deseo. Todas ellas son maniobras mediante las cuales la mujer desviada debe negociar un espacio en una sociedad que la regula y la evalúa, pues, como agudamente apunta Pura Fernández, «es en tanto *produce* una reacción en el otro y, al mismo tiempo, representa la propiedad, la monetarización de un orden burgués» (2008: 54). La joven Estrella, en su carrera por la supervivencia, precisa convertirse en un miembro a la vez válido y valioso de esa sociedad de las apariencias; y como reflejo de ella, debe garantizarse las relaciones comerciales adecuadas y las miradas ajenas necesarias para ser considerada con valor mercantil, espectacular. Paralelamente, el hecho de sufrir el secuestro de la edición por parte del poder judicial que impedía su comercialización convierte a *La Prostituta* en uno de los mayores éxitos de ventas de la época. Esta ocultación, aunque involuntaria, le valdrá una postrera revalorización mercantil del todo inusitada: espectacular. Atenderemos pues, a ambos productos en el seno de la pujante sociedad capitalista del espectáculo.

***La Prostituta* o la mercadotecnia de la seducción**

El narrador de *La Prostituta* ocupa un lugar tan fácilmente identificable como ambiguo, ya que, en muchas ocasiones, responde al modelo de la voz omnisciente que bebe de la literatura popular manteniendo una relación

⁵¹ Pensemos nuevamente no solo en los carteles anunciando a Naná, sino también en los corrillos y la curiosidad que estos generaron entre el público del teatro de variedades de la obra de Émile Zola.

apreciable con su lector y abandonando su punto de vista solo para ofrecerle un jugoso anzuelo narrativo, bien despertando su deseo, bien por medio de cierto lirismo sentimentaloides aún coleante del reciente Romanticismo. Todo ello explica la alternancia discursiva que facilita su localización a lo largo de la narración. Por un lado, encontramos la pretensión científica de la voz narrativa que se hace eco del discurso médico cuya personificación es la figura del doctor Pérez, quien llega a hacer una autopsia en vivo del marqués de Villaperdida (*La Prostituta*: 186-190). En su papel, el doctor afirma ser un mero portavoz de la ciencia: «es la ciencia la que se expresa por mi boca» (186) y, a modo de reconocimiento médico del cuerpo humano, empieza por la cabeza y el cuello, sigue con el tórax donde los pulmones, que «presentarán una hepatización⁵²» (186), aportan señales de enfermedad grave, hasta llegar al abdomen y a la úlcera que el Marqués padece, la cual, simbólicamente, «se extenderá en muchas direcciones entre planos musculares» (186). El cuerpo se nos muestra ahora como objeto del saber; un cuerpo históricamente expulsado del conocimiento y apagado mediante el lenguaje, como constata Michel Foucault en su *Historia de la sexualidad* (2005), y que ahora resulta de infinito interés para las ciencias naturales que en pleno auge se apropian de su estudio. Ya se han traspasado ciertas barreras y, aunque no estemos plenamente de acuerdo con la crítica feminista llevada a cabo por Rivera Garretas, sí nos parece acertada la idea introductoria a su estudio según la cual la piel ya no es, necesariamente, una barrera que sustenta la dicotomía existente entre

⁵² La hepatización pulmonar se observa en la neumonía por la cual un tejido va tomando el tono rojo pardusco del hígado aunque a medida que este proceso avanza se pueden observar, además de una fase roja, otra fase amarillenta y más raramente una fase de color gris. *Diccionario de términos médicos*, Real Academia Nacional de Medicina. Madrid: Editorial Panamericana, 2012. pág. 285.

interior / exterior o propio / ajeno, fundamentos del orden patriarcal (1996: 12), ya que en el narrador de *La Prostituta* hallamos constantes reflejos de ello.

Cabe resaltar que nos encontramos ante un narrador que se jacta de mostrar la verdad con mayúsculas, porque «el lenguaje científico siempre es puro, como es puro el alabastro, aunque represente desnuda la estatua» (186), pero que al mismo tiempo debe tamizar sus pretensiones científicas próximas al positivismo zolesco a través de las necesidades estéticas propias de una novela. Es decir, del otro lado, la voz narrativa se ve obligada a tomar derroteros de índole artística que ayuden a embellecer su creación. Se plantea aquí la necesidad de ilustrar el debate de lo que sea o no artístico, no existente en apariencia, pero que tuvo repercusión en muchos y variados ámbitos. Muestra de ello son las palabras del ilustre médico y pionero cirujano Federico Rubio y Galí en una conferencia pronunciada entre 1877 y 1878, "Relaciones entre la ciencia y el arte"⁵³, que asienta sus argumentos sobre la idea de que «el arte se propone realizar la belleza, la ciencia se propone averiguar la verdad [y] mientras la una procede por creación la otra opera por inquisiciones» (1878: 105). La separación natural establecida entre ciencia y arte resulta solo aparente pues, como si de un autor del método experimental de Zola se tratara, el célebre médico andaluz, cuando diserta sobre la literatura, profundiza del siguiente modo en sus argumentos, tras haber perorado sobre las artes plásticas

Las artes literarias, procediendo por creaciones como
toda arte, reemplazan al dibujo por la descriptiva, y sus

⁵³ Conferencia recopilada junto a otras enunciadas por personalidades de la talla de Rafael M^o de Labra, Manuel Pedregal Cañedo o Gumersindo de Azcárate y que se publicaron en un curioso volumen titulado *Conferencias pronunciadas en el curso académico de 1877-78*. Madrid: J. C. Conde y Compañía, 1878.

descripciones más o menos abultadas o en relieve, adquieren fijeza plástica. Con este recurso y con las imágenes o figuras, procuran los oficios que la materia inerte proporciona a las otras artes. A veces describen y figuran con tanta propiedad, que producen la ilusión de como si se estuviera viendo la cosa o personaje que dan a conocer (117).

Esta capacidad de representación que los novelistas decimonónicos hacen entrar en juego en la novela realista y naturalista es también muy valorada por Rubio y Galí, ya que, según sus palabras, el arte asiste a la ciencia logrando sacarla de lo abstracto para representarla y hacerla comprensible, «el arte nunca es falso; el arte puede ser imperfecto; pero falso jamás» (120). Pareciera que Rubio y Galí pronunciara estas afirmaciones por encargo del propio López Bago, quien suscribía a pies juntillas las ideas de Émile Zola sobre la hegemonía de lo imaginario en la novela histórica o en la romántica al tiempo que las contraponen al trabajo científico de creación ejecutado por la novela naturalista. Acerca de esta última, el francés se jacta de que el mérito del novelista «consiste en poner de pie criaturas vivas, que representan ante el lector la comedia humana con la mayor naturalidad posible. Todos los esfuerzos del escritor tienden a ocultar lo imaginario bajo lo real» (*La Prostituta*: 348). Con estas declaraciones se constata la pretensión realista de la creación de estos escritores, inclusive desde reputadas opiniones como la de Rubio y Galí.

La pregunta que ahora surge debe aproximarse a las formas de representación y sus maniobras, ya que el texto lopezbaguiano oscila entre la

crudeza médica recién citada y cierta forma de pudor que consigue servir de espoleta al deseo y el morbo. A tenor de este debate resultan iluminadoras las palabras del estudioso Bram Dijkstra en su impagable estudio sobre la representación femenina en el arte del siglo XIX, *Ídolos de perversidad*; en ellas encontramos una curiosa aportación que defiende una suerte de trasvase sobre los modos de representación realista plástica y verbal en los siguientes términos

La forma de representación visual realista resulta brutalmente directa [...] Pero el lenguaje, por otra parte, es el reino del signo abstracto. Por esta razón nos place ocultar nuestra propia pobreza imaginativa tras él. El escritor –al apropiarse, al recrear con palabras un prejuicio cultural vivo, que ha visto su expresión más plena y simple en la pintura «realista»– puede utilizar con facilidad el lenguaje para oscurecer, para difuminar la silueta de la imagen y hacer que su significado parezca más profundo (1994: 149 - 150).

Ese «oscurecer» del lenguaje que Dijkstra comenta resulta de vital importancia cuando se trata de sugerir en el texto lo que una obra plástica muestra a primera vista y en su totalidad. Es obvio que el carácter lineal del lenguaje –del que Roland Barthes también habla– impone un tempo y una forma de consumo de la representación que contribuyen a los fines narrativos del naturalismo radical y sus imágenes. Todas esas representaciones visuales en conjunto acaban formando un inventario del cual, de un modo u otro, el lector obtiene y relaciona esas imágenes, pues

inevitablemente, la imagen visual ya codificada verbalmente con mayor sutileza será, a su vez,

retraducida por sus lectores menos sutiles y más conformistas en una galería mental de imágenes icónicas, una galería casi siempre formada según los lugares comunes culturales predominantes sobre la naturaleza humana y la verdad (159).

Esta manera de oscurecer del lenguaje es una de las maniobras quizá de mayor éxito de la tetralogía de López Bago con las que intentará equilibrar tanto sus pretensiones científicas y médicas como las literarias y estéticas.

La mostración literaria de áreas vedadas hasta ese momento a la esfera pública y consideradas 'de mal gusto', junto a la pretensión comercial de acercarse al gran público, exigen cierto nivel de esteticismo en la novela que, si bien no traiciona los principios y las reivindicaciones de *La Prostituta*, pone de manifiesto las tensiones narrativas que se dan a lo largo de toda la obra en la que la carne y el mito pugnan por definirse y ocupar sus lugares respectivos en el discurso. Si, como comenta Pura Fernández: «los tratados médicos atentos a la patología de la sexualidad cumplen también una función de *ars erótica* y de incentivo de la libido del público lector» (1996: 74), podemos afirmar que una novela titulada *La Prostituta* no irá muy a la zaga en el empleo de esta doble maniobra de denuncia y exhibición de una de las caras más ocultas y vergonzantes de la sociedad madrileña de finales de siglo. En efecto, el trasvase de temas de la esfera privada a la pública que tiene lugar en la obra de López Bago puede ser interpretado, como lo hace Fernández, bajo los términos de que unas pretensiones divulgativas como las que ostenta *La Prostituta* disfrazan cierto interés morboso por temas como la prostitución o el

lesbianismo. (1996: 74). Clara muestra de esto encontramos no solo en esta novela, con su descripción del negocio prostibulario, sino en su inmediata sucesora, *La Pálida*, en la que las relaciones lésbicas entre Estrella y Rosita son uno de los ingredientes más destacados: «las dos mujeres se entregaban con creciente afán a sus caricias. Una y otra estaban dominadas por la terrible fuerza y dominio que es contra naturaleza. Sentían una loca pasión, avasalladora, insaciable, frenética» (131).

Escenas como la anterior ayudan a explicar la contradicción que resulta de la comercialización de las provocadoras imágenes que el relato describe y que tanto deseo suscitan a numerosos lectores, y de la comercialización de la obra en sí; una paradoja que el narrador expone en los siguientes términos: «porque lo bello, convertido en género de comercio, es la degradación, y establece esas diferencias que fijan los artistas entre los cuadros que se pintan para el Museo y las pinturas de venta que se exponen en los escaparates» (*La Prostituta*: 132- 133). Estas palabras –que constituyen una de las muchas intromisiones del narrador en el relato– establecen la incompatibilidad entre la belleza y el comercio, apuntando a este último como cierto estado de bajeza o cargado de vulgaridad. Se trata de afirmaciones que ponen de manifiesto una larga serie de disonancias entre lo narrado y el narrador que debemos leer con detenimiento. Se trata de unas contradicciones especialmente llamativas si tenemos en cuenta que en la persona de Estrella, belleza y comercio no serán ni mucho menos incompatibles. A todas luces resulta muy llamativo este citado rechazo a la sociedad de mercado en un momento en el que el desarrollo del capitalismo impulsado por el crecimiento de la burguesía, cobraba una importancia nunca antes conocida en España, pues como Eric Hobsbawm hace

notar «it was not fortuitous that the nation-making coincided with the classic era of free-trade liberalism [...] it was the incorporation of the whole of the nation's inhabitants into a single market that turned them into citizens» (Labanyi, 2000: 22). A ello debemos añadir la aprobación del Código de Comercio de 1885 en el que cristalizan muchas de las ideas liberales ya en práctica desde décadas anteriores. En este código, como podremos comprobar, se establecen las bases definatorias y operacionales de la actividad comercial en España bajo unos principios más laxos, y que lograran abrir la economía al exterior para compensar la deuda que habían dejado el Sexenio revolucionario y las guerras carlistas. Es digno de destacar cómo aproximadamente la mitad de los artículos del Código de Comercio en su título primero tienen a la mujer como objeto de sus disposiciones; hecho que denota la gran relevancia que para el mercado adquieren las lecturas tanto de Estrella *la Pálida* como de *La Prostituta*.

CÓDIGO DE COMERCIO 1885⁵⁴
DE LOS COMERCIANTES Y DEL
COMERCIO EN GENERAL

Título Primero

**De los comerciantes y de los actos de
comercio**

1. Son comerciantes, para los efectos de este código:

1º Los que teniendo capacidad legal para ejercer el comercio, se dedican a él habitualmente.

2º Las Compañías mercantiles o industriales que se constituyeren con arreglo a este Código.

2. Los actos de comercio, sean o no comerciantes los que los ejecuten, y estén o no especificados en este Código, se regirán por las disposiciones contenidas en él; en su defecto, por lo usos del comercio observados generalmente en

cada plaza, y a falta de ambas reglas, por las del derecho común. Serán reputados actos de comercio los comprendidos en este Código y cualesquiera otra de naturaleza análoga.

3. Existirá la presunción legal del ejercicio habitual del comercio, desde que la persona que se proponga ejercerlo anunciare por circulares, periódicos, carteles, rótulos expuestos al público o de otro modo cualquiera, un establecimiento que tenga por objeto alguna operación mercantil.

4. Tendrán capacidad legal para el ejercicio habitual del comercio las personas que reúnan las condiciones siguientes:

1ª Haber cumplido la edad de veintiún años.

2ª No estar sujetas a la potestad del padre o de la madre ni a la autoridad marital.

⁵⁴ *Código de comercio español: aprobado por ley de 22 de agosto de 1885*. Barcelona: Hijos de José Bosch, 1968.

- 3ª Tener la libre disposición de sus bienes.
5. Los menores de veintiún años y los incapacitados podrán continuar, por medio de sus guardadores, el comercio que hubieren ejercido sus padres o sus causantes. [...]
 6. La mujer casada, mayor de veintiún años, podrá ejercer el comercio, con autorización de su marido, consignada en escritura pública que se inscribirá en el Registro mercantil.
 7. Se presumirá igualmente autorizada para comerciar la mujer casada que, con conocimiento de su marido, ejerciere el comercio.
 8. El marido podrá revocar libremente la licencia concedida, tácita o expresamente, a su mujer para comerciar, consignando la revocación en escritura pública, de que también habrá de tomarse razón en el Registro mercantil, publicándose, además, en el periódico oficial del pueblo, si lo hubiere, o, en otro caso, en el de la provincia, y anunciándolo a sus corresponsales por medio de circulares. [...]
 9. La mujer que al contraer matrimonio se hallare ejerciendo el comercio, necesitará licencia de su marido para continuarlo.
 10. Si la mujer ejerciere el comercio en los casos señalados en los arts. 6º, 7º, y 9º de este Código, quedarán solidariamente obligados a las resultas de su gestión mercantil todos sus bienes dotales y parafernales, y todos los bienes y derechos que ambos cónyuges tengan en la comunidad o sociedad conyugal, pudiendo la mujer enajenar e hipotecar los propios y privativos suyos, así como los comunes. Los bienes propios del marido podrán ser también enajenados e hipotecados por la mujer, si se hubiere extendido o se extendiere a ellos la autorización concedida por aquel.
 11. Podrá igualmente ejercer el comercio la mujer casada, mayor de veintiún años, que se halle en alguno de los casos siguientes:
 - 1º Vivir separada de su cónyuge por sentencia firme de divorcio.
 - 2º Estar su marido sujeto a curaduría.
 - 3º Estar el marido ausente, ignorándose su paradero, sin que se espere su regreso.
 - 4º Estar su marido sufriendo la pena de interdicción civil. [...]
 15. Los extranjeros y las Compañías constituidas en el extranjero podrán ejercer el comercio en España; con sujeción a las leyes de su país en lo que se refiere a su capacidad para contratar; y a las disposiciones de este Código, en todo lo que concierna a la creación de sus establecimientos en el territorio español., a sus operaciones mercantiles y a la jurisdicción de los Tribunales de la Nación.

A la luz de las disposiciones anteriores, ese rechazo al comercio por parte del narrador se nos antoja, cuando menos, una postura discordante, puesto que, no solo la legislación lo favorece, sino que la propia novela, *La Prostituta*, también es un producto más en el mercado de bienes culturales del momento; un mercado en el que solo hay que anunciarse para integrarse en él (art. 3). Por si ello no bastara, las palabras del propio López Bago contribuyen a la paradójica postura del narrador dejándonos bien claro que «la gran república de las letras [es] sencillamente el mercado literario» (Fernández,

2005: 59). Desde esta actitud tan oscilante «en el momento en que la sociedad descubre que depende de la economía» (Debord: 60), podemos constatar que las novelas que aquí estudiamos, así como la economía de mercado, «depende efectivamente de la sociedad» (60). E, insertos en esta interdependencia entre mercado y sociedad, podemos hallar una explicación a las tensiones narrativas que se dan en *La Prostituta* entre la historia contada y las maneras de contar, una relación comercial de ida y vuelta que dará cobijo a la oscilación paradójica existente entre la mostración y la ocultación, entre el pudor y el espectáculo, y entre el discurso higienista regulador y la novela de denuncia⁵⁵.

Esta superposición de discursos, de imágenes y de posturas críticas contradictorias constituye el ejemplo perfecto de «espectáculo» en tanto «núcleo del irrealismo de la sociedad real» (Debord: 39) en el que la mercancía –en este caso la novela *La Prostituta*– crea su propia realidad, se reproduce y se contempla a sí misma. La novela de López Bago consigue borrar lo real en favor de otra realidad simulada, representada y expuesta al lector como mercancía legible por cualquiera. El lector acaba siendo seducido, apartado de la Realidad –con mayúscula– y atraído por el secreto comercial de la novela que reside, precisamente, en lo obsceno, es decir, en lo evidente de la exhibición sin ambages de sus imágenes; una mercancía «cuya esencia es su precio» (Baudrillard, 1984: 70). Todo ello contribuye a la reelaboración del producto novelístico *La Prostituta* que, ostentando el título de novela médico-social, pone en tela de juicio su legitimidad, por formar parte de esa

⁵⁵ No olvidemos que López Bago posee un sincretismo creativo que le inscribe «tanto en la tradición de la novela de reivindicaciones humanitarias del romanticismo social como en la del novedoso naturalismo, sin olvidar la tradición de la rentable novela folletinesca, el costumbrismo crítico y ciertas concesiones a la narrativa erótico-festiva y anticlerical, de provechosa fortuna en la década de 1880. (*La Prostituta*: 33)

comercialización de lo bello al tiempo que irremediablemente está integrado en el círculo del mercado; o lo que es lo mismo, denunciar el negocio prostibulario y utilizarlo a la vez como reclamo de ventas, coadyuva a la preparación del producto con miras a una inserción exitosa en el mercado.

Una de las muestras más palpables de las contradicciones más arriba comentadas tiene lugar justo en la escena introductoria de la novela que analizamos. En ella el narrador, en un ejercicio notable de focalización narrativa que va desde la ciudad hasta el detalle de unas casas concretas (*La Prostituta*: 119), sitúa al lector tras los pasos de un hombre, un individuo anónimo que aparece bajo el pronombre 'se' impersonal y que se dirige al prostíbulo de Mari Pepa. Este edificio y nuestro anónimo protagonista integran un momento narrativo tan evidente como cargado de intención al pintar el lupanar como si de un cuerpo enfermo se tratara:

la humedad completa el asco, corre por grandes pinceladas de alto a bajo, pinceladas verdosas, negruzcas, terrosas, amarillentas, que serpean simulando derrames y extravasamientos de pústulas, cuya materia, al salir, sigue cauces caprichosos que parten del daño, y manchan cuando no inficionan la piel sana (119)⁵⁶.

El desconocido visitante aglutina el secreto que su visita precisa, desafía al aspecto mórbido de la casa y, sin embargo, el narrador lo convierte en cómplice de las políticas de higiene y de denuncia mientras participa del sistema de prostitución regulada que la novela critica, pero del que irremediablemente también acaba formando parte puesto que las llamadas

⁵⁶ Encontramos un idéntico símbolo premonitorio en la página 238 cuando el yeso de las paredes desconchadas mancha la ropa del joven pretendiente de Estrella, Paco, *el Granuja*.

esclavas de la higiene (125) acaban «conquistando al hombre, que las seguía como el perro sigue a quien le ofrece alimento, y recibiendo de la misma mano que redactó aquellos códigos vergonzosos caricias y dinero» (126). La escena pone de manifiesto que la mujer, a la cual presenta como víctima del comercio venal que funciona en pleno día y en el mismo corazón de la ciudad, también es la dominadora del hombre animalizado y sin voluntad. Todos ellos son hechos que parecen disolverse durante la noche en favor de una truculenta belleza libidinosa, alejada de los propósitos de la higiene

¡Miserables! Ellas eran a la luz del sol las prostitutas; ellas lo asqueroso, lo repugnante, lo nauseabundo. Ellas eran durante la noche la belleza de la forma, la poesía del desnudo, no la necesidad higiénica, sino el placer de los disolutos (126).

El juego de contrarios que desvela estas páginas demuestra el doble rasero aplicado a la prostituta –a la mujer desviada– que es rechazada mientras la prostitución sí que es aceptada por el Estado. Como acertadamente hace notar Maggie O’Neill en su estudio sobre prostitución y feminismo, el ejercicio de la prostitución puede llegar a ser aceptado –aunque no legalizado– en el seno de la sociedad burguesa «but the prostitute, the whore, is not accepted; she is "other" perceived as immoral, a danger, a threat to "normal" femininity and, as a consequence, suffers social exclusion, marginalization and "whore stigma"» (2001: 129)⁵⁷. Esta consideración de la prostituta desligada de la actividad que ejerce, parte de la analogía entre la ciudad contaminada y sus

⁵⁷ En la misma línea se sitúa A. Corbin en *Women for Hire* en el que estudia en profundidad la prostitución en Francia en la segunda mitad del XIX donde la prostitución no era un delito en el código penal pero sí lo era para la opinión pública (1990: 14).

edificios deteriorados por un lado, y el cuerpo peligroso de la mujer por el otro, convirtiendo a este último en receptor de las tensiones entre el discurso de la higiene y las necesidades literarias impuestas por el deseo. En esta línea, la profesora Akiko Tsuchiya argumenta el valor regulador del cuerpo de la prostituta (2001: 262 - 263) que sirve de válvula de escape, dentro del comercio, a las pulsiones más básicas y secretas de la sociedad decimonónica.

Existe, pues, una interdependencia fatal entre el objeto estético mercantilizado en el seno de esta sociedad del espectáculo y el individuo que observa y consume las imágenes que integran esa misma sociedad espectacular, basada en el monopolio de las apariencias (Debord, 2003: 41). Ya se trate de un bien cultural -novelas- o del comercio venal, ambos constituyen una relación de imágenes que, pese a denunciar el comercio como denigrante e incompatible con lo bello, conforman las dos caras de la misma moneda que unas veces cae del lado del discurso sobre la reglamentación prostibularia y otras sobre las pretensiones estéticas propias de una obra literaria. Tal realidad da lugar a una suerte de tautología que solamente cobra sentido como espectáculo comercial ya que sus medios son, a la postre, su fin (41). Todo ello explica que, pese a sus denuncias del degradante comercio de la belleza, la novela de López Bago pase a formar parte activa del código mercantil imperante, dictado por los poderes del Estado y consignado unas páginas más arriba. Paralelamente, asistimos al borroso trazado de la frontera entre el discurso reivindicativo del naturalismo radical, que pretende «mostrar a la máquina humana en movimiento»⁵⁸ esgrimiendo la novela como arma

⁵⁸ Estas palabras fueron escritas por E. Zola en su artículo "Sobre la novela" publicado originalmente en *Le Voltaire* el 27 de mayo de 1879 (Fernández, 2005: 357).

ideológica, y las perentorias necesidades del relato en busca de público, aunque ello conlleve malograr la labor de sacerdote laico que el narrador se autoimpone en su ideal de fomentar y cuidar la salud pública.

El narrador que nos ha introducido en la novela siguiendo a un personaje anónimo –que podría ser cualquier lector– el mismo narrador que victimiza y demoniza a la mujer desviada y cuya voz se apropia de la autoridad médica, contribuye al espectáculo comercial, cerrando ahora la descripción fisiológica del marqués de Villaperdida con otra chirriante contradicción en su discurso. El reconocimiento médico, que comenzara por la cabeza, llega finalmente a los órganos sexuales donde «Los uréteres y la vejiga ofrecerán el tipo y carácter del estado sano. En la uretra no existirá ninguna alteración perceptible. Los testículos se hallarán completamente sanos» (*La Prostituta*: 188). Luce en este punto la más clara contradicción tanto del discurso médico como del narrativo, ya que el Marqués padece –a todas luces– de sífilis. Como bien hace notar Erika Sutherland, la aparente normalidad apreciada por el doctor Pérez en los órganos sexuales del moribundo y sifilítico marqués de Villaperdida enfrenta al lector con un reconocimiento médico poco ortodoxo: «The unexpected juxtaposition of a sexually transmitted disease with no apparent sexual detriment is one of the reader's early clues that this will be no ordinary clinical portrait» (2003: 282). La interdependencia existente entre el objeto de consumo y el mercado obliga al narrador a ignorar lo que clínicamente sería obvio e innegable: el deterioro de los órganos sexuales de Villaperdida, pues este, lejos de fomentar el interés por detalles ocultos nunca antes mostrados al lector, provocaría el rechazo de lo mórbido, consecuencia del vicio y el libertinaje denunciados y que, no

obstante, sirven de reclamo. En su trabajo, Sutherland arguye que don José de las Lanzas y de las Medias Annatas, conde de Ríosucio y marqués de Villaperdida⁵⁹ sufre de sífilis en su estado terciario –el más avanzado– por lo que es imposible que no sufriera algún tipo de lesión en sus órganos reproductores⁶⁰, hecho totalmente lógico que la edad del personaje y su vida teñida con tintes sensacionalistas corroboran. Es decir, el episodio en el que Villaperdida contagia a su joven esposa (*La Prostituta*: 288), por haber vivido una juventud disoluta y pendenciera y su edad avanzada en el momento de la narración, hacen pensar que el estado de esta dolencia infecciosa afecta ya al sistema nervioso central, a la actividad motora así como propician la aparición de otros signos ulcerosos y de olor claramente notables, propios del estadio más avanzado de esta enfermedad. Por ello, cuando Estrella abandona la

⁵⁹ Al margen de las obvias connotaciones políticas y las alusiones al gobernador de Madrid que Fernández argumenta (*La Prostituta*: 175 -176), nótese la ácida crítica al poder mediante la retahíla de títulos burdamente simbólicos como Ríosucio aludiendo al arroyo; peyorativa localización para las mujeres callejeras. Asimismo se atañe a los anacrónicos tributos pagados a la Corona «Por Reales Cédulas de 18 de agosto de 1631 y 10 de diciembre de 1632 se crean los impuestos de la Media Annata y de Lanzas, este último exclusivo para los títulos nobiliarios y aquel también para otros grupos. El impuesto de la Media anata o annata gravaba los nombramientos para empleos retribuidos o mercedes que se hacían. Se devengaba cuando el interesado entraba en posesión de la merced o empleo, y recibía ese nombre porque la deuda tributaria se fijaba en la mitad de lo que el empleo retribuido o la merced concedida rentase en un año. b) El pago del servicio de Lanzas, en cambio, se hacía todos los años. Su origen se encuentra en la obligación que antiguamente tenían los grandes señores, y entre ellos los poseedores de títulos, de servir al Rey con un determinado número de lanzas cada uno, en función de sus rentas, cuando eran requeridos para ello para las necesidades de la guerra.» <<http://www.diputaciondelagrandeza.es/lanzas-y-media-annata>>

⁶⁰ E. Sutherland describe en su trabajo las fases conocidas de esta enfermedad (281-282) y se basa en Relman, David., Morton, Swartz y Weller, Peter. "Syphilis and Nonvenereal Treponemotoses" en *Scientific American Medicine*, vol. 7; New York, Scientific American: 1998. Aunque nos parece más ilustradora para nuestra lectura la distinción en fases que establece José Francos Rodríguez en 1884, año de publicación de *La Prostituta* en un estudio recopilatorio sobre la sífilis y su sintomatología titulado *Patogenia de la sífilis: sus relaciones con algunas enfermedades crónicas. Memoria leída en la Academia Médico-Quirúrgica*. El que fuera médico, alcalde de Madrid y ministro, establece aquí una rudimentaria clasificación de las dolencias sifilíticas divididas en «chancro inicial, periodo secundario y periodo terciario con la de periodo de inflamación rápida y aguda y periodo de inflamación lenta» (46) que quizá, junto a otros estudios, no le fuera del todo ajeno a López Bago.

habitación que ha compartido, irremediablemente, con el Marqués el narrador nos cuenta que «Las manos calenturientas la empujaron, y luego dejó de aspirar aquel olor infecto que no sabía a qué atribuir» (297).

Al igual que el transeúnte anónimo del comienzo de la novela, el marqués de Villaperdida es utilizado por la voz narradora como elemento focalizador de la trama novelesca, probablemente, con plena consciencia del carácter extraordinario de un personaje como este. Por esta misma razón, esa voz niega, en el capítulo XI, que Villaperdida sea una creación idealista o poco verosímil, porque «la inverosimilitud no existe» (*La Prostituta*: 287) –enfatisa en un alarde de documentación de la realidad cruda y cercana– pues, según él, se trata de «un tipo nuevo, pero real y muy corriente» (287). Pero en Villaperdida también tienen lugar otras batallas, así como sobre el cuerpo de la mujer desviada se inscriben diversos discursos. El Marqués será la arena sobre la cual la ciencia y la religión se enfrentan por explicar y sanar las dolencias de este; nos dice el narrador: «Entre el médico y el sacerdote, entre el curador del cuerpo y el curador del alma del Marqués, existía siempre una odiosidad que se manifestaba a cada momento, con cualquier pretexto y en todas las conversaciones» (190). Esta batalla, reflejo de la que se libraba ideológicamente en la España de la Restauración, acaba por subyugar a la parte espiritual ya que en la vida enferma del aristócrata «Las mañanas no eran suyas, eran del médico. La cura del cuerpo esclavizaba el alma» (247); aunque no se queda aquí López Bago, cuya mano anticlerical adivinamos en la parodia que seguidamente tiene lugar en la narración. Ello es que, en el servicio de misa matinal de la casa y en ausencia del criado Uñalarga, no se dispone de nadie que sirva de ayuda en el oficio y, tras una breve duda, será el propio doctor

Pérez quien se ofrezca a hacerlo propiciando una escena no exenta de humor y que el narrador lopezbaguiano tilda de triunfo completo (247), pues

el padre Manrique, a las cuatro palabras, estaba ya demudado, rojo de cólera. Pérez no contestaba acorde. Pérez, imperturbable, pronunciaba siempre la misma palabra: Amén.

El cura no quiso interrumpir el oficio divino ya empezado. Tomó el partido de apuntar la respuesta al médico, pero este aparentaba no oírle. Amén, repetía sin cesar; y cuando terminó el santo sacrificio, ya en el cuartito de la sacristía:

--¡Sacrilego! -gritó-. ¿Por qué no ha dicho usted que no sabía ayudar a misa?

--Pero, señor cura, ¿no lo he hecho bien? A mí me parece que he estado inmejorable, correcto.

--¿Por qué decía usted amén?

--Para evitar disputas; pero está visto que entre nosotros las habrá siempre, aunque yo diga amén a todo (247-248).

Queda así zanjada la lucha de contrarios -otra más- que *La Prostituta* atesora, tanto en su oscilante narrador, como en las paradojas que este relata desde el corazón de la ciudad, en el interior de las casas de lenocinio, hasta llegar a la intimidad de alta alcurnia.

El objeto de deseo puede constituir una fuente de satisfacción, bien mediante su adquisición o bien a través de su figuración mental, aunque puede convertirse en un generador de frustración si resulta inalcanzable o frugal en su disfrute; pero fuere como fuere, el hecho es que «los apetitos aumentan al adoptar las creaciones simbólicas de la inteligencia» (Marina,

2007: 58). No se trata pues, simplemente, de poseer, alcanzar o adquirir el producto –el bien de consumo– sino del papel que desempeñan las pulsiones y los valores. La consideración de la mercancía como símbolo del poder y no como mero objeto nos ayudará a entender la importancia de los avatares judiciales por los que *La Prostituta* tuvo que pasar y que, de un modo u otro, convirtieron a ese producto cultural en integrante exitoso del comercio, de la sociedad del espectáculo que integra. Pura Fernández, como la voz más reputada en el escritor arajovense, documenta sólida y profusamente en la edición que utilizamos de referencia en este estudio el proceso judicial al que se enfrentaron López Bago y su obra, hechos a los que también alude en el marco del Naturalismo radical en su trabajo de 1995; por ello remitimos a la investigadora madrileña si se precisase conocer detalles y pormenores de estos episodios.

La Prostituta fue retirada de tiendas y de todo servicio de venta por orden del gobernador de Madrid tras la acusación de injuria y calumnia que los médicos de la Sección de Higiene encargados de la inspección de las prostitutas hicieron caer sobre López Bago; a cuya denuncia se sumó la correspondiente por parte de la Administración por escándalo público. Tras las pertinentes vistas y multas, el 12 de diciembre de 1884 el escritor obtuvo la libre absolución la cual fue ratificada por el Tribunal Supremo en junio de 1885⁶¹, anulando toda sanción y toda acusación anterior, pública y privada. A tenor de la sentencia del máximo órgano judicial⁶² debemos destacar que este

⁶¹ Fernández, 2005: 51.

⁶² Que, dada su fecha, también anula el proceso que se iniciara contra la publicación de *La pálida*, título que continúa la historia Estrella.

se basa, como afirma Pura Fernández, «en la peculiar naturaleza artística del libro, que ha de juzgarse de acuerdo con su 'especial índole y trascendencia'» (2005: 52), hecho que está directamente relacionado con la Ley de Imprenta del 26 de julio de 1883 que, en un movimiento claro hacia las libertades con respecto a la ley anterior⁶³, reconoce «que la libertad del pensamiento, expresado por la palabra escrita, no debe depender de la libertad de los Gobiernos» (1908: 68). Así es claramente comprensible la consideración más laxa hacia las novelas de nuestro autor, plagadas de escenas comprometidas. Esa naturaleza especial que el Supremo detecta en la *La Prostituta* se apoya sobre consideraciones inherentes a esta nueva ley que tiene muy en cuenta que

Para hacer este trabajo, verdaderamente delicado, no basta el examen de las frases que puedan servir de causa inmediata a la persecución; hay que fijarse en el discurso, en el artículo, en la obra entera, en su conjunto y en sus detalles, se han de apreciar sus formas y esencia, para que el Tribunal pueda formar criterio exacto de la naturaleza, alcance y motivos del asunto (70).

El afán de realizar un análisis más profundo y global del mensaje impreso que tenga en cuenta la totalidad de las circunstancias que lo definen coadyuva a que la mayor responsabilidad recaiga, en definitiva, sobre el criterio funcional y su capacidad intelectual, como reza el párrafo siguiente:

Las dificultades que, en algunos casos, puedan ofrecerse para distinguir cuándo procede el escrito dentro de la esfera de su derecho, y cuándo abusa de este al efecto de

⁶³ La ley de 7 de enero de 1879 que contemplaba los llamados delitos de imprenta y sus penas (*Leyes políticas*, 1908: 68).

ejercer la acción penal, serán vencidas por la ilustración de los funcionarios del Cuerpo fiscal con el estudio del artículo, suelto o noticia del que se trate, y la natural y sencilla aplicación de las prescripciones del Código penal en que se pueda hallarse comprendido el caso (69).

La mayor laxitud en su aproximación así como la consideración de la índole especial de la obra de López Bago fiada, extraordinariamente, al criterio intelectual del cuerpo funcional y no al inmovilismo de la letra, propician, como se puede comprobar, la censura y la posterior autorización por parte del mismo sistema: ese mismo sistema que critica y que también regula los referentes del relato en un nuevo juego de esa sociedad del espectáculo, que pivota entre contrarios y que crea respuestas comerciales o legales a las necesidades generadas por la regulación que ella misma impone.

El cuestionamiento moral y judicial sufridos por *La Prostituta*, con el consiguiente secuestro de su edición, reportaron a la novela una revalorización comercial que le aseguró un éxito de ventas sin precedentes, de entre unos quince mil y diecisiete mil ejemplares. Como bien calcula Fernández (1995: 127), en agosto de 1886 se publica una quinta edición de tres mil ejemplares y, dado que las primeras y segundas ediciones solían constar de unos cuatro mil ejemplares, podemos aventurar ventas muy elevadas. Estas cifras resultan aún más extraordinarias si tenemos en cuenta la simultánea publicación de *La Pálida* –segunda entrega de la tetralogía– y de la inminente llegada a las librerías de *La Buscona* y *La Querida*, tercera y cuarta entrega respectivamente, pudiendo alcanzarse un total de sesenta y dos mil ejemplares en un periodo inferior a dos años (127). No obstante estos escandalosos guarismos, la

relevancia del litigio que afrontó López Bago junto a su obra radica en que el cuestionamiento que el sistema –judicial, regulador e higienista– lleva a cabo sobre el valor de uso de *La Prostituta* hace que su valor de cambio incremente; ya sea este entendido en términos económicos o simbólicos. Es decir, finalmente, el producto *La Prostituta* es rentable y exitoso en la sociedad del espectáculo en la cual la relación entre sujetos está mediatizada, desde el deseo espoleado por su prohibición y su ocultación hasta la maniobra seductora que, a la postre, supone el secuestro de la edición de la novela. La mercancía del mito se torna fetiche hasta ocupar la totalidad de la vida social. «No es únicamente que se haga patente la relación con la mercancía, sino que ya no hay otra cosa más que esa relación» (Debord: 55), una relación que en este caso está plagada de constantes contradicciones discursivas.

En resumen, *La Prostituta* se convierte en un producto comercial más en la sociedad de mercado merced a hechos tan contradictorios como mostrar y ocultar el meretricio en el seno de la ciudad, o al narrar la enfermedad en boca de un médico, silenciando las repercusiones sexuales y mórbidas de la patología relatada. Igualmente, las contradicciones discursivas que denotan el rechazo a la sociedad del mercado, a la vez que los dispositivos sanitarios y judiciales de esa misma sociedad la acaban legitimando como producto cultural, constituyen los factores que terminan de insertar la creación de López Bago en el sistema de comercio burgués. La novela que abre la tetralogía prostibularia de López Bago ocupará, por tanto, un lugar destacado en el sistema mercantil y espectacular que nutre al capitalismo de finales del siglo XIX. Al mismo tiempo, la negación del sistema regulador que revisa a la baja

su valor de uso por considerarla inmoral, le supone una tasación al alza de su valor de cambio. *La Prostituta* se convierte en un sistema de imágenes relacionadas entre sí, perfectamente integrado y autónomo en la realidad social y literaria española de la época; y contribuye, finalmente, al general desvanecimiento entre verdadero y falso, entre realidad y producto –carne y mito– de esa sociedad mercantil y espectacular cimentada en el comercio y las apariencias de la mercancía.

La Pálida o el fetiche de la mercancía

La analogía existente entre el objeto estético mercantilizado en la sociedad del espectáculo y el individuo que consume o contempla ese producto conforman una misma instancia en la que las distinciones se borran en favor de las relaciones. Objeto y consumidor son, por tanto, las dos caras de una misma moneda que en *La Prostituta* se condensan en el personaje de Estrella. La protagonista femenina de esta obra experimenta un desarrollo análogo al que tiene lugar en la novela en sí en tanto que bien cultural: Estrella es una mujer que comercia con su cuerpo, que está regulada y censurada por diferentes estamentos y que precisa encontrar, como lo halla *La Prostituta*, un espacio propio dentro de esa sociedad del espectáculo que es la España decimonónica.

Aunque unas páginas más adelante tendremos la oportunidad de describir y analizar el fenómeno de la prostitución durante el siglo XIX con la profundidad y el detalle que precisa, conviene ahora ilustrar algunos de los

hechos y circunstancias destacados respecto al comercio venal, con el fin de explicar la manera en que Estrella debe adaptarse al sistema mercantil al que se incorpora para convertirse en un producto válido para este.

Al margen de los variados y casi siempre enfrentados puntos de vista legislativos sobre el meretricio y de sus diferentes políticas y reglamentaciones, existe en casi todo momento el consenso transversal sobre su génesis: la pobreza. La propia Estrella, en su primeras palabras con Mari Pepa al llegar al burdel no puede ser más reveladora: «-Pero, desdichada, usted no sabe ni siquiera lo que es la honra... -Yo...yo... tengo hambre» (*La Prostituta*: 201). Después del desmayo de Estrella, López Bago, en un guiño de evidente ironía, hace decir a la sevillana: «-¡Válgame Dios, qué cosas pasan! ¡Y luego dirán de las novelas!» (201). Son muchos los casos recogidos en la novela decimonónica y en obras de carácter no literario, que denuncian y demuestran cómo el pauperismo empuja a numerosas jóvenes al ejercicio de una profesión -muy lejos de ser entendida como tal- que, no obstante, consideran un mal necesario⁶⁴. Esta escandalosa contradicción toma cuerpo a la luz de las palabras de Geraldine Scanlon en su trabajo *La polémica feminista en la España contemporánea*, en cuyo capítulo sobre la mujer trabajadora argumenta, como constatamos en Estrella, que la prostitución era «la profesión abierta a todas las mujeres» (1986: 104). Sin embargo, no por ser tan común implica unidad de opiniones, pues en el seno del Estado liberal, la preocupación por el orden

⁶⁴ Esta idea parte del pionero tratadista Alexandre Jean Baptiste Parent-Duchâtelet en su tratado *De la prostitution dans la ville de Paris, considérée sous le rapport de l'hygiène publique, de la morale et de l'administration; ouvrage appuyé de documents statistiques puisés dans les archives de la Préfecture de police* de 1837, el cual será punto de partida para numerosos estudios y reglamentos sobre la prostitución en toda Europa y también en España.

social se torna ya en alarma alentada por el espíritu racionalizador finisecular, dejando a un lado la visión religiosa sobre el comercio sexual. De este modo, según comenta A. Rivière: «la prostituta dejaría de ser estigmatizada y excluida según los planteamientos religiosos como pecadora, como atentadora contra un orden divino» (1994: 24). En lugar de ser encasillada en el prototipo de la desviada o del ángel caído que emanan de la teoría del libre albedrío, la creciente laicización de los discursos higienistas llevan a considerar a la prostituta como una 'enferma psíquica' aquejada de monomanía erótica o de 'locura moral' (24). Ello no excluye la existencia de otras visiones más conservadoras sobre la prostitución, tales como la del doctor Ángel Pulido⁶⁵ que rechaza cualquier tipo de vida femenina fuera del hogar y que afirma que «no hay goce sano que no sea reproductivo» pues, como hemos hecho notar con anterioridad, la norma establecida en la literatura, sea esta cual sea, no es otra que la ortodoxia biológica y médica que solamente contempla con buenos ojos la monogamia heterosexual con fines reproductivos⁶⁶. Ahora bien, sin importar la óptica adoptada, la tendencia condenatoria de la prostitución reglamentada aumenta en tanto que ataca a los principios esenciales del Estado liberal, esto es, «serían condenables [las prostitutas] en la medida en que simbolizaran una contramoral que atacara a la propiedad, a la

⁶⁵ Este célebre médico publicó numerosos estudios centrados en la mujer y fue socio destacado de la Sociedad Ginecológica Española de cuya creación da cuenta y detalles en su discurso de 1875. Aquí citamos su obra *Bosquejos médico-sociales para la mujer* (1876) según lo hace Catherine Jagoe en *La mujer en los discursos de género* (1998: 330).

⁶⁶ Conviene aquí citar el profuso estudio de Jean-Louis Flandrin sobre *La moral sexual en Occidente* que documenta las diferencias entre las teorías galénica y aristotélica en cuanto a la concepción y la importancia del hombre y de la mujer en ella, así como la distinción entre fornicación como búsqueda de placer y el matrimonio como búsqueda de descendencia que entronca con la doctrina cristiana (1984: 114).

productividad y al trabajo, a la familia, o directamente al individuo» (Rivière, 1994: 24). Esto pondrá en marcha una política estatal, no contra el pecado de la prostitución sino contra los enemigos del sistema liberal de valores, portadores de enfermedades morales y fisiológicas que atentan contra el orden y la seguridad de la sociedad moderna. La institución familiar, como piedra angular del orden socio-moral decimonónico se convierte en el eslabón que debe ser protegido de las agresiones de la prostitución en diferentes niveles. Si bien los valores asociados a la monogamia subyacen en todo momento, el nombre, el patrimonio y, a la postre, la economía, condicionan la óptica sobre la mujer prostituta. Se establece así una oposición entre la esposa y la prostituta basada en la supuesta productividad de la primera frente a la improductividad de la segunda. Shannon Bell afirma: *The modern discourse on prostitution [...] separated the female body into the reproductive body and the un(re)productive body: normal female sexuality was defined in terms of woman's reproductive functions; deviant female sexuality was defined in terms of prostitution* (Bell, 1994: 41); pero en el caso de Estrella nos encontramos con una mujer productiva en los términos que demanda la sociedad del espectáculo comercial en la que halla acomodo. No hablamos de reproductividad o de maternidad como los códigos socio-morales decimonónicos imponen, sino de productividad en términos económicos estrictos, tales como la oferta y la demanda, el precio y el valor de la mercancía.

Por otro lado existen condicionantes legislativos que también tienen una fuerte influencia sobre la mujer desviada que el personaje de López Bago representa. Si debía ser capaz de insertarse en un sistema mercantil regido bajo

sus propias normas, ahora podemos constatar someramente el entramado médico y legal al que Estrella, y toda mujer en su misma condición, tiene que hacer frente. Los tratadistas y legisladores deben salvar el escollo que supone la conveniencia o no de aplicar normas al comercio venal dadas las enfrentadas implicaciones derivadas de tamaña decisión; es decir, aceptar la prostitución como hecho social, o negarla en pro de razones morales y religiosas procediendo a su represión y su abolición, en una constante oscilación entre el reglamentarismo de unos y el abolicionismo de otros. Muchos serán los intentos por legislar la actividad sexual ligada al comercio y ejercida en la escurridiza pasarela de la vida pública a las prácticas privadas, y el ejemplo más temprano y notable data de 1792 cuando el conde Cabarrús abogaba ya por el establecimiento regulado de las mancebías. Durante todo el siglo XIX se sucedieron numerosas reglamentaciones más o menos represivas que encuentran sus hitos en el Reglamento General de la Sanidad promulgado por Mateo Seoane en 1822 y reavivado a mediados de siglo por la Brigada Sanitaria de Madrid -impulsada esta por Pedro Felipe Monlau- todo ello sin dejar de citar el de 1847 que vio la luz de la mano de Patricio de la Escosura. Desde ese año hasta 1892 el panorama reglamentario se diversifica profusamente con textos de ámbito local o comarcal y según su corte abolicionista o más permisivo, dando como resultado la aparición de numerosos códigos entre los que destacamos los ocho que corresponden a los años de 1847, 1865, 1873, 1877, 1881, 1889 y 1892.

Lo que sí queda meridianamente claro es que, fuere del signo que fuere la normativa existente, es innegable seguir la autoridad en la materia de Jean-Louis Guereña cuando afirma que la prostituta es colocada en el centro de

todas las discusiones sobre el comercio sexual sin importar el modelo adoptado en cada época. *La prostitución en España* retrata con detalle y rigor el periodo que nuestra protagonista vive, conocido como 'higiene especial' (2003: 205), iniciado en 1869 y concebido –según Guereña– como un servicio de control y vigilancia global que aglutinaba tanto el dispositivo médico como el policial. Entre las numerosas medidas que el especialista francés expone, cabe destacar la obligatoriedad de la cartilla sanitaria y otras de corte administrativo, como el registro censal o la fiscalización, mediante cuotas, de la actividad de las meretrices, y –finalmente– medidas policiales tales como las inspecciones o las multas.

Todo lo anterior nos acerca a las circunstancias de la protagonista de *La Prostituta*, una mujer inmersa en un orden normativo y palpable que la precede y la condiciona desde el primer momento. Apunta la profesora Tsuchiya que aparecer, además, bajo un subtítulo que reza *estudio médico-social* es «thus inscribing the prostitute within the discourse of science and medicine» (2001: 158), marcando discursivamente al personaje y situándolo bajo el microscopio de los médicos e higienistas. Más allá de este condicionante se dan, asimismo, las coordenadas que la ubican literariamente bajo las amplias alas del modelo omnipresente en la literatura popular y folletinesca. Presentada Estrella por el narrador al modo de todas las heroínas de esa literatura: «¡Oh, qué pobres vestidos y qué opulenta hermosura! ¡Qué tesoro envuelto en trapos viejos!» (*La Prostituta*: 196), ya se nos deja constancia de las carencias y fortalezas de lo que la muchacha llegará a ser: un producto comercial sin parangón. De origen humilde, hija de un alcoholístico y una lisiada

(200), Estrella no posee ningún tipo de educación o instrucción básicas, como se muestra en su primera conversación con Mari Pepa al llegar al prostíbulo: «Tú habrás estado trabajando, cosiendo. –Yo no sé trabajar (197)⁶⁷.

De partida, la protagonista de *La Prostituta* carece de todo recurso para encontrar un espacio propio en el que no solo pueda distinguirse sino comenzar una vida autónoma, pues le es otorgado un lugar meramente funcional en el universo que el burdel representa. El narrador describe la situación con las siguientes palabras: «iba a renovar su movimiento la gigantesca máquina del vicio, y ella estaba allí esperando ansiosa y preguntándose cuándo se vería cogida y triturada en el engranaje de las ruedas. Lo deseaba» (198). Este hecho será de gran relevancia a medida que se desarrolle la novela, ya que Estrella no está condicionada solo discursivamente sino que, espacialmente, también quedará confinada al burdel de Mari Pepa desde el comienzo. La novata e incauta Estrella carecerá de libertad de movimientos desde que entra al prostíbulo. No saldrá de él durante toda la novela, con el agravante de que dentro del lupanar de la sevillana y Arístides *el Chulo*, su espacio se verá cada vez más reducido hasta quedar prácticamente enclaustrada en su habitación (303-304). Paradójicamente, y en un nuevo juego de contradicciones de la novelística lopezbaguiana, la mujer prostituta, que desde Parent-Duchâtelet simboliza el desorden, la anarquía, el exceso y se le

⁶⁷ Muchos son los estudios sociológicos y estadísticos que se encargan de la expansión de la ciudad de Madrid durante la segunda mitad del siglo XIX pero baste reseñar en este caso concreto el realizado por Matilde Cuevas en *Madrid en la sociedad del siglo XIX* editado por Otero Carvajal y Bahamonde Negro (1986). Cuevas cita las estadísticas aproximadas que R. Eslava publicó en 1900 para constatar que el flujo migratorio que la capital de España recibe no es asimilado por el insuficiente tejido industrial, obligando a numerosas mujeres a la mendicidad y el pauperismo.

achaca un rechazo radical al orden y la economía (Corbin, 1990: 7), está, sin embargo, controlada desde el principio. Estrella es objeto de reclusión y control constantes; y en el proceso de búsqueda de una salida vital y de negociación comercial que lleva a cabo pone en circulación su único capital, su cuerpo, lo cual permite al personaje femenino aprovechar el orden económico y simbólico existente para subsistir. Por un lado, el meramente material, Estrella no rechaza o escapa a la estructura económica existente; antes bien, se vale de ella como mujer joven y bella, sin instrucción y carente de todo amparo masculino, que recurre a la explotación de su cuerpo en busca de rédito económico para subsistir. Del otro lado, el simbólico, esa estructura muestra la manera en que el deseo es canalizado en la tupida red de flujos que recorren la convulsa y –como hemos visto– contradictoria sociedad decimonónica.

De uno y otro extremo se desprenden los elementos necesarios para que Estrella se introduzca en un sistema idóneo con el fin de comercializarse: el burdel, que además tiene su propia arquitectura y jerarquía. El lector de *La Prostituta* asiste a la secreta reunión entre Arístides el *Chulo*, quien ya destacaba como proxeneta al frente del prostíbulo de Mari Pepa, y el marqués de Villaperdida –cómo no– mediante un anónimo y en una iglesia⁶⁸. Al más puro estilo folletinesco y con los tintes propios del anticlericalismo del escritor arajovense (159-160), en esta reunión se fragua el diseño de la red prostibularia más profusa y variada que podamos pensar. El propio Arístides, tras las dos horas de secreto encuentro con Villaperdida, expresa aún incrédulo el plan concebido por el enfermo parlamentario del siguiente modo: «–¡Vaya que es

⁶⁸ No debemos olvidar que Isidora Rufete conoció, no por mero azar, a Botín en una iglesia en *La Desheredada* (2007: 233-236).

un plan magnífico! Veinte casas de a tres pesetas, diez de a duro y otras diez de lujo! Y yo al frente de todo esto» (162). Esta red de cuarenta lupanares constituye una arquitectura social y comercial del sexo que resulta revolucionaria, puesto que, como si de una franquicia de modas del siglo XXI se tratase, ofrece diferentes productos y a diferentes precios bajo distintas marcas y clases -todas ellas mujeres desviadas- que están interconectados desde la base:

Aun cuando el lupanar de Mari Pepa pertenecía, como ya sabemos, a la última de las tres categorías en que estaban divididos los cuarenta que estableció el Chulo en Madrid, era de todos ellos el mejor organizado, y también el más importante, ya que no por la calidad, por el número de prostitutas con el que contaba (166).

Este sistema mercantil de cuerpos y prostíbulos es la metáfora perfecta de la organización de la prostitución reglamentada por las autoridades médicas y de policía. Distribuidos por la ciudad y diseñados para todos los públicos, son un archipiélago comercial⁶⁹ diseñado para permanecer invisible en el corazón de la ciudad, y en pleno funcionamiento al mismo tiempo. En este sistema mercantil de deseo e intercambio comercial, Estrella constituye un engranaje más, incorporado a la maquinaria que la torna en mero mecanismo de un orden preestablecido el cual, además, fiscaliza su

⁶⁹ Alain Corbin (1987: 214) utiliza esta misma noción en su estudio sobre la prostitución parisina bajo la prefectura de Magnin en el primer tercio del siglo XIX aunque se refiere a ello como medida de control de las prostitutas y nosotros, por el contrario, entendemos que la dispersión es una estrategia comercial. No en vano el propio narrador de *La Prostituta* describe la manera en que Arístides *el Chulo* regenta todos los burdeles a su cargo desde el de Mari Pepa donde el proxeneta «estableció su cuartel general de operaciones; tuvo en él, digámoslo así, la oficina central, convirtiendo en sucursales las treinta y nueve restantes» a la manera de las grandes cadenas comerciales.

comercialización. Nos hallamos ante un lugar de organización social del deseo donde, según O'Neill, tienen lugar «relationships between whores, the state, the working-class communities and the regulation of the body [...] and the fact that prostitution has always been 'work' that women can engage in to make a living» (2001: 128). Por tanto, la protagonista de López Bago ejercerá su función comercial y laboral dentro de la ley estructural del valor, en el seno de la ya innegable sociedad del espectáculo. El ingreso de Estrella en el burdel de Mari Pepa acarrea, sin embargo, ciertas consecuencias y requisitos que deben ser satisfechos en el seno de un prostíbulo, como parte integrante de un mecanismo global del comercio sexual en la sociedad que *La Prostituta* describe. El ingreso en el imperio sexual regido por Arístides no le otorga, de entrada, un lugar único e identificable dentro de ese sistema regulador y mercantil, pues solo en función de este cobrará entidad y autonomía propias.

La respuesta a dichas necesidades tiene lugar a medida que la vida de Estrella en el burdel se va asentando y que el funcionamiento de esta industria del deseo va adaptando a esa mujer desviada como apta para su uso o su consumo. Si bien nuestra joven es un claro ejemplo del modelo unidimensional de la literatura folletinesca en numerosas ocasiones, a partir de este punto podremos comprobar cómo el narrador trabaja sobre el personaje de una manera inusitada bajo el influjo de las reflexiones de Émile Zola en 'La novela experimental', que declara que el objetivo moral en la fisiología y en la medicina es «hacerse amos de la vida para dirigirla» (2002: 64). El narrador de *La Prostituta* representa a Estrella bajo esta batuta, convencido de las palabras del gran novelista francés: «En esto reside la utilidad práctica y la elevada

moral de nuestras obras naturalistas que experimentan sobre el hombre, que desmontan y montan de nuevo, pieza por pieza, la máquina humana con el fin de hacerla funcionar bajo la influencia de los medios» (64-65). El montaje de Estrella se va fraguando pieza a pieza, episodio a episodio; y será ese proceso el que definitivamente le garantice una inserción mercantil exitosa, espectacular. Todo comenzará por la adopción del sobrenombre con el que sus propias compañeras del burdel bautizarán a la recién llegada Estrella: «- ¡Adiós! Esta tiene ya pensado el mote. -Sí que lo tengo. Se llamará *la Pálida*. - Pues, mira, no es malo eso de *la Pálida*. ¿A ti te gusta que te llamemos así? -Sí, señora; a mí me gusta todo» (206). De este modo, el característico tono de su piel pasa a denominar el todo⁷⁰ en un ejercicio de sinécdoque que contribuye a distinguir y singularizar el cuerpo de Estrella para su venidera comercialización. Ese proceso de montaje al que hemos aludido, continúa aportando datos sobre ella como su apellido, Sánchez, y su edad aproximada: «-Creo que tengo diecinueve años» (204). Más adelante se trata de alimentar su desnutrido cuerpo, sirviéndole caldo, jamón, miel y chucherías varias (205-206), y atendiendo a su única petición: «-Pan, quiero pan!» (205). Pero la verdadera optimización de la marca *la Pálida* llega con la imagen definitiva que la recién llegada adquiere de manos del ama del burdel. La anterior Estrella cubierta de «guiñapos que asustan a la gente» (205) es llevada, no sin misterio por parte del narrador, a terminar 'su montaje', su conversión en producto, a un piso de la calle Hortaleza de donde salió «completamente transformada,

⁷⁰ Se repite esta explicación sobre el mote en la página 218 de la novela.

vestida de pies a cabeza» y hecha «un brazo de mar» como exclamaron sus compañeras, «-¡Mira *la Pálida*, que parece una duquesa!» (211), acaba por exclamar una de ellas. La adecuación del producto pasa, obviamente, por crear una imagen óptima y atrayente, dotando a Estrella de «lo mejor y lo de más lujo» según las instrucciones del verdadero diseñador del producto, Arístides, quien consideraba que: «Era preciso realzar, avalorar el brillante con la montura. *La Pálida* valía mucho por ser hermosa; valía doble por ir bien vestida» (211)⁷¹.

El capital de Estrella, su belleza, su cuerpo, ya ha sido optimizado para convertirlo en un producto; su marca, *la Pálida*, también le ha sido impuesta como signo distintivo. Todos los requisitos que este primer nivel, el material, precisa han sido alcanzados satisfactoriamente para una inserción óptima en la red comercial del sexo en la que fue introducida solo unas páginas antes. Ahora bien, una lectura más profunda como la que proponemos, debe trascender este nivel puramente material y ocuparse de la dimensión simbólica para desenmascarar, una vez más, a ese narrador que oscila entre discursos enfrentados y que utiliza los recursos narrativos a su alcance para mostrar y ocultar, para juzgar y provocar deseo. La voz que describe e inscribe los discursos sobre Estrella debe poner en circulación la imagen ya optimizada de esta en tanto que producto, como si de una campaña publicitaria se tratase, pues la sociedad del espectáculo precisa crear la relación existente entre el bien

⁷¹ Afirmación parecida a esta le hace llegar Arístides al marqués de Villaperdida en la página 213.

de consumo y su imagen; y *La Prostituta* cumplirá este último requisito con creces⁷².

La primera maniobra en este sentido implica, nuevamente, un espectáculo de la carne. En él, el lector –como ocurriera con los espectadores del teatro de variedades en *Naná*– será testigo pasivo de un juego literario de seducción que el narrador ejecuta no sin cierto grado de sutileza. Asistiremos a la mostración mediada y segmentada del cuerpo de Estrella que, sin llegar a la total desnudez como en el caso de la francesa, constituye un singular ejercicio de exhibición de ese cuerpo convertido ya en producto. Obviamente el lector será el convidado de piedra de esta escena en la que Mari Pepa, relevando a Arístides en los tratos con el Marqués, conseguirá que sea la propia Estrella la que muestre, inocente y despreocupadamente, sus naturales galas en busca de la aprobación definitiva de la inversión realizada en ella. Por su parte, Villaperdida asistirá a la escena en directo mediante un ingenioso juego de voyeurismo desde una habitación contigua: «–¡Quiero ver a Estrella! –¡Cómo! ¿Qué quiere *usté* ver a la chiquilla? –Sin que ella me vea» (219). Nos encontraremos pues, situados en un sutil escenario de tres instancias: en la primera, Estrella muestra su cuerpo siguiendo las fingidas instrucciones de Mari Pepa; en la segunda, Villaperdida observa en secreto a la joven adquisición del burdel desde la habitación contigua; y por último y desde afuera, el lector asiste a la totalidad de la escena. Esta triple óptica pone en

⁷² Llegados aquí cabe recordar las reivindicativas y pioneras palabras de Edward Baker en pro de un estudio serio y formal sobre la publicidad en el Hispanismo. La creación publicitaria es calificada por profesor de la Universidad de Florida como "discurso-fetiché" por excelencia, términos que no resultan nada ajenos a nuestra lectura de Estrella como producto. Véase "El comercio y la novela en el Madrid del siglo XIX" en *Actas del I Coloquio Internacional «literatura y espacio urbano»*. Alicante: Fundación Cultural CAM, 1993.

funcionamiento la mirada del deseo al mismo tiempo que, narrativamente, delega en los propios personajes la carga moral de una acción, otras veces denunciada por vergonzante y reprobable por el mismo narrador. Así, la andaluza finge interés por la reciente lozanía y el engorde de su nueva pupila: «-Te digo que sí. A ver, enséñame la pantorrilla. Sin resistencia, Estrella se levantó el vestido» (221), para luego demandarle que se libere del vestido alegando la necesidad de ciertos ajustes de costura: «-No, quítatelo aquí, que voy a ver si tiene arreglo. Estrella se lo quitó, y su hermoso busto mostró el levantado comienzo de los pechos, la graciosa curva de la espalda, los torneados brazos» (221). Este triple juego de perspectivas denota, esta vez sofisticadamente, un narrador consciente del peso moral y de las consecuencias de la mostración del cuerpo de la mujer, atribuyendo a un personaje, Mari Pepa, la argucia del 'inocente' desnudo de Estrella en aras de espolear el deseo y la necesidad de posesión de un cuerpo fragmentado y convertido en fetiche: la mercancía queda dispuesta como centro del espectáculo.

El siguiente paso que un producto debe seguir es «la *ocupación total* de la vida social», según Guy Debord lo plantea (2003: 55). Es decir, en la sociedad del espectáculo de la cual Estrella ahora forma irremediabilmente parte, no bastará la relación entre imágenes a tres bandas como la que acabamos de describir. Se trata, sobre todo, de que no exista nada más que esa relación, de que la mercancía ocupe todo lugar simbólico posible. Con el fin de lograr esa omnipresencia, se convierte en un imperativo proyectar la imagen de Estrella hasta saturar el espacio simbólico que la sociedad del espectáculo brinda a

todo bien de consumo. De manera semejante a la constelación de casas de lenocinio que Arístides y Villaperdida planificaban, la imagen de la nueva Estrella copará la mirada del lector mediante el único procedimiento capaz de aunar las exigencias del relato y las del deseo: la fetichización de la mercancía. Es Debord quien mejor explica este proceso del orden simbólico que opera sobre lo material mediante el cual «el mundo sensible es sustituido por una selección de imágenes que existen por encima de él, y que se aparecen al mismo tiempo como lo sensible por excelencia» (52). El plan de mercadotecnia diseñado por el proxeneta parece el más acertado, y el narrador nos lo deja claro pues «pensándolo bien, no se trataba de una mujer, sino de una empresa» (225). Este producto, la carne, debía forjar el mito y para ello es necesario ese reclamo «inmenso, colosal y al mismo tiempo especialísimo» (223) porque la propia naturaleza del producto lo exige. Es decir, «una mujer, o, mejor dicho, [...] la carne de mujer no se anuncia por medio de prospectos, ni se puede poner a la venta lo mismo que la carne de vaca» (223). Ahora el lector, el mismo que seguía al anónimo transeúnte que abría la novela, es partícipe de los proyectos propagandísticos de Arístides y de la ilusión espectacular que este pretende crear: «Retratarla, retratarla ante todo; hacer tres clases de retratos, vestida, medio vestida y desnuda» (224), con el fin de hacer las delicias de jóvenes y mayores disolutos y entregados al vicio. La venta de estas imágenes constituye «una especulación de grandes ingresos» (224), y también la fetichización de Estrella hasta el grado más alto⁷³. Inundar los círculos del

⁷³ Son aconsejables los trabajos de Bernheimer, Evans y Ross en *Seduction and Theory* (1989) editado por Diane Hunter en torno a las dinámicas de fetichización y deseo y las ópticas masculina y femenina en diferentes productos culturales.

comercio sexual con retratos de Estrella y provocar la previsualización del producto, convertido en fetiche, representan el ejemplo paradigmático de la mercancía en el seno de esa sociedad del espectáculo cuyo núcleo es la relación de esas imágenes comerciales puesto que, como el narrador nos explica: «nadie vería a *la Pálida*; permanecería encerrada en el lupanar, mientras que circulaba de mano en mano su imagen, capaz de exaltar y sobrexcitar los sentidos del mas casto» (224), y del lector –añadiremos nosotros. El espectáculo se contempla, pues, a sí mismo, creando y recreando una realidad dentro del sistema prostibulario y regulador del Madrid de finales del siglo XIX.

El tercer y último eslabón de este proceso de comercialización es mucho más sutil que los anteriores. En este punto nos hallamos ante un hecho que la crítica ha observado con mirada poco precisa y que gira en torno a la virginidad de la joven adquisición del burdel de Mari Pepa. Tanto Guereña (2003: 333) como Sutherland (2003: 285) consideran que Estrella ha sido «desflorada por el marqués» o ven a este como «el comprador de su virginidad», respectivamente, aunque este hecho sin duda representa algo más complejo que la simple y llana pérdida de la virginidad de la protagonista. Pero antes de proseguir con la lectura de la obra de López Bago conviene resaltar la importancia otorgada a la virginidad femenina en el entramado de creencias sexuales de la época. Para ello acudimos al especialista e historiador del cuerpo humano Alain Corbin⁷⁴ que nos recuerda la equivalencia existente entre virginidad y pureza y que, sorprendentemente, resulta ser lugar común

⁷⁴ Pese a citar solo a Alain Corbin por razones prácticas, nos referimos a la *Historia del cuerpo* que él mismo coordinó pero que cuenta también con el trabajo de Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello.

de religiosos, médicos e incluso autores de literatura erótica (2005: 68). La fragilidad de la pureza, la casi inefable integridad sexual femenina posee un valor superlativo que genera, como bien aclara Corbin: «una espera inquieta y fascinada, a menudo impaciente, de la metamorfosis, [...] que puede llevar a todos los grandes cambios» (68). Esa espera es justo la que desempeñará un papel crucial en los planes mercantiles de Arístides *el Chulo* y que está directamente entroncada en la valía suprema y casi mística de la virginidad. Pese a estas valoraciones y a las consideraciones críticas mencionadas, hemos de hacer justicia al narrador de *La Prostituta* quien ya nos ha hecho saber que Estrella no es virgen desde que es introducida en el relato. Las condiciones de miseria material y humana de las que surge nuestra protagonista nos describen el jergón que esta compartía con sus progenitores (200) y en el que, al enfermar y afearse su madre por el maltrato físico recibido, «muchas noches tuvo que defenderse en una lucha terrible [...] contra su mismo padre, que, ofuscado y bestializado por el alcohol del aguardiente, quería lo que era imposible. ¡Pero en estas luchas no ganó nada su fortaleza, y perdió su castidad!» (200-201). Si atendemos, pues, al texto con mayor atención que la prestada por los críticos mencionados, la virginidad de Estrella es ya un imposible para todo aquel que la desee, pese a que se convertirá en una de las piezas esenciales del engranaje comercial -espectacular- ensamblado en torno a la pureza de la joven. En esta misma dirección, si somos lectores perspicaces, observaremos el juego de equívocos que el narrador utiliza a su conveniencia solo una páginas más adelante al postular el valor de la joven que «valía mucho por ser hermosa; valía doble por ir bien vestida» (211) con unos trajes

usados que ahora «adornaban, cubrían y abrigaban el cuerpo de *la Pálida*, un cuerpo nuevo una carne intacta y joven, que se cerraban, como las puertas de marfil del Tabernáculo, sobre el divino misterio de la virginidad» (211); así, y desdiciéndose una vez más, el narrador aumenta el valor de Estrella como mercancía, intacta y única. He aquí la importancia superlativa de la virginidad capaz de revalorizar a Estrella como producto del mercado sexual hasta tal punto que el propio Arístides, espoleado por la duda sobre los amores que *la Pálida* mantuviera con *el Granuja*, procura que Mari Pepa interrogue a la pupila, quien confirma al proxeneta que la relación de los dos adolescentes ha sido pura (231). Sin embargo, estos hechos no resultan del todo convincentes para Arístides *el Chulo* que «no se tranquilizó hasta que vino un médico de su confianza, y el médico los confirmó como ciertos, después de reconocer a *la Pálida*» (232).

La importancia de este tercer procedimiento narrativo incide directamente en el cuestionamiento de la mercancía por parte del sistema que la ofrece y la debe legitimar. Así como el discurso médico-social pone en tela de juicio al producto *La Prostituta* llevándola a los tribunales, la figuración, los ecos narrativos y las dudas sobre la pretendida virginidad de Estrella darán lugar, a la postre, a la plusvalía de la mercancía convertida ya en fetiche y si – como argumenta Tsuchiya– «Estrella's body acquires significance only in relation to the masculine desiring subject» (2001: 258), no podemos albergar duda alguna de la función comercial de la virginidad de la pupila de Arístides y Mari Pepa. La importancia que el cuerpo de Estrella va adquiriendo a medida que es cuidado y adornado, aparece ahora eclipsada por la estrategia

comercial urdida en torno a su virginidad como reclamo para todos los potenciales consumidores de ese producto que ya trasciende lo meramente material; la carta de Arístides a Villaperdida lo cuenta con claridad meridiana

La chica vale el oro que pesa, señor marqués. Y bien vestida, lavada y peinada, dará gloria verla. Luego, aquí no hay farsa, ni cuento, ni trampantojos, como en otros casos sucede. El primero que la quiera tendrá que pagarla muy cara, porque no se le dará gato por liebre (213-214).

La virginidad de Estrella aglutina, finalmente, el valor de uso de su cuerpo ocupando todo el espacio espectacular, mercantil, que *la Pálida*, como producto ya elaborado, acabado y promocionado contribuye a fijar. La suma de los cuidados que le han sido aplicados, la marca con que se la ha bautizado, el encierro al que es sometida en el burdel mientras su imagen es difundida por todo Madrid acompañada del grito sordo de su fabricada virginidad, dan como resultado un valor de cambio al alza. Las operaciones de mercadotecnia llevadas a cabo por Arístides logran, así, el resultado esperado; y prueba de ello es el pasaje en el que Luis, el enfermizo y apocado hijo de Villaperdida, asiste junto a otros amigos a una orgía en el lupanar de Mari Pepa. No debemos olvidar la importancia que posee el burdel como espacio físico en el que se anulan las diferencias de clase social y en el que los hombres consumen el eros representado en la novela⁷⁵, aunque en esta ocasión la igualdad se verá rota por la escalada de valor de cambio que Estrella adquiere

⁷⁵ A tenor de las relaciones sociales en el seno de los prostíbulos resulta muy ilustrador el trabajo de Jean-Louis Guereña "El burdel como espacio de sociabilidad", 2003. Baste el ejemplo de Arístides *el Chulo* y Paco *el Granuja*, quienes «fueron grandes amigos, aunque solo dentro del lupanar» (243).

en la puja que tiene lugar entre todos los mozos. Los cinco mil reales con los que Arístides abrió la subasta alcanzaron pronto los diez mil merced a un arranque del heredero de Villaperdida (273), colmando así los deseos pecuniarios del curtido proxeneta que veía como la realidad le daba la razón, frente al viejo Marqués que calificara su proyecto «como novela y puro disparate» (273). Pese a que más adelante será el propio Marqués el que por esa misma cantidad adquiera los derechos sobre Estrella (291), ya se ha generado una impensada plusvalía que hace de la *Prostituta* una mercancía ideal que se integra con éxito en el mercado que la condiciona espacial, corporal y discursivamente desde que aparece en el relato. Tiene lugar la disolución de la identidad en favor del producto que la sociedad del espectáculo demanda. Así lo postula Debord, pues, dicha disolución es, también, «el desvanecimiento de la distinción entre lo verdadero y lo falso» (2003: 174), entre capital o pobreza o, incluso, entre ser virgen y no serlo.

En definitiva, en Estrella se perfila el producto perfecto, la carne cuyo valor de cambio incrementa exponencialmente, no por oponerse al sistema que la regula como ocurre con el bien cultural que narra su historia –*La Prostituta*– sino aprovechando el orden burgués que revaloriza su imagen y su virginidad, y que la inserta en la macroestructura económica de burdeles. La protagonista que inaugura la tetralogía de López Bago viene, pues, a ocupar el ambiguo lugar que su también ambiguo narrador le proporciona, ligada al mercado de bienes que la prepara y la promociona para su venta, a la vez que constituye un impagable espacio de lectura de la industria simbólico-sexual decimonónica. Todo ello merced a la sociedad espectacular que proyecta,

¡Que suba el telón! Comienza el espectáculo

modifica y acoge sus mercancías en el espacio más idóneo para estas, ya se trate de Estrella *La Pálida* o de *La Prostituta*.

*Excluyendo la suya, que la doy por santa, las demás son todas putas,
sobreentendidas o declaradas. Permítame, está demostrado.
Todas, antiguas y modernas. De obra o pensamiento.*

Juegos de la edad tardía
Luis Landero

Desviadas: reguladas, clandestinas, contagiadas

Estrella *la Pálida* ya ha sido convertida en una mercancía y ha sido puesta en circulación bajo las normas del sistema lupanar en el que se integra, y su historia, *La Prostituta*, es ya un producto de éxito en el mercado editorial. Mercancía y producto se encuentran a disposición del comprador y del lector; a la vista de todo aquel que lo desee y ose traspasar las barreras de lo privado.

Con arreglo a las imágenes de Estrella que Arístides *el Chulo* pretende distribuir por todo Madrid y a las contradicciones y cuestionamientos estéticos y legales en los que incurre *La Prostituta*, cuesta creer que la intimidad siga siendo un reducto privado, acotado y a salvo de miradas y de manos ajenas y, como podremos ver en este capítulo, la novela dará buena cuenta de ello. Este cambio es totalmente comprensible, y podríamos afirmar sin ningún pudor –sí, pudor– que la privacidad ha dejado de ser una norma social, concediendo, eso sí, que esta afirmación también fue pronunciada por el fundador de Facebook, Mark Zuckerberg, en 2010. Es decir, aún en el siglo XXI andamos cuestionándonos y disertando sobre lo privado, lo íntimo, lo que deseamos –sí, deseamos– reservar. Tomamos las palabras del exitoso empresario norteamericano de un reciente artículo publicado por Rebeca Yanke⁷⁶ en el

⁷⁶ "La vida al desnudo", *El Mundo*: 20 diciembre 2014, <<http://www.elmundo.es/espana/2014/12/20/5492d9b9e2704ec85e8b4587.html>>

que, sucintamente y haciendo honor a su buena casta periodística familiar, nos ofrece una interesante reflexión sobre la «extimidad» propiciada principalmente por el auge de las redes sociales. La constante exposición de la vida en internet, desde un café con amigos hasta las vacaciones familiares, pasando por eventos relacionados con el trabajo, han hecho que la barrera que López Bago hace aparecer tan difusa en su novela se nos antoje, todavía, una quimera. Apoyada en el trabajo de la antropóloga argentina Paula Sibilía⁷⁷, Yanke alude a una intimidad que paradójicamente «tiene que exhibirse para poder realizarse y ser» porque «es importante que los demás vean lo que somos, y sobre todo que digan que les gusta para confirmar que uno existe». La existencia requiere pues, de cierta validación externa en la era de «la visibilidad y la conexión» que, en este punto entendemos que desacertadamente, la periodista vasca contrapone a una supuesta tendencia a la introspección existente en el siglo XIX.

La existencia de pornófilos, exhibicionistas, dóminas, fetichistas de toda índole y tendencia sexual, o amas de casa que cada día muestran una instantánea distinta de su atuendo, su escote o su manicura en tuiters, no está tan alejada de muchos de los gestos y textos decimonónicos que aquí estudiamos. No se trata ya de sacar las imágenes de Estrella *la Pálida* a la calle, sino de hablar de un movimiento de transgresión transversal siempre presente en el devenir humano y, por ende, en la literatura. Pero abordar todas las

⁷⁷ *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008. Según cita Yanke.

implicaciones de la intimidad excede, sin lugar a dudas, a nuestro propósito y cae –obviamente– del lado de la antropología⁷⁸.

Con el fin de fijar un punto de anclaje que nos sirva para ilustrar, por un lado, que en el siglo XIX la intimidad se encuentra en crisis, y por el otro, que consecuentemente el recogimiento y la introspección citados no están tan presentes en las obras –literarias y no literarias– que abordamos, conviene releer *My Secret Life*. Esta obra no es una simple novela, o una confesión descubierta con carácter póstumo en la que hallar alguna escena privada contada con cierto arte o con menos pudor que el de costumbre. *My secret life* comprende once volúmenes de cuatrocientas páginas y de ella solo se realizó una edición privada en Amsterdam hacia 1890 de la cual, actualmente, se conservan tres⁷⁹. Desconocida por muchos en las letras españolas, *My Secret Life* cuenta las memorias de un acaudalado inglés de la época victoriana que, escudado en el anonimato, relata minuciosamente todas sus experiencias sexuales desde la pubertad. Lo que comenzara como un simple diario tomó un cariz más serio y maduro, como el propio autor comenta: «Comencé a redactar mis memorias hacia los veinticinco años. Había ido escribiendo una especie de diario desde mi juventud y esto es lo que probablemente me incitó después a revelar mi vida interior y secreta» (1984: 19). Realizando en el texto algunas calas al azar, podemos saltar de los más naturales juegos de voyeurismo adolescente hasta las escenas más sórdidas e incluso violentas vividas por un

⁷⁸ Resulta imprescindible la consulta de *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus, 2005. Ed. Duby, Philippe Ariès y Georges.

⁷⁹ Conocemos que en los últimos años se han publicado distintas ediciones modernas de esta obra, unas con estudios anexos como la de Antonio Escohotado y publicada por Tusquets (2006), otras parciales o extractadas aunque nosotros remitimos a la edición presente en la bibliografía de este trabajo.

adulto profundamente obsesionado con el sexo y todo lo que a este rodea. El narrador es un hombre que cuenta en primera persona su vivencia y participación en los hechos pero que, a diferencia de las obras que aquí tratamos, también protagoniza el relato, dejando a la mujer en un segundo plano o incluso instrumentalizándola; desnudando y desnudándose ya que, como defiende en su prefacio: «Pudor y deleite no pueden coexistir, pues finalmente uno acabaría matando al otro» (20). La veracidad que el autor atribuye a los hechos narrados (23) deja bien a las claras un primitivo ejercicio de extimidad. Una muestra al azar lo deja bien claro, como el caso de la entradilla del capítulo VI

En donde se describirá a Camila, así como circunstancia en que la conocí, entre ellas su desnudo, el diván, su lavado, su cara, su cuerpo y su coño. En donde el lector sabrá su manera de hacer el amor, su grado de concupiscencia y su oferta de acostarse gratuitamente. De como tras Camila vino otra francesa llamada Gabriela, de la que asimismo se describirá cada uno de sus encantos. A Gabriela la sucederá Ninette, con quien tendré mi dosis diaria de alocado placer. Y si el lector me sigue, entraremos en el apartamento situado encima de la verdulería, donde conocerá a Luisa la pelirroja. Y también a otros personajes de mi recuerdo, como la hija de mi amigo, y otras peripecias, como el culo pellizcado, una criada abrazada, un golpe sobre mi sable, una playa donde iré con Loo, una declaración de amor y una criada virtuosa (95).

Con su irreverencia y su crudeza, este texto hace tambalear los cimientos mismos de las escenas reservadas a toda mirada ajena. Abre no solo

alcobas y camas sino la mente y sus deseos más salvajes, sembrando la semilla de la duda sobre la intimidad de cualquiera pues, como sagazmente afirma «No es más que el relato de una vida humana que tal vez se parece a la vida cotidiana de millares de personas, si pudiera obtenerse su confesión» (25). El deleite obtenido en sus experiencias lleva al narrador a cruzar todo límite conocido haciendo gala de un notable grado de erotolalia, es decir, hablar no solo de sexo sino de lo que se habla durante el sexo. La complacencia en cambiar de tono y de registro a la hora de narrar un encuentro físico-sexual es una muestra más de la transgresión de lo privado, de gritar lo que normalmente se susurra y de dejar atrás el voyeurismo y el ecouterismo que obviamente están más al alcance de las literaturas eróticas convencionales.

No nos llevemos a engaño; esa esfera que hemos dado en llamar privada posee unos límites tan difusos como frágiles y por ello se ve constantemente amenazada por múltiples causas. La naturaleza de los hechos, los personajes involucrados en ellos o el momento histórico en el que acontecen pueden coadyuvar a convertir en asunto público lo que en un principio estaba reservado a tener lugar intramuros. El caso del narrador de *My Secret Life* constituye un ejercicio voluntariamente llevado a cabo por alguien que, no obstante, oculta su verdadera identidad. Pero los periódicos y semanarios llenan sus páginas con historias de personajes públicos que, bien airean su intimidad, bien son víctimas del amarillismo periodístico. Baste para ello recordar el famoso beso entre un futbolista y una periodista deportiva españoles y los ríos de tinta que generó por parte de los que vieron en él un

acto público de amor y los que lo censuraron por sexista⁸⁰. Es más reciente el sonado escarceo amoroso del presidente de la República de Francia con una famosa actriz convirtiendo un asunto matrimonial en debate nacional, dadas las dudas que generó sobre la seguridad y la moralidad del político⁸¹. Lo cierto es que, desde los problemas matrimoniales de Isabel II con su primo Francisco de Asís⁸² hasta los actuales escándalos de Juan Carlos I que le atribuyen numerosas amantes⁸³ e incluso hijos ilegítimos⁸⁴, las crónicas históricas y periodísticas demuestran a las claras el flujo constante de una esfera a otra. Estado y alcoba se confunden bajo la luz pública y dan nutrida cuenta de la crisis constante que la vida privada experimenta.

Mujer, familia, estado.

Novelada, modulada e instrumentalizada, la mujer es ahora el gozne sobre el que giran lo público y lo privado convirtiéndose en un catalizador de todos los valores simbólicos de una época. La Revolución Francesa había

⁸⁰ Sirvan de muestra los titulares del diario *El País* tras el señalado momento reproduciendo las palabras del deportista «Somos de la calle: gente normal» en julio de 2010 <http://elpais.com/elpais/2010/07/12/actualidad/1278917329_850215.html> y la alusión al recato dos años más tarde tras otra destacada victoria «Abrazos en público, beso en la intimidad» <http://elpais.com/elpais/2012/07/02/gente/1341224733_255220.html>

⁸¹ *El País* ahondaba en la cuestionable seguridad del mandatario galo <http://elpais.com/elpais/2014/01/15/gente/1389810463_117408.html> y *El Mundo* recogía las reflexiones de Rafael Navarro-Valls en torno al cruce entre la vida política y la sentimental <<http://www.elmundo.es/opinion/2014/01/22/52e02dc6ca4741b37b8b457e.html>>

⁸² Fernández, 2008: 23.

⁸³ Son incontables las fuentes, sobre todo digitales, que podemos hallar sobre este asunto pero para evitar enojosas listas de enlaces citamos dos de una de las principales: <<http://www.elmundo.es/elmundo/2013/01/10/espana/1357819275.html>> y <<http://www.elmundo.es/especiales/espana/el-rey/sombras.html>>

⁸⁴ <<http://www.elmundo.es/espana/2015/02/14/54de9a1d268e3e3b548b4575.html>>

contribuido ya de manera muy destacada a la separación de las esferas pública y privada, otorgando un valor supremo a la familia como unidad básica del Estado y diferenciando papeles sexuales que derivan en una pareja de opuestos: el hombre político y la mujer doméstica (Michelle Perrot, 2005: 19). De este modo no es de extrañar que la ideología de la domesticidad, coadyuvada por la tradición y por el conservadurismo religioso, permee los textos dedicados a la mujer, los manuales de educación, las revistas de moda e incluso numerosos títulos médicos divulgativos⁸⁵. La mujer quedará, por tanto, confinada al reino de lo privado, del hogar, de donde emana su relevancia como administradora y sobre todo por «la importancia conferida a la función social de la educación moral de los hijos» (Aldaraca, 1992: 43), aunque, como bien advierte Jacques Donzelot, «el maléfico circuito de la domesticidad lleva implacablemente de la indolencia de las señoritas a la insolencia de las prostitutas» (1998: 19).

Es obvio que esta separación sexual de los espacios también deriva en una separación del trabajo y del deseo que, siguiendo el argumento de Raquel Osborne (1993: 82), se sustenta en esas mismas desigualdades sexuales y los modelos que de ellas se desprenden. No se trata ya exclusivamente de la oposición privado/público sino de enfrentar naturaleza y cultura, pasión y razón, o subjetividad y objetividad, es decir, una suerte de cosmovisión polarizada de la realidad que en última instancia llegará a las páginas

⁸⁵ Existen pocas voces más reputadas que la de Bridget Aldaraca (1992) a la hora explicar los contradictorios frutos de la ideología de la domesticidad en la novela decimonónica, a cuyo trabajo sobre Pérez Galdós remitimos. Asimismo son de obligada consulta los numerosos y nunca suficientemente agradecidos trabajos bibliográficos sobre la prensa periódica del siglo XIX, en especial la femenina, realizados por M^a Carmen Simón Palmer de entre los cuales destacamos *Escritoras españolas del siglo XIX: Manual bio-bibliográfico*, que recoge una completa y detallada bibliografía destinada a mujeres en la España del siglo XIX y 'Puntos de encuentro de las mujeres en el Madrid del siglo XIX' en *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 2001.

novelescas. Nos confirma Perrot que «La idea de la mujer como algo especialmente concebido para lo privado (y no adecuado para lo público) era común a casi todos los círculos intelectuales de finales del siglo XIX» (2005: 49) que, apoyados en la obra de Pierre Roussel, representaban a la mujer como el reverso del hombre. Mientras este era considerado por su intelectualidad y su energía, la mujer es definida por su cuerpo y su sexualidad; binomio a menudo amalgamado y que supone un lugar de enunciación importante para nuestra lectura.

Tal y como adelantábamos en nuestra introducción, podemos hallar numerosos reflejos de estas ideas, cuando no su copia directa, en obras españolas de muy variada índole y enfoque. Vicente Ortíz de la Puebla en su *Historia universal de la mujer* (1880) dedica un capítulo entero a "La ignorancia de la mujer en todos [los] tiempos" (69), pero pocas páginas antes defiende la educación para las féminas con un tono tan exhortatorio como instrumentalizador:

Pues bien, digo yo, en nombre de la familia, en nombre de la salvación de la familia, en nombre de la maternidad, del matrimonio, del gobierno doméstico, es preciso reclamar para las niñas una sólida y formal educación. Definamos de una vez para todas esos títulos venerados de que se han hecho tantos instrumentos de sujeción, los títulos de esposa y madre. Nadie más que yo se inclina con respeto ante esas tareas domésticas, subalternas en apariencia, sublimes en realidad: puesto que se resumen en esta frase: Pensar en los demás. Pero ¿Comprenden tales tareas todos los deberes de la mujer? ¿Ser esposa y madre es únicamente aderezar una comida, mandar criados, velar por el bienestar general y la salud

de todos, que digo, es solamente amar, rezar y consolar? No, es todo esto, pero es más todavía: es guiar y criar y por consiguiente saber. Sin saber no hay madre completamente madre, ni hay esposa verdaderamente esposa (68).

A la luz de estas palabras es inevitable rescatar personajes femeninos de Pérez Galdós, quien siempre mostró una acusada preocupación por la paupérrima formación de las jóvenes. La educación es un área a la que el autor canario otorga una gran importancia en la elaboración y el devenir de sus personajes de modo que en no pocas ocasiones, a la hora de introducirlos hará referencia a la formación recibida por ellos. Destaca, sobre todos, el caso de Isidora Rufete, protagonista de *La Desheredada* (1881) aunque ya en las novelas anteriores –las denominadas unánimemente por la crítica como 'de tesis'– podemos entrever la atención que Pérez Galdós presta a la educación femenina. Las novelas de tesis –por referirnos ahora solo a ellas– responden, desde su concepción, a un planteamiento ideológico que persigue mostrar los atrasos manifiestos de la sociedad española de su época haciendo uso de personajes y situaciones arquetípicos, las más de las veces. Este procedimiento creativo, como bien explica Joan Oleza, se convirtió en

la fórmula novelesca que acabó por imponerse como más apta para expresar las necesidades estéticas del período, necesidades compuestas de realismo, exigencia de utilidad moral –y social– del arte, debate ideológico y toma de postura ante la transformación histórica de España (1998: 435).

Las necesidades a las que Oleza alude son primordialmente didácticas y Pérez Galdós se hace consignatario de ellas. A nadie escapan las afinidades ideológicas del autor canario con el proyecto regenerador que desde el liberalismo progresista se propugnaba en un afán manifiesto por hacer de España un país moderno a la par con Europa, abierto a la influencia de escuelas como la krausista y la tolerancia hacia la diversidad ideológica y religiosa. Alentado por el sentimiento de justicia y de igualdad social, la educación, pues, será uno de los caballos de batalla de su obra. Así, Pérez Galdós vuelve la mirada a la clase media «que no tiene aún existencia positiva» (2004: 109-110) convirtiéndola en la inspiradora y depositaria de las esperanzas de renovación. *Rosalía* –un texto redactado hacia 1872 según Alan Smith⁸⁶– *Doña Perfecta* (1876), *Gloria* (1877) y *La familia de León Roch* (1879), son obras en las que la cuestión educativa está presente de un modo más o menos manifiesto aunque no se centran totalmente en ella, dejando a las cuestiones sociales o religiosas la mayor relevancia. *La Desheredada* (1881), por su parte, se ocupa de la educación bajo un prisma que no dista demasiado del sociológico y que contribuye a que esta inigualable obra actúe como bisagra entre las novelas de tesis y las llamadas 'novelas contemporáneas'. No es casual, por tanto, que *La Desheredada* esté dedicada a los maestros de escuela

Saliendo a relucir aquí, sin saber cómo ni por qué, algunas dolencias sociales nacidas de la falta de nutrición y del poco uso que se viene haciendo de los beneficios reconstituyentes llamados *Aritmética, Lógica, Moral y Sentido común*, convendría dedicar estas páginas... ¿a quién? ¿Al infeliz paciente, a los curanderos y droguistas

⁸⁶ Estimaciones que el investigador estadounidense llevó a cabo al descubrir esa novela en el reverso de las cuartillas de ciertos Episodios Nacionales. *Rosalía*, Madrid: Cátedra, 1983.

que, llamándose filósofos y políticos, le recetan uno y otro día?... No; las dedico a los que son o deben ser sus verdaderos médicos: a los maestros de escuela (2007: 21).

El papel de médico social que el gran canario atribuye a los maestros con el fin de sanar las dolencias educativas de una España enferma de fantasía o de cerrazón –como son el caso de Isidora Rufete o María Egipciaca en *La Desheredada* y *La familia de León Roch* respectivamente⁸⁷– es solo el reflejo del estado de las políticas nacionales a este respecto. El espíritu didáctico que encamina y recorre estos títulos galdosianos son solo parte de un proyecto más amplio que nace del afán regeneracionista por reeducar al conjunto de la sociedad examinando todas las áreas de la vida, conectándolas. Esa conexión, no por mero azar, tiene lugar en un ámbito concreto: el doméstico. Es en el hogar donde educación, religión y habilidades sociales cobrarán singular valía; baste citar las tertulias celebradas en casa de Doña Perfecta o las charlas que, semanalmente, León Roch mantiene con conocidos y amigos de carrera en su propia casa. El hogar se convierte en la metáfora perfecta de un 'micro-estado', y la figura central de este espacio es la mujer, sobre la que recaen –como defendía anteriormente Ortiz de la Puebla– roles diferentes: velar por el funcionamiento de la casa, cuidar del esposo y educar a los hijos. En el mismo sentido lo recalca, doce años más tarde, Amancio Peratoner: «La familia forma un todo homogéneo, una asociación que une a los miembros que difieren en edad, sexo, fuerzas y tendencias y los somete a una

⁸⁷ No debemos olvidar que las novelas que siguen a *La Desheredada*, *El Amigo Manso* (1882) y *El doctor Centeno* (1883) tienen como protagonistas a un clérigo maestro y a su alumno, huérfano y pícaro moderno en el Madrid de finales de siglo XIX y a un profesor «doctor en dos facultades y catedrático del instituto» (2007: 399). Y tampoco, el destacado lugar del maestro – y especialmente la maestra– reservado en las creaciones galdosianas del siglo XX.

misma autoridad, la autoridad paternal; este pequeño estado en el Estado es de inmensa utilidad para el orden social» (1892: 38). Así pues, si el 'micro-estado' funciona correctamente, el 'macro-estado' nacional alcanzará la ansiada sociedad del progreso. Con el fin de lograr tan ambiciosas metas se forja y proyecta un modelo femenino con más o menos variantes según el momento y sin importar el signo, que impregnará todas las políticas educativas y su aparato crítico. Como bien expone Aurora Rivièrè (1993), este modelo toma, paradójicamente, el relato bíblico como punto de partida al tiempo que bebe de fuentes de planteamientos tan dispares como los de Jules Michelet, Jean Jaques Rousseau o François Fénelon, enfrentando discursos cuya bisagra encaja «las filosofías de la naturaleza idealista del romanticismo fundadas en la *dualidad*, que sirven de fundamento básico en la adjudicación de 'roles'» (37), como ya viéramos al hablar del hombre político y la mujer doméstica.

Obviamente las diferencias físicas subyacen bajo la adjudicación de tareas distintas al hombre y la mujer, y Rivierè toma buena nota de muchos de los autores que así lo hacen (37-38). Pero existe un matiz importante en esta oposición espacial y ocupacional que no podemos dejar escapar. Ya desde principios del siglo XIX hasta bien entrada la segunda mitad de este, autores como Pierre-Jean-Georges Cabanis⁸⁸, Ángela Grassi⁸⁹ o Francisco Alonso y Rubio⁹⁰ establecen una relación directa entre las diferencias físicas y morales del hombre y la mujer. De este modo el varón será víctima de una propensión

⁸⁸ *Rapports du physique et du moral de l'homme et le femme*. Paris: Chez Crapart, Caille et Ravier, 1805.

⁸⁹ "La misión de la mujer" en *La Floresta*, núm. 5, junio de 1857. Págs. 33-35. La investigadora Colette Rabaté también recoge un considerable número de contribuciones de A. Grassi en la prensa femenina en su trabajo *¿Eva o María? Ser mujer en la época Isabelina (1833-1868)*.

⁹⁰ *La mujer bajo el punto de vista filosófico, social y moral: sus deberes en relación con la familia y la sociedad*. Madrid: Gamayo, 1863.

a 'las faltas' que, a su vez, convertirán a la fémina en 'un reducto de virtud'; no en vano Aldaraca explica cómo el pudor innato atribuido a la mujer formará parte de «los instrumentos determinantes utilizados para mantener a la mujer dentro de los límites del comportamiento social aceptable» (51). Este hecho puede quedar ilustrado mediante el extracto de una folletinesca y pequeña novela –en formato y extensión– titulada *La prostitución o las consecuencias de un mal ejemplo* (1883) y escrita por Joaquín del Castillo que trata de aleccionar a la mujer en virtud, paciencia y perdón hacia el hombre que, en este y otros muchos episodios, se verá comprometido de manera involuntaria. Avergonzado por haber sufrido pérdidas en el juego con el fin de aumentar la dote obtenida gracias a su esposa, el protagonista acude en busca de refugio a la casa de un amigo que resultará no ser una positiva influencia:

Temeroso de ponerme en tu presencia rogué a un amigo me permitiera pasar la noche en su morada; este me incitó a que fuésemos a una casa sospechosa, a cuyos ruegos condescendí: y he aquí que habiéndonos la justicia sorprendido, hemos todos sido conducidos a esta mísera y lóbrega mansión de donde solo puede sacarme tu conyugal cariño. No vacilo un momento en creer que darás cuantos pasos estén en tu mano, y que cumplirás con los sagrados deberes que te impusiste al pie de los altares, para que tenga el gozo de abrazar con entera libertad a su cara compañera y tiernos hijos tu fiel esposo –Morundi (1883: 23).

Es posible, como vemos, leer la manera en que esa suerte de modestia esperada de las féminas las describe y les atribuye deberes pues la mujer «desde su oscuridad trabaja, incesantemente, para engrandecer a su

esposo y a sus hijos, y conducirlos por la senda de la virtud a la cumbre del saber» (Grassi, 1857: 35) convirtiendo a la esposa en un verdadero ángel del hogar, figura central de este modelo educativo. No es de extrañar, por lo tanto, que una mujer de letras y defensora del progreso femenino como Emilia Pardo Bazán mantenga una postura muy crítica hacia estas ideas pues, según la gallega «para el español, por más liberal y avanzado que sea, [...] el ideal femenino no está en el porvenir, ni aun en el presente, sino en el pasado. La esposa modelo sigue siendo la de cien años hace» (1999: 87). Finalmente, todo lo comentado redunda en la división sexual de la realidad que Osborne analizaba más arriba y que Mary Nash lleva al terreno propiamente laboral cuando aclara que la trayectoria social y de realización de la mujer se ciñe a un proyecto «cuyo eje era la familia, mientras la elaboración de su identidad personal propia se desarrollaba a partir del matrimonio y de maternidad sin posibilidad de crear un proyecto social, cultural o laboral autónomo» (2000: 614).

Educadas o instruidas

Fabricar madres y esposas virtuosas no es tarea fácil, y por este motivo la educación de la mujer es reorientada y diferenciada de la masculina desde su comienzo. El modelo pergeñado en las líneas anteriores hace del hombre un ser productivo y de la mujer un ser reproductor y convierte a esta última en el eje sobre el que gira la mayoría de las medidas políticas educativas decimonónicas. Pese a lo que podamos pensar, la enseñanza de las niñas en el mismo seno del hogar posee un alto valor y será reivindicada por algunos

tratadistas como es el caso de Eduardo Bertrán y Rubio, que no duda en defender: «no se diga que la educación pública puede suplir ventajosamente a la educación maternal⁹¹». De hecho, solo la clase media-alta puede educar a sus hijas fuera del ámbito doméstico y «siguiendo, en buena medida, las pautas educativas imperantes en el Antiguo Régimen» (Rivierè, 1993: 43) que fijaban la búsqueda del equilibrio entre cuerpo y espíritu, ecos escolásticos que debían «cultivarse convenientemente para la reproducción, la tarea básica de la mujer» (48).

A estos hechos debemos añadir que el incipiente desarrollo de la Revolución Industrial contribuía, más si cabe, a la citada separación de los espacios para cada sexo, dado que también se mantenía en fábricas y talleres – y por ende en muchos espacios sociales– reforzando así una consecuente separación de los contenidos y procedimientos educativos. Todo ello propicia la distinción entre 'educación' e 'instrucción' que ya en 1813 Manuel José Quintana documenta:

la instrucción a la que tienen derecho los niños ha de ser universal, completa, pública, gratuita y libre, lo que recibirán las niñas debe llamarse, según los redactores, de otro modo – la educación – y ha de ser discrecional, privada, doméstica y sujeta a una agenda política diferente, no destinada a producir ciudadanos libres e independientes, sino esposas y madres (Jagoe, 1998: 109)⁹²

⁹¹ Discurso leído en la Universidad Central por Eduardo Bertrán y Rubio. Madrid: Ducazal, 1863.

⁹² *Informe de la Junta creada por la Regencia para proponer los medios de proceder al arreglo de los diversos ramos de instrucción pública. Obras Completas.* Madrid: Rivadeneyra, 1867.

La instrucción, de carácter intelectual y social, se diferencia del cariz más práctico y mecánico de la educación, marcada también por sus vetas morales y religiosas⁹³. El binomio instrucción / educación refleja con exactitud la separación espacial y laboral de ambos sexos y, aunque en otros programas pedagógicos y en obras como las de Antonio Claret⁹⁴ aparecen estas etiquetas empleadas indistintamente, el contenido educativo destinado a niños y niñas es invariable. En la primera mitad del siglo, a las niñas solo se les enseñaba a coser y a rezar en las casi inexistentes escuelas que estaban destinadas a ellas; y no se apostaba por la mejora educacional para las féminas «ostentando el prejuicio antiguo de que la ignorancia garantizaba la virtud del bello sexo» (Jago, 1998: 111). Así llegamos a 1857, año de promulgación de la conocida Ley Moyano que supuso un hito en la política educativa de la España decimonónica. Esta ley establece, por vez primera, la obligatoriedad de crear escuelas de primeras letras para niñas en las poblaciones de más de quinientos habitantes, aunque mantenía la división sexuada de los saberes

Solo manda impartir en común a ambos sexos las primeras letras, matemáticas y religión; después, en el nivel primario superior, divergen los estudios, reservándose para los chicos la introducción a la agricultura, la industria, el comercio, la geometría, el dibujo lineal, la física y la historia natural. Para las chicas se prescriben clases de doctrina cristiana, lectura, escritura, gramática, aritmética y labores en la escuela elemental, añadiendo dibujo para labores, higiene doméstica y «rudimentos» de historia y geografía

⁹³ Ineludible en este punto resulta el trabajo de Carmen Simón Palmer y Vicente Palacio, 1972.

⁹⁴ *Instrucción que debe tener la mujer para desempeñar bien la misión que el Todopoderoso le ha confiado*. Barcelona: Librería religiosa, 1862.

españolas en los pocos colegios que ofrecían una enseñanza primaria superior a las niñas (116).

No obstante, y según cita Catherine Jagoe con referencia al estudio pionero de Geraldine Scanlon⁹⁵, en 1859 solo existen unos diez establecimientos de este tipo mientras que los destinados a los niños superan las dos centenas.

Después de la revolución de 1868, y bajo el ímpetu krausista de Fernando de Castro y Francisco Giner de los Ríos principalmente, se lanzan iniciativas en pro de la mejora intelectual de la población femenina, como el Ateneo de Señoras o la Escuela Superior de Institutrices, y ambos esfuerzos acabarán teniendo una vital importancia en la creación de la Institución Libre de Enseñanza. Ello confirma, como oportunamente defiende Scanlon, el trasfondo político de estas iniciativas, una vez conocida la influencia «que ejercían las mujeres sobre la sociedad a través de sus maridos e hijos [...] pues se trataba de persuadir a las mujeres [de] que no obedecieran ciegamente la política reaccionaria de la religión oficial» (1986: 32). En lo referente a la educación que ofrecía el gobierno, hallamos una situación de inestabilidad todavía mayor que en las iniciativas privadas, porque «la política de los liberales tendía al control estatal de la educación, mientras que la de los conservadores propendía a preservar la influencia de la Iglesia» (45). Visto así,

⁹⁵ "Revolución burguesa e instrucción femenina", *Nuevas perspectivas sobre la mujer. Actas de las primeras jornadas de investigación interdisciplinaria, Seminario de estudios de la mujer*. Madrid: Universidad Autónoma, 1982. (Vol. I).

este panorama⁹⁶ resulta desalentador dada su marcada tendencia a la fluctuación y al arcaísmo educativos, con la añadidura del débil desarrollo de políticas educativas gubernamentales de garantía para la mujer, lo que deja espacio a programas como el ya citado de Claret que ve la luz solo siete años después que la Ley Moyano⁹⁷.

En primer lugar, no llama la atención la diferencia de educación por sexos sino la separación de clase que Claret defiende, pues «muy distinta ha de ser la educación que se ha de dar a una niña pobre [de] la que requiere una muy rica y notable» (1862: 28). Desde esta premisa, Claret diseña el siguiente programa curricular destinado a una niña de clase media, con la salvedad de que la instrucción de adorno se obtiene «si lo exige su posición social» (31).

⁹⁶ Son reseñables las palabras de Francisco Nacente ya hacia 1890 en su obra divulgativa *El bello sexo vindicado. Historia moral de las mujeres. Influencia de la mujer en el progreso y cultura de las naciones sus deberes, sus derecho en la sociedad y la familia. Educación y enseñanza que convendría para su misión*, en la que argumenta: «No negaremos, pues, que la razón haga de las mujeres las criaturas secundarias en inteligencia y juicio; pero arrimamos que poseyendo tal facultad debiera cultivarse debidamente, empleando quizás otros medios que los usados para cultivar la razón del hombre» (1890: 95).

⁹⁷ Al margen de esta reforma y otras posteriores es posible hallar numerosos títulos a lo largo de la centuria, y durante el primer cuarto del siglo XX, destinados de una u otra forma a aleccionar a las niñas en distintas disciplinas y comportamientos. Citamos a vuela pluma el celeberrimo título *El amigo de las niñas* escrito por Leopoldo Delgrás. Madrid: Hernando y Compañía, 1895 que enseña a través de fábulas y pequeñas anécdotas urbanas. Existen también obras ejemplares que recopilan vidas e historias de mujeres célebres adornadas con aplicaciones a la vida femenina del momento como el antiguo volumen de *Las mujeres vindicadas de las calumnias de los hombres* escrita por Juan Bautista Cubié. Madrid: Imprenta Antonio Pérez de Soto, 1768 y el más reeditado hasta finales del siglo XIX *Libro de las claras e virtuosas mugeres* escrito por el Condestable de Castilla Álvaro de Luna, Valencia: Manuel Castillo, 1891. Asimismo debemos citar la archiconocida *La escuela de instrucción primaria o colección de todas las materias que comprende la primera enseñanza conforme al plan vigente* planificada y editada por Ricardo Díaz de Rueda. Valladolid: Cuesta y compañía, 1850 la cual abre su plan de estudios con 'Historia sagrada', 'Nociones fundamentales de religión' y 'Compendio de la moral'. Y por último, el curioso ejemplar de *Resumen de urbanidad para las niñas* realizado por Pilar Pascual de Sanjuán. Barcelona: Hijos de Paluzie, 1920 que pretende ilustrar a los padres que desean tener hijas bien educadas y en la misma línea la obra, algo anterior, de Ricardo Mayol, *¿Quieres ser buen padre? ¿Quieres ser buena madre? Tratado popular de las Nociones de Filosofía, Fisiología, Higiene, Pedagogía y Jurisprudencia*, 1908, Madrid: Bailly; obra que en su décimo capítulo describe a las niñas bajo la taxonomía siguiente: 1. La tímida y las descocada. 2- La casquivana y la sabionda. 3- La coqueta y la dejada. 4- La atolondrada y la parada. 5- La despreocupada y la escrupulosa. 6- La insulsa y la empalagosa. 7- La bobalicona y la maliciosa. 8- La sentimental. 9- La mimosilla. 10- La erótica y la critica.

INSTRUCCIÓN PRIMARIA	4º Historia Sagrada y Civil.
1º Religión y Moral.	5º Bordar y Hacer flores.
Catecismo y Rezo.	6º Planchar, Crespar o Rizar.
Virtudes de la Obediencia, Modestia y Paciencia.	7º Hacer cordones, cintas, blondas, galones.
2º Leer, Escribir y Aritmética.	8º Sombreros de paja , cajitas, bolsas, etc.
3º Encaje, Calceta, Coser, Bordar, Costura.	
INSTRUCCIÓN SECUNDARIA	INSTRUCCIÓN «DE ADORNO»
1º Religión y Moral.	1º Dibujo y Pintura.
2º Gramática y Retórica.	2º Música.
3º Geografía y Astronomía.	3º Lenguas

Estas cosas son las que debe aprender una mujer buena según nos describe el Espíritu Santo en el libro de los *Proverbios*, bajo el nombre de la mujer fuerte. Así lo practicaba María santísima, modelo de las buenas madres, en todos los estados de soltera, casada y viuda (31).

Al margen de las dudas históricas que pueda suscitar el hecho de que en el antiguo Israel se elaboraran sombreros de paja, se cresparan tejidos o se hicieran bolsas, podemos comprobar como esta propuesta se ajusta a la perfección a los principios comentados de confinamiento en el hogar, de realización de tareas mecánicas y laboriosas alejadas de esfuerzos intelectuales y de la dedicación jerárquica de todas las energías sociales a otros miembros de la unidad familiar.

A estas alturas no resulta llamativo que Pérez Galdós dedicara *La Desheredada* a los maestros de escuela en tanto que garantes de las esperanzas de una verdadera y eficaz educación de las mujeres y los hombres del futuro y sobre cuyos hombros debiera recaer tan importante tarea en las escuelas precisamente, y no en el seno del hogar tan viciado, manido y falto de rigor como puede deducirse de los breves ejemplos aquí citados.

Fisiografía femenina: ubicando a la mujer desviada

A la luz de lo expuesto hasta el momento resulta imposible albergar dudas sobre la capital importancia⁹⁸ que atesora la mujer en la organización social burguesa de finales del siglo XIX. Madre, tutora, cuidadora y esposa en el seno del hogar, de cuya buena marcha depende el bienestar de la familia social, del Estado y en definitiva, de la calle. Será Felipe Monlau quien, además, amplíe esta idea, si bien con cierta pátina religiosa pues «A los ojos de la fisiología y de la higiene, el matrimonio es algo más que un contrato puramente civil, como pretenden algunos filósofos; es el ejercicio natural y legítimo de la afeccionidad y del instinto genésico, autorizado por la sociedad y santificado por la religión» (1858: 1-2). Es por ello que la mujer queda irremediabilmente soldada a la idea de familia. Esta es, como afirma Jacques Donzelot (1998) «la mínima organización política posible» (51) entre cuyos componentes se hallan, indisociablemente, relaciones públicas y privadas. Nuevamente, la esfera privada se nos presenta como aquella en la que se gesta el bien y consecuentemente la mujer que reina en ella –pese a que su reinado conste en servir– constituirá el modelo perfecto de buena mujer.

La pregunta que surge inmediatamente es inevitable: ¿Existe, pues, una mujer mala? Obviamente sí; aunque desbrozar los mil y un matices que caben dentro de un concepto tan amplio resultase una hercúlea tarea. Pura Fernández (2008) alude a *La mujer adúltera* (1864) del folletinista Pérez Escrich para ilustrar por qué dentro de los universos idílicos propuestos por el escritor,

⁹⁸ Nótese que no es casual el término 'capital' dado el papel fundamental de la propiedad privada en el sistema de valores liberal codificado en la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* (1879).

«el elemento disturbador [...] la mujer infame, es precisamente el que concita la mayor atención del autor, y por ende, del público» (2008: 45). Esa mujer infame que tan certeramente Fernández extrae de la narrativa decimonónica no está lejos de esa figura mítica que proponemos en nuestra lectura, es decir, de la mujer desviada de los canales y espacios de conducta reservados para ella. No en vano «la adúltera y la prostituta, esto es, la mujer infame, se convierten en el personaje que permite mayores registros femeninos [...] frente al monolítico 'ángel del hogar'» (45 - 46). Los incontables perfiles de la mujer desviada ofrecen mayor inventario a los narradores a la hora de novelar, a la vez que no solo transgreden el secreto de la vida íntima sino que vuelven invisible la hipotética y a la vez necesaria frontera entre la realidad y la ficción. Como muestra de ello valga una de las tan comunes incursiones del autor de este tipo de obras en el desarrollo del relato. En esta ocasión, Pérez Escrich se permite aclarar sus intenciones con las siguientes palabras:

Magdalena, la protagonista de mi novela, no existe, tal vez no ha existido nunca más que en mi imaginación; inútil es que algunas mujeres *cavilosas* o *dañadas* se formen castillos en el aire creyendo que yo describo la historia de su vida privada.

[...] Si alguna se cree aludida en mi obra, yo estoy siempre dispuesto a pedirle perdón del daño que pueda haberle causado involuntariamente; pero tenga entendido, que al demostrarse ofendida, se declara culpable (1864: 404 - 405).

Pese a la manifiesta y evidente correspondencia directa que podemos establecer entre buena mujer y mala mujer y esfera privada y pública, esta vinculación de valores morales a espacios físicos es más compleja

de lo que en un primer momento se podría pensar⁹⁹. En ella intervienen factores socio-históricos muy variados además de una gran carga ideológica que, aunque mantenga una misma posición, se nutre en numerosas ocasiones de fuentes enfrentadas. Existen pocas voces más reputadas que la de Bridget Aldaraca a la hora de hablar sobre la ideología de la domesticidad en el el siglo XIX en España y clara muestra de ello es su estudio sobre este fenómeno en algunas de las obras de Pérez Galdós (1992) en cuyas páginas pone de manifiesto la profunda y viariopinta raigambre de las ideas que sostienen el paradigma del 'ángel del hogar' que arranca, según Aldaraca, con *La perfecta casada* de Fray Luis de León (21). El hecho relevante para nuestro trabajo reside en la naturaleza complementaria de la condición de que si la mujer buena está en el hogar, la mujer mala, la desviada, pertenecerá a lo público, a la calle, y su existencia y sus movimientos serán en todo momento el objeto de las miradas masculinas tanto en la narración literaria como en el análisis médico. Debemos aquí hacer hincapié en el sexo del que mira y del que lee, y aclarar brevemente que, pese a las modas políticas y perturbadoras del hecho lingüístico en pro de una falsa corrección¹⁰⁰, nos referimos –y sin que sirva de precedente– al lector hombre aunque esa voz lingüística englobe, por lo general, a ambos sexos. Ello se debe a que es imperativo mirar con mayor agudeza la articulación de la

⁹⁹ Francisco J. Vázquez reflexiona sobre los modos de etiquetado de la mujer desviada a lo largo de la historia al repensar los problemas metodológicos que acarrea el estudio de la prostitución como fenómenos social y se posiciona al lado de las lecturas feministas que defienden la postura «que no trata de reformar a la prostituta, de sacarla de su condición 'caída', sino de cuestionar precisamente esa escisión todavía prevaleciente entre la 'mala mujer' y 'la mujer honesta'» (1998: 20).

¹⁰⁰ Sirvan de ejemplo la *Guía para un uso del lenguaje no sexista en las relaciones labores y en el ámbito sindical* publicada por el sindicato Comisiones Obreras y el extinto Ministerio de Igualdad <<http://www.ccoo-servicios.es/archivos/telenium/GuiaLenguajeNoSexista.pdf>> y la elocuente y normativa respuesta que el académico de la lengua Ignacio Bosque publicó en la prensa como respuesta a estos movimientos con un informe bajo el título de *Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer* en *El País* de 4 de marzo de 2012 <http://cultura.elpais.com/cultura/2012/03/02/actualidad/1330717685_771121.html>.

producción literaria y no literaria sobre unos ejes muy concretos: creadores, editores, impresores y lectores son, todos ellos, hombres. Tanto los estudios editoriales como las estadísticas de alfabetización¹⁰¹ de los que se dispone demuestran que la alfabetización femenina no llega al cincuenta por ciento de la población sobre la década de los sesenta del siglo XIX. Asimismo, la tasa de escolarización y el acceso a la cultura ostentan cifras aún más bajas, por lo que se deduce que la mayoría de mujeres del momento solo accede a la lectura de forma colectiva en voz alta, y normalmente se centra en revistas femeninas, muchas veces editadas por hombres. Todo esto apunta en una sola dirección: la óptica de la novelística que abordamos es eminentemente única, la masculina. Leemos, miramos y conocemos a unos personajes femeninos imaginados y contados por hombres que, como hemos visto en páginas anteriores, tienen muy presente a su público lector. Es del todo necesario mirar a estas mujeres y a las historias que habitan sin la candidez que, desde el siglo XXI, nos aleja de aquellos a los que inicialmente estaba destinada para arrojar luz sobre las lógicas cuestiones que debemos enfrentar. ¿Acaso no es un esencialismo atribuir un sexo a la voz narradora sea esta más o menos identificable? ¿Qué aportaría esta distinción a la lectura de López Bago, Pérez Galdós, Alas Clarín o Sánchez Seña? Si bien responder de lleno a estas preguntas nos podría llevar a disquisiciones de orden antropológico y social algo farragosas, sí que es posible arrojar luz sobre la mirada unificadora gracias uno de los grandes críticos y pensadores del arte y la cultura, Walter Benjamin. El pensador judío, víctima de la persecución nazi, dejó inconclusa la que hubiera sido su obra magna, *El libro de los pasajes* (2005). Esta debe su título a los pasajes comerciales

¹⁰¹ *Estadísticas históricas de España*, 2005: 155.

de París que, con el paso del tiempo, dieran lugar al nacimiento de los grandes almacenes. Estos pasajes se generalizaron en la capital gala a partir de los años treinta y cuarenta del siglo XIX merced a la adopción del hierro en la arquitectura y la expansión del uso de las placas de vidrio en la construcción. El uso masivo de estos dos elementos tan básicos hizo posible techar y cerrar pasillos y callejones que se convertían, así, en galerías comerciales repletas de escaparates que servirán a Benjamin de punto de partida en su mirar y su deambular por la ciudad. Entre sus millares de apuntes, destacan aquellos sobre la mujer urbana que pasea mirando escaparates, ya que esta es una práctica totalmente novedosa que permite a la mujer andar sola, cómoda y más segura por la calle, mirando enseres y curioseando vitrinas: algo nunca visto hasta el momento. Así, Benjamin reflexiona sobre las consecuencias de semejante cambio social y ante su experiencia directa sus palabras resultan más que elocuentes: «el juego social del erotismo se centra en torno a la pregunta, ¿hasta dónde puede llegar hoy una mujer decente sin echarse a perder? Las alegrías del adulterio [...] es un tema predilecto de los dramaturgos» (494). Al margen de las implicaciones de género que muchos puedan argüir frente a las palabras del pensador, Benjamin nos pone en la pista cultural de lo que, sin duda alguna, se ha convertido en un espectáculo urbano, pues, como bien recalca Corbin (1990), «the prostitute understood for the bourgeois male had also become woman as spectacle. She paraded or exhibited herself [...]» (205). Resulta, en cualquier caso, un espectáculo al cual se acude con esa mirada revestida de cierto poder que encontramos en *La taberna* (1877), en *Naná* (1880) o en *El paraíso de las damas*¹⁰² (1883) de Émile

¹⁰² Imposible obviar esta novela del maestro naturalista francés cuyo argumento tiene lugar en el seno de unos grandes almacenes parisinos.

Zola, o también en *Madame Bovary* (1857) de Gustave Flaubert. Pero también es la mirada que nos presenta a Ana Ozores sometida entre Álvaro Mesía y Fermín de Pas –curiosamente ninguno de los dos es su marido– incluso mediante las voces de algunas mujeres:

Obdulia dijo, queriendo afectar un tono algo desdeñoso:

- Va muy sencilla. Y se volvió al gabinete.
- ¡Cómetela...! gritó al oído de Álvaro Visita[ción] con voz que asomaba un poco de burla. Y añadió muy seria:
- ¡Cuidado con el Magistral que sabe mucha teología parda...! (1998: 416 - 417).

Esta mirada es también la que nos va desvelando poco a poco el devenir de Isidora Rufete hasta que desaparece por las calles de Madrid:

Salió, efectivamente, veloz, resuelta, con paso de suicida; y como este cae furioso, aturdido, demente en el abismo que le ha solicitado con atracción invencible, así cayó ella despeñada en el voraginoso laberinto de las calles. La presa fue devorada, y poco después en la superficie social todo estaba tranquilo (2007: 392 - 393).

La desaparición de este personaje literario al final de *La Desheredada*¹⁰³, tal y como nos lo narra Pérez Galdós, es vista por la profesora Tsuchiya como una pérdida de control del narrador sobre ella (1998: 205 - 206), de manera que la mirada masculina a la que anteriormente aludíamos con la ayuda de Benjamin, perdería todo su poder sobre la figura femenina. En nuestro análisis disentimos parcialmente de esta aproximación habida cuenta

¹⁰³ No olvidemos que Isidora también se pierde entre una muchedumbre al final de la primera parte de la obra.

de las implicaciones sociales e incluso políticas que el narrador tiene presentes al situar a una mujer desviada entre la muchedumbre madrileña, protegida por el anonimato. No podemos olvidar que Isidora ha renegado ya de su nombre (2007: 390 - 391) y por ello asistimos al vaciado identitario de un personaje que opta por diluirse en la masa social, muy al contrario de Estrella, un personaje que reafirma su identidad y crea su propia marca. Así como *la Pálida* se prepara como producto en el seno del burdel de Mari Pepa, Isidora Rufete borrará su nombre igual que deben hacerlo muchas de las prostitutas a las que se las obliga a cambiar de identidad en un negocio que, en el caso de este personaje galdosiano, ejercerá de manera clandestina, es decir; al margen del control estatal. La mujer desviada constituye, pues, una doble amenaza: moral y sanitaria, y de ahí sus implicaciones socio-políticas. Conviene apuntalar aquí nuestra posición con la ayuda de las reflexiones del pensador Jacques Rancière quien en su libro *Sobre políticas estéticas* (2005) desliga la visión del arte siempre motivado por alguna razón política, aduciendo que el arte no es político por su mensaje en sí ni por los sentimientos que pueda transmitir o los conflictos sociales que represente (17), sino por la distancia que guarda con respecto a estas funciones; es decir, «por el tipo de tiempo y de espacio que establece, por la manera en que divide ese tiempo y puebla ese espacio» (17). La ubicación literaria de Isidora, por tanto, no puede responder a una pérdida involuntaria del control narrativo sobre ella sino que, como mito decimonónico, como mujer desviada del modelo estipulado para ella, responde a un proyecto narrativo superior, ulterior y consciente de las circunstancias de enunciación y de su público receptor. La política, en tanto que separación existente entre identidades (Rancière, 1998: 14) encuentra su

correlato en la policía, es decir, el conjunto de las fuerzas disciplinarias que, ya se trate de Estrella *la Pálida* o de Isidora Rufete, distribuyen jerárquicamente funciones y lugares en sus obras respectivas¹⁰⁴.

Los lugares y funciones destinados a las protagonistas de las obras que aquí abordamos vienen determinados por una moral burguesa que define a la mujer mediante la continua oposición de contrarios que se habilitan mutuamente: mujer buena/mujer mala, normal/anormal, lícita/ilícita, esposa / prostituta (Bell, 1994: 40). Estos factores trascienden la oposición masculino/femenino y constituyen la base de una combinatoria que, aderezada novelística y convenientemente, llevará a las páginas decimonónicas una plétora de personajes femeninos que incluye a la seducida, la extraviada, la buscona, la querida o la cocote¹⁰⁵, es decir, a una mujer infame cuya vida y prácticas sexuales se han desviado del código de valores burgués. Sirva de ejemplo la manera en que Isidora Rufete se define a sí misma: «de cordera me he vuelto loba» (2007: 392), palabras con las que anuncia sus intenciones deshonestas en una magistral maniobra de narrador que pone en boca de la fracasada heredera de Aransis lo que un personaje de López Bago diría sin ambages: «¿Para qué te has metido a prostituta» (296), le preguntará Villaperdida a Estrella.

Como se puede observar claramente, la prostituta, un sujeto marginal de la sociedad que por definición ocupa la periferia moral y urbana, pasa a ser el centro de las miradas literarias y no literarias: a unas por el juego narrativo

¹⁰⁴ Apuntamos aquí el especial atractivo y la ubicación adecuada que Pérez Galdós supo dar a muchas de sus mujeres desviadas –a gran distancia, claro está, de las de López Bago o Pérez Escrich–. Baste recordar a Genara de Barahona, Eufrosia Carrasco o Teresita Villaescusa, heroínas de las series 2ª, 3ª y 4ª de los *Episodios Nacionales*, respectivamente.

¹⁰⁵ Utilizaremos esta adaptación de la voz francesa *cocotte*, perfectamente asimilada en español del momento (Fernández, 2008: 76).

que ofrecen y a las otras por las implicaciones socio-políticas y sanitarias que generan¹⁰⁶. Ya en su pionero trabajo de 1994, Carmen Simón Palmer hace referencia al interés de los novelistas por la prostitución como «una respuesta a lo que ven a su alrededor» (359), y quizá la producción del polifacético escritor y divulgador Enrique Rodríguez Solís –mencionado en la introducción de este trabajo– sea testimonio de ello. Entre las obras de Solís podemos encontrar ensayos de poesía y de declamación, o algunas narraciones históricas o de tintes políticos; pero en 1886 publica un curioso estudio sobre tipos femeninos españoles titulado *Majas, manolas y chulas. Historia, tipos y costumbres de antaño y ogaño* en el que traza los perfiles –plagados de lugares comunes– de estos tres modelos femeninos. La maja, presa del fatalismo de herencia árabe (33) resulta ser una mujer no exenta de la gracia andaluza y la entereza castellana. No tan distinta nos pinta a la manola, a quien describirá recurriendo a Pérez Galdós (120) para afirmar que mira con desdén a los burgueses de la calle Jacometrezo y Montera y que, afirma Rodríguez Solís, tiene asiento en los barrios de Lavapiés, la Inclusa y el Rastro. Es la manola una mujer original formada por la jactancia andaluza, la viveza valenciana y la seriedad castellana (118), cuyo espíritu se ha forjado para dar cariño desinteresado a lo nacional y odiar a lo extranjero y que, en contrapartida a sus dotes afectuosas, riñe por todo. Por último, el prolífico divulgador nos confiesa el incierto origen de la chula, sucesora de la maja y heredera de la manola (173), tipo de estatura mediana, palidez y lengua larga que no duda en hacer gala –como si de Isidora o Estrella

¹⁰⁶ Curiosa aunque tangencial a nuestro trabajo resulta la visión sobre la prostitución en los siglos XX y XXI de Elizabeth Pisani, centrada en las polémicas en torno al negocio prostibulario y el contubernio de las drogas y el mundo del hampa y la población seropositiva. *La sabiduría de las putas*. Madrid, México D.F.: Sexto Piso, 2012.

se tratará, según el rasgo destacado- de una educación descuidada, de sus pocos conocimientos y de su mucha superstición.

No es casual que, al margen de estas publicaciones más folklóricas, Rodríguez Solís ya en su obra de 1877, *La mujer defendida por la historia, la ciencia y la moral* dedique un capítulo a dilucidar ¿Por qué se extravía la mujer? (Capítulo VI, pág. 107)¹⁰⁷. Aunque desde su mismo comienzo no dude en afirmar que «La mujer, según queda demostrado por la historia, lleva en sí un virus de extravío moral, inoculado por el hombre» (107 - 108), explica mediante una visión victimizadora y patologicista, que la extraviada es una mujer de razón perturbada a la que es necesario salvar (108). Estas observaciones acompañan a un gran compendio de citas, literarias o de sabiduría popular, nacionales o extranjeras, a lo largo de toda la obra y en cuyo capítulo III pergeña unos "Apuntes para la historia de la prostitución en España" en los que cita desde fueros medievales hasta normas de vestimenta dictadas por Felipe II (68). Resultan más llamativos, sin embargo, los llamados 'tribunales del amor' de Alfonso X, los cuales comenta en su más reeditada obra, *Historia de la prostitución en España y América*, que citamos en una reimpresión de 1931 aunque la primera conocida data de cuarenta años antes. De las medidas del rey sabio se nos dice: «El año 1399 se prohibió a toda mujer pública dar su cuerpo por dinero o galas, prohibición que no comprendemos, y a los hombres tener *amiga* en el burdel» (68) lo que significa una muestra del vaivén de citas, referencias, fechas y curiosidades de la obra que, si bien adolecen del rigor esperado de un título tan ambicioso como el propuesto por

¹⁰⁷ Tenemos noticia de que cinco años después de la publicación de este volumen, Rodríguez Solís editó una segunda parte de este estudio crítico sobre la mujer titulada precisamente *Las extraviadas (cuadros del natural)* al que no pudimos acceder en la fase de investigación de este trabajo por razones operativas de la Biblioteca Nacional de España.

Rodríguez Solís, sí aporta datos ilustradores, tales como las breves pero elocuentes alusiones a la homosexualidad pues «En el oscuro cuadro de la prostitución aparecen dos puntos negros, que casi se confunden. El amor *sádico*, de mujer a mujer, y la *sodomía*, del hombre al hombre» (242). Este punto tocará directamente con la secuela de *La prostituta* de López Bago; pero antes debemos destacar que nuestro divulgador recoge, entre otras muchas, las disposiciones dictadas por el político Domingo María de Barraón¹⁰⁸ en los años treinta del siglo, según las cuales quedaba circunscrita la zona de Madrid a la que las prostitutas fueron relegadas, el barrio de Huertas, que

comprendía por entonces la calle de las Huertas, desde la de León a la Platería de Martínez, y las de Amor de Dios, Santa María, San Juan y su plazuela, Santa Polonia, San José, La Berengena, plazuela de la Platería de Martínez, la parte de la de Jesús, desde la de huertas a la de San Juan, y parte de la Costanilla de los Desamaparados desde la de huertas a la de San Juan. De aquí el famoso pareado: «calle Huertas / más p[utas] que puertas (238).

Aunque aseverar que el inmueble que albergó el burdel de Mari Pepa se hallara en esta zona sería una completa temeridad, sí es posible afirmar que esta conocida zona, tan cercana al famoso barrio madrileño de las letras, pudo ser modelo del narrado en las páginas lopezbaguianas. Y tampoco es casual, que el socarrón narrador galdosiano sitúe a Isidora Rufete con residencia temporal en esa misma calle (2007: 252). En cualquier caso la documentación de este tipo de segregación urbana de las meretrices nos aporta una idea aproximada de los modelos que López Bago pudo emplear en su

¹⁰⁸ Alcalde de Madrid de 1830 a 1834, a quien Rodríguez Solís cita como José María Barraón (193: 237 238).

sórdida descripción del lugar que acogía a los anónimos visitantes del prostíbulo de la sevillana, pues

No estaba permitido el establecimiento de casas de prostitución en las calles de mucho tránsito, ni cerca de edificios o establecimientos donde pudieran ser causa de escándalo y mal ejemplo. Las entradas y salidas se alumbraban con unos farolillos que las hacían inconfundibles desde el anochecer hasta su clausura (Simón Palmer, 1994: 363)¹⁰⁹.

Palabras estas, las de la Simón Palmer, que no resultan extrañas pues, además del confinamiento urbano, la población de prostitutas era «censada junto a otras poblaciones marginales como podían serlo los mendigos, los gitanos y los vagabundos, los dementes [...]» (Guereña, 1997: 54), además de ser, obviamente, vigiladas. Nos encontramos una vez más bajo la mirada que Walter Benjamin, cual *flaneur*, pone negro sobre blanco pasando revista a los personajes de los pasajes parisinos: «prostitutas, *grisettes*, viejas vendedoras brujeriles, buhoneras, guanteras [...]» (495)¹¹⁰, hasta que somos conducidos al mercado, al fetiche de la mercancía, objeto final de las miradas de la intelectualidad, como acertadamente comenta Tiedermann sobre los

¹⁰⁹ Resulta enriquecedor el trabajo que dos años más tarde que Simón Palmer, publicó Jann Matlock titulado 'Censored Bodies: Plots, Prostitutes and the Revolution of 1830' en el que trabaja la relación existente entre la prohibición de libre circulación de las prostitutas en París dictada por el prefecto Magnin y que complementa las reflexiones sobre el espacio y la movilidad de estas mujeres.

¹¹⁰ La profesora Anthenay Callen, especialista en estudios visuales, aborda con acierto el cuerpo femenino y sus cambios sociales a través de la pintura de Edgard Degas y Granville (seudónimo de Maurice Denis) cuyas pinturas de prostitutas, salones y escenas callejeras entre hombres y mujeres de clases populares son muy conocidas. Destaca la visión de la figura masculina siempre recortada, ladeada o difuminada como si análogamente a la visión de Benjamin, se pudiera asistir a *Le client sérieux* (1877?) de Degas o *Deus grisettes et deux soldats* (1860?) de Constantin Guys, esta, presente en el apéndice de este trabajo. *The Spectacular Body: Science, Method, and Meaning in the Work of Degas*. New Haven: Yale University Press, 1995.

apuntes benjaminianos (2005: 44 - 46). Dentro de las capas sociales que forman los individuos y las cosas, tal y como Benjamin las ve, es innegable que el pensador considera a la prostituta como representación de la mercancía en sí, «objeto de contemplación y de consumo, deambula por las calles de París ofreciéndose a sí misma» (Lucas, 1989: 355).

Por lo argumentado hasta ahora, las mayores posibilidades narrativas que ofrece la mujer desviada son más que evidentes, y la prostituta ocupa el lugar central en el entramado literario de finales del siglo XIX. Ahora bien, tal y como Guereña apuntase en 2003, «el interés de la escuela naturalista española por la prostitución no ha de aislarse [...] del conjunto de la producción pseudo-sexológica sobre la prostitución» (262), pues, a nuestro entender esta literatura sobre prostitución aportará un nutrido sustrato a la literatura cuando no un perfecto complemento a las tramas novelescas teñidas de empeño sociológico y científico de los naturalistas radicales. Ya en 1726, Antonio Arbiol, a la sazón prelado en Valencia, Canarias y Baleares, obtiene la aprobación de la Iglesia para publicar su obra titulada *Estragos de la lujuria y sus remedios conforme a las divinas escrituras*, que comienza realizando un estado de la cuestión del 'vicio lujurioso' en todo el mundo del cual, según este autor, la mujer tiene gran culpa¹¹¹ pues, «solo con tocar el hombre a la mujer con afecto de lujuria, ya no queda limpio, sino coinquinado y manchado» (Cap. II.

¹¹¹ En la misma línea, y directamente entroncado con las más rígidas posturas de la tradición religiosa aunque muy posterior en el tiempo, podemos citar también la *Historia de la mujer a través de los siglos* (1899) escrita por Ramón Pomés Soler, Alfredo Opisso y Alfredo M^a Villarrasa quienes no dudan en recurrir a la oposición entre Eva como la primera y más grande pecadora (3) y María como «el modelo de niñas, doncellas, esposas y madres» limpia de pecado, plena de virtudes (230). Esta obra, además, fue reeditada y ampliada en el mismo año bajo el título *Historia de la mujer contemporánea*, Barcelona : Librería de Antonio J. Bastinos, 1899 en cuyo prólogo ya se ataca al incipiente feminismo como «esa aspiración, esa propaganda, hoy activa como jamás, nos parece harto pueril, incongruente de sobras, y divorciada por completo del buen sentido, del carácter propio y genuino de la mujer[...]» (V-VI).

Pág. 5). Tal convicción llega a cotas notoriamente beligerantes dado el manifiesto interés por salvaguardar la institución matrimonial de las amenazas externas, entre las que el autor destaca, obviamente, a las prostitutas. Estas mujeres son descritas y animalizadas como culebras (15), mujeres descaradas que muestran sus hombros y que hacen gala de «vestiduras profanas y provocativas que son un continuo pecado mortal» (12).

Son muchos los antecedentes de historiadores, eclesiásticos, y escritores que han abordado el comercio venal a lo largo de la historia dentro y fuera de nuestras fronteras y bajo un amplio número de puntos de vista y, desafortunadamente, dar cuenta de todos ellos exigiría un capítulo extraordinario a nuestro trabajo. Por este motivo, y por razones de relación directa con la tetralogía de López Bago, los personajes de Pérez Galdós pertinentes a este estudio y otros autores del Naturalismo y del Naturalismo radical, recurriremos principalmente a los más agudos y profundos especialistas en la materia, Jean-Louis Guereña y Ramón Castejón Bolea, así como algunas fuentes primarias dignas de mención. Sin embargo, no desmerece la labor ya encomiada de expertos como Carmen Simón Palmer, Pura Fernández y Aurora Rivière Gómez, o figuras internacionales como Charles Bernheimer, Jann Matlock, Alain Corbin, Shannon Bell o Judith R. Walkowitz, presentes en la bibliografía de este trabajo¹¹². Asimismo, es de justicia mencionar las referencias reunidas por Francisco Vázquez (1998), entre las que figuran los principales nombres y títulos de obligada consulta para todo aquel que desee adentrarse en los estudios prostibularios. Ordenados por ámbito internacional, nacional –y autonómico en el caso de España–

¹¹² También resulta enriquecedor el enfoque socio-histórico que Vern y Bonnie Bullough llevan a cabo en las páginas de *Women and Prostitution*. New York: Prometheus Books, 1987.

respectivamente, despuntan los estudios generales: Vázquez García y Moreno Mengíbar. "Políticas del burdel en la España contemporánea: de las propuestas ilustradas a la prostitución reglamentada". *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 1, 1991: 55-77, y de los mismos autores *Sexo y Razón. Una genealogía de la moral sexual en España (Siglos XVI-XX)*, Madrid: Akal, 1997; R. M^a. Capel. "La prostitución en España: notas para un estudio sociohistórico". *Mujer y sociedad en España (1700-1975)*, Madrid: Instituto de la mujer, 1986. págs. 265-298; Raphael Carrasco (dir.). *La Prostitution en Espagne. De l'Époque des Rois Catholiques à la II République*. Paris: Annales Littéraires de l'Université de Besançon, Presses Univ. Franche-Comté, 1994.; Miguel Jiménez Monteserín. *Sexo y bien común*. Cuenca: Excmo. Ayuntamiento de Cuenca, Instituto Juan de Valdés, 1994.

En definitiva, el lugar intermedio entre la vida privada y pública adjudicado a la mujer con arreglo a sus funciones domésticas y sus repercusiones públicas, provoca la distinción entre buena y mala -desviada- lo que dispara el interés narrativo, médico y sociológico sobre la figura femenina. No es de extrañar, pues, que se intente ubicar espacialmente a esa mujer como denotan los ejemplos citados, dadas la novedad y la movilidad, hasta ahora inusitadas, que estas féminas adquieren en la urbe. Ahora bien, no podemos simplemente describir y sintetizar estos hechos sin preguntarnos qué ocurre en el tránsito de una esfera a la otra y cómo se operan los cambios en la mujer que los textos decimonónicos toman como objeto de su discurso.

«Carne fresca» o el deseo institucionalizado

Estrella *la Pálida*, la mujer que habíamos dejado transformada en producto revalorizado y confinado en el burdel, es finalmente entregada a su comprador, el marqués de Villaperdida, y las páginas finales del capítulo XI de su novela (292-297) recogen esa truculenta escena de modo muy peculiar. El narrador, ahora sí, valiéndose de una ingeniosa maniobra narrativa, elude los detalles que empleara en escenas anteriores y, haciendo gala de un pudor calculado, traslada la lectura desde el deseo al repudio. Con un simple recurso como vendar los ojos del personaje, el narrador de *La Prostituta* consigue que el lector de Estrella sea testigo y participe de su misma mirada, esa mirada sexualmente marcada y que ahora lo ubica del mismo lado que el libertino marqués de Villaperdida y Riosucio, mientras que la figura femenina experimenta lo que a todas luces constituye un rito de iniciación o de paso. Desde la habitación del burdel hasta las secretas dependencias anexas a este ocupadas por el Marqués, Estrella *la Pálida* efectúa un tránsito que la cambiará para siempre y que marcará el signo de la novela: «Dijéronle que se vendara los ojos, y sin preguntar por qué, sacó su propio pañuelo y se lo ofreció a Arístides con ademán tan sumiso, mirándole tan dulcemente, que *el Chulo*, sintió crecer su remordimiento» (294). La protagonista, presentada como víctima indefensa afirma: «Juro que no veo [...] podrían venir a matarme impunemente» (294). Como consecuencia, seguirán a estas líneas el cruce del umbral¹¹³, un tránsito cuyo retorno queda marcado por el cambio drástico de

¹¹³ Nótese que ya desde el clásico estudio del etnógrafo Arnold van Gennep *Los ritos de paso*, cruzar el umbral «significa agregarse a un mundo nuevo. Constituye también un acto importante en las ceremonias del matrimonio, de la adopción, de la ordenación y de los funerales» (2008: 37).

Estrella y por las palabras de Villaperdida que subrayan la marca comercial de la protagonista y anuncian el título de la continuación de su historia: «Yo te he comprado, ¿entiendes? Tú eres *la Pálida*, y ahora eres mía [...] en ti es ridícula esta resistencia. ¿Para qué te has metido a prostituta?» (296). De una parte, la joven ha sido conducida a ciegas al gabinete secreto del Marqués donde finalmente «comprendió entonces lo que significaba aquello» (296), y de otra, el lector, que ha disfrutado las escenas del deseo explícito suscitado por *la Pálida* a lo largo de su lectura, asiste, ahora también a ciegas, a la consumación sexual de la venta ya acordadas. Sin embargo una vez Estrella penetra en la habitación secreta, solo podremos conocer las fugaces ideas con que ocupa su mente para distraerse de lo que le está ocurriendo, hasta que el propio Marqués ordena: «Vístete y vete» (297). Es decir, ya sea con una venda en los ojos o mediante la elisión narrativa de los hechos más escabrosos, somos testigos del tránsito definitivo y sin retorno de Estrella hacia «La prostitución, ¡que asco!» (299), término este último presente en el comienzo del capítulo siguiente (XII) y que representa la muerte simbólica de nuestra –hasta el momento– incauta protagonista.

La prostituta ya no es solo un personaje, es un fenómeno que se adueña de las páginas venideras de la creación de López Bago. En adelante, ya se encuentre confinada en un burdel, segregada del resto de la ciudad o constreñida en modelos educativos o discursivos, buscará su último acomodo en el espacio moral a contracorriente del ordenamiento socio-cultural y sexual decimonónico. En este entrecruzamiento de valores antiguos y nuevos personajes cobra aún mayor importancia la producción pseudo-sexológica de la que Guereña nos hablaba anteriormente. Nos interesa principalmente el

universo no literario dedicado a la prostitución que contribuye a generar, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, un debate en torno al comercio sexual que tuvo lugar desde numerosos estamentos y con no pocas ópticas y propuestas. Pese a que la prostitución constituye un hecho común y es la profesión abierta a todas las mujeres (Scanlon, 1986: 104), no podemos esperar unidad total de opiniones en la confluencia de filósofos, historiadores, médicos, higienistas, letrados, moralistas como los citados Arbiol y Pomés¹¹⁴, o de divulgadores en general. Lo que sí es un hecho generalizado es que tanto con la Revolución de 1868 como con la posterior Restauración de la monarquía, el interés racionalizador de la sociedad española va en aumento, y el comercio venal se convierte en objetivo primordial de las ciencias sociales y las médicas¹¹⁵ que apoyan –cuando no legitiman– el código burgués de valores. La diferencia ahora estriba en que la prostituta deja de ser considerada, como bien apunta Rivière (1994: 24), una simple pecadora que atenta contra el orden divino, hecho que no la exime –las más de las veces– de la exclusión o la estigmatización, pero que sí la tratará como una enferma psíquica aquejada de monomanía erótica o de locura moral, alejando, por fin, a la mujer desviada de los modelos religiosos y de la imagen del ángel caído. Todo ello no es óbice para que permanezcan tendencias y políticas

¹¹⁴ *Et alii*. Así como el brevemente aludido en el capítulo anterior, Ángel Pulido Fernández y que en su obra de 1876 dedica, como es de esperar, un capítulo a la prostitución para «perseguirla en sus causas, evitar su propagación y reducirla al minimum posible para que no dañe al decoro público, el bello ideal al cual deben aspirar todos los esfuerzos de los gobiernos y las honestas elucubraciones de los filósofos más optimistas» (117).

¹¹⁵ No es exclusivo de esta centuria el interés de médicos y fisiólogos pues, como bien explica Bolufer Peruga, ya a lo largo del siglo XVIII eran notables los esfuerzos de construcción de identidades sexuales diferenciadas y, a colación del énfasis sobre la mujer mantiene: «Médicos y profanos que escriben sobre higiene privada erigen a las mujeres en destinatarias principales de sus discursos, cifrando en el comportamiento dócil a sus recomendaciones [...] el pilar del orden moral y social y de la prosperidad del Estado. (1997: 29).

condenatorias en la medida en que la prostituta atenta o amenaza los principios básicos del Estado liberal y su ideología burguesa, es decir, la propiedad, el trabajo y la productividad, la familia y, por encima de todo, el individuo. De este modo se pondrá en marcha una política estatal, no ya contra el pecado de la prostitución, sino contra los enemigos del sistema liberal de valores, identificados como portadores de enfermedades morales y fisiológicas que ponen en riesgo el orden y la seguridad de la anhelada sociedad moderna.

Conviene en este punto recopilar la ilustradora contribución que el mismo año de publicación de *La prostituta* y *La Pálida*, 1884, desde el treinta de abril al quince de junio, llevó a cabo el boletín *La España médica: medicina, cirugía, farmacia, terapéutica diosimétrica*¹¹⁶ en su sección médico-social: 'La prostitución ante la higiene'. De la pluma de Ramón García Belenguer, este cuadernillo aborda el comercio venal desde una óptica que condensa la censura de los moralistas con cierto halo de racionalismo, y todo ello aderezado con datos históricos y fuentes tan variopintas como cuestionables según el caso. No por ello deja de ser documento de un impagable testimonio de la preocupación general por la prostitución y sus consecuencias: la prostitución, una enfermedad «que aun cuando sea mengua decirlo, es tal su extensión, que no se ha encontrado el modo radical de combatirla; [...] llaga tan crónica, como perniciosa» (74). La sección citada del fascículo quinquenal contribuye, además, a fijar la visión biologicista de orden moral que describe a

¹¹⁶ *La España médica: medicina, cirugía, farmacia, terapéutica diosimétrica*. Madrid : Celestino Apaolaza 1884, fue una publicación periódica quincenal que cesó su corta pero elocuente vida editorial el 30 de septiembre de 1885.

la prostituta como ser predestinado al delito al tiempo que la culpabiliza moralmente de ello:

Tienen las prostitutas su fisiología propia y peculiar que las distingue *a priori*: son, como luego veremos, las proveedoras de cárceles, manicomios y hospitales; su rostro lleno de arrugas que representan insomnios del placer y las sombras del remordimiento, es coloreado con materias diversas del Japón y la China y blanqueado con polvos de Venecia; y más tarde, foco de herpes y placas sifilíticas (97-98).

Esta intencionada descripción contrasta, desde el primer momento, con la imagen de Estrella así como con la de Mari Pepa. Esta última, además, tras haber sido prostituta casi desde su infancia (*La Prostituta*: 136-137), después de haber elegido resuelta y abiertamente la vida de mujer desviada: «Yo no conozco más vida que esta, y me parece la mejor. No me sujeto a otra cosa por nada ni por nadie» (138), parece acumular todos los méritos para encajar en el enfermizo retrato ofrecido por Belenguer; sin embargo, aparece ante el lector con «cuarenta y cinco años, aunque nadie hubiese calculado en ella semejante edad al ver la aññada expresión de su fisonomía y la pura firmeza de líneas que ondulaba en aquel cuerpo» (149).

El prisma de la moralidad, pese a los impulsos científicos y racionalistas que cada vez son más comunes, sigue filtrando la mirada sobre la prostitución pues al analizar las causas del fenómeno, *La España médica* continúa:

La etiología de la enfermedad que estudiamos, ofrece escollos sin numero y inconvenientes grandísimos, por cuanto debe tenerse presente, que hay que adquirirla por el dicho de las mismas mujeres, que no son sino los

pequeños microbios que la engendran, y estas por aminorar su crimen, achacan muchas veces a la necesidad, seducción, o miseria, lo que fue efecto de mercenarias conquistas o de voluptuosos coquetismo (99).

Apoyados en la Historia y en la mezcla de hechos bíblicos y culturales de distintas épocas, se argumenta que es «La falta de moralidad [...] la causa primordial de la prostitución» (99), aunque las intenciones expresadas con ánimo vivo desde las páginas de este boletín sean algo dispares a esta visión:

Urge, por tanto, que con nuestro carácter de higienistas, arrebatemos el antifaz de la hipocresía, al estudio de las causas de la prostitución, bien escasas por cierto, haciéndolas pasar de antemano por el crisol de la severa crítica y analizándolas con el delicado escalpelo de la razón (99).

Todo ello apunta hacia una postura abolicionista que persigue el fin de la reglamentación del comercio venal «educando a la mujer» (122) para que vea el alto puesto que la sociedad le tiene reservado (122); y porque un vicio no puede, según Belenger, reglamentarse; puesto que sería lo mismo que regular el robo o el suicidio y porque la estadística marca «de manera inequívoca que la prostitución aumenta con este sistema y la sífilis marcha en progresión creciente» (145) lo cual, no solo afecta al individuo sino que «vulnera los sagrados intereses de la familia, de la inocencia y de la salud» (147). El abolicionismo, pues, busca salvaguardar al individuo y a la institución familiar de lo que considera una aberración física y moral de sus

fundamentos, aunque, curiosamente, se nutrirá de distintos discursos en su cruzada contra la prostitución. Desde los preceptos católicos y el conocido apego al modelo mariano hasta las iniciativas extranjeras –primordialmente británicas– de orden civil o pertenecientes al protestantismo religioso, el abolicionismo bregará por consolidarse como alternativa entre las posibles soluciones a la problemática derivada de la prostitución que existían dentro de nuestras fronteras.

La progresiva serie de los Contagious Diseases Acts promulgados en Inglaterra durante los años sesenta del siglo decimonono de la mano de la Oficina de la Moral, y por orden del ministro de la salud, constituye el germen del movimiento abolicionista o the Repeal Campaign, tal y como comenzó su andadura. Este movimiento de rechazo partía de tres principios que Bell recoge acertadamente: 1) La doble moral que castigaba solo a la mujer por un acto que implicaba también al hombre, 2) la injusta distinción de clases que perseguía a la prostituta callejera pero no a las de clase alta y 3) la interferencia del Estado (1994: 61) reforzando la organización asimétrica de los roles de género. Partiendo de la identificación entre orden público y salud pública, se comenzó a instaurar un servicio de vigilancia de las formas y las manifestaciones externas –principalmente– que buscaba armonizar los disturbios generados por la pobreza, por la población proletaria y militar, así como por el trabajo infantil y para controlar la mendicidad y la prostitución mediante la acción policial y la propaganda. Las actuaciones derivadas fueron llevadas sucesivamente a distintas zonas de Londres provocando un cisma entre extensionistas y opositores a la implantación progresiva de las medidas. Si bien ambos grupos eran conscientes de los serios problemas que suponían la

falta de agua corriente y de alcantarillado, el control de las epidemias más básicas, el hacinamiento, el cuidado de los menores o la persecución del infanticidio, y buscaban aliviar tamaños problemas sociales aunque la postura hacia la prostitución los dividió irremediabilmente. La creación de la National Association for the Repeal of the Contagious Diseases Acts y de la Ladies' National Association for the Repeal of the Contagious Diseases Acts –ya que las mujeres habían sido excluidas de la primera– provocó que entre 1869 y 1870 el movimiento abolicionista contara ya con órganos de representación y publicaciones, así como con una esfera de influencia muy notoria. Destaca sobre todas las voces, la de la feminista Judith Butler, quien fue la figura más conocida de dicho movimiento, pionero en la manifestación contra los Contagious Disease Acts en diciembre de 1869 argumentando, entre otras razones, que estos otorgaban todo el poder a la policía sobre las mujeres¹¹⁷, y haciendo constar a la vez su preocupación por las condiciones del sexo comercial y no solo por el mero hecho de la prostitución (Walkowitz, 1990: 225).

Será precisamente el alcance internacional de Butler y de su feminismo anglosajón de raíz protestante el que llegue hasta España ya entrado el último cuarto del siglo XIX merced a la libertad religiosa otorgada por la constitución de 1869. Sin embargo, la Restauración y su religión oficial, es decir, la católica, no favorecieron las ideas abolicionistas que defendía una mujer casada con un pastor anglicano y secundada por otros ministros protestantes. Como bien hace notar Guereña (2003: 351-354), dentro de las personalidades comprometidas con la cruzada abolicionista, destaca casi en solitario la

¹¹⁷ Según Walkowitz, 1999: 93. La traducción es nuestra.

escritora y moralista Concepción Arenal, hasta el punto de considerar la fundación de una asociación contra la inmoralidad,

pero parece que tuvo que renunciar por presiones ejercidas por 'personajes políticos muy influyentes' que le habrían obligado a 'comprender que no solo tal movimiento sería dificultado por el gobierno, sino que las obras caritativas actuales [de las que se ocupaba activamente Concepción Arenal] sufrirían ciertamente de las funestas consecuencias de tal intervención' (353).

No obstante debemos tener en cuenta que en las filas prohibicionistas figuraron algunos nombres más entre los que sobresale Rafael María de Labra, quien fuera rector de la Institución Libre de Enseñanza y que en 1883 llegó a pronunciar una conferencia sobre la Federación abolicionista en el Fomento de las Artes (Castejón Bolea, 1991: 247). Junto a Labra militan Manuel Pizarro y Jiménez, cuyo *Anuario de higiene pública* (1862)¹¹⁸ resulta un excelente ejemplo de la importancia creciente de esta disciplina; Antonio Prats y Bosch quien un año antes que Pizarro, publica su obra –dedicada a Monlau y avalada por este¹¹⁹– *La prostitución y la sífilis*, en la que no solo se ajusta a las ideas del autor de *Higiene del matrimonio* (1858)¹²⁰ sino que deja clara su postura abolicionista al afirmar que la administración debe actuar «1º Dictando medidas relativas a los infectados; y 2º Dictando medidas para hacer

¹¹⁸ Imposible obviar la sección A del capítulo IV dedicada por Pizarro a las funciones reproductivas donde aborda temas como la masturbación, la sífilis, los estragos de la prostitución y se adhiere a las medidas de Monlau.

¹¹⁹ Véase apéndice, apartado 4.

¹²⁰ Obra de cabecera para muchos otros autores que parten de la división entre higiene física y moral que el catalán establece (capítulo II 3ª Ed. 127-128) y que corresponde análogamente a la organización familiar y los papeles que en ella desempeñarán hombre y mujer respectivamente.

desaparecer la prostitución» (1861: 72). Por último, también descuella Juan Marsillach y Parera, a la sazón director y editor de *El relámpago médico*¹²¹. Bastante escasa resulta esta nómina para una empresa de las dimensiones y las ambiciones abolicionistas que, al margen de los comentados, no contará en España con grupos feministas, políticos o de cualquier otra índole mínimamente estructurados¹²², hasta la llegada del decreto abolicionista promulgado en la Segunda República en junio de 1935 y cuya vida fue muy corta.

Tal situación favorece la aparición y la, por fortuna, limitada influencia de discursos ambiguos y carentes de objetivos similares al citado de *La España médica* y significa, sin lugar a dudas, una muestra palpable de la manera de divulgación de cierto determinismo biológico que, a la postre, es incapaz de entender el crimen y sus causas, la prostitución o la mera divergencia en tanto que «subproductos de la sociedad y manifestación de una determinada forma de vida colectiva (Rivière, 1994: 37). A través de la biologización de los determinantes sociales de cada caso, este tipo de publicaciones presentan a la mujer desviada como un organismo inferior, anormal y dañino para la sociedad, reduciendo los fenómenos de la mendicidad, de la criminalidad y de la prostitución a una única causa: el parasitismo social.

A la luz de lo expuesto, la prostitución se convierte en la piedra de toque de la ordenación y la racionalización urbanas y, por lo tanto, la vigilancia

¹²¹ Facultativo que rechazó una plaza en el servicio especial de higiene por ser partidario del abolicionismo (Castejón, 1991: 248-249) y director de *El relámpago médico: anuario de medicina, cirugía, farmacia y ciencias auxiliares*. Barcelona: Jaime Depús, cuya publicación se inició en 1871.

¹²² No olvidamos, no obstante, que durante casi todo el siglo XVII rigió en España el abolicionismo aunque de naturaleza únicamente religiosa y que aún en el siglo XX coleaban intentos como el de Antonio Pavissich, *Un cáncer de la civilización. Estudio sobre la prostitución moderna* (1920?) cuyo prólogo de sesenta y cinco páginas, encargado a Julián Juderías, es un alegato, desde las ideas cristianas, contra todo sistema que no sea abolicionista.

y el control de las meretrices constituirá uno de los pilares fundamentales de este esfuerzo modernizador. Fruto de todo ello, y diametralmente opuestos a los principios abolicionistas, se sitúan el ejercicio de la prostitución clandestina y la reglamentada, pesos de una misma balanza en la que la presión ejercida en un lado afectará directamente al otro. Estas dos manifestaciones del comercio sexual pivotan, a su vez, sobre la higiene, eje primordial y disciplina omnipresente en todas las esferas de la vida durante la segunda mitad del siglo. Ya Federico Rubio en su discurso de 1878 definió la higiene como «el arte de prevenir los trastornos orgánicos, o sea las enfermedades, y de perfeccionar el hombre y las razas físicamente. Resulta pues, que la higiene es como una moral del cuerpo, así como la moral es como una higiene del espíritu» (107-108). El hito ineludible será, sin embargo, la creación de la Sociedad Española de Higiene entre 1881 y 1882 de la mano de Francisco Méndez Álvaro, quien ya había comenzado la modernización de las instituciones hospitalarias de la capital, y que se establece como meta «propagar los conocimientos higiénicos, crear institutos de higiene, fomentar esta disciplina desde el punto de vista de la docencia y de la investigación y el de confeccionar una estadística demográfico-sanitaria»¹²³. Cuenta para ello con la preciosa colaboración del doctor Manuel Tolosa Latour, quien además de contarse entre los amigos más solícitos de Pérez Galdós, fue premiado por dicha sociedad en los años 1896 y 1897; y también con la participación del ya citado Ángel Pulido cuyo discurso leído en la Sociedad Española de Higiene con motivo de la inauguración del curso de 1885, reza:

¹²³ Palabras de Méndez Álvaro en *El siglo médico*, publicación de la que fue fundador y director (Alcaide, 1999b).

La Sociedad de Higiene responde al cumplimiento de muy interesantes destinos. [...] ya sirviendo como un celoso custodio de la salubridad pública que, despojado de obstáculos y rémoras oficiales, delata el mal donde le encuentra y estudia la manera de remediarlo; ya como un núcleo de propaganda que, removiendo continuamente problemas interesantísimos, fija sobre ellos la atención de la Prensa, de los Poderes de la Sociedad; ya constituyendo una atmósfera intelectual que en plazo no lejano ha de producir beneficios sin límites, y ya atesorando una rica doctrina, fruto de la cavilación y del estudio de hombres consagrados a estas materias, que, al mismo tiempo que abrillanta la literatura patria, va computando datos preciosos para el más perfecto conocimiento de nuestra vida nacional (9)¹²⁴.

Estas palabras sintetizan, *grosso modo*, las aspiraciones de esta disciplina científica que aspira a hermanar el análisis y el experimentalismo con la tradición médica¹²⁵ y que acaba, así, influyendo en las prácticas sociales, y copando las actuaciones políticas, las estrategias policiales y los anaqueles literarios y divulgativos. Entre estos últimos, se pueden citar innumerables títulos monográficos y publicaciones periódicas dignas de mención y estudio;

¹²⁴ Conviene añadir la mención que Pulido hace a las publicaciones hermanas de *La España Médica* «Se han multiplicado los periódicos que se ocupan de Higiene; se han repartido por doquiera publicaciones que encerraban sanas enseñanzas o benéficos consejos» (10) porque «el respeto a la Ciencia es la base de la civilización» (15).

¹²⁵ Palabras sin duda influenciadas por la mentalidad etiopatogénica de Méndez Álvaro, fiel seguidor de Pasteur en estas lides. Son asimismo ilustradores los discursos de Pulido en la Sociedad Española de Medicina (1891) de donde tomamos esta idea (10), así como los discursos anteriores, pronunciados en la Sociedad Ginecológica Española (1874).

pero solo consignamos algunos¹²⁶ que quizá sirvan de antesala a futuros trabajos: el curioso *Faro de la salud* (1895), publicado en Jaén, que aporta información comercial sobre medicamentos novedosos y consejos sanitarios; el pionero *Repertorio médico extranjero*, de dos años de vida (1832-1834), que compilaba y traducía artículos e informaciones de otros países de Europa; el más longevo el *Boletín de medicina, cirugía y farmacia* (1834-1853) que posteriormente dará lugar a *El siglo médico* (1854); *La gaceta médica* (1845-1853) la cual contó entre sus colaboradores a Alonso y Rubio; la *Revista de sanidad militar*, (1887-1906)¹²⁷ que ilustraba numerosos casos médicos a veces relacionados con enfermedades genitales o venéreas; *La salud de las familias* (1858-1864), que era dirigida por el omnipresente Pedro Felipe Monlau; *El consultor higiénico* (s.n., s.a.) y la *Lectura popular de higiene*, que cesó en la primera década del siglo XX¹²⁸.

Asimismo, resulta evidente cuánto obsesiona la salud pública al estado liberal en todas sus vertientes, tal y como atestiguan las distintas ordenanzas municipales de Madrid y de otras ciudades importantes. Podemos acudir a las páginas de las *Ordenanzas de Madrid y otras diferentes que se practican en ciudades de Toledo y Sevilla*¹²⁹; o de las *Ordenanzas de policía urbana y rural para la villa de Madrid* (1847), cuyo artículo 340 establece que «los facultativos darán a la Junta de Sanidad el aviso correspondiente tan luego como descubran en la población

¹²⁶ Algunos recientemente disponibles para su consulta a texto completo desde el portal en línea de la Biblioteca Nacional de España en su sección Hemeroteca digital <hemerotecadigital.bne.es> No obstante, es oportuno el anexo al estudio bibliométrico realizado por Rafael Alcaide González (1999a) de las publicaciones sobre higienismo en España.

¹²⁷ Análoga a la *Revista de sanidad militar y general de ciencias médicas*. Madrid, 1866.

¹²⁸ Los últimos tres títulos tomados de Mercedes Granjel, 1983.

¹²⁹ Citamos la edición facsímil de 2005, reproducción de la edición de Madrid : Oficina de María Martínez Dávila, 1830.

síntomas comprobados de enfermedad sospechosa» (49). Importancia similar le es concedida a la vigilancia de la decencia y de las formas en público, puesto que el artículo 322, a propósito de los baños en el río Manzanares, prohíbe «bañar juntas a personas de distinto sexo, aunque manifiesten ser matrimonio» (105-106), una disposición también recogida en las modificaciones y reimpressiones de 1859 y 1865 respecto de las promulgadas en 1847¹³⁰. Asimismo, las *Ordenanzas municipales de la villa de Madrid* de 1892 regulan el tránsito público, y en su artículo 22 se «prohíbe ejecutar en la vía pública cualquier acto que pueda molestar a los transeúntes o que sea por su naturaleza indecoroso» (5) amén de ordenar las inspecciones de depósitos de aguadores, casas de huéspedes, mercados, fábricas, almacenes, mesones o alcantarillas (44). La higiene acude en auxilio de las necesidades que tienen lugar una vez producido el inevitable encuentro entre las manifestaciones y los cambios sociales de una parte, y el control político que se desea ejercer sobre ellos de otra.

A un lado de la higiene se sitúa, pues, la prostitución regulada o tolerada, que nace de la necesidad combinada de ocultar en la medida de lo posible los signos externos y más escandalosos del comercio sexual y de minimizar los riesgos que suponía su contrapartida, es decir, el meretricio no vigilado con los altercados correspondientes en el orden público y las cada vez más frecuentes enfermedades venéreas principalmente. Como apuntábamos en el capítulo anterior, será la obra de Parent-Duchâtelet la que sirva, no solo a los autores españoles sino a toda Europa, como base

¹³⁰ Disposición recogida también por el *Proyecto de reforma de las ordenanzas municipales* publicado por Mariano Monasterio presumiblemente en Madrid en 1882?.

ideológica¹³¹ y procedimental a la hora de enfrentar los problemas morales e higiénicos derivados de la prostitución. Es de justicia, por lo que a nuestro trabajo compete, hacer constar que la idea de partida del autor francés según la cual se entiende la prostitución como un mal necesario, estaba ya presente en las mancebías y lupanares desde el siglo XIII en España (Guereña, 2003: 20); si bien en Paren-Duchâtelet la imagen recurrente de la prostituta considerada una especie de alcantarilla a la cual van a parar los desechos mórbidos de la sociedad (Bernheimer, 1997: 15), no aparece en los casos españoles. Los trabajos de Jean-Louis Guereña (1994, 1995) dejan ya constancia de las dificultades de abordar un trabajo sobre la prostitución dada la poca fiabilidad estadística, la escasez de fuentes, la alternancia entre reglamentos locales y de otros ámbitos, así como los escasos avances que median desde las iniciativas propuestas por el conde de Cabarrús en 1792 y por Antonio Cibat a principios de la centuria¹³²; con la única excepción del código penal de 1822¹³³ cuyo artículo 535 «sancionaba en particular a quienes acogieran a prostitutas y también a las propias prostitutas» (1995: 423-424). Hasta la sonada polémica que tuvo lugar entre Monalu y Juan Magaz a raíz de la oposición de este último a las ideas abolicionistas del catalán, no parecen activarse las sucesivas medidas y reglamentos que arrancan, de forma más definida y notoria con el *Reglamento para la represión de los excesos de la prostitución en Madrid* de 1847, propuesto por el académico de la Real Academia Española Patricio de la

¹³¹ Debemos subrayar la ambigüedad del discurso del francés a la hora de marcar el cuerpo de la prostituta en el plano médico mientras que es un organismo enfermizo en el plano social (Bell, 1994: 46).

¹³² En una *Exposición* redactada en 1909 (Guereña, 1995: 412).

¹³³ En este mismo año Mateo Seoane lanza el Reglamento General de Sanidad aunque apenas introduce novedades salvo la propuesta de señalizar las casas en las que se ejercía prostitución.

Escosura, a la sazón gobernador civil de Madrid. Este reglamento, como apuntábamos más arriba, sigue los preceptos de Parent-Duchâtelet y, desde este momento el panorama reglamentario se diversifica profusamente, en número y en ámbitos de actuación, de la llamada 'higiene especial'¹³⁴. Ello supone que, siguiendo las cifras contempladas por Guereña (2003), en toda España y en La Habana, se publican aproximadamente 304 reglamentos entre 1845 y 1892, incluyendo ayuntamientos y gobiernos civiles, órdenes temporales, ampliaciones y similares. Por este motivo nos vemos en la necesidad de simplificar esta compleja maraña de regulaciones y de leyes sobre el comercio venal enumerando las disposiciones comunes a la mayoría de ellas con el fin de que sirvan de referencia en nuestra lectura:

1. Definición de la prostitución.
2. La inscripción de las mujeres en un registro oficial de prostitutas¹³⁵.
3. La prohibición de vivir con hombres -vida marital regular- a toda mujer que ejerza la prostitución.
4. La negativa a mantener una vida familiar de cualquier tipo y la vigilancia de la vivienda.
5. Restricciones de circulación de las prostitutas en zonas urbanas y limitaciones horarias para sus salidas a la calle. Tampoco se permite que transiten en grupo superior a dos personas ni que entren en locales reservados a los hombres.
6. Prohibición de dar voces o 'provocar' a los transeúntes.
7. No se permite ejercer la prostitución a ninguna mujer menor de edad.

¹³⁴ Eufemismo mediatizado para designar administrativamente la prostitución (Guereña, 2003: 205).

¹³⁵ Disposición que todavía recoge el *Reglamento provisional de higiene de la prostitución para la ejecución en Madrid de la Real orden de 1º de Marzo de 1908* (con el Vº Bª del marqués de Vadillo) en el artículo 3 del su capítulo primero, añadiendo que «Las mujeres que probadamente se dediquen a la prostitución clandestina, serán inscriptas de oficio y obtendrán su correspondiente cartilla» (1909: 5).

8. Obligatoriedad de someterse a revisiones médicas periódicas costeadas por ellas mismas.
9. Posesión de una cartilla identificativa –normalmente expuesta en la cabecera de la cama– en sustitución de la cédula de vecindad.
10. Pago de las tasas e impuestos los impuestos estipulados.
11. Sometimiento a vigilancia, penas y posible expulsión de la ciudad.

Resulta obvia la manera en que la mujer prostituta es despojada de identidad, coaccionada en su libertad de movimientos y convertida en una ciudadana de segunda clase, a la luz de unas normas que, en definitiva, buscan armonizar el ejercicio de la prostitución –en tanto que mal necesario– con los pruritos morales y los miedos epidemiológicos de la sociedad burguesa de finales del siglo XIX. Todo ello, como bien concluye Jiménez Monteserín (1994), favorece que el placer meretricial «llegara a objetivarse por completo y las autoridades urbanas procedieran a su ordenamiento sin especiales problemas morales ni jurídicos» (202), lo que coadyuvó una inédita organización de la vida social «basada en un dominio bastante eficaz de las gentes por la vía del control de sus pulsiones básicas» (203) y que perseguía –añadimos– aliviar la frustración sexual derivada del modelo de pureza impuesto en el hogar burgués y que empujaba a muchos hombres jóvenes a buscar alivio a deseos sexuales que no podrán cumplir con su esposa. Esta suerte de objetivación del placer actúa, en primera y última instancia, sobre el supuesto caos que genera la prostituta sin tener en cuenta la fuerza del deseo masculino. Se trata, pues, de un entramado legal, político y, a la postre, comercial, en el que el cliente es totalmente transparente y solo cobrará cierto relieve en tanto que sujeto susceptible de ser contagiado de alguna enfermedad venérea. Esta última posibilidad otorga una importancia primordial a las disposiciones octava y

décima consignadas más arriba; y el narrador de *La Pálida*, después de detallar las visitas de prostitutas al hospital donde son víctimas de dolorosos tratamientos (*La Pálida*: 46-47), explica lo que él mismo llama 'el sistema' en el que «ella paga al Estado. Y el Estado la atiende por lo que paga, con un médico que la reconoce, un hospital donde se cura, y un ama de casa que la explota, autorizada también por el Estado» (47-48).

Sifilofobia y mercurofilia

La idea del contagio, principalmente de la sífilis, es la piedra angular de todo el edificio argumentativo de Parent-Duchâtelet (Bernheimer, 1997: 25), reemplazando rápidamente al cólera como la epidemia más temida merced al clima de ansiedad generado por la idea –cada vez más recurrente– de la circulación del vicio. Conviene reseñar, a colación de esta idea, la anécdota que Benjamin incluye en sus apuntes parisinos sobre un episodio vivido por el historiador Carl Hase, asaltado en el Pont-Neuf

por una prostituta muy maquillada con un fino vestido de muselina subido hasta las rodillas, que dejaba ver claramente el pantalón de seda roja cubriéndole los muslos y el vientre 'toma toma, amigo mío, eres joven, eres extranjero, te hará falta' dijo, tomándome la mano para pasarme un papelito, perdiéndose a continuación entre el bullicio. Yo creí que era una dirección, miré el papel y, ¿qué es lo que leí? El anuncio de un médico que se ofrece a curar en poco tiempo toda clase de enfermedades. Es curioso que esas muchachas, culpables

de todas las enfermedades, le den luego a uno el remedio para curarse (2005: 492 - 493).

Este miedo proviene, como Corbin (1990) extrae de las palabras de Parent-Duchâtelet, no ya de la prostituta pública, pues esta –según él– puede ser supervisada, ni tampoco de la meretriz no registrada o no vigilada, ya que solían ser 'temporeras' en el oficio; lo que realmente provocaba esa ansiedad era la prostituta que se reintegraba en la sociedad 'rodeándonos' y obteniendo 'acceso a nuestros hogares' (4) puesto que constituía un foco de enfermedad normalizado, y por ello, doblemente amenazador. Nos encontramos ante lo que podemos considerar una sifilifobia generalizada avalada, principalmente, por el presumible aumento de los casos registrados y que obligaron al desarrollo de la venerología. Esta disciplina ayudó a determinar la posibilidad de infección entre órganos internos a través de la sangre, la capacidad de provocar parálisis e incluso de generar problemas cardiovasculares¹³⁶, hechos que apuntalaron la consideración de la sífilis y la blenorragia como un peligro social. No es gratuito que en 1862, coincidiendo con las obras de Prats y de Pizarro¹³⁷, la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada defienda con brío que «es un deber de los Gobiernos procurar la extinción de la sífilis» (García Duarte, 1862: 10), ya que ni los hospitales públicos ni la beneficencia eran capaces de satisfacer las necesidades de los enfermos venéreos de ambos sexos. La situación provocó que los médicos de

¹³⁶ Hitos documentados por Castejón Bolea (2001: 141) en los trabajos de Fournier, Vichow y Neisser.

¹³⁷ Debemos añadir, también, la referencia a la memoria leída por el médico y periodista, José Francos Rodríguez, *Patogenia de la sífilis: sus relaciones con algunas enfermedades crónicas. Memoria leída en la Academia Médico-Quirúrgica*, Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro, 1884.

los servicios antivenéreos apoyasen la creación de sifilocomios a fin de paliar la numerosa y rápida expansión de esta dolencia¹³⁸.

Al otro lado de la higiene debemos situar la prostitución clandestina, es decir, el comercio sexual al margen de la vigilancia y el control estatal. Sin embargo, el meretricio no regulado comprende no solo a las prostitutas que eligen eludir el censo y sus consiguientes revisiones e impuestos, sino a las adúlteras que buscaban pagar sus lujos y caprichos¹³⁹, a prostitutas callejeras nocturnas, a jóvenes seducidas o engañadas, y un largo etcétera. Como adelantábamos en nuestra introducción, podemos encontrar tantas clasificaciones como autores. El mismo Amancio Peratoner enumera a la prostituta, la querida, la caprichosa o 'femme galante' y las modistillas en *Los peligros del amor* (1892)¹⁴⁰ pero lo realmente relevante es que de la lectura de manuales y novelas se desprende que la definición última de esa mujer desviada tiene lugar en función de su clientela.

Fueran de alta o baja estofa, ya en las páginas de Parent-Duchâtelet se trasluce la manera en que la prostituta clandestina gana prestigio frente al asco y el hacinamiento de los burdeles en los que, incluso las registradas, fingen no serlo (Corbin, 1990: 200-201) por dos razones principales: la demanda de

¹³⁸ Así en 1931 existían en España ocho sifilocomios: Barcelona, Ciudad Real, Granada, Guipúzcoa, Málaga, Salamanca, Melilla y Ceuta (Castejón Bolea, 2001: 131) aunque ya en 1862, Prats propone secuestrar a los individuos sifilíticos dentro de su batería de medidas públicas (73-75).

¹³⁹ No en vano Prats en su programa de acción contra el vicio y la sífilis propone reprimir el lujo en todas las clases de sociedad como medida preventiva (1862: 80-86).

¹⁴⁰ También habla, en la página 79 de deshonradas, pobres, lujosas y vagas y perezosas aunque si se desea conocer más sobre la visión de este divulgador, aconsejamos consultar su *Historia del libertinaje desde la Antigüedad más remota hasta nuestros días, extractada de los principales analistas de las costumbres de la humanidad*, (1875) publicada en dos volúmenes. En las páginas promocionales de esta se anuncia, además, *El culto al falo [...]* título al que no pudimos acceder en la fase de documentación de este trabajo por hallarse en fase de restauración en la Biblioteca Nacional.

servicios especiales con mayor implicación y quizá repetidos en el tiempo, y la sospecha de las revisiones médicas conchabadas entre las amas o algunas meretrices y los galenos. Este hecho llena las páginas del comienzo de *La Pálida* en las que Estrella, después de haber pasado tres veces las penurias clínicas del bisturí y los sanatorios, recibe las siguientes instrucciones de Arístides: «Es muy sencillo, [...] mañana se borrará tu nombre en el Gobierno civil; rompe tu cartilla; desde mañana no serás prostituta. -¿Pues qué seré? -Buscona. Estás ahora más hermosa que nunca» (*La Pálida*: 49).

No hay posible escapatoria, pues, al peligro de los excesos y de los contagios de la cópula impura (Prats, 1862: 25), que desembocan en la sífilis, el chancro y las blenorragias a los que el propio Peratoner dedica una obra, *El mal de Venus*, ya en 1881. En ella habla de los tratamientos con mercurio (264), molestos y obviamente perjudiciales para el organismo¹⁴¹, lo cual no es óbice para que el doctor Pérez, en el capítulo IV de *La Prostituta*, prescriba al febril marqués de Villaperdida cianuro de mercurio en polvo, en disolución con agua destilada o mezclado con manteca. Estos tratamientos solían, las más de las veces, constar de baños y enjuagues que gozaron de gran arraigo entre las prácticas más comunes pese a sus manifiestas contraindicaciones, pues ya en 1875 el afamado médico francés Etienne Lancereaux aconsejaba que «los baños mercuriales, como método general, deben rechazarse; pero puede recurrirse a ellos cuando se trata de producir un efecto local, como sucede en las sífilis rebeldes» (646). Se manifiesta, al contrario, a favor del uso 'interior' del mercurio (650) lo que explicaría el tratamiento aplicado al Marqués que, no obstante y como apreciamos en las primeras páginas de *La Pálida*, no sirvieron

¹⁴¹ Ya entrado 1898, Joaquín Costa desaconseja su uso.

para su curación puesto que el lector descubre que Estrella había ya sido contagiada por él¹⁴². El narrador de *La Prostituta* nos dice; «Sintió, sí, un dolor agudo. Le pareció que estaba herida» (*La Prostituta*: 297), conectando así la narración novelesca de la violación de Estrella con el hecho físico de la inoculación de la enfermedad recibida del cuerpo corrupto de Villaperdida. Este episodio, a su vez, sirve de hilo conductor con el inicio de *La Pálida* y las citadas penurias de la joven pupila de Mari Pepa en los servicios médicos.

El cuerpo femenino es ubicado en una encrucijada entre la fisiología y la clínica y el hospital y el laboratorio, que en un nivel simbólico, vincula el dolor físico al dolor moral. Jesús Adrián recalca el empeño de la Historia en reducir el cuerpo a su naturaleza y en reprimir sus deseos (2006: 17-18)¹⁴³; pero a esta observación debemos añadir el reiterado intento de la creación literaria –del Naturalismo radical en particular– por diseccionar el alma de los personajes y explicar, como pretende el narrador lopezbaguiano, la transformación vivida por las mujeres de novela. «Quiero morir matando» (*La Prostituta*: 305), espeta Estrella al conocer su enfermedad, convirtiéndose en la mujer infame que tan

¹⁴² Este tipo de tratamientos generó cierta polémica en los círculos médico-clínicos y farmacéuticos dadas sus contraindicaciones. Nos permitimos reseñar el folleto divulgativo de Maximino Teijeiro, *Reflexiones sobre la sífilis* (1880) de apenas cincuenta y cinco páginas pero que no responde a la pregunta '¿Qué es la Sífilis?' hasta la página treinta y dos. Alude a la enfermedad sin mencionar el contagio sexual y se extiende en la controversia respecto al tratamiento más adecuado para la sífilis (38). Habla del mercurio y de sus efectos: «variadas y profundas perturbaciones que los mercuriales provocan en nuestra economía: todas las funciones se ven comprometidas bajo su poderosa influencia, desde las secreciones más insignificantes, hasta las manifestaciones más delicadas del sistema inervador, y todas revelan lo enérgico de su acción sobre los humores y tejidos del hombre, en relación con sus susceptibilidades particulares que no es fácil de apreciar de antemano» (47). Finalmente, Teijeiro hace acopio de estudios del resto de Europa donde, según él, curan ya sin mercuriales aduciendo ciertos ejemplos clínicos: «Entre los varios sugetos afectados de Sífilis que hemos visto sometidos al tratamiento mercurial, algunos *intra et extra*, hemos podido seguir observando unos cuantos, en los cuales se han reproducido otra vez las manifestaciones, al parecer sífilíticas, haciéndose más pertinaces que antes y subsistiendo estas en alguno de ellos, aún después de cuatro años, a pesar de usar yodurados, arsenicales y baños sulfurosos» (52).

¹⁴³ Pura Fernández contempla también la idea del cuerpo como recipiente mancillado en nombre de la higiene pública y doméstica así como en nombre de la ciencia (2008: 186).

bien describe Pura Fernández (2008) y que, no olvidemos, arranca en la experiencia corporal del contagio: «La transformación operada en su cuerpo y la que se operó en su alma. De limpia a sucia, de buena a mala. Ahora no quería más que una cosa: hacer tanto daño como le habían hecho; pagar en la misma moneda, y morir luego maldiciendo la vida» (*La Prostituta*: 322).

No es nuestro propósito llevar a cabo un estudio del cuerpo, pues ya existen abundantes acercamientos filosóficos que teorizan sobre él desde Platón a Julia Kristeva y desde Michel Foucault hasta Judith Butler; pero entendemos necesario rescatar la dualidad formada por cuerpo y alma –entiéndase, lo moral–, tan presente en Platón, como el eslabón necesario para la consolidación de la omnipresente diferencia esencial entre masculino y femenino. En esa dualidad se apoya el discurso obsesionado por las enfermedades venéreas, como el de Lancereaux, Peratoner, Prats y otros¹⁴⁴, cuyos trabajos parten de la definición y localización del foco del contagio en la mujer, pero centran sus medidas profilácticas y su terapéutica en el bienestar masculino: «'Está fresca, está sana, puede usar de ella el público'» (*La Pálida*: 47), grita una supuesta voz en medio de las revisiones médicas que documenta el narrador de la *La Pálida*.

Esta dialéctica de la alteridad favorece e incentiva la obsesión masculina por el contagio venéreo. Fruto de ello es la proliferación de publicaciones de dudosa reputación científica dirigidas solamente a hombres y que prometen soluciones definitivas contra los males sifilíticos; así el pequeño manual

¹⁴⁴ Inevitable citar aquí el trabajo del afamado médico francés Ambroise Tardieu en su edición española, revisada y anotada por Prudencio Sereñana y Partagás en 1884, *Estudio médico-legal sobre las enfermedades producidas accidental ó involuntariamente por imprudencia, negligencia ó transmisión contagiosa, comprendiendo la historia médico-legal de la sífilis*, Barcelona: Establecimiento tipográfico editorial de Daniel Cortezo y Compañía.

titulado *Medios para preservarse de la sífilis (enfermedades secretas), y de su curación inmediata* (1860) cuyo tamaño –quince ideales centímetros para el bolsillo del gabán– y sus datos de edición resultan idénticamente intrigantes¹⁴⁵. El libelo describe la enfermedad y añade dos secciones dedicadas a la profilaxis y los tratamientos que requiere, eso sí, nunca antes del sexto día, cuando la afección ya pasa a ser constitucional (19). Es entonces cuando el texto exhorta: «Lector; no prolongues nunca el acto venéreo con una persona sospechosa, y si percibes en sus labios o en su lengua granos o úlceras, no te abandones al placer de dar besos en esas partes» (21); finalmente ofrece las indicaciones prácticas prometidas:

1º Apresúrate a orinar y comprime entre dos dedos el *balano*, es decir, la estremidad del miembro viril; los orines así mantenidos un instante en el canal de la uretra, salen de él bruscamente de un chorro, al cesar la compresión, después de haber barrido a su paso todo lo que hubiera podido quedar de materia impura en el mismo.

2º Descubre enteramente tu miembro [...] hazte lociones alcalinas, jabonosas o cloruradas, suficientemente dilatadas, con el fin de que estos líquidos, sin obrar como sustancias irritantes, sean bastante activas para descomponer las materias mórbidas de que podrías estar manchado. (22)

3º Si, en el acto de lavarte percibes en tus partes genitales alguna desolladura o un simple rasguño, y si te llama la atención por una sensación de cosquilleo o de quemazón particular, debes inmediatamente *cauterizar* esta pequeña

145 La edición de 1860 que citamos aparece traducida por I.M.R. y reconoce la autoría de Dihur y Ameda, verdaderos autores de *Moyens de se préserver de la siphilys (maladie secretè)et de la guérir immédiatement*, publicada en París en 1847.

llaga, es decir, aplicando ligeramente encima una 'piedra infernal' o ceniza de cigarro, sal, etc. (21-26).

La dudosa autoridad que se oculta tras las siglas del traductor contrasta con el tono confidente y cercano del texto, lo que nos lleva, irremediablemente, a las páginas finales de *La Pálida* en las que, desesperada, acude a un médico italiano «de gran saber; pero de pocos escrúpulos de conciencia [...] de gran predicamento con las mujeres, y sobre todo con cierta clase de mujeres. Su especialidad eran las enfermedades secretas» (234). Estrella, sabedora de su padecimiento acude a él en busca de solución pero después de una hora de consulta de la que el narrador no aporta detalle alguno sabemos que la Pálida salió «más pálida que nunca» (236). La marca comercial que había distinguido a Estrella como mujer y como producto es ahora el reflejo de la enfermedad que terminará con su vida; el mito forjado en las páginas que narran su creación, su violación y sus amoríos es ahora carne corrupta, sifilítica. «Duraría más o menos, pero estaba herida de muerte¹⁴⁶», va pensando la protagonista en su viaje de vuelta a su casa sabedora de que el alabastro de su piel, que la convirtió en afamada y predilecta de muchos, ahora es el reflejo de los miedos venéreos que plasman en las páginas literarias. No existen manuales médicos milagrosos para ella y solo obtiene una misteriosa botella, falso medicamento, cosmética de la enfermedad: «*Má con eso si calma, si fa tutto y no si conosce. ¡Forse! Addio carissima*» (236), que ensombrece la novela con el fantasma sifilítico al que el lector asiste –atendiendo a las palabras del propio López Bago en el apéndice de la obra– ante la verdad del

¹⁴⁶ *La Prostituta*: 297.

documento humano contada no por un moralista sino por un «anatómico, que se contenta con decir lo que encuentra en el cadáver humano» (282).

Estrella, Rosita y el lector: mirar pero no tocar

La organización masculina del discurso novelístico del Naturalismo radical no solo refleja la obsesión y el miedo al contagio por medio de la mujer prostituta o desviada. Las páginas de *La Pálida* también rezuman la atracción fatal y el temor que provoca la ausencia masculina en el sexo: las relaciones lésbicas. La narración de relaciones de esta naturaleza se convierte en un dispositivo simbólico con dos efectos inmediatos: el primero es la ansiedad que genera el conocimiento por parte del hombre -lector- de no ser necesario para el sexo; y el segundo tiene que ver con el influjo seductor que semejantes escenas ejercen sobre el consumidor de estas novelas. No es casual que incluso en los apuntes de Rafael Eslava, a la sazón jefe de la sección de higiene - entrados ya en 1900- identifique la mala educación y la ociosidad de las jóvenes como las peores compañeras de la mujer, y «Por eso no es de extrañar que se hagan neuróticas y libidinosas, o que rindan ferviente culto a los placeres de Lesbos» (1900: 41); y para luego relatar cierto caso en el que una joven, llamada a la virtud, está, sin embargo, resuelta a convertirse en prostituta por su odio a los hombres (42).

La relación lésbica es descrita y jerarquizada por algunos de los que Corbin (2005) llama 'protosexólogos', de modo que se parte de lesbianas ocasionales, hermafroditas psíquicas y se llega a hablar de casos de ginandria.

Surge, además, la polémica por el origen innato de lo que se considera una inversión, eso sí, menos marcada que la masculina aunque, contradictoriamente, parece no haber resquicios en la opinión unánime de que «desde siempre, la lesbiana ha intentado imitar al hombre» (191). Cabe destacar que tanto los moralistas como los médicos y diferentes divulgadores que abordan este tema¹⁴⁷ parten, como bien hace notar Thomas Laqueur (1992: 336, 341), de la considerada perniciosa influencia del vicio solitario en los jóvenes al tiempo que el pene representaba el 'sexo verdadero' (1994: 234-235). Destaca en este punto el apartado que Juan Giné y Partagás (1871) dedica al control de esta práctica donde recomienda, entre otras medidas, aislar al adolescente

se le vigilará en la soledad y en la cama, y al notar el primer indicio, se le reprenderá con dureza, o se llamará en secreto a un médico, quien, demostrándole que por ciertas señales ha podido conocer el infamante hábito a que se ha entregado, le haga comprender los gravísimos peligros a que se halla expuesta su salud si no se enmienda prontamente. [...] se establecerá un riguroso método dietético, evitando las bebidas, alimentos y condimentos estimulantes, procurando un ejercicio moderado, las distracciones honestas [...] se le destinará una cama fresca y dura [...] advirtiéndole que no se acueste de espaldas y se le observará durante la noche [...] (550-551).

¹⁴⁷ No olvidemos que el propio Peratoner ataca «el goce solitario» y equipara el onanismo a la bestialidad y la sodomía (1892: 42-43) y que Monalu defiende que «produce iguales efectos que el abuso de la cópula; y en su modo de obrar es todavía más rápido y asolador» en *Elementos de Higiene Privada* (1846: 340).

Giné, además, llega a recomendar camisas de contención. La masturbación llegó a ser un motivo de estudio tan recurrente y obsesivo para tratadistas y educadores que incluso obtuvo atención específica para la mujer; baste reseñar la obra de Théseé Pouillet *Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del onanismo en la mujer (placeres ilícitos)* traducida –según reza la portada– por 'un licenciado en medicina y cirugía', en donde se defiende que:

la mujer se halla más propensa que el hombre al onanismo, al que, por una parte, la arrastra casi instintivamente la exquisita sensibilidad de su aparato genital, y, por otra, la impelen causas extrañas al otro sexo; y ambos motivos obran tanto más poderosamente, cuanto que su delicada organización nerviosa no tiene la fuerza necesaria para resistirlos (1883: X).

Para luego explicar los tipos de masturbación, añadiendo lleva a la mujer a la imbecilidad (19) y que en muchas ocasiones deja traslucir relaciones lésbicas¹⁴⁸. Son ideas, apuntábamos, estrechamente vinculadas a la deficiente educación que, según Jean-Louis Flandrin (1984: 313), recibían los jóvenes europeos, quienes, además, experimentaban la soltería más represiva y larga del periodo. Al mismo tiempo, el discurso médico se va apropiando de

¹⁴⁸ Esta obra se nos antoja de gran valía por las fuentes que recoge sobre el tema, por el cuadro sinóptico sobre la masturbación femenina que aporta y por la relación que, según Pouillet, existe entre la ociosidad, las lecturas de novelas y la confesión y la masturbación ya que excitan la imaginación y son indiscretas (54, 72-73) así como algunos casos médicos documentados (48). Mayor calado muestra *La espermatorrea*, publicada un año más tarde en la que describe la enfermedad y afirma que puede llevar a la muerte (1884: 27). El médico francés muestra su preocupación porque, aunque ha existido como práctica en todos los tiempos, «los antiguos abusaron menos que los modernos. En otro tiempo, el ejercicio físico, practicado diariamente, fatigando el cuerpo, apartaba en parte el espíritu de los placeres anormales» (58-59) y concluye, en la misma línea de pensamiento que se vislumbraba en Europa, que la herencia desempeña un papel determinante en el desarrollo de esta enfermedad, como se puede ver en un bebé que se frota o ejecuta maniobras extrañas (61).

todo lo que era considerado 'perversión sexual', como irreprochablemente explica Rafael Huertas García-Alejo (1990). Este fenómeno medicalizó las relaciones sexo-locura a través de dos vías: por un lado, la existencia, según las primeras nosografías psiquiátricas, de una 'locura erótica' o de una 'monomanía erótica', y por el otro, los comportamientos en los que se persigue el placer sin intenciones reproductivas: «El 'amor perverso' se sitúa, así, del lado de la esterilidad, del placer y de la patología» aclara Huertas (90), incluyendo –por consiguiente– la masturbación y los placeres solitarios, la sodomía y el lesbianismo.

El hecho relevante para nuestra lectura es que el amor lésbico carga la lectura de angustia y fantasía por igual, evoca la ausencia del hombre en el acto y con ello deja fuera de la participación simbólica al lector. El efecto de impotencia raya el desprecio en un extremo y roza la admiración en el otro, como abiertamente se nos narra en *La Pálida* cuando tiene lugar la relación entre Estrella y la joven vecina, Rosita pues:

con esa intuición de la delicadeza de sentimientos, innata en la mujer, [...] rodeó con el brazo libre su cintura, la atrajo hacia sí y quiso besarla en la mejilla.

Pero al mismo tiempo se sintió besada en la boca, en el cuello en las orejas, en todas partes, abrazada con nerviosa fuerza. [...] Lanzó la franca carcajada del vicio, que no se asusta de nada, y que se presta a todo, hasta a lo más inaudito; devolvió el abrazo, el beso y la caricia, y largo rato estuvo revolcándose en la cama con la hija de doña Angustias. Largo rato se complacieron en confundirse y ponerse al mismo nivel el cuerpo prostituido y el cuerpo virgen (*La Pálida*: 107).

Salta a la vista la manera en que, si bien la acción física heterosexual es –como hemos visto con anterioridad– elidida en la narración, en este caso, el encuentro físico sexual entre dos mujeres es descrito con apreciable soltura. Ello deja bien a las claras la manera en que el lesbianismo dentro de la novela carece de valor en tanto que forma de sexualidad o desde un punto de vista médico-higiénico; antes bien, se torna en un dispositivo narrativo asociado a las fantasías masculinas. López Bago se encarga de recalcarlo:

Las dos mujeres se entregaban con creciente afán a sus caricias. Una y otra estaban dominadas con la terrible fuerza y dominio de todo vicio que es contra naturaleza. Sentían una loca pasión, avasalladora, insaciable, frenética (131).

La vinculación cultural existente entre amor, sexo y pasión pone en marcha el motor narrativo que mueve a las mujeres desviadas, es decir, activa la seducción del lector. En un lugar resbaladizo entre lo privado y lo público, asistimos a la salida de Isidora Rufete a las calles de Madrid, resuelta a convertirse en una buscona y ser, quizá, una amenaza más que avive el fuego del miedo público a las enfermedades contraídas en secreto. Será esta la misma enfermedad que Estrella contrae para que la Higiene y los dispositivos estatales hagan de ella carne fresca, «que pueda usar de ella el público» (*La Pálida*: 47), de manera que, narrativamente, contribuya a formar un mito que no obedece a moral alguna. Parapetada en el secreto de *La Botica*, club del vicio que abre *La Pálida*, u oculta en el secreto de su gabinete, Estrella será la reina de las apariencias que maquilla su enfermedad y perfuma las páginas que el

Desviadas: reguladas, clandestinas, contagiadas

lector -asustado por saberse fuera de sus vivencias y ávido de verse dentro de ellas- consumirá fiel al producto discursivo resultante del flujo entre política, medicina, higiene y novela.

No, no me den vino, si no quieren que me vuelva loca.

Fidela, Torquemada en la cruz

*Los degenerados no son siempre criminales,
prostituidos, anarquistas, o locos declarados;
Son muchas veces escritores y artistas*

*Fin de siglo
M. Nordau*

Degeneracionismo o el comienzo del fin

La narración del Naturalismo y los mecanismos literarios que pone en funcionamiento en las páginas de su creación responden a una forma de mirar condicionada, como hemos visto, por los diferentes discursos sociales, políticos y médicos. Su novela y sus destinatarios se asientan sobre un conglomerado discursivo tan dispar como cambiante, al ritmo y reflejo de las constantes transformaciones que la sociedad decimonónica experimenta. La inestabilidad política, el desarrollo industrial, comercial y urbano, los avances científico técnicos y las corrientes ideológicas cada vez más imbricadas en el entramado social español son las lentes con las que leemos los miedos y ansiedades de una España obsesionada con educar a unos ciudadanos perfectos, preocupada por ordenar los espacios y por regular las conductas así como por controlar las consecuencias de todo aquello que escapa a los dispositivos morales, médicos y policiales diseñados para contenerlos. Las tensiones que se derivan de todo ello son las que determinarán esa mirada que narra y que lee, que muestra, que oculta y que provoca.

El narrador lopezbaguiano es presa de esas tensiones aglutinando extremos y acercándonos a la mujer que enseña los pechos en medio de la bacanal que preside *La Pálida* (160-161), a la vez que rescata de la trama – muchas páginas después– al hijo del malogrado marqués de Villaperdida, Luís de las Lanzas y de las Medias Annatas, Campo de Gules y León Rampante, último miembro de una estirpe «víctima del fanatismo y de las prostitutas, las dos lepras de la inteligencia y del cuerpo» (*La Prostituta*: 337). Aquel obsesionado joven, que perdió la puja por Estrella contra su propio padre¹⁴⁹ en el burdel de Mari Pepa, es ahora su amante y a la vez su víctima. El narrador, respondiendo a la concepción de la mujer como foco del contagio, así nos lo confirma:

de aquel mismo frenesí amoroso y sensual en que ardía su naturaleza enclenque, vióse acometido nuevamente y de improviso, [...] de aquella lepra asquerosa adquirida y heredada, contra la cual eran inútiles las batallas reñidísimas que empeñara desde el primer momento de su aparición el doctor Pérez, porque el trabajo profiláctico, o para mejor inteligencia preservativo que este adoptaba, anúlase en los abrazos y caricias de Estrella (205).

Esa lepra asquerosa 'adquirida' y 'heredada' mantiene la narración bajo el influjo de la sifilofobia que estudiábamos anteriormente si bien la noción de la herencia abre un nuevo estadio en la evolución de las ansiedades novelescas que nos ocupan y que se dirigen virulentamente hacia el temido final: el degeneracionismo.

¹⁴⁹ *La Prostituta*: 291.

En su ensayo sobre *El Realismo y la novela providencial*, Fredric Jameson se pregunta, entre otras cuestiones, el por qué de la insatisfacción que se puede experimentar ante ciertos desenlaces novelescos o cinematográficos. Tras barajar distintas teorías, el crítico estadounidense llega a la conclusión de que el final feliz constituye una categoría existencial antes que literaria, mientras que un final desgraciado puede parecer lógico; aunque deba estar ideológicamente justificado, ya sea por «la estética de la tragedia o [por] esa metafísica del fracaso que dominó la novela naturalista» (2006: 11). Esta aguda afirmación, lejos de llevarnos a realizar valoraciones impresionistas sobre el final de las mujeres desviadas o de sus amantes, sí nos ayudan a hablar de ellas y de algunos personajes galdosianos como ejemplos del 'principio del fin'.

El degeneracionismo aparecerá en escena en la sociedad finisecular del XIX para ofrecer explicación; y será a la vez un cauce a los vertiginosos cambios sociales que no resultaban fáciles de asimilar. Se trata de un concepto antropológico que poco a poco hallará mayor acomodo en diferentes esferas de pensamiento, generando numerosos estudios y creaciones en las postrimerías del siglo. La incertidumbre que se desprende del discurso *La sociedad presente como materia novelable* (2004) de Pérez Galdós, citado en la introducción de este trabajo, es un fiel reflejo de la falta de uniformidad que parece desorientar al novelista y con él, a todo un pueblo. ¿Cuáles son las «fuerzas perdidas» en la dirección de la familia humana por las que se pregunta el canario? No es de extrañar, pues, que la herencia se ofrezca como un hilo conductor constante y – hasta cierto punto– unificador de la experiencia, en aras de ofrecer un horizonte o un lugar de referencia a una sociedad desorientada en lo físico y en lo moral. La teoría de la herencia aparecida en el *Tratado filosófico y fisiológico de*

la herencia natural en los estados de salud y enfermedad del sistema nervioso¹⁵⁰ de Prosper Lucas vino a suplir esa necesidad calando hasta lo más profundo en los discursos médicos de la segunda mitad de la centuria e influyendo de manera definitiva en los estudios de Charles Darwin. El propio Monlau dedica un capítulo a la 'Transmisión hereditaria' (XVI) en el que defiende que heredar es continuar a los progenitores pero también heredar sus bienes y «recoger a la par la herencia de sus enfermedades» (1858: 353), aunque se contradiga a sí mismo más adelante (359-360) pues los principios religiosos impiden aceptar esas ideas a ciegas por entrar en conflicto con la teoría del libre albedrío. Tales vaivenes son sorteados por García Duarte airosamente al afirmar que, tratándose de la sífilis, la herencia es un castigo divino que pasa de padres a hijos (1862: 16-17), aunque Peratoner, en *El mal de Venus* (1881), describe la sífilis hereditaria (132-133) aceptando, eso sí, la escapatoria de tan terrible herencia en el caso de que solo el padre sea el infectado.

La teoría de la herencia natural encuentra un inmejorable apoyo en el trabajo de Bénédicte A. Morel *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladiées* (1857), que aúna causas fisiológicas y morales; y con ello se considera un hecho el traspaso de las facultades mentales, los vicios y la personalidad de los padres a los hijos, lo que Monlau también corrobora en los términos que siguen:

El heredamiento intelectual y psíquico es incuestionable. Las disposiciones morales, las particularidades de carácter y las facultades mentales que distinguieron al padre, se encuentran también en el hijo (1858: 455).

¹⁵⁰ La traducción es nuestra.

Palabras estas que dan crédito, como explica Huertas, a la posibilidad de heredar la enfermedad mental de los progenitores (1987: 31).

La conjunción de la heredabilidad y de la degeneración contribuye, pues, por un lado, a asentar la idea de progreso histórico como evolución y a disolver la metafísica idealista que había erigido un edificio moral inexpugnable durante gran parte de la centuria¹⁵¹, y por el otro, a definir la condición de lo que encaja en la normalidad siempre que responda a la etiología derivada de estas mismas teorías. La definición de 'lo normal' llegará, no obstante, coadyuvada por la impagable colaboración entre Morel y el inspirador de Zola –y a su vez de López Bago– Claude Bernard, pues juntos establecerán una tipología de degeneraciones que ya hacia 1885 Victor Magnan y su discípulo Paul Maurice Legrain sistematizarán y ampliarán a la luz de los trabajos de Charles Darwin. Quedarán así establecidos los cuatro elementos fundamentales que la degeneración requería para ser considerada como tal: la predisposición, los estigmas, el desequilibrio y, por último, los síndromes episódicos; aunque –como de manera inmejorable explica Rafael Huertas– serán las ideas evolucionistas provenientes de los trabajos del naturalista inglés las que distinguirán el trabajo de Magnan y Legrain de los caminos abiertos por Morel (Huertas: 1987: 50).

La aplicación de las teorías de Morel en España se lleva a cabo –como Campos, Martínez y Huertas explican en su valioso estudio (2000)– por medio de dos vías: el alienismo y la higiene social (XV), si bien esta última, de mayor

¹⁵¹ A tenor del avance de las ideas científicas en España y la implantación del modelo positivista, resulta de gran importancia el ya clásico estudio de Diego Núñez, *La mentalidad positiva en España* (1975), con especial interés en la sección 'Positivismo y Restauración'.

trascendencia para el tema que nos ocupa, no es aplicada al pie de la letra pese a los intentos de no renunciar a la implantación de la higiene profiláctica. Con ello se persigue «prevenir la extensión indefinida de la locura y de todas las degeneraciones humanas», para lo que es necesario «penetrar en el interior de las familias, las maneras de vivir de una localidad» y controlar su higiene física y moral (155).

La descendencia degenerada

La degeneración está estrechamente ligada a la idea del fin, un axioma que se consolida y expande hacia los últimos años del siglo XIX. El concepto crepuscular de la humanidad, debido al empobrecimiento de la raza y de las nuevas generaciones atezadas por las enfermedades, por el vicio¹⁵² y el descreimiento, parece encontrar en el cambio de centuria un horizonte tras el cual aguardan la ansiedad, el pesimismo y el desastre. Estos son los mimbres – barnizados con ciertos matices de higiene social– que el moralista y crítico

¹⁵² Cabe aquí reseñar los trabajos de Jean Martin Charcot y Victor Magnan, *Inversión de la tendencia genital y otras perversiones sexuales* (1883), y de Alfred Binet, *El fetichismo en el amor* (1887) que nacieron como estudios de casos clínicos y contribuyeron de manera considerable a alejar las perversiones de los perfiles criminales a los que se les había asociado. Despierta especial interés el empeño de Binet por explicar que «todas las perversiones pertenecen a la misma familia, es que constituyen síntomas diversos de un mismo estado patológico; se trata siempre de degenerados que presentan, según testifican las observaciones hechas, estigmas físicos y mentales muy marcados y una herencia morbosa muy acentuada» (2002: 43). Bajo estas premisas estudia, siempre con una óptica masculina muy marcada que objetiviza lo femenino, las condiciones y tipos de fetichismo. Más ilustradores resultan algunos de los casos clínicos registrados por Charcot y Magnan en su trabajo de 1883 –en forma de libro un año más tarde– de entre los cuales destacamos el que analiza a toda una familia de 'excéntricos' «padre con alucinaciones, se enjuga la cara con una piel de conejo; la hermana, tras no querer casarse durante mucho tiempo, un día se quiere casar con un cómico viejo feo; hermano desequilibrado. A los 5 años, L... tiene una erección ante un gorro de dormir, una cofia. Más tarde eyacula al tocar un gorro de dormir. Frigidez en la noche de bodas; cumple sus deberes conyugales imaginándose la cabeza de una vieja cubierta con un gorro de dormir. Emotividad; miedo a las alturas, ideas melancólicas, tendencia al suicidio [...] su padre pasa noches leyendo periódicos o novelas» (2002: 26-28).

social Max Nordau emplea para describir la sociedad finisecular en *Fin de siglo* (1883) y *Degeneración* (1902), principalmente¹⁵³.

Nordau divide las reflexiones de su primer título sobre la sociedad decimonónica como si de un médico que evalúa a un sujeto enfermo se tratase: observando los 'Síntomas', realizando un 'Diagnóstico' y constatando una 'Etiología'. A lo largo de sus reflexiones, el húngaro ataca las modas del momento como signo de degeneración que, desde los peinados y vestidos (1883: 31-32), llegan a contaminar las formas artísticas -pintura, ópera o poesía- hasta llegar a la novela pues

las simples exhalaciones de cloacas no bastan ya; la poesía fangosa de Zola y de sus discípulos en inmundicia literaria se ha quedado atrás y no puede en adelante dirigirse sino a capas sociales y a pueblos atrasados [...] La sensualidad desnuda se considera como vulgar y no se admite sino cuando se presenta bajo la forma de vicio contra naturaleza y de degeneración. Libros que tratan sencillamente de las relaciones entre el hombre y la mujer; aun sin velo alguno, parecen en absoluto de una moralidad ñoña; la titilación elegante comienza tan solo allí donde termina la sexualidad normal; Priapo ha llegado a ser el símbolo de la virtud; el vicio busca sus encarnaciones en Sodoma y en Lesbos (38).

¹⁵³ *Fin de Siglo* es el primero de los cinco libros que integran la producción de Nordau titulada *Degeneración* (1893) que en 1902 fue publicada en Madrid y cuya edición facsímil de 2004 citamos aquí.

A la luz de estas afirmaciones no resulta extraño que el Realismo y el Naturalismo¹⁵⁴ constituyan para Nordau la tercera forma de degeneración tras el misticismo y el egotismo (1902), pues las modas literarias y artísticas del periodo acaban siendo –para este autor– signos inequívocos de enfermedad, degeneración e histeria concretamente. Así concluye su etiología inmovilista afirmando, preso del pesimismo antropológico:

Creo haber probado mi tesis. En el mundo civilizado reina incontestablemente una disposición de espíritu crepuscular que se expresa, entre otras cosas, por toda clase de modas estéticas extrañas. Todas estas nuevas tendencias, el realismo o naturalismo, el decadentismo, el neomisticismo y sus subdivisiones, son manifestaciones de degeneración y de histeria, idénticas a los estigmas intelectuales de éstas clínicamente observados e incontestablemente establecidos; y la degeneración y la histeria por su parte son las consecuencias de un desgaste orgánico exagerado, sufrido por los pueblos a consecuencia del aumento gigantesco del trabajo que hay que suministrar y del notable crecimiento de las grandes ciudades¹⁵⁵ (74).

No es casual que José María de Guzmán, protagonista de *Lo Prohibido*, arranque su narración en primera persona relatando sus revividos achaques infantiles aún presentes en la edad adulta al instalarse en Madrid

¹⁵⁴ Nordau tilda a Émile Zola de psicópata sexual (1902: 397); y en 'Los jueves de Eloísa' que tienen lugar en *Lo Prohibido* (2008) de Pérez Galdós el pintoresco Raimundo se declara seguidor del Naturalismo, a lo que los invitados exclamaban «¡Naturalismo! Por Dios, ¡qué naturalista, qué pornográfico se ha vuelto! Estos socorridos anatemas sirven para todo» (135-136).

¹⁵⁵ Nordau, como no podía ser de otra forma, se apoya en las ideas morelianas sobre los efectos perniciosos de la vida en las ciudades, las cuales aumentan –según el francés– alarmantemente el número de degenerados de todas las clases (1883: 64-65).

(2008: 32)¹⁵⁶. Se trata de desórdenes nerviosos y físicos, como la falta de sueño y de apetito, que el personaje galdosiano atribuye a una «perturbación inexplicable que más parecía moral que física» (32), dejando entrever la herencia de las predisposiciones morales más arriba comentadas por Monlau y anunciando 'el mal del siglo' que Miquis, el médico ficticio de la familia Bueno de Guzmán, había descrito como «diátesis neuropática constitutiva en toda la humanidad» (33). Ello nos recuerda que el degeneracionismo, además, elevaba los problemas individuales a sociales, haciendo entrar la 'raza' en la discusión y, de ese modo, exigía explicaciones capaces de sintetizar lo que se entendía como una cuestión nacional¹⁵⁷ aún lejos de ser resuelta. Ante ese reto, la teoría degeneracionista y su somaticismo conseguía reducir cuestiones como la locura, a la simple existencia de cierto rasgo físico.

La irregular trayectoria de José María de Guzmán en el relato anteriormente citado, el descontrol sobre su personalidad, a veces desmedida, y el enamoramiento hacia sus primas Eloísa y Camila (2008: 79, 251), preñan esta historia galdosiana de numerosísimos detalles sobre una familia que, si atendemos a las palabras de Nordau, ubicaríamos del lado de las víctimas de la degeneración, pues «los degenerados se encuentran principalmente en las clases altas. Son a la vez resultado y causa de la organización egoísta de estas.

¹⁵⁶ Cabe citar las palabras de Clarín, en la reseña de *Lo Prohibido* (1912) en la que deja entrever la idea de herencia junto al condicionamiento ambiental: «Los que escriben novelas sin saber nada de cierto, creyendo que los conocimientos variados y exactos no hacen más que *matar la inspiración* y criar pedantes, renegarán de todo estudio novelesco que, como *Lo Prohibido*, procure llevar en relación verosímil que creemos libre en nuestras acciones con el determinado seguramente por la naturaleza, ya la ambiente, ya la pegada a nosotros en el organismo» (140).

¹⁵⁷ «La locura, el alcoholismo, la tuberculosis o la sífilis no se agotaban con el individuo que las padecía, sino que se heredaban arruinando la raza Española» (Campos, Martínez y Huertas, 2000: 161), hechos que, bajo la lente de aumento de la crisis política y colonial de 1898, otorgaba numerosas posibilidades a los partidarios de las ideas degeneracionistas dentro de nuestras fronteras.

[...] Así, la fortuna y la categoría social se conservan, pero sus poseedores perecen», nos dice en *Las mentiras convencionales de nuestra civilización* (1897: 293). Tomemos como ejemplo el desgraciado y prematuro final del ahijado de José María de Guzmán, hijo de su prima Camila, que le resultaba una criatura incómoda:

Con quien yo no congeniaba era con mi ahijado, el más ruidoso y malhumorado cachorro que mamaba leche en el mundo. [...] Era el tal de una robustez sospechosa, gordinflón, amoratado. No había equilibrio en aquella naturaleza, y su sangre, quizás viciada, se manifestaba en la epidermis con florescencias alarmantes [...] No debía de estar sano (2008: 176-177).

El pequeño Alejandrino reúne, pues, los estigmas que la teoría degeneracionista establece y, por si esto no bastara, morirá bajo un síndrome episódico que, no carente de la ironía galdosiana, como si de la creación maldita de un dios se tratase: «al sexto día Alejandrino fue atacado de horribles convulsiones y al séptimo una más fuerte que las demás se lo llevó» (198). El primogénito de Camila se nos muestra como signo inequívoco de la enfermedad social que arranca en una familia víctima de «la flaqueza» y la «chifladura», pues, como le cuenta su tío a José María: «No han faltado en la raza tragedias lastimosas, ni enfermedades crónicas graves, ni los manicomios han carecido en sus listas del apellido que llevamos» (2008: 33). La familia, ese micro-estado que recibía las atenciones y esfuerzos educativos y normativos, se torna, bajo la pluma de Nordau, también en organismo análogo al cuerpo social que Galdós mencionara. El húngaro –fiel a su pesimismo antropológico– remacha:

El desfallecimiento, no solo de una familia, sino de un pueblo, empieza con la preponderancia del egoísmo, señal infalible del agotamiento de la vitalidad en la especie; el agotamiento de la fuerza vital en el individuo resultará muy rápido si no lo retrasan cruzamientos u otras transformaciones favorables. Cuando una raza o una nación han llegado al término de su carrera, los individuos pierden su facultad de amar sana y naturalmente. El espíritu de familia muere. Los hombres no quieren casarse, porque encuentran incómodo tener la responsabilidad de otra vida humana y ocuparse de otro ser. [...] El acto del apareamiento, la función más sublime del organismo que este no puede cumplir antes de haber alcanzado su plena madurez, y al que se asocian las más vivas sensaciones del sistema nervioso, está rebajado a una infame lujuria; no tiene ya por fin la conservación de la especie, sino solo un placer individual que para la colectividad no tiene ningún valor (1897: 281).

No obstante, debemos objetar a Nordau su preocupación primordial por las clases altas, pues no solo en las buenas familias como los Guzmán vienen al mundo niños degenerados.

Cuatro años antes de la publicación de *Lo Prohibido* nacía al mundo novelesco de Pérez Galdós *Riquín*, el hijo de Isidora Rufete y Joaquín Pez, en *La Desheredada* (1881). Este niño es fruto de las relaciones ilegítimas de la joven pretendiente al marquesado de Aransis, y exhibe ya las señales de la degeneración que su deformación delata: «Es algo monstruoso; lo que llamamos un *macrocéfalo*, es decir, que tiene la cabeza muy grande, deforme» (2007: 209), encajando así en el perfil de la descendencia

estigmatizada por el vicio de sus progenitores. De este modo lo confirma el propio Miquis, recién graduado en medicina, exclamando: «Misterios de la herencia fisiológica!» (209), y poniendo negro sobre blanco la voz de la Ciencia. A tenor de la afirmación del joven médico no albergamos duda alguna sobre la relación que guardan los síntomas de *Riquín* con la estirpe familiar de los Rufete; no debemos pasar por alto que su abuelo Tomás abre la novela perorando disparates imaginarios en el manicomio de Leganés¹⁵⁸: «Pero ¿qué ruido es este? ¿Quién corretea en mi cerebro? ¡Eh!, ¿quién anda arriba?... Ya, ya; es la gota de mercurio, que se ha salido de su gaveta...» (23); y tampoco que su tío Mariano –también llamado Pecado– acabará intentando un magnicidio¹⁵⁹. Son los Rufete, pues, un linaje no exento de señales inequívocas de degeneración que no impedían al último vástago de la familia –aclara el narrador– «erguir su cabezota con cierto aire de valentía como un hijo de Atlante» (233).

Campos, Martínez y Huertas (2000) documentan la preocupación de los higienistas, en el ocaso del siglo XIX, sobre cuestiones relacionadas con el nacimiento de niños raquíuticos y enclenques, con la disposición a contraer enfermedades o con la disminución de la talla, hechos estos que son atribuidos a la degeneración y a la herencia (161). Podemos encontrar el reflejo literario más patente de lo que venimos diciendo en la tetralogía de Pérez Galdós sobre el singular avaro Francisco Torquemada. El primero de los títulos de esta serie, *Torquemada en la hoguera*, vio la luz en 1889; pero esta no fue continuada hasta

¹⁵⁸ Hospital psiquiátrico Santa Isabel inaugurado en 1851 que el narrador considera hospital y presidio por igual (2007: 26).

¹⁵⁹ Es ineludible hacer referencia al tío de Isidora y Mariano, en el Tomelloso, principal instigador de la fantasía aristocrática de la joven de los Rufete a quien Galdós, en uno de sus magistrales juegos literarios, llama Santiago Quijano-Quijada para añadir ciertos tintes quijotescos al relato.

cuatro años más tarde, cuando en 1893 se publica *Torquemada en la cruz*, al año siguiente -1894- *Torquemada en el Purgatorio* y, por fin, *Torquemada y San Pedro* cierre de la tetralogía del famoso usurero matritense.

Resulta de una peculiar carga irónica que el propio Torquemada se declare positivista (2008: 55) y llegue a decir de sí mismo: «Yo soy muy dado a lo real, a lo verdadero, soy *el realismo por excelencia*» (552), puesto que acabará siendo el objeto de la escudriñadora mirada del narrador y del lector que presenciarán, a lo largo de su historia, el espectáculo de sus manías, de sus enfermedades y su decadencia, como si de un caso clínico digno de un anfiteatro universitario se tratase. El narrador galdosiano, a la hora de describir a Torquemada *el peor*, parece seguir a la perfección el guión de los cuatro principios fundamentales del degeneracionismo establecidos por Magnan y Legrain. En primer lugar, se nos presentan sus casi indisolubles estigmas físicos y morales, como su color bilioso (57) que dará paso a la debilidad y afectación que irán minando su salud página a página, hasta que sabemos que

Su salud se resquebrajaba de un modo notorio, y la confianza en su *fibra*, que le había sostenido en las crisis hondas de su existencia, perdíase también, dando lugar al recelo continuo, a las aprensiones y manías patológicas, con algo de instintos de fuga y de delirio persecutorio (519).

En segundo lugar, somos testigos de los desequilibrios que hacían del marqués de San Eloy un ser inestable y voluble, que alternaba ataques de rabia o ira con «impulsos de correr hacia la pared más próxima y estrellarse contra ella» (75). En esta lista de síntomas de degeneración, los

síndromes episódicos son el siguiente paso; así, entre ataques y vahídos no podemos olvidar las inverosímiles a la par que cómicas alucinaciones en las que Torquemada habla con su difunto hijo Valentín. Uno de estos episodios tiene lugar en el capítulo XIV de la primera parte de *Torquemada en la cruz*: «- Papá, papá!... -¿Qué hijo mío? -dijo levantándose de un salto, pues casi siempre dormía medio vestido, envuelto en una manta. Valentín le habló en aquel lenguaje peculiar suyo, solo de su padre entendido [...]» (165)¹⁶⁰. No obstante, resulta mucho más revelador el episodio experimentado por el prestamista al conocer la muerte de su primer hijo, Valentín, y que denota ciertos tintes epilépticos:

Dicho esto, cayó redondo al suelo, estiró una pierna, contrajo la otra y un brazo. Bailón, con toda su fuerza, no podía sujetarle, pues desarrollaba un vigor muscular inverosímil. Al propio tiempo soltaba de su fruncida boca un rugido y feroz espumarajos. Las contracciones de las extremidades y el pataleo eran en verdad horrible espectáculo: se clavaba las uñas en el cuello hasta hacerse sangre (103).

Por último, el cuarto principio que los médicos franceses establecen en su clasificación de síntomas de degeneración, es decir, la predisposición, es el que más claramente podemos apreciar en Torquemada, dado su temperamento enfermizo; aunque solo será posible corroborarlo cuando analicemos los rasgos degenerados de su descendencia. En efecto, sus dos hijos varones, ambos llamados Valentín, podrán de manifiesto el pilar fundamental en el que se apoya la teoría degeneracionista: la herencia. Junto a

¹⁶⁰ Episodio similar tiene lugar en *Torquemada en el Purgatorio* (337).

ella entrarán en liza algunos varios factores que, no por hallarse aún confusos y poco establecidos en la España finisecular, dejarán de tener cierta influencia, como la supuesta incurabilidad de algunas enfermedades ligadas a la inmoralidad de los que la padecen, o la observación obsesiva de los rasgos físicos de cada individuo por parte de la frenología. Dentro de nuestras fronteras fueron los alienistas y los partidarios de la higiene social los mayores entusiastas de las ideas degeneracionistas; y médicos como Juan Giné y Partagás o José María Esquerdo, a la sazón propietario del manicomio de Carabanchel, los que recogen el testigo de las teorías morelianas, siempre matizadas. Ello no es óbice para que en 1889 –el mismo año que se edita la primera parte de las andanzas de nuestro degenerado Torquemada– J.M^a Esquerdo haga constar entre sus pacientes un caso de excitación maníaca en el que una mujer tuvo una prole marcada «por el estigma de la degeneración vesánica» (Campos, 2000: 10). En la misma línea se sitúa otro de los alienistas más activos del periodo en Cataluña, el doctor Escuder, quien «parte de la idea de que no existe locura ni crimen sin predisposición hereditaria» (20)¹⁶¹.

La naturaleza se nos presenta como un camino de ida y vuelta entre el atavismo, siempre temido, y el medio social, que no termina de ser benefactor; se trata de un trayecto cuyo recorrido se debate entre salud y enfermedad. El bienestar del individuo es esencial para la salud del grupo en una cruzada discursiva que anhela la pureza. Por este motivo salta a la palestra el concepto de raza, y lo que se entendía una cuestión exclusivamente doméstica se torna, paradójicamente, en un problema nacional. Ello convertirá la casa de Francisco

¹⁶¹ Mientras que «La influencia del medio ambiente, los factores sociales, no tienen cabida en su interpretación de la locura y la degeneración» (20) aunque los intereses del terapeuta catalán estaban más ligados al campo de la criminalidad que al de los médico-sociales.

Torquemada, con sus dramas médicos al frente, en ejemplo perfecto del grado de penetración social y cultural de la tan deseada higiene profiláctica. En el singular domicilio de los Torquemada y los del Águila no solo destaca la patología del padre sino que su hijo, el primer Valentín, traerá nuevamente a colación el papel de la herencia natural abriendo de par en par las puertas de tan valioso documento humano. El pequeño Valentín es el último hijo, fruto del matrimonio entre don Francisco y doña Silvia, y pasa de ser niño prodigio de las ciencias matemáticas a niño prodigio de la Ciencia por convertirse en objeto de estudio de esta. Debemos recordar que su madre no fue nunca una mujer que gozara de buena salud, y que acaba sus días víctima de un cólico miserere (2008: 53). Tal dolencia provoca una oclusión intestinal severa originada por hernias u otras afecciones resultantes en el cierre de la luz intestinal, en el entrecruzamiento de los intestinos e incluso puede causar el vómito de las heces. Acea Nebril (2001) nos ayuda a ver hasta qué punto llega la velada ironía que el narrador galdosiano lleva al texto, ya que esta enfermedad recibe el nombre popular de 'miserere' desde la Edad Media en relación con el primer verso del salmo 50 de David, considerado el salmo de la penitencia: *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordia tuam*, puesto que Torquemada inicia su personal camino de penitencia en estas páginas. Si además tenemos en cuenta que a «doña Silvia se le malograron más o menos prematuramente todas las criaturas intermedias, quedándole sólo la primera y la última» (2008: 53), ya estaremos perfectamente informados de los antecedentes del pequeño Valentín y de su hermana primogénita, Rufinita. Esta, sin embargo, aparece como una niña normal en todos los sentidos.

Será con el primer Valentín con quien el texto de Pérez Galdós comience a desvelarnos un panorama cada vez más desesperanzador para el linaje de los Torquemada. El benjamín de la familia era «Espigadillo de cuerpo, tenía las piernas delgadas, pero de buena forma; la cabeza más grande de lo regular, con alguna deformidad en el cráneo» (54) recordándonos, indefectiblemente, al pequeño *Riquín* de Isidora. Pero el narrador no se contenta con echar un simple vistazo sobre el pequeño sino que, cargado de una ironía que roza la acidez en algunos momentos del relato, va mostrando el cuerpo del 'heredero' de la casa de Torquemada, que «es cosa inexplicable [...] o tiene el diablo en el cuerpo o es el pedazo de divinidad más hermoso que ha caído en la tierra» (59), como reconoce asombrado uno de sus maestros. El niño, que parecía un viejo (60), llega a ser descrito como un «monstruo de la edad presente» (61). Más adelante, y fiel a la herencia enfermiza legada por sus progenitores, caerá enfermo de lo que parece ser una meningitis aguda que lo puso «en peligro de muerte» (68) hasta el punto de que la criatura «deliraba y quería echarse del lecho, revolviendo en torno los espantados ojos» (74). Estos ataques, citados anteriormente y que sufriera su padre, no nos permiten saber, al menos por este curioso narrador que conoce todos los secretos de familia, si el niño era Cristo hecho niño o el mismísimo Anticristo (61). El primer Valentín Torquemada y, una vez este fallece, el segundo, Valentinico, darán forma humana -y deforme- a los miedos degeneracionistas que arrancan en el 'bastardeo' del individuo.

Las consecuencias de esta herencia enfermiza y degenerada no son solamente genéticas; existen también profundas implicaciones económicas que la moral burguesa liberal tiene en cuenta y que no podemos dejar al margen de

nuestra lectura. Al igual que el marqués de Villaperdida fuera la causa del contagio y de la muerte de su esposa y de Estrella, su hijo Luis también será infectado por *la Pálida*, llevándose consigo el abolengo de una familia a la que el lector ve perder la salud, la vida y, a la postre, el capital. En el caso de Francisco Torquemada, su apellido, su casa, su fortuna, su recién adquirido título nobiliario del marquesado de San Eloy, se darán de bruces contra un futuro económico truncado por la enfermedad de Valentinico, único hijo de su segundo matrimonio. Los deseos del padre con respecto al nuevo Valentín ejercen, por lo que se desprende de la lectura de estos episodios, una influencia negativa al evocar en todo momento al Valentín difunto:

yo tengo para mí que os engañáis si las dos esperáis que el nuevo Valentín saque uñas y pico de vuestra raza, pues me da el corazón que será Torquemada de lo fino, es decir, el auténtico Valentín de antes en cuerpo y alma, con el propio despejo y la pinta mismísima de la otra vez (341).

Solo hay que releer con detenimiento algunos de los pasajes anteriores de la novela para constatar la manera sutil en que el texto galdosiano nos desvela, a través de los sueños premonitorios de Fidela, los funestos augurios que irán haciéndose realidad en la azarosa existencia de esta familia tocada por el degeneracionismo más canónico. Baste rescatar los dislates que pueblan la cabeza de la madre primeriza y segunda esposa de don Francisco, Fidela, cuando esta prueba el vino: «caigo dormida y sueño los desatinos más horripilantes: que la cabeza me crece, me crece hasta ser más grande que la iglesia de San Isidro, o que la cama en que duermo es un

organillo de manubrio, y yo el cilindro lleno de piquitos que volteando hace sonar las notas» (157). Fidela, pues, hace buenas las ya casi olvidadas palabras de la clásica obra *La fisiología y patología de la mujer* (1827) de Baltasar de Viguera, quien, pese a dejar constancia del desacuerdo existente en torno a esta materia, no duda de la influencia de la imaginación de la madre sobre el feto «hasta tal extremo de sellarle con las indelebles marcas de sus sentimientos, antojos, caprichos y pasiones» (105). Viguera, además, continúa su disertación con ciertos apuntes sobre fetos monstruosos, hidrocéfalos o acéfalos.

Resulta obvio -dejando teorías oníricas al margen de esta argumentación- que la herencia de la morbosidad se nos presenta en la narración de Pérez Galdós como un hecho que coloca un prisma extraordinario sobre el pequeño Valentín obligándonos a leer todos y cada uno de sus pasajes en clave higiénico-social. No olvidemos que cuando el narrador nos lo muestra por primera vez somos conocedores de que, como su antecesor, el segundo Valentín ha nacido de un parto delicado que requirió de cuatro médicos (374-376). Puestos ya en antecedentes, el narrador garantiza la estupefacción de lector ante la visión que el texto ofrece, pues es Valentín una figura animalizada hasta lo sumo, una criatura que se arrastra sobre las cuatro patas, sujeto por bridas y que «Berreaba, [...] movía sus cuatro remos con animal deleite, echando babas de su boca, y queriendo abrazarse al suelo y hociquear en él» (470). El heredero de San Eloy del Águila y Gravelinas fue un engaño para su familia durante el primer año de su vida (471), esto es -y al igual que su predecesor, el primer Valentín- hasta que le acontece su primera enfermedad grave, tras la que

El crecimiento de la cabeza se inició antes de los dos años, y poco después la longitud de las orejas y la torcedura de las piernas, con la repugnancia a mantenerse derecho sobre ellas. Los ojos quedáronsele diminutos [...] y fríos, parados, [...] El pelo era lacio y de color enfermizo, como barbas de maíz (471).

Los desmesurados esfuerzos y fantasías de nuestro prestamista por tener un hijo varón en su segundo matrimonio, un nuevo Torquemada que borrara el dolor que dejó la pérdida del primer Valentín y que continuara su estirpe y su patrimonio, se tornan en ridículas ilusiones al contemplar, atónito, los episodios violentos, los mordiscos, los gritos, los llantos inexplicables y los pataleos del pequeño que, curiosamente, también gustaba del vino (472)¹⁶² y poseía un lenguaje indescifrable para todo aquel que no fuera su madre (476). No serán estos los únicos síntomas que podemos hallar en el nuevo vástago y fallida esperanza de la casa de Torquemada. Solo un año después de la publicación de esta tetralogía al completo, el higienista y divulgador José Blanc y Benet traduce al español la obra del afamado doctor en medicina Jules Comby, *El raquitismo*, bajo cuya luz es posible observar que el último de los Torquemada reúne, no por mero azar, más de un síntoma de los que las teorías en boga establecían en el cuadro diagnóstico de esta enfermedad. Este tipo de estudios científico-divulgativos, fuertemente marcados por la impronta de las teorías hereditaria y degeneracionista, centró su atención en la infancia en tanto que estado inicial de las enfermedades y epidemias que, desde todos los

¹⁶² Muchos de los estudios degeneracionistas tienen secciones dedicadas al alcoholismo como Campos Marín hace constar en *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)*, Madrid: CSIC, 1997.

estamentos, se pretendían clasificar, explicar y atajar en pro de la sociedad de finales del siglo XIX. Así, Comby apunta sobre el cerebro de los raquíticos que

la masa encefálica (cerebro y líquido cefaloraquídeo) es más voluminosa, a veces llega hasta la hidrocefalia. Por esta razón sin duda son tan frecuentes los espasmos laríngeos, las convulsiones [y] los trastornos intelectuales en los raquíticos (1895: 94).

Por lo anteriormente expuesto podemos afirmar sin ambages que el último descendiente del linaje de la casa de San Eloy encaja en los parámetros raquíticos. Todo ello con la añadidura de que, a simple vista, según el investigador francés, en un raquítico se observan lesiones óseas tales como «los huesos del cráneo, de la pelvis, del tórax y la columna vertebral, presentan desviaciones, deformaciones, lesiones de superficie que dan a conocer la enfermedad» (70), debido a que todo está enfermo en el raquitismo (94) – concluye Blanc y Benet. El conjunto de los síntomas que Valentín padece, no dejan lugar a dudas respecto al flujo existente entre los discursos de la novela y de la higiene social, pues acaban dando forma a una descendencia degenerada cuyo heredero patológico conocemos con la ayuda de los estudios de raquitismo que otorgan validez simbólica y literaria a la etiología de una enfermedad aún vinculada, según algunos: a la sífilis, y según los más modernos: a la mala alimentación o a los problemas del sistema nervioso central (62-63).

«Estas mujeres son el diablo con nervios»

Hemos podido comprobar que don Francisco Torquemada reunía algunas de las condiciones y síntomas más notorios recogidos en las teorías degeneracionistas y hemos sido testigos en primera fila de los «¡Misterios de la Naturaleza!» que legan deformidad física o moral a sus hijos quienes «de nariz arriba, y el entrecejo, y la frente abombada, es de su padre, clavado» (2008: 477).

Pero nuestro trabajo no puede dejar al margen a la mujer ni el papel que desempeña en este cruce discursivo de miedos, herencias sociales y degeneración¹⁶³. No resulta aventurado afirmar que la mujer, la madre, se nos presentará como otro foco de contagio cuando no constituya, inevitablemente, el cauce por el que las enfermedades serán transmitidas. Por lo tanto, no podíamos albergar expectativas halagüeñas del matrimonio formado por Francisco Torquemada y la más joven de las hermanas del Águila, una dispar e interesada unión que el narrador asemeja desde su inicio a los pulmones de un tuberculoso

El contento del cambio de medio, favorable para la vida orgánica y un poco para la social, no le permitía los vacíos que aquel matrimonio pudiera determinar en su alma, vacíos que incipientes existían ya, como las cavernas pulmonares del tuberculoso (268).

¹⁶³ Debemos hacer una merecida mención al trabajo de Luis Carlos Álvaro y Martín del Burgo (2007) en el que abordan, desde el punto de vista médico, algunos trastornos neurológicos en la narrativa de Pérez Galdós tales como los trastornos del sueño en Juanito Santa Cruz, Maxi Rubín o Isidora, el alcoholismo en Ido del Sagrario, el ictus sufrido por la madre de Jacinta o la epilepsia de Isabelita Bringas.

Así es que no resulta sorprendente descubrir extrañas y enfermizas inclinaciones en la segunda esposa de nuestro prestamista. Fidela ya nos ha sido presentada como una niña «de color anémico», nariz de caballete y un poquito larga, de pecho escasísimo y, por si todo ello no bastara, «enclenque de nacimiento y desmedrada luego por una educación de estufa» (126). El narrador apunta, además, detalles que no por curiosos resultan menos significativos, como su carácter voluble, pueril y dado al capricho. Fidela jugaba con muñecas, comía golosinas estrafalarias (156, 221) amén de otras excentricidades que se acentúan tras el casamiento con Torquemada: «Era, pues, de casada, más golosa y caprichuda que de soltera; hacía muecas de niño llorón, fomentaba, con el ocio, su ingénita debilidad» (268-269). No obstante el infantilismo de Fidela y sus estrafalarios hábitos –así como la lectura de novelas españolas y francesas (295)– se irán desvaneciendo con el cambio de actitud que el narrador atribuye a la pequeña Águila tras el nacimiento de su hijo, una mudanza que explica detalladamente:

estaba la señora de Torquemada hermosísima, como si una rápida crisis fisiológica hubiera dado a su marchita belleza nueva y pujante savia, [...] Mejoró de color, cambiando la transparencia opalina en tono caliente de fruta velluda que empieza a madurar; sus ojos adquirieron brillo, viveza su mirada, [...] y en el orden moral, si menos visible, no era menos efectiva la transmutación, trocándose lentamente en gravedad el mimo, y en juicio sereno la emotividad traviesa. Vivía consagrada al heredero de San Eloy que, [...] andando los meses vino a ser lo que ordena la Naturaleza, el dueño de todos sus afectos, y el objeto sagrado en que se

emplean las funciones más serias y hermosas de la mujer (389).

Este cambio, sin duda nada gratuito, opera en la Fidela madre transformaciones tanto físicas como morales, si bien unas son reflejo externo de las otras, radicadas en la maternidad. El nuevo estado catapulta a la esposa de Torquemada hasta la categoría de «madre insuperable» en cariño y solicitud (389-390) al tiempo que hunde sus raíces en los supuestos desequilibrios que provoca la maternidad como función principal de la mujer, tal y como establecían la literatura médica, higiénica y moral de la época. Ello está directamente relacionado con la tradición que define a la mujer en función de las similitudes y diferencias respecto al hombre, incurriendo –obviamente– en las engañosas desigualdades físicas. Tanto Viguera (1827) como Oms (1840)¹⁶⁴ coinciden en que lo específico femenino reside en la matriz, en su órgano sexual o en la menstruación¹⁶⁵. Así, la mujer cobra relevancia solo con arreglo a sus funciones maritales, maternas y familiares; Proudhon (1892), no en vano, define el matrimonio como la unión de la fuerza y la belleza (64), reflejo de la misoginia científicista que acertadamente detecta Neus Campillo (1994) quien

¹⁶⁴ Y con ellos, muchos otros tratadistas ocupados en la Historia de la mujer o la Fisiología femenina, algunos mencionados en la introducción y presentes en la bibliografía de este trabajo. Debemos destacar, no obstante, la obra del francés Pierre-Joseph Proudhon, *La pornocracia o la mujer en nuestros tiempos*, cuya edición española edita y traduce Amancio Peratoner en 1892 – aún veintisiete años después de la muerte de su autor– en la que se incluye una biografía. La obra, de corte biologicista, afirma: «Para no hablar sino de relaciones sexuales, es una ley de naturaleza en todos los animales, que la hembra, solicitada por el instinto de progeneración, a la vez que haciéndose de rogar, busca al macho. La mujer no escapa, tampoco, a esta ley. Tiene, por naturaleza, mayor inclinación que el hombre a la lascivia: en primer lugar, porque su yo es más débil, porque la libertad y la inteligencia luchan en ella con menor fuerza contra las inclinaciones de la animalidad; y luego, porque el amor es la grande, sino la única ocupación de su vida, y porque, en amor, lo ideal implica siempre lo físico» (87-88).

¹⁶⁵ Los estados fisiológicos siempre son susceptibles de convertirse en patológicos cuando se trata de la mujer (Jagoe, 1998: 307).

se vale de cierta romántica y supuesta complementariedad entre hombre y mujer pero que no es más que reflejo de «la concepción organista de la sociedad» [...] aducida para defender una relación de poder inapelable puesto que está sancionada 'por naturaleza'» (32). Solo al ser madre, al cumplir con la ley que la Naturaleza le tiene reservada y que el narrador apuntaba más arriba, Fidela experimenta una evolución: «De los cariños extremados, que al principio producían en ella tensión convulsiva, pasó por gradación suave al cariño verdaderamente protector» (389 - 390), y con ella, va dejando atrás ciertos desequilibrios. Esta transición desde su caprichosa y voluble vida prematernal hasta sus vaivenes finales, pasando por el equilibrio que la maternidad parece aportarle, apunta en una dirección que no podemos dejar de lado debido a sus múltiples y profundos pliegues: la histeria.

La histeria constituyó la enfermedad femenina por excelencia hasta los albores del siglo XX, cuando comenzaron a disminuir drásticamente los diagnósticos; sobre todo gracias a la influencia de los trabajos de Sigmund Freud¹⁶⁶. Vinculada desde su nombre al útero, en la antigüedad la histeria se atribuía al síndrome de útero errante que, descontrolado en el cuerpo de la mujer, provocaba toda clase de males y desórdenes: temblores, gritos, miedos o dolor, siempre motivados por la insatisfacción sexual femenina. Las primeras recetas fueron simples y claras: frotamientos vaginales, lavados e incluso el matrimonio. El citado Viguera describe algunos aspectos de esta dolencia (1827: 106 - 114), como los paroxismos frecuentes, sitúa su foco en los órganos de la matriz y afirma sin remilgos que las histéricas son alegres, activas y festivas fuera de los ataques, y que, además, sus funciones gástricas son

166 También Corbin, 2005: 169-171 corrobora esta influencia freudiana.

correctas. Aunque pudiera parecer que habla de la joven Fidela con sus arranques y su peculiar apetito, nos hallamos ante una de las muestras más notables de la proliferación de los discursos médico-fisiológicos sobre la mujer y de sus variopintas teorías, plasmados en innumerables publicaciones y tratamientos de toda clase. El propio Oms (1840) –cuyos trabajos gozarán de crédito durante la segunda mitad de siglo– recoge el testigo de Viguera e incluye la histeria en un grupo de dolencias que llama 'neurosis uterinas'. Oms, no obstante, destaca la abierta polémica y el desacuerdo científico sobre su origen y los órganos a los que afecta para, acto seguido, situarla en el útero e incluir a los hombres como afectados¹⁶⁷. Ante su propia vacilación, el catalán acaba sistematizando «el sitio del histerismo», que ubica en cuatro lugares distintos: el primero es la matriz; el segundo es el sistema nervioso general; el tercero el cerebro, y el cuarto y último, el estómago y los órganos vecinos. Finalmente –y presa de una nueva contradicción– nuestro autor concluye que

no puede dudarse de que, su sitio, que no puede hacerse exclusivo a la matriz, se halla sin embargo en el sistema nervioso del aparato genital femenino, y que consiste en una excitación y perversión especial y *sui generis* de este sistema, que obra simpáticamente en el nervioso general (96).

¹⁶⁷ Nótese que en numerosos estudios de la época opera la distinción mujer-histérica / hombre-hipocondríaco. Lawrence Rothfield abunda en este sentido y apunta a la distinción entre histeria y epilepsia basada en el sexo, y comenta, además, que el propio Flaubert «suffered from a nervous conditions that was diagnosed as 'hystero-epilepsy'» (1982: 38).

Afirmación esta, a la que debemos añadir la predisposición hereditaria dentro de la lista de causas que la provocan la histeria (102)¹⁶⁸.

A la luz de estas afirmaciones, ¿Podemos pensar que la estabilidad que gradualmente va poseyendo a Fidela tiene algo que ver con desórdenes histéricos? No deberíamos contestar a esta pregunta sin tener en cuenta la influencia ejercida por las investigaciones de Jules Michelet quien, pese a ser historiador, dedicó dos obras a la mujer, *L'Amour* (1858) y *La Femme* (1859). En ellas marcó la tendencia de estudios venideros de muy variada índole sobre la fémina partiendo de fundamentos fisiológicos que la identifican con el útero en una reducción científicista que, no por errada, dejaba de ser rentable en términos científicos. De este modo era posible explicar la enigmática naturaleza femenina capaz de dar vida –como hemos apuntado, misión primordial de la mujer– y que, como explica Bernheimer: «absorbs and neutralizes the disruptive discharges of male desire and leaves the constantly pregnant mother no time for the distractions of Eros» (1989: 216). La maternidad, pues, canaliza el deseo masculino y neutraliza la sexualidad femenina coadyuvando a que toda afección –uterina o nerviosa– mengüe. Así, Fidela halla cierto temple físico y moral al ser madre, Isidora Rufete gana «en gracia, en belleza [y] en expresión» (2007: 209) tras parir a *Riquín*, y Mari Pepa

¹⁶⁸ La siempre aguda Catherine Jagoe sintetiza brevemente las diferentes teorías que convivieron y se sucedieron en el periodo 1850 - 1900 en España entre los que hubo «por lo menos seis aproximaciones diferentes y simultáneas a la histeria». Además de las ya mencionadas uterina y neurológica aparece la modificación de la uterina, llamada ovárica; «una aproximación que situaba el problema en la mente y las pasiones y trataba de curarlo usando el hipnotismo y la sugestión; el desarrollo de la noción del 'temperamento histérico' altamente despectiva; y una tesis híbrida uterino-nerviosa, que la asigna a afecciones en el aparato reproductivo que inciden en el sistema nervioso» (1998: 341). Esta última quizá más cercana a la postura del citado Luis Oms. Por su parte, Francisco Vázquez (1994) realiza un excelente comentario sobre las relaciones entre histeria y ninfomanía (133) a tenor de los trabajos de Bienville, Viguera y Mata que desbroza nociones no siempre tenidas suficientemente en cuenta.

«halló por fin descanso, se apaciguó al circunscribirse y limitarse al saludable exclusivismo del amor correspondido» (*La Prostituta*: 165) calmando sus repugnancias y su carácter indómito. El locus histérico inaprensible e incontrolable halla ubicación en la maternidad y en la monogamia, como bien prescribe Michelet¹⁶⁹ ante los desarreglos del sexo femenino: «Cásate, concibe, ten hijos», mandato sancionado por siglos de control patriarcal sobre el cuerpo femenino y que, de no cumplirse –glosa Bernheimer las palabras del francés– traería desastrosas consecuencias para la historia (1989: 206)¹⁷⁰.

En una época en la que ginecólogos, neurólogos, psiquiatras y los omnipresentes higienistas no terminaban de definir los borrosos límites de sus competencias¹⁷¹; el único punto en común parece ser lo que Moreno Mengíbar califica como «la conexión casi mágica entre histeria y útero, esto es, entre una afección netamente femenina y la propia especificidad orgánico-genital de la mujer» (1994: 85). Si atendemos a estas palabras no resulta extraordinario que en las novelas de Torquemada se hable del desarrollo 'simpático' de estados nerviosos, de la locura o de la histeria. El lector lo comprende al encontrar a Fidela convaleciente y débil, incapaz de sostener siquiera a su hijo Valentín ante lo que su esposo, apremiante, le pregunta: «-¿Pero tú qué *fenómenos* tienes? Si dice el doctor que son *fenómenos reflejos*, exclusivamente

¹⁶⁹ No es casual que *La mujer* de Proudhon comience con la pregunta ¿Por qué no se casa la gente? (Benavides Lucas, 1994: 23) y el propio López Bago lo nombra al hablar de 'cierta predisposición de la mujer a ser madre' en *La Querida*: 46.

¹⁷⁰ La traducción es nuestra.

¹⁷¹ De sumo interés resulta la polémica que, una vez más, la pluma de Jagoe recoge con motivo del debate sobre el histerismo que tuvo lugar en 1876 en el seno de la Sociedad Ginecológica Española. Pese al mayoritario consenso –destaca Jagoe– fue el secretario general de la Sociedad, nuestro ya sobradamente citado Ángel Pulido, quien discrepó de la opinión de la mayoría, adoptando un enfoque neurológico en lugar de considerarlo una lesión uterina (1998: 343).

reflejos» (492-493). La cadena invisible que ata la mujer a su cuerpo y que provoca que este acabe dictaminando su comportamiento se tensa de manera más que evidente en esta segunda esposa de don Francisco Torquemada. Encontramos a Fidela en lo que Arencibia describe como la tercera etapa vital de este personaje, una etapa de «decadencia física» contrapuesta a una madurez más lúcida (1997: 138), y por ello será la hermana menor de las Águila la que nos ofrezca un ejemplo inmejorable de las teorías 'simpáticas' de la reflexología. Dichas teorías establecen «una estrecha conexión entre la fisiología y la patología de los órganos genitales y el sistema nervioso femeninos» (Jiménez Lucena, 1999: 197), y refrendan el somaticismo que ya hemos observado en en Fidela en relación con su hijo Valentín y su peculiar e hipocondríaco esposo. Así quedan incontestablemente explicadas las aprensiones y las asfixias que esta mujer experimenta «cual si un corsé de hierro le oprimiera la caja torácica, y algo, además, que, a su parecer, como dogal interno, apretaba su garganta a la cual se llevaba las manos sin sosiego, creyendo cerciorarse con ellas de una fuerte hinchazón» (2008: 492 - 493). Una vez atribuida, por mera simpatía de unos órganos con otros, una causa a estos episodios –aunque pudiera tratarse de un proceso más profundo o de mayor gravedad– cobra mayor sentido el diagnóstico ofrecido por parte de un amigo de la familia, quien, tras interrogar a Fidela «con exquisita delicadeza y gracejo», había afirmado con tono tranquilizador que «Todo ello no era más que anemia, y un poco de histerismo» (491).

A la luz de estas afirmaciones, y volviendo a novela galdosiana citada más arriba, la relectura de ciertos pasajes de *Lo Prohibido* nos ofrece nuevos y enriquecedores matices. Baste mencionar las descripciones que don Rafael

Bueno de Guzmán hace de sus hijas a modo de breve introducción para su primo –nuestro narrador– José María. De la mayor, María Juana, explica que «De cuando en cuando le entran misantropías, cefalalgias y sufre la inexplicable molestia de cerrar fuertemente la boca por un movimiento instintivo que no puede vencer» aunque, como suaviza su padre: «Desde que se casó, estos ataques son poco frecuentes» (37). No corre la misma suerte su hermana Elisa quien por ser una niña tan dada al entusiasmo no podía siquiera disfrutar del teatro (37), aunque de mujer, explica su padre: «la acompaña casi constantemente [...] la penosa sensación de tener una pluma atravesada en la garganta sin poder tragarla ni expulsarla» (38)¹⁷². La lista la cierra Camila «la menos favorecida en dotes morales» pues bruta, chocante y con tendencias suicidas, su madre «la había sorprendido preparando una toma de fósforos disueltos en agua» (38). No sorprende, por tanto, que un curioso y advenedizo personaje como el *Saca-mantecas* cuando le relata a José María un singular surtido de chismes de salón, afirme sin pudor alguno: «Estas mujeres son el diablo con nervios» (2008: 229).

La degeneración latente en los más oscuros y atávicos fondos sociales se muestra en la superficie novelesca en forma de espectáculo y a través de estas mujeres histéricas de forma esperpéntica. El degeneracionismo arguye ante el lector una prolija serie de teorías reflexológicas, de visiones somaticistas y de desórdenes morales que rubrican el histerismo como un corolario de dolencias

¹⁷² Debemos añadir que Eloisa, además, es víctima de una manía consumista desmesurada. El propio José María se lamenta de ello tras evaluar su relación con su prima: «a quien estimé adornada de mil virtudes, sin adivinar su diabólica pasión por el lujo» (252). Cabe aquí mencionar que el lujo aparece en muchos tratados de higiene privada así como en obras de corte moral como una desviación maligna y causa de males que llevan a la mujer a una vida deshonesta. Existen varios ejemplos destacados de ello en la creación de Pérez Galdós donde destaca con luz propia Rosalía de Bringas en *La de Bringas* (1884). En otro orden creativo, en 1865 veía la luz *El lujo*, pieza destacada de la Biblioteca del Hogar de Ángela Grassi, una novela de costumbres con fuertes ecos moralistas y religiosos.

amalgamadas sin identificar, aunque estas, sin embargo, no consiguen apaciguar los miedos degeneracionistas ni mucho menos disimular las carencias de la visión androcéntrica del discurso científico. Sandra Harding, en su trabajo *Ciencia y feminismo* (1996), se detiene en la importancia que reside en el hecho de que la ciencia se haya constituido como un discurso aparte de la sociedad, situándose en un lugar separado y privilegiado desde el que mirar, analizar y juzgar, lo que le ha valido como garantía de objetividad y de autoridad para mostrarse como un discurso neutro. No obstante, la afamada profesora estadounidense sacude este principio inamovible preguntándose «¿Por qué es tabú decir que la ciencia natural es también una actividad social, un conjunto de prácticas sociales, históricamente cambiante?» (36). La respuesta a esta pregunta se halla en la lectura médico-higiénica que hemos abordado en este trabajo y que –resumida en extremo– nos ha permitido contemplar la ideación de la mujer desviada, la regulación de su vida, el miedo epidémico que despierta y la degeneración que provoca. Todo ello tiene lugar en un constante cruce de intereses y espacios públicos y privados mediante los cuales tanto la creación novelística como la producción científica muestran su evolución y su empeño en dar cuenta de los cambios sociales a los que se enfrentan. Dicho esto, las teorías degeneracionistas o la histeria se nos presentan como elementos indisociables de la novela, tales como el espacio o el tono narrativo. Así «Si considerásemos la ciencia como una actividad plenamente social, empezariamos a comprender las múltiples formas en las que, también ella, se estructura, de acuerdo con las expresiones de género» (51); y podremos desentrañar aún mejor esta red de teorías y prácticas sobre las patologías impuestas sobre las protagonistas, ya se trate de Fidela, de

Eloísa y sus hermanas, o de la propia Rosita que, sujeta por Estrella, sufre un ataque en el capítulo X de *La Pálida*, en el que intenta morderse las manos.

Escenas como esta abren una última instancia que debemos explorar y que pone sobre la mesa de estudio no ya a la mujer analizada sino al poder de la mirada masculina -una vez más- que la narra. La histeria no puede desligarse del nombre de Jean Martin Charcot, médico conocido por sus trabajos sobre esta enfermedad y reconocida personalidad en Francia y gran parte de Europa por sus avances en las localizaciones cerebrales o la ataxia, aunque su mayor contribución fue la creación de la neurología. Paralelamente, la personalidad y los logros de Charcot son indisolubles del sanatorio -otro llamado hospicio- de La Salpêtrière. Dedicado desde 1690¹⁷³ a recluir mujeres principalmente afectadas por enfermedades venéreas, La Salpêtrière sirvió de manicomio, de cárcel y de hospital general en el que llegaron a convivir hasta cinco mil mujeres hacinadas; y en 1862 Charcot fue destinado como director a La Sapêtrière por el azar de la burocracia. El informe de su antecesor consignaba el listado de las causas de la muerte de las doscientas cincuenta y cuatro fallecidas en ese año: onanismo, golpes, vicio, libertinaje, cólera, erotomanía, alcoholismo, amor, alegría, nostalgia y 'malas lecturas' (Didi-Huberman, 2007: 24); pero la histeria no aparece entre ellas. Charcot, no obstante, no tardará en estudiar esta dolencia -desde 1865 según Cagigas (2003)- al tiempo que modernizó las instalaciones y los procedimientos de trabajo en esa institución. Paralelamente, avanzaron sus teorías sobre el histerismo, las cuales empezaron por atribuir causas orgánicas aún cercanas al origen uterino, evolucionando luego hacia consideraciones de tipo cerebral y

¹⁷³ Fecha tomada de Didi-Huberman (2007).

nervioso¹⁷⁴. Siempre teniendo en cuenta la predisposición genética, el maestro francés rompió barreras en un campo que, pese a sus erráticos axiomas, evidenció el divorcio existente entre lo estudiado en las facultades y lo experimentado en los hospitales, logrando aislar síntomas y clasificar tipos, y liberando así a la mujer como víctima exclusiva del histerismo; hombres y niños eran por fin tenidos en cuenta.

Charcot y su equipo documentaron profusamente interrogatorios, ensayos, pruebas y clases magistrales¹⁷⁵, pero destacan los dibujos y fotografías que rozarían lo museístico. El médico francés se defiende: «esta es la verdad [...] sería verdaderamente asombroso que pudiera crear así enfermedades por voluntad expresa de mi capricho y de mi imaginación. Pero, en realidad, mi labor allí es únicamente la de fotógrafo; registro lo que veo...», recoge Didi-Huberman en su brillante trabajo sobre el francés (2007: 45). Sea por el espectáculo, por el componente mórbido, o por las ansias de saber, el hecho relevante es que el componente visual de los ensayos de Charcot en La Salpêtrière consigue atraer las miradas de médicos y despertar también el interés general; Peter Koehler se pregunta si el propio especialista francés se llegó a dar cuenta de la influencia de su trabajo en la literatura contemporánea

¹⁷⁴ José Ingenieros en *Histeria y sugestión*, de 1875 –aunque citamos por la reimpresión de 1957– repasa los estudios y aproximaciones sobre la histeria llevados a cabo por Charcot y explica que dedujeron, desde el punto de vista clínico que las manifestaciones de la enfermedad se agrupaban en estigmas y accidentes: Los estigmas no faltan nunca y su presencia demuestran la histeria: trastornos de la sensibilidad, anestias sensoriales, de la vista, etc. Trastornos motores: amisostenia, contracturas, y otros y trastornos psíquicos: abulia, inestabilidad mental, o melancolía: «el paciente puede tenerlos sin sospecharlo hasta que el médico los busca y los encuentra» (21) afirma el argentino. Asimismo, los accidentes sobrevienen sin reglas fijas, son episódicos y movedizos y, también, viscerales, respiratorios, circulatorios tales como parálisis, síncope, sueño o vértigo. E Ingenieros –por último– se lamenta de que Charcot deja por definir lo psíquico pues no es ni lo moral ni lo nervioso (22).

¹⁷⁵ Gran parte del trabajo de Charcot se conserva por las notas tomadas por Babinski y Richer entre otros durante sus famosas clases 'los martes de La Sapêtrière' aunque fueron revisadas por el mismo Jean Martin Charcot (Cagigas, 2003: 12).

(2001: 39), aunque concluye, como hemos apuntado nosotros, que es la herencia la que más determina la producción literaria del momento.

López Bago lleva a cabo un ejercicio narrativo análogo al de Charcot mediante algunas escenas de histerismo cuya marcada naturaleza visual no pasa inadvertida al lector que, presumiblemente, también conoce textos divulgativos sobre esta dolencia. Rosita abre *La Buscona* (1885) como tal, como prostituta callejera, enfrentando «su nueva existencia de buscona, en lo que había un descenso, un rebajamiento de clase» (9), y el narrador no duda en explotar novelísticamente una situación semejante: «¿Qué había de suceder? Lo natural, lo humano. Sobrevino un ataque histérico, casi constante en su organismo viciado. [...] revolcábase en las tibias sábanas, mordía la colcha, abrazaba frenéticamente la mullida almohada» (11-12). Estas escenas, no obstante, se nos muestran siempre teñidas con matices sexuales que el narrador lopezbaguiano no deja atrás en su relato ofreciendo la peculiar amalgama de deseo y degeneración espoleado por la mujer desviada:

¿Qué era aquello? Semejaba, más que nada, uno de los terribles síntomas de la ninfomanía. Sí, no podía ser otra cosa. Solo así, solo explicándoselo por medio del vicio orgánico, de la naturaleza enferma, sujeta al placer como una dolencia, Rosita Pérez acallaba y tranquilizaba su imaginación con tales fenómenos; estaba próxima al desvarío y a la locura (146).

Médico, fotográfico o textual, el material narrativo ocupado en la histeria y la degeneración forma parte fundamental del Naturalismo radical y del Naturalismo de Pérez Galdós quien nos regala en la serie novelística de *Torquemada*, además, la radiografía moral de un hombre, Rafael, único

hermano varón de la familia de los Águila. Bien sea por la vacilación médico-teórica de la época en torno a la histeria, o bien por el carácter social de la ciencia que Harding defiende en su estudio, podemos leer en el cuñado de Francisco Torquemada algunas tendencias históricas o, al menos, ciertas monomanías que encajarían en ese móvil y cambiante concepto de histerismo del último tercio del siglo.

¿Histórico o hipocondríaco?

Debemos retornar a las tempranas reflexiones de Baltasar de Viguera (1827: 116) con el fin de rescatar las características que, según este, reúne la versión masculina de la histérica: el hipocondríaco¹⁷⁶. Este padecimiento tendría lugar en la edad adulta, se localizaría en el hígado o en el bazo –ya que, obviamente, no hay útero al que atribuirlo– y, asimismo, provoca un humor mustio y melancólico que Viguera no aclara si es causa o efecto de unas funciones gástricas muy irregulares¹⁷⁷. Los llamativos accesos de melancolía de Rafael del Águila le provocan una añoranza enfermiza de los tiempos pasados –sin duda más gloriosos– de su familia. Así, idealiza y rememora su vida pretérita de la pluma del hábil narrador galdosiano, que lo convierte en presa

¹⁷⁶ Actualizada por Oms, 1840: 104-105.

¹⁷⁷ No debemos olvidar que el propio Torquemada llegará al fin de sus días presa de terribles padecimientos estomacales. Son numerosos los pasajes que relatan estos accesos digestivos del personaje galdosiano aunque uno de los más explícitos tiene lugar en su última convalecencia en que con espumarajos en la boca, exclama: «esto no es más que debilidad... El estómago que se me subleva contra el no comer [...] ¡Y yo que, ahora mismo, me comería medio cabrito!... Aplicole Quevedo algunas inyecciones, y diéronle caldo helado. Pero no había concluido de tragarlo, cuando las horribles arcadas y mortales angustias demostraron la incapacidad de aquel infeliz estómago para recibir alimento» (2008: 588).

del romanticismo más trasnochado: «¡Ah! Cruz y tú, que conserváis la vista, habéis perdido la memoria. En mí sí que vive fresco el recuerdo de nuestra casa...» (222). El cambio jerárquico que tiene lugar en la vida de su familia al casarse Fidela con Torquemada y saberse bajo el mando y el apellido del basto personaje, exaspera al hermano mediano de la otrora ilustre estirpe de las Águila. He ahí el foco principal de la melancolía, impropia de un hombre en sus cabales que se deja mecer por la imaginación, como su propia hermana mayor recrimina

Déjame, déjame que me aparte de este mundo y me vuelvo al mío, al otro, al pasado... Como no veo, me es muy fácil escoger el mundo a mi gusto.

- Me entristeces, hermano. Digas lo que quieras, no puedes escoger un mundo, sino vivir donde te puso Dios (223).

Los datos aportados se antojan escasos para determinar si Rafael del Águila es un histérico o un hipocondríaco; y Charcot, Viguera u Oms, con su baile de términos y enfoques, no resultan todavía concluyentes para emitir un diagnóstico sobre este personaje. Ahora bien, el pilar de la teoría degeneracionista -la herencia- sí se erige una vez más como el factor fundamental que el narrador galdosiano, nunca al azar, pone de manifiesto en la segunda parte de *Torquemada en la cruz*, la novela principal de Rafael. Los antecedentes paternos ejercerán sobre Rafael una innegable influencia que acabará por marcar su destino suicida así como su cambiante carácter. Leemos de su propia boca: «A papá le quitó de la mano don José Donoso el revólver con que quería matarse... Murió de tristeza cuatro meses después... ¿Pero qué, lloras? ¿Te lastiman esos recuerdos?» (223). Estas líneas complacidas en el

fatalismo resultan de gran valor a la hora de explicar los impulsos maníacos de Rafael que, entre otras muchas manifestaciones, siente una profunda aversión hacia su sobrino Valentinico, hasta el punto de que «Fue tan vivo una tarde el instintivo aborrecimiento a la criatura, que por apartarla de sí con prontitud para evitar un acto de barbarie, a punto estuvo de dejarla caer al suelo» (401). Esta circunstancia, como añadidura, provocará no pocos accesos de culpabilidad y soliloquios a nuestro hombre:

¿Pero como ha nacido en mi alma sentimiento tan vil...
[...] ¿Y en qué consiste que la envidia *se me quita* de repente, y vuelvo a querer al chiquillo..? No, no, no se me quita, no. Cuando me pasa el arrechucho siempre me queda una cierta hostilidad contra el muñeco ese, y si es verdad que me inspira lástima, también lo es que deseo que se muera (401-402).

La temida barbarie, prima hermana del degeneracionismo que arrastra al hombre a la perdición, sirve de etiqueta para todo comportamiento que la ciencia aún es incapaz de catalogar. Su rentabilidad reside en la capacidad homogeneizadora que precisa la sociedad burguesa finisecular para redefinir al sujeto sano física y moralmente, es decir, normal. Lejos de ella encontramos a Rafael, pues es un personaje doblemente desubicado: físicamente por su ceguera y socialmente por su apego a su caduco pasado familiar, hechos que provocan sus alteraciones hasta llegar a la neurosis y a reír alocadamente¹⁷⁸

[...] Rafael está enfermo, muy enfermo.

– Pues si esta mañana se reía como un descosido.

¹⁷⁸ No en vano José Ingenieros dedica un capítulo de su obra sobre la histeria a 'La risa histérica' (1957: 78-90).

- Precisamente... ese es el síntoma. [...]
- Lo mejor - indicó Fidela ocupando su asiento en la mesa, y mirando con sereno y apacible rostro a su marido-será llamar a un médico especialista en enfermedades nerviosas... Y cuanto más pronto mejor... (281).

Ante las reservas del tacaño Torquemada a efectuar un gasto médico, las instrucciones de las hermanas de Rafael no pueden ser más explícitas: «No podemos consentir que tome cuerpo esa neurosis» (281), temiendo que se trate de lo peor. Nos encontremos ante un caso de hipocondría, de una vulgar monomanía o de una simple depresión del estado nervioso de Rafael, el fantasma del histerismo entra de nuevo en escena al final de este capítulo cuando Fidela, en uno de sus elocuentes arranques se pone de nuestro lado al pedir a Torquemada: «Pues en vez de llamar al especialista, llevamos a Rafael a París para que le vea Charcot» (282). Esta alusión al celeberrimo director de La Salpêtrière parece decantar la balanza del lado de la histeria si debemos -por último- evaluar a Rafael¹⁷⁹.

Finalmente debemos hacer hincapié en cómo las filtraciones de los discursos médicos acaban por empapar el relato literario, de modo que la enfermedad y lo anormal se erige como un dispositivo de conocimiento con miras a diversos fines, más allá de la literatura: mejora y control social, depuración de la raza, vigilancia de las nuevas generaciones, pervivencia del capital y diseño de políticas *ad hoc*. Ello torna, si cabe, más amargamente irónico el hecho novelístico de que Francisco Torquemada, marqués de San

¹⁷⁹ Giné y Partagás nos ofrece una escalonada cadena de opciones antes de acudir a la histeria que consta de melancolía, éxtasis, manía, locura, delirio y demencia, pudiendo ser simples o compuestas (Campos Marín, 2000: 12).

Eloy, diputado, declarado positivista (55) y discípulo de la higiene (319), no solo sea portador de cierto atavismo que lo lleve a la ruina física sino que aloje en su propia casa a toda una saga abocada al más profundo fracaso existencial.

Alineado junto a los discursos más pesimistas que alimentan los miedos y ansiedades degeneracionistas, la vida del prestamista galdosiano y de toda la saga *Torquemada* toma forma de cataclismo social. El suicida Rafael del Águila no puede ser más premonitorio: «Si no viene pronto el cataclismo social, será porque Dios quiere que la sociedad se pudra lentamente, y se pulverice toda en basura para mayor fertilidad de la flora que vendrá después» (400). Las leyes naturales se imponen desde todos los rincones del texto como la fuerza alienadora, inquebrantable, «[...] la madre, la médica, la maestra y novia del hombre...», dirá el propio *Torquemada* (544). Una naturaleza que a la postre modifica la existencia de los personajes retratados por el narrador galdosiano a medida que, magistralmente, sus vidas y sus patologías se funden en símbolos del Naturalismo literario y en los ecos de las teorías degeneracionistas.

Merced al cruce de las coordenadas literarias y médicas podemos constatar el trasvase de discursos entre ciencia y literatura en la narrativa de Pérez Galdós, así como en el Naturalismo radical y más sensacionalista de López Bago. La herencia, el degeneracionismo, el raquitismo, la hipocondría y la histeria se convierten en los hilos que mueven las novelas de *Torquemada* y transforman la enfermedad, como un mero hecho narrativo que acontece a los personajes, en el reflejo del pesimismo finisecular que busca dar una respuesta sensata –como las preclaras ideas de Pérez Galdós en su ingreso a la Academia– a las extraviadas «fuerzas perdidas en la dirección y el gobierno de

la familia humana» (Galdós, 2004: 108). Será esta búsqueda constante en la realidad y en la novela, por lo tanto, la que adhiera la teoría degeneracionista al relato galdosiano y lopezbaguiano, y la que impregne con los ecos de su discurso el devenir de una novelística que, como sus protagonistas, no escapa a los finales trágicos ni a los miedos y ansiedades de una sociedad incapaz de reconocerse a sí misma en sus cambios constantes.

Conclusiones

A lo largo de las páginas de este estudio hemos podido constatar el complejo entramado de contradicciones que se dan en la producción novelística del siglo XIX como producto de las que tienen lugar en la sociedad que las genera. La obviedad de que toda manifestación cultural es reflejo, más o menos distorsionado, de las condiciones que la provocan ha podido ser corroborada en estas páginas en las que nos hemos propuesto trascender esa lectura básica en favor de un análisis más sofisticado y profundo.

La riqueza y la versatilidad que atesora la novela como forma de expresión artística favorece el contacto entre distintas estéticas y corrientes de pensamiento. En nuestro trabajo hemos explorado, en tres aproximaciones complementarias, los mismos problemas e inquietudes culturales a través de creadores y páginas literarias diferentes: el Naturalismo del pionero Émile Zola, que supone el sustrato inspirador de las prácticas de Eduardo López Bago en su vertiente más radical, y por fin las páginas de Benito Pérez Galdós que suponen la aplicación más canónica y cuidada de los mismos principios. Desde el inicio hemos entendido que este triángulo estético, cuyos lados son siempre estudiados aisladamente, conforma, pese a sus muchas diferencias, un de 'todo' literario en el que se necesitan y se complementan unas a otras; y todas ellas 'son' el siglo XIX literario.

Desde esta óptica hemos constatado la relación entre la realidad decimonónica de la mujer, especialmente, y de la novela que la retrata; es decir, la carne y el mito. La una es el sujeto social en el que cuajan muchos de los cambios urbanos, pedagógicos y políticos, y el otro surge de la representación

cultural y comercial del primero, merced a su capacidad de integrarse en las coordenadas sociales del momento de su creación. Corresponde al mito, pues, la novela; mientras que será la producción no literaria la que aborde el estudio –e inevitablemente, una representación– de la carne. No obstante estas correspondencias, hemos visto que la mirada masculina actúa como elemento unificador de ambos discursos favoreciendo el contacto y el trasvase entre la producción novelística y la no literaria con la médico-higiénica a la cabeza.

Los movimientos entre ambas producciones se manifiestan en la crisis que acontece en el tránsito que tiene lugar entre la vida privada y la pública en el que la sexualidad, también en crisis, desempeña un papel crucial. La ingente cantidad de publicaciones sobre la mujer, que estudian desde su cuerpo y sus enfermedades hasta los inalcanzables modelos que debe imitar, serán las que nos ofrezcan un perfil nuevo de la mujer desviada que la calidoscópica novela naturalista no deja escapar.

La lectura del capitalismo pujante en la sociedad burguesa decimonónica que constatamos en las páginas de *La Prostituta* así como en los azarosos acontecimientos que rodearon su publicación han sido el germen de la manera en que el mercado dicta sus leyes a la sociedad del espectáculo novelesco. Las apariencias, el envés de la mujer y de las páginas que cuentan su historia, provocan que su valor de cambio aumente considerablemente. La prostituta y *La Prostituta* forjan el mito.

Anthony Giddens vincula, con razón, el discurso de la desviación a los locos y vagabundos (2004: 159); pero la génesis de la desviada no reside en el sujeto sino en el sistema de valores burgués que lo mediatiza, a todas luces incapaz de dar explicación y alcance al mundo al que se enfrentaba. Así, la

mujer desviada en las prácticas privadas nos ha permitido demostrar el doble efecto de censura y ostentación, de ocultación y espectáculo, de censura y manifestación del deseo en las escenas sexuales que los narradores y el lector intentarán compaginar. López Bago lo hará en busca del rédito comercial y la pretendida mejora social, y Pérez Galdós con el firme propósito de llamar a la reflexión sobre las carencias y los problemas morales de la España que dejó la revolución de 1868.

Hemos visto como, ya se trate de prostitutas o de mujeres anónimas que se convierten en busconas, estas desviadas de la norma han acaparado el foco de la mirada narrativa y legal. Los tratados de higiene, los reglamentos urbanos y la medicina se colarán en la novela para constatar el efecto público – nacional– de lo que en el hogar resulta fallido. Estos hechos nos han ayudado a sacar a la luz las páginas oscuras en las que la desviada ha sido el centro de la discusión venérea en la que la mujer es, a la vez, causa y efecto, merced a una óptica científica que dejará al hombre al margen como mera víctima de unas prácticas que sus políticas regulan.

El efecto inmediato de estas posturas será evidente: el miedo y la ansiedad que nuestra lectura identifica, y que se expresa por tres canales vinculados de manera ni mucho menos gratuita, ya que todos se valen de la herencia natural como justificación y como vehículo. El primer canal es el miedo al contagio; la sífilis es la epidemia secreta que grita, bajo la ropa, las dolencias físicas y morales de las pulsiones sexuales institucionalizadas pero imposibles de contener. La lectura de obras médicas llevada a cabo en este estudio muestra a las claras la manera en que este discurso empapa la novela lupanaria de López Bago con sus páginas abundantes en reconocimientos

fisiológicos, diagnósticos secretos y prescripciones. El segundo canal de expresión de los miedos leídos es la histeria; y a través de esta dolencia es posible aglutinar en la figura de la mujer desviada todos los males de una era. Partiendo de la proyección de la insatisfacción sexual, se construye una explicación moral y física para la maternidad, la esterilidad, los comportamientos sexuales no ortodoxos, las pasiones y la falta de ellas, así como para un sinnúmero de comportamientos y síntomas que desestabilizan la mirada masculina del narrador y del médico ya se trate de *La Pálida*, de *Lo Prohibido* o de *Torquemada en el Purgatorio*. Y, en tercer y último lugar, y como corolario de todos estos miedos, se perfila la realidad del degeneracionismo, de cuyas teorías las novelas de Torquemada suponen ejemplos claros. Las patologías y debilidades morales pasarán de padres a hijos en una herencia envenenada que apunta hacia el fin de la raza y la extinción de la fuerza masculina que lucha por ordenar pero que es incapaz de controlar. Son los hijos enclenques y raquíticos los que señalan con una mano las faltas de los progenitores y con la otra el fin de la estirpe; el adiós de una familia y un capital.

Liberalismo y Naturalismo forman, a la luz de nuestra lectura, un binomio forzosamente bien avenido, de la explicación mercantilista de una sociedad que crece vendiéndose, sin importar si se trata de una novela o de una mujer, combinado con una estética que no duda en explorar y explotar los discursos médicos, legales y sociales a su alcance en su empeño de explicar la realidad. El flujo constante de ida y vuelta entre estas dos vertientes se constituirá, pues, como la forma de expresión más rica y versátil para dar cuenta de la mujer desviada en su transgresión de las leyes morales,

mercantiles y naturales poniendo ante el lector el mito inolvidable inspirado en la carne de la sociedad que lo gesta. Pues, como magistralmente dijera Benito Pérez Galdós: «Se puede tratar de la Novela de dos maneras: o estudiando la imagen representada por el artista, que es lo mismo que examinar cuantas novelas enriquecen la literatura de uno y otro país, o estudiar la vida misma, de donde el artista saca las ficciones que nos instruyen y embelesan» (2004: 107).

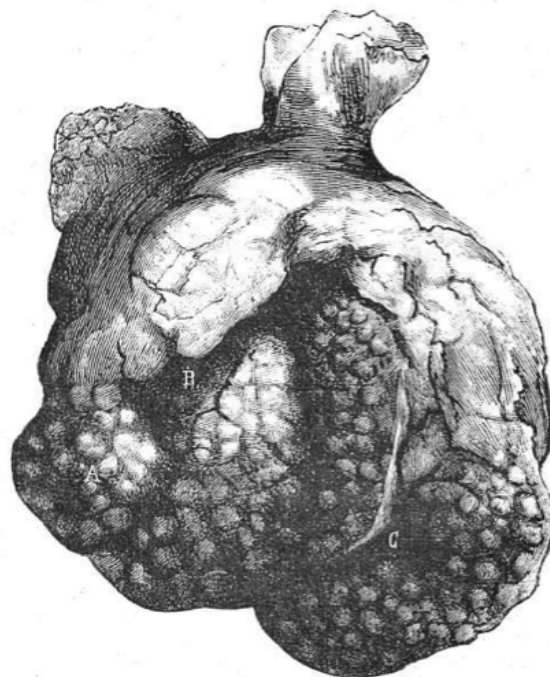
Apéndice

A continuación reproducimos una breve muestra de algunos de los materiales citados o consultados para la redacción de esta tesis doctoral. Componen este somero conjunto la portada de algunos de los volúmenes consultados así como ilustraciones, retratos o dedicatorias que por razones de espacio no procede adjuntar en el cuerpo del texto. Documentos obtenidos digitalmente en los servicios de reprografía y digitalización de las instituciones consignadas.

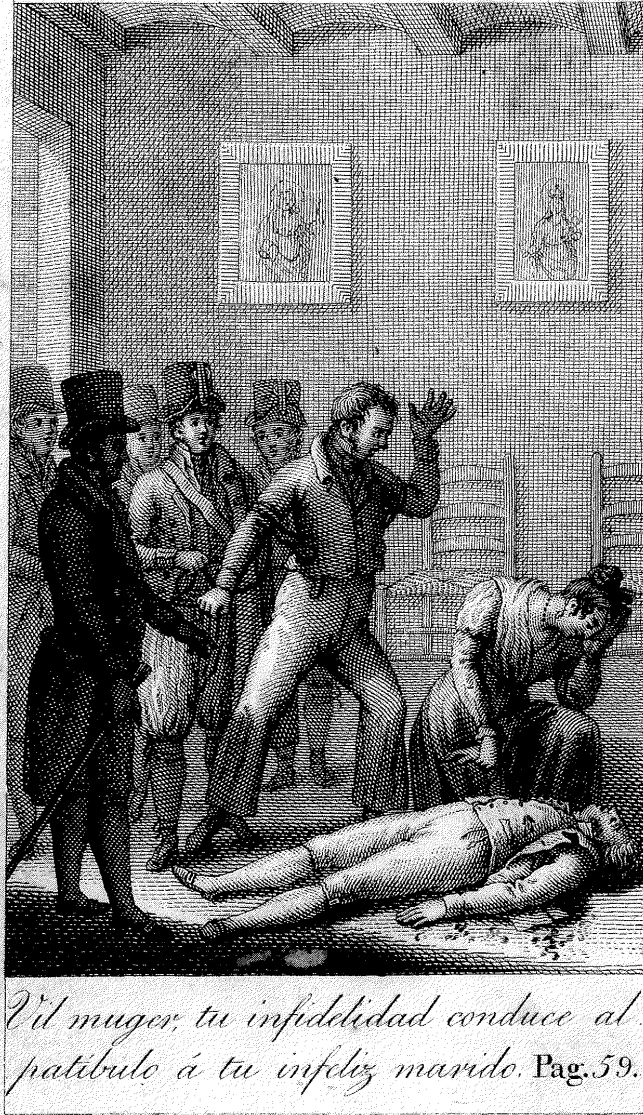
1. Retrato de Federico Rubio y Galí hacia 1890. Carrillo, Juan Luis. (Ed.). *Medicina y sociedad en la España de la segunda mitad del siglo XIX: una aproximación a la obra de Federico Rubio y Galí*. Puerto de Santa María: Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, 2003.



2. Ilustración de testículo con tuberculosis tomada de *La revista de sanidad militar*, 15 de agosto de 1887. Biblioteca Nacional, Madrid.



3. Ilustración de Planellas en la obra de Joaquín del Castillo, *La prostitución o consecuencias de un mal ejemplo*, Barcelona: Imprenta de Ramón Martín Indar, 1883. Biblioteca Nacional, Madrid.



4. Dedicatoria de Prats y Bosch a Monlau de su obra *La prostitución y la sífilis* (1861; y aceptación de Monlau a dicha dedicatoria. Biblioteca Nacional, Madrid.

Dedicatoria

AL ILMO. Sr. D. PEDRO FELIPE MONLAU, Doctor en Medicina y Cirujía;—catedrático que fué de Literatura é Historia en la Universidad de Barcelona, de Psicología y Lógica, y de Higiene en la Universidad Central, y en la actualidad de Latin y Romance de los tiempos medios en la Escuela Superior de Diplomática; Jefe superior honorario de la Administración civil;—vocal del Consejo de Sanidad del Reino;—condecorado con la cruz de Epidemias y con la medalla del MÉRITO SOBRESALIENTE en Medicina;—Comendador de la real y distinguida Orden española de Carlos III;—Caballero de la americana de Isabel la Católica, y de la imperial de la Legion de Honor de Francia;—individuo de número de la Real Academia Española;—de la de Medicina de Madrid;—de la Sociedad médico-psicológica de París;—de las Academias y Sociedades médicas, ó literarias de Barcelona, Cádiz, Palma, Atenas, Constantinopla, Génova, Lisboa, Milan y otras varias del Reino y extranjeras, etc., etc.

Muy Sr. mio y de mi mayor consideracion: habiendo resuelto publicar en Barcelona la memoria acerca *La Prostitucion y la Sífilis*, que tuve el gusto

VI

DEDICATORIA.

y la honra de presentar á V. S. I. cuando mi permanencia en la corte, desearia que al frente de ella figurase un nombre que diera á mi escrito el valor de que por sí propio carece. Y como, tratándose de publicaciones relativas á la Higiene, ninguno tan respetable, ni tan autorizado como el de V. S. I., perseverante y eficaz propagador de los estudios higiénicos en nuestra patria, me atrevo á rogarle que tenga á bien admitir la dedicatoria de esta obrita, en la cual he intentado resolver una de las cuestiones mas espinosas y trascendentales de la Higiene pública y administrativa.

La mayor recompensa, á que puedo aspirar, es que V. S. I. se digne acoger benévolo esta mi dedicatoria.

De V. S. I. atento S.

Q. B. L. M. de V. S. I.

Antonio Prats.

Gerona 13 de noviembre de 1860.



ACEPTACION DE LA DEDICATORIA.

Sr. D. Antonio Prats.

Mi estimado compañero: por complacer á V., y en manera alguna por creer que mi nombre aumente en un solo ápice el valor que en sí tiene su memoria sobre *La Prostitucion y la Sífilis*, consiento en admitir la dedicatoria, que tan cortesmente se sirve V. ofrecerme.—Por otra parte, diré á V. con toda franqueza, y, si V. quiere con tal cual sombra de amor propio, que tampoco me disgustará ver asociado mi nombre á un escrito tan fuerte de raciocinio como lleno de erudicion, y que viene á resolver, en el mismo sentido que la resolví yo hace años, una cuestion gravísima, que así interesa á las buenas costumbres, como á la salud de los pueblos.—Por último, es V. uno de los muy contados profesores que en España cultivan la Higiene en sus mas fecundas aplicaciones; y, en mi constante y ardiente aficion á esta clase de estudios, simpatizo con todos cuantos á ellos se dedican, mirando como un deber el prestarles el apoyo y la cooperacion de que me juzguen capaz.

En este concepto, que es decir, creyendo cumplir con un deber, y no como quien se apresura á satisfacer una necia vanidad, admito la dedicatoria, y me repito de V. afectísimo comprofesor y amigo q. b. s. m.

P. F. Monlau.

Madrid 20 de noviembre de 1860.

5. Portada y entradilla del trabajo de Belenguer citado en *La España médica*, 30 de abril de 1884. Biblioteca Nacional, Madrid.

Año I. 30 de Abril de 1884. Núm 4.º

La España Médica

MEDICINA. CIRUGIA. FARMACIA.

TERAPÉUTICA DOSIMÉTRICA

SUMARIO.

Sección médico-social.—La prostitución ante la higiene.—*Sección profesional.*—Primer problema (conclusión).—*Sección de medicina.*—Concepto clínico del cólico (continuación)—*Sección de cirugía.*—Modo de tratar algunas enfermedades uterinas (continuación).—*Sección de farmacia.*—Condiciones del pan, para establecimientos públicos (continuación).—*Sección de terapéutica dosimétrica.*—La dosimetría.—La lógica de los hechos.—*Revista de la prensa.*—Tratamiento de la raquitis.—El fenol tricolorado.—La cairina.—*Variedades.*—A LA ESPAÑA MÉDICA.—*Cabos sueltos.*—*Publicaciones y libros recibidos.*—*Correspondencia administrativa.*—*Anuncios.*

SECCIÓN MÉDICO-SOCIAL.

LA PROSTITUCIÓN ANTE LA HIGIENE

Al dirigir una mirada sobre el estenso campo de la higiene, síntesis de la medicina que vendrá, y divisar el hermoso azul de su cielo y el esplendor de sus astros, que centellean á manera de amplísimos soles, vése destacar en su cenit, uno, que vagando del orto al ocaso, encierra en sí mil ilusiones, que se irán transformando en realidad, así que la ciencia se convierta en un verdadero turista que marche de la investigación de los hechos, á la esfera especulativa de sus aplicaciones: representa astro de tan desmesurada magnitud, el estudio de la *patología social*.

Si; la sociedad, segun decía el Sr. Monlau (1), tiene su *patología*, como la tiene nuestro cuerpo; nada más que en éste se llaman tisis, apoplejía y erisipela, lo que en *patología social* se denomina pauperismo, mendicidad y guerra.

(1) Breve estudio sobre la criminalidad.—Discurso leído por el señor Monlau, ante la Academia de ciencias morales y políticas el 22 de Mayo de 1870.

10

6. Retrato de Max Nordau en la portada de *Matrimonios morganáticos*.

Valencia: Sempere, [s.a.]. Biblioteca Nacional, Madrid.



7. Reproducción digital de la portada de *La pornocracia*, traducida por A. Peratoner y con la firma del editor. Biblioteca Nacional, Madrid.

LA
PORNOCRACIA

6

LA MUJER EN NUESTROS TIEMPOS.

obra póstuma de

P.-J. PROUDHON

TRADUCIDA POR

AMANCIO PERATONER

Con Retrato y Biografía del Autor



Felipe N. Curriols

Biografía de P. J. Proudhon. — Prefacio. — La Pornocracia moderna. — Paralelo del hombre y de la mujer. — Relación de los dos sexos. — Expansión de la conciencia. — Fundamento del orden político. — Fisiología de la mujer emancipada. — Notas y Pensamientos.

LA ENCICLOPÉDICA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE FELIPE N. CURRIOLS

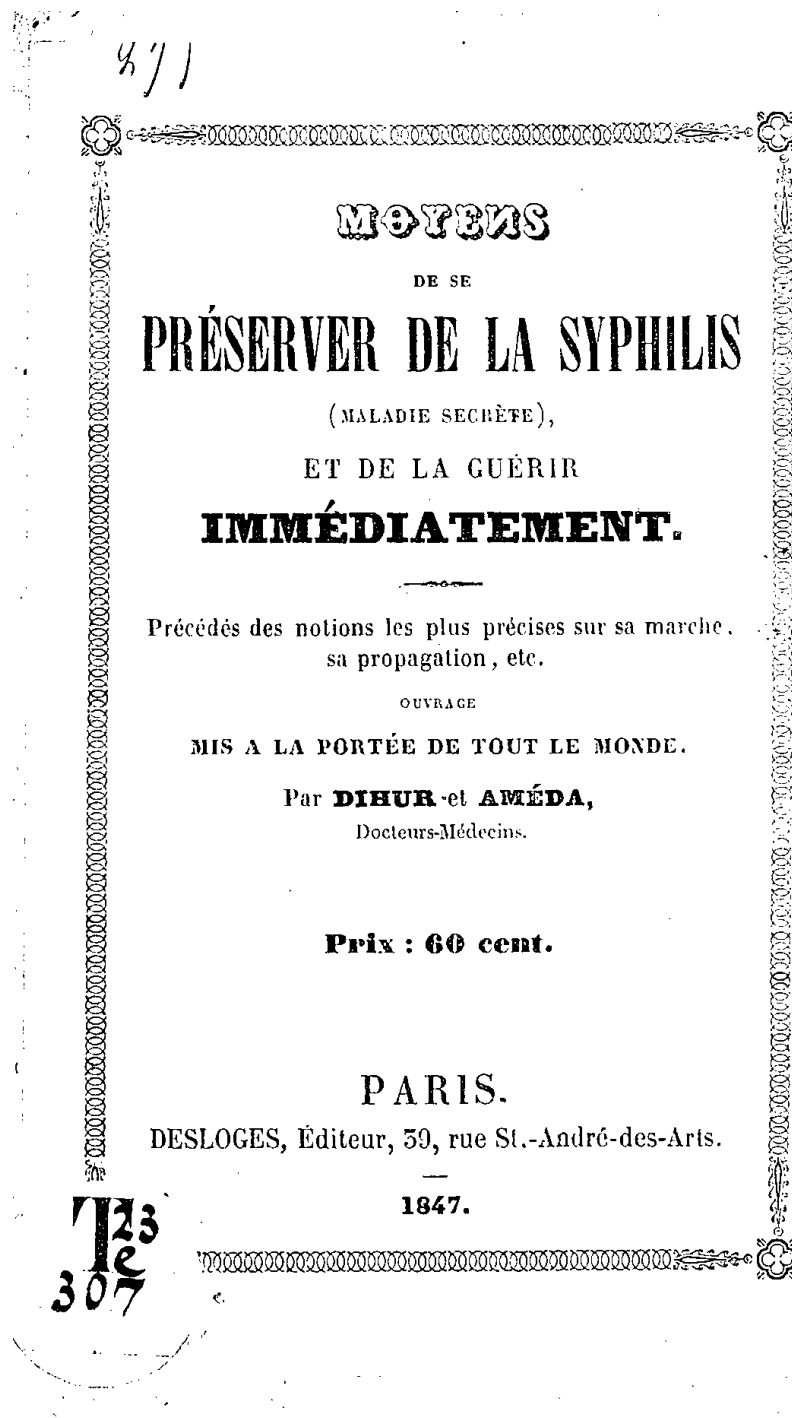
CALLE DE CASANOVA, NUMERO 1

BARCELONA

1892



8. Reproducción digital de la portada de la obra de Dihur y Ameda en su edición original francesa. Bibliothèque Nationale de France. Gallica.



9. Reproducción digital de la primera página del *Repertorio médico extranjero*, 1883. Biblioteca Nacional, Madrid.

REPERTORIO
MÉDICO EXTRANJERO,

PERIODICO MENSUAL

de *Medicina, Cirugía, Veterinaria, Farmacia,*

QUÍMICA Y BOTÁNICA,

DEDICADO ESPECIALMENTE Á LOS CONOCIMIENTOS ÚTILES
EN LA CIENCIA Y EL ARTE DE CURAR, CON ARREGLO
Á LOS DESCUBRIMIENTOS MODERNOS,

POR

DON JOSÉ DE LLETOR CASTROVERDE,
Doctor en medicina de la facultad de Montpellier, Médico establecido en París con autorización del gobierno francés, individuo de la comisión de Salubridad pública de la misma capital, Maestro de Filosofía por la Universidad de Granada, y Académico de varias sociedades médicas.

TOMO TERCERO,

que comprende el tercer trimestre de 1832.



MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
1835.

10. Listado de obras anunciadas para su venta en la contraportada de *Las ramerías de salón* (1886) de Enrique Sánchez Seña en el que se pueden ver anunciadas obras del prolífico y aquí citado Rodríguez Solís. Biblioteca Nacional, Madrid.

JOSE MARÍA FAQUINETO, EDITOR

mercantil, Física, Química inorgánica, orgánica é Historia natural, arregladas estrictamente al programa de oposiciones para ingreso en clase de auxiliares en el cuerpo pericial de Aduanas, por *D. Agapito González Callejo*. Su precio, 40 reales en Madrid y 44 en provincias.

Reforma del Catecismo, compuesto por el P. Jerónimo Ripalda, escrito en verso, á canto llano, por *Fray Lino Cretona y Muletón*, carmelita descalzo. Precio, 8 reales ejemplar.

Célebre proceso de Miera. Este curioso libro contiene: Sumario.—Juicio oral.—Sentencia. Precio, 12 reales ejemplar.

Lecciones de higiene popular, por *José Cosano Rodríguez*, licenciado en Medicina y Cirugía. Obra sumamente útil para las familias. Su precio, 4 reales ejemplar.

Espronceda, su tiempo, su vida y sus obras. Ensayo histórico-biográfico acompañado de sus discursos parlamentarios y de otros trabajos inéditos en prosa y verso, del malogrado autor de *El Diablo Mundo*, por *Enrique Rodríguez-Solís*. Segunda edición, 8 reales.

La Mujer, defendida por la historia, la ciencia y la moral. Estudio crítico por *Enrique Rodríguez-Solís*. Quinta edición, 8 reales.

Las Extraviadas, cuadros del natural, por *Enrique Rodríguez-Solís*. Segunda parte de *La Mujer*. Tercera edición, 8 reales.

Panorama literario, por *Enrique Rodríguez-Solís*.

Esta importante obra, que acaba de publicarse, y cuya primera edición ha sido agotada casi instantáneamente, contiene: *D. Juan Tenorio*.—*Memorias de un emigrado*.—*El Nudo gordiano*.—*La Virgen del nueve Thermidor*.—*Espronceda*.—*El Carnaval y la Cuaresma*.—*El Abate*.—*Camöens y Cervántes*.—*D. Ramón de la Cruz*.—*Las Comunidades castellanas*.—*Roque Bárcia, etc., etc.* Precio, 8 reales ejemplar.

La Vida madrileña. Cuadros sociales, por *Enrique Rodríguez-Solís*. Segunda edición. Precio, 8 reales.

Majas, manolas y chulas, historia, tipos y costumbres de antaño y ogaño, por *Enrique Rodríguez-Solís*. Precio, 8 reales ejemplar.

Cuadro sinóptico de la gramática, redactado con estricta sujeción á lo últimamente acordado por la Real Academia Española, dedicado al señor Ministro de Fomento, por *Gabino Ronda A. Espino*. Su precio, 2 y 4 reales ejemplar.

Sagasta, su pasado, su presente y su porvenir, por *Indalecio Martínez Alcubilla*. Obra de gran interés y actualidad: 4 reales.



11. Reproducción digital de la portada del volumen que contiene uno de los numerosos discursos de Ángel Pulido, 1885. Biblioteca Nacional, Madrid.

DISCURSOS
LEIDOS EN LA
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE
POR
DON ÁNGEL PULIDO Y FERNANDEZ
SECRETARIO DE LA SOCIEDAD
Y
DON FELIPE OVILO Y CANALES
Socio numerario de la misma
EN LA
SESION INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO DE 1884 Á 1885
CELEBRADA
el día 23 de Febrero de 1885



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE TEODORO
Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

1885

12. Reproducción digital de la portada de las *Breves reflexiones sobre la sífilis* de M. Teijeiro, 1880. Biblioteca Nacional, Madrid.

BREVES REFLEXIONES
SOBRE
LA SÍFILIS
POR
D. MAXIMINO TEIJEIRO,
CAEDRÁTICO DE CLÍNICA MÉDICA EN LA UNIVERSIDAD
DE SANTIAGO,

SANTIAGO:
IMPRESA DE LA GACETA DE GALICIA,
San Francisco núm. 9.
1880.

13. Reproducción digital de la portada del *Anuario de Higiene Pública* de Pizarro, 1883. Biblioteca Nacional, Madrid.

ANUARIO
DE
HIGIENE PÚBLICA.

EXPOSICION

de las principales tareas y progresos de esta
ciencia en el año de 1862

por

D. MANUEL PIZARRO Y JIMENEZ,

Doctor en Medicina y Cirugía, Médico titular
de Sevilla.



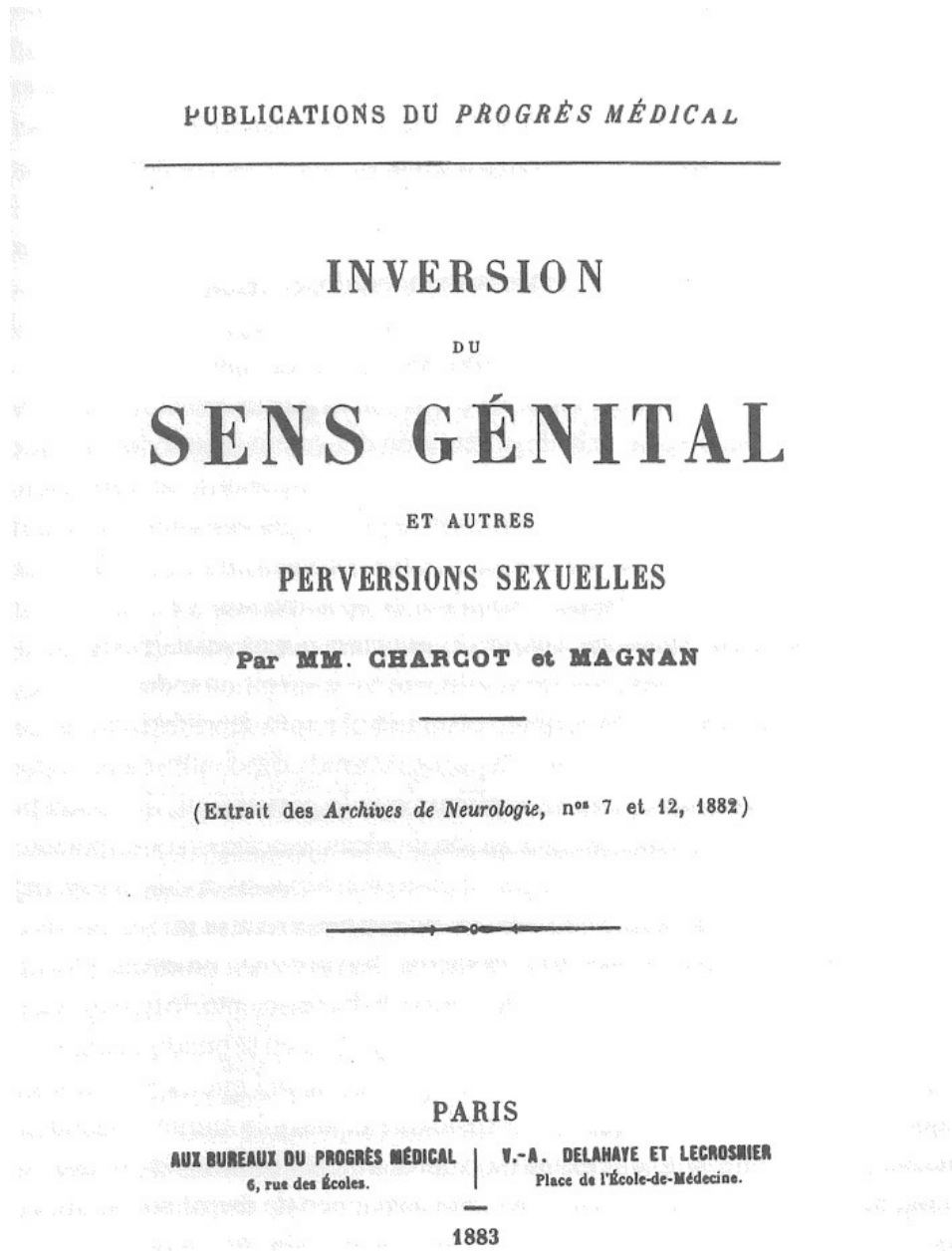
SEVILLA.
LA ANDALUCIA.

1863.

14. Ilustración correspondiente al exitoso álbum editado por Eusebio Planas, *Historia de una mujer: Álbum de 50 cromos* (1880). Planas, como bien documenta Fernández (2008: 100) fue un solicitado ilustrador de 'literatura alegre' que también contribuyó con su trabajo a 'obras de fondo' como las de Amancio Peratoner, por citar un ejemplo. En esta recrea la situación de una mujer arrepentida y enferma quizá por un contagio venéreo. Biblioteca Nacional, Madrid.



15. Reproducción digital de la portada de la edición, por primera vez como libro, de *Inversión de la tendencia genital y otras perversiones sexuales*. Cagigas, 2002.



16. Fotografía de una de las lecciones de Charcot en La Salpêtrière, por Blouillet. Cagigas, 2003.



17. Reproducción digital de la portada de *El amigo de las niñas*. Leopoldo Delgrás, 2001.

EL AMIGO
DE
LAS NIÑAS

TRATADO DE EDUCACIÓN

ESCRITO POR

D. LEOPOLDO DELGRÁS

NUEVA EDICIÓN

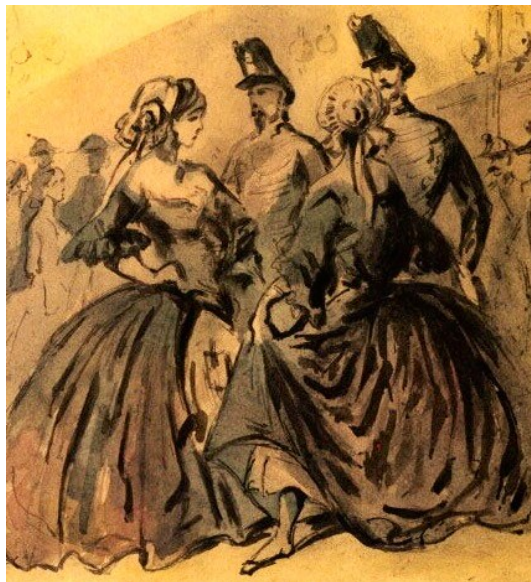


MADRID

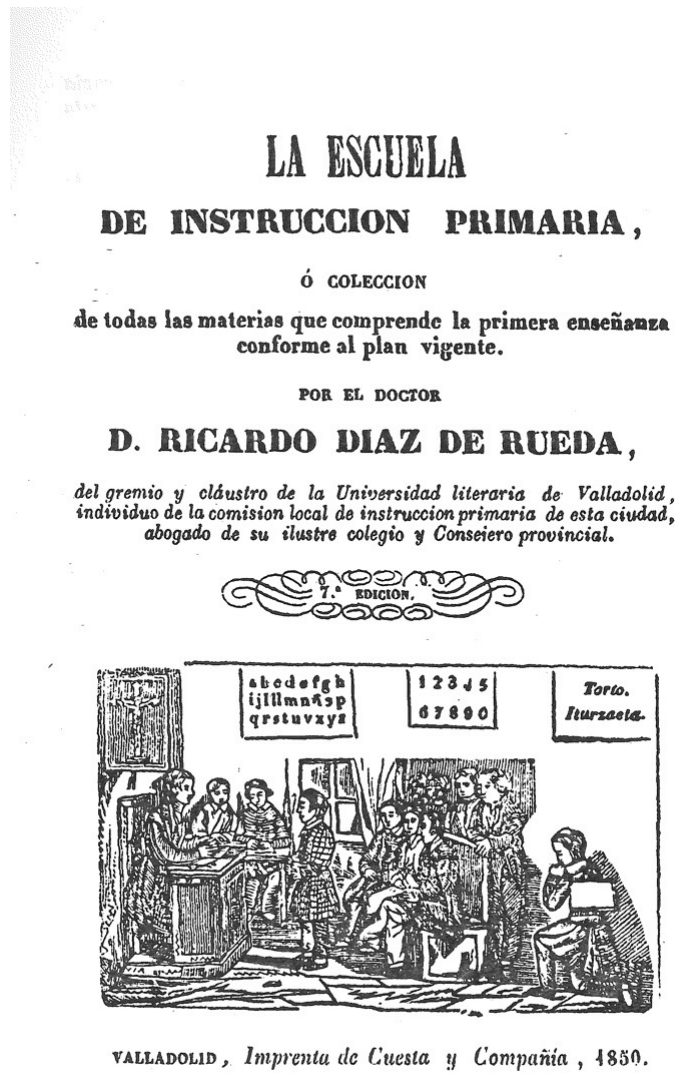
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.[^]
calle del Arenal, núm. 12

1895

18. Reproducción la obra pictórica *Deux grisettes et deux soldats*. 1860? de Constantin Guys, comentada en la tercera parte de nuestro trabajo. Imagen tomada de The Courtauld Gallery, <www.artandarchitecture.org.uk>.



19. Reproducción digital de la portada de la obra de *La escuela de instrucción primaria*. Ricardo Díaz de Rueda, 2001.



Bibliografía

- _____. *Boletín de medicina, cirugía y farmacia (Absorbida por Gaceta médica y El siglo médico)*. Madrid: Imprenta de Norberto Llorenci, 1834-1853.
- _____. *Gaceta médica: periódico de medicina, cirugía y farmacia, oficial del Instituto Médico de Emulación*. Madrid: Imprenta de la Viuda de Jordan e Hijos, 1845-1853.
- _____. "Ley general de sanidad". 1855. Tipo: PDF. Universidad de Sevilla. Acceso: Junio 2014. <http://bib.us.es/derecho/servicios/common/Ley_28_1855_ServicioGeneralDeSanidad.pdf>.
- _____. *Revista de ciencias médicas de Barcelona*. Barcelona: Imprenta de Henrich y Compañía, 1875-1918.
- _____. *Revista de sanidad militar: publicación consagrada a los intereses científicos y profesionales del Cuerpo de Sanidad militar español*. Madrid: Ricardo Fe, 1887-1906.
- _____. *Revista frenopática española: órgano científico de los Manicomios de San Baudilio de Llobregat (Barcelona), Ciempozuelos (Madrid), Santa Águeda (Guipúzcoa) y Palencia*. Barcelona: Serra Hermanos y Russel, 1903-1915.
- _____. *Leyes Políticas: Contiene este libro las siguientes Constitución de la Monarquía Española de 30 de junio de 1876 y R.D. de 17 de noviembre de 1852 sobre Extranjería; Ley de Imprenta de 26 de julio de 1883; Ley de Reuniones de 15 de junio de 1880; Ley de Asociaciones de 30 de junio de 1887; Ley de Orden Público de 23 de abril De 1870*. Madrid: Imprenta de El Consultor, 1908.

- _____. *Reglamento provisional de Higiene de la Prostitución para la ejecución en Madrid*. Madrid: Ducazal, 1909.
- _____. *Código de comercio español: aprobado por ley de 22 de agosto de 1885*. Barcelona: Hijos de José Bosch, 1968.
- _____. *My Secret Life*. Barcelona: Papeles secretos, 1984.
- _____. "The Blog Herald". <http://www.blogherald.com>, 2014. Tipo: Página electrónica. Splashpress Media. Acceso: 28 de febrero. <<http://www.blogherald.com>>.
- _____. *El Siglo médico*. Madrid: Imprenta de Rojas, [s.a.].
- Abellán García, José Luis. *Historia crítica del pensamiento español*. Madrid: Espasa Calpe, 1988. (V / I)
- Acea Nebril, B. "El cólico miserere (Miserere mei). Aportaciones sobre su etimología y características clínicas e hipótesis sobre su aparición en la literatura médica de los siglos XVII-XVIII". *Revista española de enfermedades digestivas*. Vol. 93. Núm. 3, 2001: 176-180.
- Adrián, Jesús. "La genealogía del cuerpo". Ed. Torras, Meri. *Corporizar el pensamiento: escrituras y lecturas del cuerpo en la cultura occidental*. Pontevedra: Mirabel, 2006: 17-28.
- Alas "Clarín", Leopoldo. *Obras completas*. Madrid: Renacimiento, 1912. (I)
- . *La Regenta*. Madrid: Cátedra, 1998. (I)
- . *La Regenta*. Madrid: Cátedra, 2000. (II)
- Alcaide González, Rafael. "Las publicaciones sobre higienismo en España durante el periodo 1736 - 1939: un estudio bibliométrico". *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Núm. 37, 1999 (a). Acceso: 15 de abril 2015.

- . "La introducción y el desarrollo del higienismo en España durante el siglo XIX. Precursores, continuadores y marco legal de un proyecto científico y social.". *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Núm. 50, 1999 (b). Acceso: 14 de abril de 2012.
- Alcina, Benito. *Tratado de higiene privada y pública*. Cádiz: Librería de José Vides, 1882.
- Aldaraca, Bridget A. *El ángel del hogar: Galdós y la ideología de la domesticidad en España*. Madrid: Visor, 1992.
- Alonso y Rubio, Francisco. *La mujer bajo el punto de vista fisiológico, social y moral*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de D.F. Gamayo, 1863.
- . *La Mujer bajo el punto de vista filosófico, social y moral: sus deberes en relación con la familia y la sociedad*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de D.F. Gamayo, 1863.
- Álvaro, Luis Carlos y Martín del Burgo, Á. "Trastornos neurológicos en la obra narrativa de Benito Pérez Galdós". *Neurología*. Vol. 22. Núm. 5, 2007: 292-300.
- Andreu, Alicia G. *Galdós y la literatura popular*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1982.
- Arbiol, Antonio. *Estragos de la luxuria, y sus remedios, conforme a las divinas escrituras, y santos padres de la iglesia*. Barcelona: Pablo Campins, 1736.
- Ardemans, Teodoro. *Ordenanzas de Madrid y otras diferentes que se practican en ciudades de Toledo y Sevilla*. Valladolid: Maxtor, 2005.
- Arencibia, Yolanda. "La configuración del personaje". Ed. Arencibia, Yolanda. *Creación de una realidad ficticia: Las novelas de Torquemada de Pérez Galdós*. Madrid: Castalia, 1997: 115-145.

- Baker, Edward. "El comercio y la novela en el Madrid del siglo XIX". *Actas del I Coloquio Internacional «literatura y espacio urbano»*. Alicante: Fundación Cultural CAM, 1993: 46-57.
- Barthes, Roland. *Mitologías*. Madrid: Siglo XXI, 2012.
- Baudrillard, Jean. "La Posmodernidad". Ed. Foster, Hal. *The Anti-aesthetic: Essays on Postmodern Culture*. Barcelona: Kairós, 1985: 238.
- . *Las estrategias fatales*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- . *De la seducción*. Cátedra, 2005.
- Bell, Shannon. *Reading, Writing, and Rewriting the Prostitute Body*. Bloomington & Indianapolis: Indiana University Press, 1994.
- Benavides Lucas, Manuel. "Michelet y la mujer". Ed. Canterla, Cinta. *VII Encuentro - De la Ilustración al Romanticismo Cádiz, América y Europa ante la Modernidad: la mujer en los siglos XVIII y XIX*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1994: 15-27.
- Benjamin, Walter. *Libro de los Pasajes*. Akal, 2005.
- Bernheimer, Charles. *Figures of Ill Repute: Representing Prostitution in Nineteenth-century France*. Durham & London: Duke University Press, 1997.
- Binet, Alfred. "El fetichismo en el amor". Ed. Cagigas, Ángel. *Perversiones*. Jaén: Del Lunar, 2002: 33-76.
- Blanquez Fraile, Agustín. *Diccionario latino-español, español-latino: 160.000 voces de entrada, con numerosas acepciones, ejemplos de frases y modismos de los autores clásicos y una extensa Gramática latina. Términos científicos y técnicos*. Ramón Sopena, 2002.

- Bolufer Peruga, Mónica. "Ciencia, reforma social y construcción de identidades: la "naturaleza femenina" en los textos médicos del siglo XVIII". *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*. Núm. 4 - 5, 1997: 21-39.
- Bonafulla, Leopoldo. *Generación libre: los errores del neo-malthusianismo*. Barcelona: Imprenta de E. Hidalgo, 1905.
- Bosque Muñoz, Ignacio "Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer." *El País*, 12 de marzo 2012.
- Bravo Sueskun, Carmen y Antón Fernández, Eva *Guía para un uso del lenguaje no sexista en las relaciones laborales y en el ámbito sindical*. Madrid: Secretaría Confederal de la Mujer de CCOO y Ministerio de Igualdad, 2010.
- Bullough, Vern & Bullough, Bonnie. *Women and Prostitution: a Social History*. New York: Prometheus Books, 1987.
- Cabanis, Pierre-Jean-Georges. *Rapports du physique et du moral de l'homme et le femme*. París: Chez Crapart, Caille et Ravier., 1805.
- Callen, Antheay. *The Spectacular Body: Science, Method, and Meaning in the Work of Degas*. New Haven: Yale University Press, 1995.
- Campillo, Neus. "Positivismo, Sansimonismo y Feminismo". Ed. Canterla, Cinta. *VII Encuentro - De la Ilustración al Romanticismo Cádiz, América y Europa ante la Modernidad: la mujer en los siglos XVIII y XIX*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1994: 29-39.
- Campos Marín, Ricardo, Martínez Pérez, José y Huertas García-Alejo, Rafael. *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y Degeneracionismo en la España de la Restauración*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas - CSIC, 2000.

- Capel Martínez, Rosa María. "La prostitución en España: notas para un estudio sociohistórico". Ed. Durán Heras, María Ángeles y Capel Martínez, Rosa María. *Mujer y sociedad en España (1700-1975)*. Madrid: Instituto de la Mujer, 1986: 265-298.
- Carrasco, Raphaël (dir.). *La Prostitution en Espagne. De l'Epoque des Rois Catholiques à la II République*. París: Annales Littéraires de l'Université de Besançon, Presses Univ. Franche-Comté, 1994.
- Carreras, Albert y Tafunell, Xavier (Coords.). *Estadísticas históricas de España*. Bilbao: Fundación BBVA, 2005.
- Castejón Bolea, Ramón. "Enfermedades venéreas en la España del último tercio del siglo XIX. Una aproximación a los fundamentos morales de la Higiene Pública". *Dynamis*. Vol. 11. Núm., 1991: 239-261.
- . *Moral sexual y enfermedad: la medicina española frente al peligro venéreo (1868-1936)*. Granada: Universidad de Granada e Instituto Alicantino de Cultura, 2001.
- Castillo del y Mayone, Joaquín. *La prostitución, o Consecuencias de un mal ejemplo*. Barcelona: Imprenta de Ramón Martín Indar, 1883.
- Catalina, Severo. *La mujer*. Madrid: San Martín, 1861.
- Charcot, Jean Martin. *Histeria. Lecciones del martes*. Jaén: Del Lunar, 2003.
- Charcot, Jean Martin y Magnan, Victor. "Inversión de la tendencia genital y otras perversiones sexuales". Ed. Cagigas, Ángel. *Perversiones*. Jaén: Del Lunar, 2002: 9-32.
- Charnon-Deutsch, Lou. *Fictions of the Feminine in the Nineteenth-Century Spanish Press*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2010.

- Citati, Pietro. *El mal absoluto: en el corazón de la novela del siglo XIX*. Barcelona: Galaxia Gutemberg; Círculo de Lectores, 2006.
- Colaizzi, Giulia. *Género y representación: postestructuralismo y crisis de la modernidad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007.
- Comby, Jules. *El raquitismo*. Barcelona: Espasa y C^a, 1895.
- Corbin, Alain. "Commercial Sexuality in Nineteenth Century France: A System of Images and Regulations". Ed. Gallgher, Catherine y Laqueur, Thomas. *The Making of the Modern Body*. Berkeley: University of California Press, 1987: 209-219.
- . *Women for Hire: Prostitution and Sexuality in France After 1850*. Harvard University Press, 1990.
- Corbin, Alain; Courtine, Jean-Jaques y Vigarello, Georges. *Historia del cuerpo*. Santillana, 2005. (II)
- Costa, Joaquín. *Concepto clínico de la sífilis en su relación con el tratamiento homeopático: memoria leída en la sesión inaugural de la Academia Médico-Homeopática de Barcelona, celebrada en 16 de abril de 1898*. Barcelona: Establecimiento Tipográfico de F. Sánchez, 1898.
- Cubíe, Juan Bautista. *Las mugeres vindicadas de las calumnias de los hombres: con un catálogo de las españolas, que mas se han distinguido en ciencias, y armas*. Valladolid: Maxtor Editorial, 2001.
- Cuevas, Matilde. "Aproximación a la consideración social de la prostitución madrileña". Ed. Otero Carvajal, Luis y Bahamonde Negro, Ángel. *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. Madrid: Comunidad de Madrid, 1986: 164-173. (Vol. I)
- Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos, 2003.

- Delgrás, Leopoldo. *El amigo de las niñas*. Valladolid: Maxtor, 2001.
- Díaz de Rueda, Ricardo. *La escuela de instrucción primaria*. Valladolid: Maxtor, 2001.
- Didi-Huberman, Georges. *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía fotográfica de La Salpêtrière*. Madrid: Cátedra, 2007.
- Dihur, Ameda;. *Medios para preservarse de la Sífilis (enfermedades secretas) y de su curación inmediata*. Barcelona: Juan Olivares, 1860.
- Dijkstra, Bram. *Ídolos de perversidad*. Madrid: Debate, 1994.
- Donzelot, Jacques. *La policía de las familias*. Valencia: Pre-Textos, 1998.
- Dufour, Pierre. *Histoire de la prostitution chez tous les peuples du monde depuis l'antiquité la plus reculée jusqu'à nos jours*. París: Seré, 1851.
- Eslava, Rafael. *La prostitución en Madrid: apuntes para un estudio sociológico*. Madrid: Vicente Rico, 1900.
- Felski, Rita. *The gender of modernity*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1995.
- Fernández, Pura. *Eduardo López Bago y el Naturalismo radical: la novela y el mercado literario en el siglo XIX*. Amsterdam: Rodopi, 1995.
- . "Scientia sexualis y saber psiquiátrico en la novela naturalista decimonónica". *Asclepio Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*. Vol. XLIX. Núm. 1, 1997: 227-244.
- . "El Naturalismo radical". Ed. Romero Tobar, Leonardo. *Historia de la literatura española Siglo XIX*. Madrid: Espasa Calpe, 1998. (Vol.IX / II)
- . *Mujer pública y vida privada: del arte eunuco a la novela lupanaria*. New York: Tamesis Books, 2008.

- Flandrin, Jean-Louis. *La moral sexual en Occidente*. Barcelona: Juan Granica Ediciones, 1984.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad*. Madrid: Siglo Veintiuno, 2005. (I)
- Francos Rodríguez, José. *Patogenia de la sífilis: sus relaciones con algunas enfermedades crónicas; memoria leída en la Academia Médico-Quirúrgica*. Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro, 1884.
- Galdós, Casa-Museo Pérez. *Benito Pérez Galdós: cronología (1843-1920)*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, Casa-Museo Pérez Galdós, 2006.
- García Belenguer, Ramón. "La prostitución ante la higiene". *La España médica: medicina, cirugía, farmacia, terapéutica diosimétrica*. Vol. 1. Núm. 4 - 7, 1884.
- García Duarte, Eduardo. *Acta de la sesión pública inaugural que en 12 de enero de 1862 celebró la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada*. Granada: Imprenta de Francisco Higuera López, 1862.
- García Llansó, Antonio, Pomés, Ramón, de Wilson Baronesa y Alfredo Opisso. *Historia de la mujer contemporánea*. Barcelona: Librería de Antonio J. Bastinos, 1899.
- Gennep, Arnold van. *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza, 2008.
- Giddens, Anthony. *La transformación de la intimidad*. Madrid: Cátedra, 2004.
- Giné y Partagás, Juan. *Curso elemental de higiene privada y pública*. Barcelona: N. Ramírez y Cía., 1871.
- González Fernández, Helena. *Género y nación la construcción de un espacio literario*. Barcelona: Icaria, 2009.

- Granjel, Mercedes. *Pedro Felipe Monlau y la higiene española del siglo XIX*.
Salamanca: Universidad de Salamanca, Cátedra de Historia de la
Medicina, 1983.
- Grassi, Ángela. *El lujo: novela de costumbres*. Madrid: Academia Tipográfica,
1865.
- Guereña, Jean-Louis. "La réglementation de la Prostitution en Espagne aux
XIXe-XXe Siècles. Repression et Réglementarisme". Ed. Carrasco,
Raphaël. *La Prostitution en Espagne de L'Époque des Rois Catholiques à la IIe
République*. París: Presses Univ. Franche-Comté, 1994. (Vol.II)
- . "Los orígenes de la reglamentación de la prostitución en la España
contemporánea. De la propuesta de Cabarrús (1792) al Reglamento de
Madrid (1847)". *Dynamis*. Vol. 15. Núm., 1995: 401-441.
- . "De historia prostitutionis. La prostitución en la España contemporánea".
Ayer. Núm. 25, 1997: 35-72.
- . *La prostitución en la España contemporánea*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
- . "El burdel como espacio de sociabilidad". *Hispania*. Núm. 214, 2003:
551-570.
- . "La prostitución, un tema literario para el Naturalismo español". *Excavatio*.
Vol. XVIII. Núm. 1-2, 2003: 260-277.
- Guys, Constantin. *Deus grisettes et deux soldat*. 1860? The Courtauld Gallery,
<www.artandarchitecture.org.uk>.
- Harding, Sandra G. *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata, 1996.
- Huertas García-Alejo, Rafael. *Locura y degeneración: psiquiatría y sociedad en el
positivismo francés*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones
Científicas - CSIC, 1987.

- . "El concepto de 'perversión' sexual en la medicina positivista". *Asclepio*. Vol. 42. Núm. II, 1990: 89-99.
- Indacochea Zarauz, Eduardo. *Malthusianismo y Neo-Malthusianismo*. Arequipa: De Todas Partes, 1940.
- Ingenieros, José. *Histeria y sugestión*. Buenos Aires: Elmer, 1957.
- Jago, Catherine. "Sexo y género en la medicina del siglo XIX". Ed. Jago, Catherine; Blanco, Alda y Enríquez de Salamanca, Cristina. *La mujer en los discursos de género: textos y contextos en el siglo XIX*. Barcelona: Icaria, 1998: 369-437.
- Jameson, Fredric. *El realismo y la novela providencial*. Madrid: Círculo de Bellas Artes, 2006.
- Jiménez Lucena Isabel y Ruíz Somavilla, María José. "La política de género y la psiquiatría española de principios del siglo XX". Ed. Barral, M.J. *Interacciones ciencia y género: discursos y prácticas científicas de mujeres*. Barcelona: Icaria, 1999: 185-208.
- Jiménez Monteserín, Miguel. *Sexo y bien común: notas para la historia de la prostitución en la España moderna*. Cuenca: Excmo. Ayuntamiento de Cuenca, Instituto Juan de Valdés, 1994.
- Koehler, Peter. "About Medicine and the Arts. Charcot and French Literature at the fin-de-siècle". *Journal of the History of Neurosciences*. Vol. 10. Núm. 1, 2001: 27-40.
- Kronik, John W. "La danza de las basuras: La poética descripción y el arte realista". *Insula: Revista de Letras y Ciencias Humanas*. Vol. 43. Núm. 502, 1988: 1-2.

- Labanyi, Jo. *Gender and modernization in the Spanish realist novel*. Oxford: Oxford University Press, 2006.
- Lancereaux, Etienne. *Tratado histórico y práctico de la sífilis*. Madrid: R. Labajos, 1875.
- Landero, Luis. *Juegos de la edad tardía*. Barcelona: Tusquets, 1990.
- Laqueur, Thomas, W. "El mal social, el vicio solitario y servir el té". Ed. Feher, Michel; Naddaff, Ramona y Tazi, Nadia. *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Madrid: Taurus, 1992.
- . *La construcción del sexo*. Madrid: Cátedra, Universidad de Valencia e Instituto de la Mujer, 1994.
- Lefebvre, Henri. *La revolución urbana*. Madrid: Alianza, 19080.
- Lissorgues, Yvan. "La expresión del erotismo en la novela "naturalista" española del siglo XIX: Eufemismo y tremendismo". *Revista Hispánica Moderna*. Vol. 50. Núm. 1, 1997: 37-47.
- Lletor Castroverde, José de (Ed.). *Repertorio médico extranjero: periódico mensual de medicina, cirugía, veterinaria, farmacia, química y botánica*. Madrid: Imprenta Real, 1834.
- Lomba y Urriola, Eleuterio (Ed.). *El faro de la salud: periódico dedicado a las familias. Órgano mensual de la gran Farmacia alopática, homeopática y dosimétrica de Lomba y Urriola*. Jaén: Lomba y Urriola, 1895.
- Londe, Charles. *Tratado completo de Higiene*. Madrid: Calleja, 1843.
- López Bago, Eduardo. *La Pálida*. Madrid: S.N., 1885.
- . *La Buscona*. Madrid: Juan Muñoz y Cia., 1885.
- . *La Querida*. Madrid: Juan Muñoz y Cía., 1885.
- . *La Prostituta: novela médico-social*. Sevilla: Renacimiento, 2005.

- Lucas, Ana. "Walter Benjamin: la mujer, una alegoría de lo moderno". Ed. Maqueira D'Angelo, V., Gómez-Ferrer Morant, G. y Ortega López, M. *Mujeres y hombres en la formación del Pensamiento Occidental*. Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer: Universidad Autónoma de Madrid, 1998: 341-364. (Vol.II)
- Lucas, Prosper. *Traité philosophique et physiologique de l'herédité Naturelle dans les états de santé et de maladie du système nerveux*. Paris: J. B. Bailliére, 1847-1850.
- Luna de, Álvaro. *Libro de las claras e virtuosas mugeres*. Valladolid: Editorial, 2002.
- Madrid, Ayuntamiento. *Ordenanzas de policía urbana y rural para la Villa de Madrid y su término: formadas por su Excmo. Ayuntamiento constitucional y aprobadas por el Conde de Vista Hermosa* Madrid: Imprenta de Antonio Yenes, 1847.
- . *Ordenanzas municipales de la Villa de Madrid*. Madrid: Imprenta y Litografía Municipal, 1892.
- Malthus, Thomas Robert. *Ensayo sobre el principio de la población*. Madrid: Establecimiento literario Lucas González y Cía., 1846.
- Marina, José Antonio. *Las arquitecturas del deseo*. Barcelona: Anagrama, 2008.
- Marsset Campos, Pedro y Sáez Gómez, José Miguel. "Medicina, estado y sociedad en la España de la segunda mitad del siglo XIX". Ed. Carrillo, Juan Luis. *Medicina y sociedad en la España de la segunda mitad del siglo XIX: una aproximación a la obra de Federico Rubio y Galí*. Puerto de Santa María: Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, 2003: 1-34.

- Martí-López, Elisa. *Borrowed words: Translation, Imitation, and the Making of the Nineteenth-Century Novel in Spain*. Lewisburg; London: Bucknell University Press; Associated University Presses, 2002.
- Martínez Rubio, José. *El futuro era esto*. Bruselas: Orbis Tertius, 2014.
- Mata, Pedro. *Tratado de cirugía y medicina legal*. Madrid: Imprenta de Don Joaquín Merás y Suárez, 1846.
- Matlock, Jann. *Scenes of Seduction: Prostitution, Hysteria, and Reading Difference in Nineteenth-century France*. New York: Columbia University Press, 1994.
- . "Censoring the Realist Gaze". Ed. Cohen, Margaret & Prendergast, Christopher. *Spectacles of Realism: Body, Gender, Genre*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995: 28-65.
- . "The Invisible Woman and Her Secrets Unveiled". *Yale Journal of Criticism: Interpretation in the Humanities*. Vol. 9. Núm. 2, 1996: 175-221.
- . "Reading Invisibility". Ed. Garber, Marjorie; Franklin; Paul B. & Walkowitz, Rebecca L. *Field Work: Sites in Literary and Cultural Studies CultureWork*. New York: Routledge, 1996: 183-195.
- . "Censored Bodies: Plots, Prostitutes, and the Revolution of 1830". *Repression and Expression; Literary and Social Coding in Nineteenth-Century France*. New York: Peter Lang, 1996: 147-165.
- Mayol, Ricardo. *¿Quieres ser buen padre? ¿Quieres ser buena madre? Tratado popular de las nociones de filosofía, fisiología, higiene, pedagogía y jurisprudencia necesarias a los padres y tutores para la sana procreación, educación y administración de los hijos y menores*. Madrid: Bailly, 1908.

- Mayoralgo de y Lodo, José Miguel. "Lanzas y Media Annata". <http://www.diputaciondelagrandeza.es>, 2014. Tipo. Acceso: 08/2014.
<<http://www.diputaciondelagrandeza.es/lanzas-y-media-annata/>>.
- Monlau, Pedro Felipe. *Elementos de higiene privada*. Barcelona: Pablo Riera, 1846.
- . *Elementos de higiene pública*. Barcelona: Pablo Riera, 1847.
- . *Higiene del matrimonio ó El libro de los casados*. Madrid: Rivadeneyra, 1858.
- . *Nociones de Higiene doméstica y gobierno de la casa: para uso de las escuelas de primera enseñanza de niñas y colegios de señoritas*. Madrid: Rivadeneyra, 1867.
- . *Estudios superiores de Higiene pública y Epidemiología (Asignatura de) : curso de 1868 a 1869 : lección inaugural dada el 3 de octubre de 1868*. Madrid: Rivadeneyra, 1868.
- Montero Ríos, Eugenio; Quiroga, Francisco; Labra de, Rafael M^a; Pedregal Cañedo, Manuel; Azcárate de, Gumersindo; Rubio y Galí, Federico; Saavedra, Eduardo; Moret y Prendergast, Segismundo; Rodríguez, Gabriel; Simarro Lacabra, Luis; Linares de, Augusto, G. *Conferencias pronunciadas en el curso académico de 1877-78*. Madrid: J.C. Conde y Cía., 1878.
- Morel, Benedict-August. *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladiées*. Paris: J.-B. Baillière, 1857.
- Moreno Mengíbar, Andrés. "Histeria y control de la mujer en España: una estrategia en la construcción del ideal de género". Ed. Canterla, Cinta. *VII Encuentro - De la Ilustración al Romanticismo Cádiz, América y Europa*

Bibliografía

ante la Modernidad: la mujer en los siglos XVIII y XIX. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1994: 83-91.

Nacente, Francisco. *Historia moral de las mujeres: el bello sexo vindicado : influencia de la mujer en el progreso y cultura de las naciones, sus deberes, sus derechos en la sociedad y la familia : educación y enseñanza que convendría para su misión : estudio filosófico recreativo*. Barcelona: Francisco Nacente Editor, 1890?

Nash, Mary. "Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del XIX". Ed. Duby, Georges y Perrot, Michelle *Historia de las mujeres*. Madrid: Taurus, 2000: 612-623. (Vol.IV)

Nordau, Max. *Fin de siglo*. Jaén: Del Lunar, 1883.

---. *El Mal del siglo: novela*. Valencia: Fernández y Lasanta, 1892.

---. *Las mentiras convencionales de nuestra civilización*. Madrid: F. Pinto, 1897.

---. *Degeneración*. Pamplona: Analecta, 2004.

---. *Matrimonios morganáticos*. Valencia: Sempere, [s.a.].

Núñez, Diego. *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Madrid: Tucar - Universidad Autónoma de Madrid, 1975.

O'Neill, Maggie. *Prostitution and Feminism: Towards a Politics of Feeling*. Blackwell, 2001.

Oms y Garrigolas, Luis. *Tratado elemental completo de las enfermedades de mujeres*. Barcelona: Imprenta de Ramón M. Indar, 1840.

Ortíz de la Puebla, Vicente. *Historia universal de la mujer*. Barcelona: Juan Pons, 1880.

- Osborne, Raquel. *La construcción sexual de la realidad: un debate en la sociología contemporánea de la mujer*. Cátedra, 1993.
- Pardo Bazán, Emilia. *La mujer española y otros escritos*. Madrid: Cátedra, 1999.
- Pavissich, Antonio. *Un cáncer de la civilización. Estudio sobre la prostitución moderna*. Madrid: Calleja, 1920?
- Peratoner, Amancio. *El mal de Venus estudio médico-popular sobre las enfermedades venéreas y sifilíticas, tomado de las obras de los eminentes sifiliógrafos Belhomme, Cullerier, Diday y completado con la versión (refundida) del interesante opúsculo del doctor Langlebert sobre el Arte de preservarse del contagio y de los charlatanes que con sus consecuencias especulan*. Madrid: Simón y Osler, 1881.
- . *Los peligros del amor, de la lujuria y del libertinaje en el hombre, en la mujer. Obra escrita con presencia de las de Bergeret, Bourgeois, Curtis seguida de un estudio del eminente Dr. Tardieu, sobre sodomía y pederastia y de una ojeada sobre la prostitución en la Antigüedad*. Barcelona: Establecimiento Editorial de Felipe N. Curriols, 1892.
- . *La mujer en la alcoba estudio higiénico-fisiológico*. Barcelona: La Enciclopédica, 1893.
- Pérez Escrich, Enrique. *La Mujer adúltera: novela de costumbres*. Madrid: Establecimiento Tipográfico-Literario de Manini Hermanos, 1864.
- Pérez Galdós, Benito. *Prosa crítica*. Madrid: Espasa Calpe, 2004.
- . *La Desheredada*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2007. (VIII)
- . *La de Bringas*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2007. (IX)

- . *Tormento*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2007. (IX)
- . *Fortunata y Jacinta: Dos historias de casadas*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2007. (X-XI)
- . *Torquemada en la hoguera*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2008. (XIV)
- . *Torquemada en la cruz*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2008. (XIV)
- . *Torquemada en el purgatorio*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2008. (XIV)
- . *Torquemada y San Pedro*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2008. (XIV)
- . *Lo Prohibido*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 2008. (XII)
- Perrot, Michelle. "Antes y en otros sitios". Ed. Ariès, Philippe y Duby, Georges. *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus, 2005. (Vol.IV)
- Pisani, Elizabeth. *La sabiduría de las putas*. Madrid, México D.F.: Sexto Piso, 2012.
- Pizarro y Jiménez, Manuel. *Anuario de Higiene Pública: exposición de las principales tareas y progresos de esta ciencia en el año 1862*. Sevilla: Establecimiento tipográfico de La Andalucía, 1862.
- Planas, Eusebio. *Historia de una mujer: album de cincuenta cromos*. Barcelona: Trilla y Serra, 1880?
- Pomés, Ramón; Opios, Alfredo y Vilarrasa, Eduardo M^a. *Historia de la mujer a través de los siglos*. Barcelona: Librería de Antonio J. Bastinos, 1899.

- Pouillet, Thésée. *Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del onanismo en la mujer (placeres ilícitos)*. Madrid: Imprenta de A. Pérez, 1883.
- . *La espermatorrea: tratado de las pérdidas seminales*. Madrid: El Cosmos Editorial, 1884.
- Prats y Boch, Antonio. *La prostitución y la sífilis. Ensayo acerca de las causas de la propagación de las enfermedades sifilíticas y los medios de oponerse a ella*. Barcelona: Librería de 'El Plus Ultra' (Imprenta de L. Tasso), 1861.
- Prendergast, Christopher. "Introduction: Realism, God's Secret and the Body". Ed. Cohen, Margaret & Prendergast, Christopher. *Spectacles of Realism: Body, Gender, Genre*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995: 1-10.
- Proudhon, Pierre-Joseph. *La pornocracia o la mujer en nuestros tiempos*. Barcelona: La Enciclopédica - Felipe N. Curriols, 1892.
- Pulido Fernández, Ángel. *Discursos leídos en la primera sesión inaugural de la Sociedad Ginecológica Española, verificada el domingo 14 de junio de 1874*. Madrid: Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y Compañía, 1874.
- . *Bosquejos médico-sociales para la mujer*. Madrid: Imprenta a cargo de Víctor Saiz, 1876.
- . *Discursos leídos en la Sociedad Española de Higiene por Ángel Pulido y Fernández y Felipe Ovilo Canales en la sesión inaugural del curso académico de 1884 a 1885 celebrada el día 23 de febrero de 1885*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Enrique Teodoro, 1885.

- . *Discursos leídos en la Real Academia de Medicina para la recepción pública del académico electo Don Carlos María Cortezo, el día 8 de noviembre de 1891.* Madrid: Establecimiento Tipográfico de Enrique Teodoro, 1891.
- Rabaté, Colette. *¿Eva o María? Ser mujer en la época Isabelina (1833-1868).* Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2007.
- Rancière, Jacques. *Sobre políticas estéticas.* Barcelona: Universidad de Barcelona, Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA), 2005.
- . *Política, policía, democracia.* Santiago de Chile: Lom, 2006.
- RANM, Real Academia Nacional de Medicina. *Real Academia Nacional de Medicina: Diccionario de términos médicos RANM* Madrid: Editorial Médica Panamericana, 2012.
- Relman, D.; Swartz, M. & Weller, P. "Syphilis and Nonvenereal Treponematoses". Ed. Rubenstein, E. & Federman, D. *Scientific American Medicine.* New York: Scientific American Inc., 1998. (Vol.VII)
- Ríos-Font, Wadda, C. *The canon and the archive: configuring literature in Modern Spain.* Lewisburg: Bucknell University Press, 2004.
- Rivera Garretas, María Milagros. *El cuerpo indispensable: significados del cuerpo de mujer.* Madrid: Horas y Horas, 1996.
- Rivière Gómez, Aurora. *La educación de la mujer en el Madrid de Isabel II.* Madrid: Horas y Horas, 1993.
- . *Caídas, Miserables, Degeneradas: Estudio sobre la Prostitución en el siglo XIX.* Madrid: Horas y Horas, 1994.
- Rodríguez Guerra, Antonio. *El conservador de la salud manual de higiene pública y privada.* Cádiz: Imprenta de José María Ruiz, 1846.

- Rodríguez Solís, Enrique. *La mujer defendida por la Historia, la Ciencia y la Moral: estudio crítico*. Madrid: Imprenta y estereotipia de *El Imparcial*, 1877.
- . *Majas, manolas y chulas: historia, tipos y costumbres de antaño y ogaño*. Madrid: Imprenta de Fernando Cao y Domingo de Val, 1886.
- . *Historia de la prostitución en España y América*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1931.
- Rothfield, Lawrence. *Vital Signs: Medical Realism in Nineteenth-Century Fiction*. New Jersey: Princeton University Press, 1982.
- Rubio y Galí, Federico. "Relaciones entre la ciencia y el arte". *Conferencias pronunciadas en el curso académico de 1877-78*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de los señores J. C. Conde y Compañía, 1877.
- Sánchez, Dolores. "El discurso médico, piedra angular de la construcción de las relaciones de género en la época contemporánea". *Asclepio Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*. Vol. LX. Núm. 1, 2008: 63-82.
- Sánchez Seña, Enrique. *La manceba*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Álvarez hermanos, 1886.
- . *Las ramerías de salón*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Álvarez hermanos, 1886.
- Sanjuán de, Pilar. *Resumen de urbanidad para las niñas*. Valladolid: Maxtor, 2002.
- Santero Van-Baumberghen, Francisco Javier. *Elementos de higiene privada y pública*. Madrid: El Cosmos, 1885.
- Scanlon, Geraldine. "Revolución burguesa e instrucción femenina". Ed. Folguera, Pilar. *Nuevas perspectivas sobre la mujer: actas de las Primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1982: 163-173. (Vol. I)

- . *La polémica feminista en la España contemporánea, 1868-1974*. Akal, 1986.
- Scott, Joan W. "Género ¿una categoría útil para el análisis?". *La manzana de la discordia*. Vol. 57. Núm., 2011: 95-101.
- Sereñana y Partagás, Prudencio y Giné y Partagás, Juan. *La prostitución en la ciudad de Barcelona estudiada como enfermedad social y considerada como origen de otras enfermedades dinámicas, orgánicas y morales de la población barcelonesa*. Madrid: Simón y Osler, 1882.
- Sibilia, Paula. *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Economica, 2012.
- Simón Palmer, Carmen. *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bio-bibliográfico*. Madrid: Castalia, 1991.
- . "La prostitución en la novela madrileña (Realidad social y representación novelística)". Ed. Carrasco, Raphaël. *La prostitution en Espagne De L'époque des rois catholiques à la IIe République*. París: Université de Besançon, 1994: 359-371.
- . "Puntos de encuentro de las mujeres en el Madrid del siglo XIX". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. Vol. 56. Núm. 1, 2001: 183-201.
- Simón Palmer, Carmen y Palacio Atard, Vicente. *La enseñanza privada seglar de grado medio en Madrid (1820-1868)*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1972. (XV)
- El ángel del hogar* Madrid.
- Sotelo Vázquez, Adolfo. *El naturalismo en España: crítica y novela*. Salamanca: Almar, 2002.
- Sutherland, Erika. "Death in the Bedroom: Eduardo López Bago and his Suspect Syphilitics". *Excavatio*. Vol. XVIII. Núm. 1-2, 2003: 278-292.

- Tardieu, Ambroise. *Estudio médico-legal sobre las enfermedades producidas accidental ó involuntariamente por imprudencia, negligencia ó transmisión contagiosa, comprendiendo la historia médico-legal de la sífilis*. Barcelona: Establecimiento tipográfico editorial de Daniel Cortezo y C^a, 1884.
- Teijeiro, Maximino. *Breves reflexiones sobre la sífilis*. Santiago: Imprenta de la Gaceta de Galicia, 1880.
- Tsuchiya, Akiko. "Taming the Deviant Body: Representations of the Prostitute of Nineteenth-Century Spain". *Anales Gadossianos*. Núm., 2001: 255-267.
- Vargas Llosa, Mario. *La civilización del espectáculo*. Madrid: Alfaguara, 2012.
- Vázquez García, Francisco. "Ninfomanía y construcción simbólica de la femineidad (España, siglos XVIII-XIX)". Ed. Canterla, Cinta. *VII Encuentro - De la Ilustración al Romanticismo Cádiz, América y Europa ante la Modernidad: la mujer en los siglos XVIII y XIX*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1994: 125-135.
- Vázquez García, Francisco *Mal menor: políticas y representaciones de la prostitución (siglos XVI-XIX)*. Cádiz: Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1998.
- Vázquez García, Francisco y Moreno Mengíbar, Andrés. "Políticas del burdel en la España contemporánea: de las propuestas ilustradas a la prostitución reglamentada". *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*. Núm. 1, 1991: 55-77.
- . *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España (Siglos XVI-XX)*. Madrid: Akal, 1997.
- Viguera, Baltasar de. *La fisiología y patología de la muger*. Madrid: Imprenta de Ortega y Compañía, 1827. (I-IV)

Bibliografía

- Walkowitz, Judith, R. "Vicio masculino y virtud feminista: el feminismo y la política sobre la prostitución en Gran Bretaña en el siglo XIX". Ed. Melang, James S. y Nash, Mary. *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el Magananim, 1990: 215-239.
- . *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- Yanke, Rebeca "La vida al desnudo." *El Mundo*, 20 de diciembre de 2014.
- Zola, Émile. *La fortuna de los Rougon*. Barcelona: Lorenzana, 1965. (I)
- . *La taberna*. Madrid: Cátedra, 1998.
- . *Naná*. Madrid: Cátedra, 2001.
- . *El Naturalismo*. Barcelona: Península, 2002.

